

*Falacias de la transición,
el movimiento social
y el cambio necesario.*



Alfredo A. Repetto Saieg.

Hoy es condición indispensable para poder definirse de "izquierda" batallar contra las falacias de la "democracia de los consensos". Es necesario para revelar el antagonismo hostil que existe entre nuestros intereses como asalariados y los de la clase patronal. En ese sentido, debemos luchar en favor de la organización política del movimiento social para que seamos los sectores populares los que llegando al gobierno definamos las políticas que harán de Chile un país donde el bienestar común sea una realidad tangible. El problema de la Concertación que ahora se dice "Nueva Mayoría" es que no es ni nueva ni mucho menos mayoría.

Además, sus postulados y su programa- incluída su tendencia más "crítica" que hace referencia al "progresismo"- nunca consideró el cambio radical y sustancial para conducir un proceso democrático que dejara en el olvido la herencia de la dictadura. De hecho, ellos siempre corrompen la conciencia de los trabajadores envileciendo y descalificando nuestras demandas y urgencias, predicando la teoría de la atenuación de las contradicciones sociales y proclamando una conciliación de clases que favorece a la élite en el poder. Lo hacen insistiendo en la democracia, en las reformas y en la justicia "en la medida de lo posible".

Pero, ¿qué significa esta estrategia? Quiere decir que la democracia, que las reformas del sistema político y económico, social y cultural, que el derecho y que la justicia sólo son viables y racionales en la medida que la patronal los acepte. Y cuando no es así, cuando el dominio sobre la amplia mayoría se le escapa de las manos, cuando somos los trabajadores los que nos hacemos responsables de cada uno de nuestros asuntos, de la gestión del gobierno digo, la propia democracia, las reformas, la justicia y el derecho ya no son posibles. Es cuando imponen la dictadura tal cual quedó demostrado el 11 de septiembre de 1973.

Contacto con el autor:

<http://www.teorianacionalypopular.blogspot.com/>

**Falacias de la
transición,
el movimiento social
y el cambio
necesario.**

Alfredo A. Repetto Saieg.



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Autor de la obra: Alfredo Armando Repetto Saieg.

De acuerdo a esta licencia usted es libre de:

- *copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra*
 - *hacer obras derivadas*

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento - No comercial - Compartir igual: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial y las obras derivadas tienen que estar bajo los mismos términos de licencia que el trabajo original.

El texto legal completo de esta Licencia puede encontrarse al final de esta obra.

Indice:

Capítulo I: Falacias de la transición.....	10
El problema de ejercer la mayoría parlamentaria en el contexto del triunfo en el plebiscito del '80: el neoliberalismo y los fundamentos políticos, económicos y culturales de una sociedad libre.....	10
Confluencia entre los intereses y demandas de la clase patronal y los líderes de la Concertación.....	18
Nexos entre los grupos económicos, la élite política y el concepto de necesidades “material- ideales” en el proceso de liberación.....	27
La salud y la educación como ámbitos de lucro, de dominación y de control sobre la sensibilidad e ideales de los chilenos.....	37
La libertad de trabajo, de comercio, la democracia, los derechos humanos y la Constitución de 1980- 2005.....	47
La consolidación de la institucionalidad neoliberal a partir de los gobiernos de la Concertación: desde los '90 hasta hoy. La resistencia, el movimiento popular y la subversión por la libertad.....	56
Capítulo II: El movimiento social.....	66
El fin de la ingenuidad política: dos tipos de “democracia”, la ley, el orden, la violencia y otra serie de herramientas represivas.....	66
El movimiento social, la democracia posible, la idea de totalidad y los valores operacionales.....	75
El movimiento popular como referencia de lucha, la violencia de la élite y el golpe de Estado.....	86
El sentido político e ideológico de la estrategia y de las batallas libradas en favor de la Asamblea Constituyente.....	95
Las instituciones, el poder popular y el cambio de paradigma a partir de su relación con la definición de las necesidades, de su lógica, de su razón e historicidad.....	107
¿Es viable o no la CUT en el contexto de la lucha sindical actual contra los términos del pensamiento totalitario, represivo y negativo de los neoliberales?.....	116
Capítulo III: El cambio necesario.....	125
El modelo sindical, la libertad o la esclavitud de los trabajadores y el proceso de contención y dominio social como contradicción del cambio en beneficio de los sectores populares.....	125
¿Vía de transformación política o de contención social?: Análisis de las principales propuestas y proyectos de cambios planteados por el gobierno de esta “Nueva Mayoría”.....	133

La soberanía alimentaria como parte de un país democrático, más justo en lo social, popular en lo cultural y soberano en lo económico.....	143
El modo de producción, de circulación y de distribución de las mercancías socialmente producidas y el germen de la liberación.....	151
Los fundamentos de la ocupación libre, del trabajo alienado y de la sociedad abierta, democrática y respetuosa del esfuerzo ajeno.....	160
La política y la ética, la violencia, la no- violencia activa, la razón y el humanismo marxista.....	169
Epílogo.....	178
Referencias bibliográficas.....	187
Texto legal completo de la licencia Creative Commons.....	190

Capítulo I: Falacias de la transición.

El problema de ejercer la mayoría parlamentaria en el contexto del triunfo en el plebiscito del '80: el neoliberalismo y los fundamentos políticos, económicos y culturales de una sociedad libre.

Cuando en 1988 muchos votamos por el “No” a la pretensión delirante de Pinochet de permanecer en el poder por el fin de los siglos, de modo que así personalmente decidí participar del plebiscito, lo hice con la convicción de que esta alternativa tenía que ver con la estrategia que tan coherentemente había planteado por ese entonces el comunismo, me refiero a la postura del *No hasta vencer*. La interpreté como una oposición radical a toda idea de la dictadura de consolidar tanto su herencia política, como económica, social o cultural. Erróneamente creí que alegría llegaba y que nuestro país entraba en una etapa sino de esplendor por lo menos de democracia y de una primavera que al final nunca floreció entre nosotros. Esta convicción se vendría abajo al año siguiente, cuando la Concertación le entregó como si nada, en un acto de increíble traición al pueblo, la mayoría parlamentaria a la otra derecha, esa que por definición es más reaccionaria y conservadora, la que representa RN y la UDI en el ámbito político pero que fácticamente también se manifiesta en muchos oficiales de las fuerzas armadas, de Carabineros y en la patronal que es la gran beneficiaria en estas últimas cuatro décadas. De esta manera nos convertíamos en testigos privilegiados de esta traición, de aquel culto de la espontaneidad irresponsable que siempre caracterizó a la Concertación y a los suyos. Algunos reclamarían entonces que se modificara la táctica esa y al final es la que hasta hoy prevalecería. Defendieron esta traición a través de ciertas reformas que se plantearon en el plebiscito del año siguiente, en 1989. De hecho, a Aylwin le esperaba una mayoría en el Parlamento que le hubiera permitido dismantelar los diversos y múltiples cónclaves autoritarios de esa institucionalidad heredada de la dictadura; le bastaba con mantener intacta y sin cambios aquella Constitución. Sin embargo, plantearon un plebiscito por el que la Concertación prefirió ser minoritaria. A pesar de ser éste un acto inédito en la historia de cualquier país tiene su lógica, una que va más allá de la idea de un grupo político de oportunistas que desdeñan la teoría. La tiene porque los líderes de la Concertación tienen muy claro cuál es su ideología y los intereses que los movilizan y que defienden. En efecto, a pesar de que la Constitución a través de los artículos 65 y 68 estipulaba que el Presidente disponía de la *mayoría parlamentaria simple* obteniendo la mayor parte de los sufragios en una cámara y un tercio en la otra, ellos buscaron el plebiscito para evitar responsabilizarse por la reforma radical del sistema neoliberal. De esa forma se deslindaron de los valores de la democracia y así resueltamente rechazaron esa alegría que habían pregonado en la campaña por el “No”. En una palabra, se conformaron con lo existente, rechazando y aún combatiendo la profundización de la democracia que buscaba una modificación real de la

situación heredada del terrorismo de Estado. A pesar de esto, el colmo de la hipocresía, se presentaron ante nosotros como los paladines de los derechos humanos, como los jueces que veían a colocar límites al autoritarismo y a la prepotencia militar. Sin embargo, con esta aptitud de una vez y por siempre se colocaron del lado del dogmatismo, de la fosilización del racionalismo y de la comprensión violenta de todo cuanto acontece; es que la “democracia” que prepogan se basa en la *Doctrina de Seguridad Nacional*. Lo hace porque la Constitución de 1980 fue pensada para negar toda expresión de la voluntad popular de manera que el trabajador, aquellos disconformes que dan vueltas por ahí, todos ellos, se convierten en el *enemigo interno*, en los irracionales que no quieren el bienestar para Chile.

Para los dominantes las reivindicaciones políticas de los sectores del pueblo, que por su carácter son comunes a todo el país, deben, sin embargo, ser neutralizadas de cualquier manera, con todos los medios posibles para que ellos, a los trabajadores apuntan sus municiones, no estén en condiciones de iniciar la agitación y la (r) evolución política, social y económica contra el orden conservador, ese que reivindica la élite en el poder. Por lo tanto, todos los recursos son válidos con el objeto de coartar la lucha por la emancipación de los hombres: desde la acusación (la mayoría de las veces completamente infundada) la herejía económica, la tergiversación de los valores del hombre, del rol que le corresponde a los asalariados en la historia, como el hecho de ser los protagonistas de la misma, hasta la importancia decisiva de satisfacer las demandas de la mayoría de la población para definir en mejores términos los intereses que hacen al bienestar común. Nos tratan así de *irracionales*, de *utópicos*, inclusive de *terroristas* porque entienden desde el poder, desde la cúspide del mismo, que las urgencias fundamentales del pueblo solo pueden ser satisfechas plenamente por medio del cambio radical, de la (r) evolución que es política y que no tiene relación alguna o posible con el neoliberalismo y sus atolondrados formalismos. La dictadura lo entendió de esta manera y por eso se dedicó a hacer todo cuanto estuviera a su alcance para impedir que en Chile otra vez pudiera darse un gobierno como el liderado por Allende: es el miedo, es el terror al pueblo, a los pobladores, a su cultura y demás, a la conciencia en favor de la rebeldía y a la gallardía del hombre de nuestro país, de los humildes, a lo que más le temen. Por eso la dictadura, en cuanto a los recursos para llevar a cabo este, su cometido, el de evitar que los trabajadores otra vez se hicieran con el poder, con el gobierno, no se ataron de manos, no se restringieron ni política ni ética ni moralmente sobre los métodos a usar primero en sus actividades de conspiración contra el gobierno de la UP y posteriormente en la forma de reprimir al pueblo una vez que ilegítimamente se hicieron con La Moneda. Lo que sí les pasó es que erraron el diagnóstico una vez que les tocó ir por vez primera a elecciones. De hecho, el dictador en el plebiscito del '88 corrió solo y al final salió segundo. Por lo menos Ibáñez del Campo en 1927 fue candidato único a la Presidencia y ganó: Pinochet fue candidato único y perdió.

Quien calculó mal la situación fue el genocida y sus cómplices que no solo creyeron que éste continuaría siendo el Presidente- esta vez legalmente- sino que además pensaron que tendrían el Congreso a su favor. Los militares no tuvieron en cuenta que la derecha conservadora históricamente siempre ha sido minoritaria en términos electorales y que por si no fuera suficiente ahora emergía desprestigiada por el apoyo a la dictadura más atroz que le tocara sufrir a nuestro país. En su análisis creyeron que en la *Cámara de Senadores* (la original se conformaba por 26 senadores electos, 2 por cada región del país y 9 designados directa o indirectamente por el mismo Pinochet) lograría la mayoría, y gracias al sistema binominal tendrían el tercio en *Diputados* para con estos porcentajes evitar cualquier cambio venido y exigido desde el movimiento social. Sin embargo, la gran derrota en el plebiscito lanzó cuesta abajo no solamente la esperanza delirante de Pinochet de morir en el poder sino también la idea de ser esa mayoría absoluta por el fin de los tiempos. De ahora en adelante, la situación política favorecía a la Concertación porque ya no existían dudas de que ésta sería la triunfadora: iba a obtener con creces, a pesar de la trampa que significaba el sistema electoral binominal, la mayoría absoluta en *Diputados* y el tercio correspondiente y necesario en el *Senado* para conducir a Chile por la senda de la democracia. La dictadura entendió su error táctico que consistía en haber dejado el ámbito económico, el social, el político y hasta el cultural de su proyecto dominante resguardados a través de leyes simples que podrían ser fácilmente reformadas por la Concertación en caso de haber existido la voluntad en ese sentido; tal vez lo que no estaba en sus cálculos era el gran regalo que posteriormente le harían los líderes que como Patricio Aylwin o Lagos se decían democráticos. Tampoco estaba en los cálculos del trabajador chileno, que en definitiva fue el único héroe en esas jornadas de lucha y de resistencia, que los que hasta entonces se decían “democráticos” acabarían abrazando a sus propios verdugos y tiranos. Así, a los trabajadores nos estaba reservada las pruebas más duras porque de ahora en más tendríamos que batallar contra una derecha que se conformaba como un duopolio que vendría por nuestras normas, por nuestros sueños, trabajos y calidad de vida al tiempo que la Concertación se acomodaba lo mejor posible a esta realidad de la que se volvería cómplice. Y lo hace, se hará cómplice de la misma, ante la inoperancia e ingenuidad política de los trabajadores que no supimos reaccionar frente a semejante traición. Por ejemplo, no estuvimos a la altura de las circunstancias para organizarnos a través de la lucha política que así nos condujera a un plan de actividades estratégicas, sociales y de organización que derivara en principios elementales aplicados en nombre de un proyecto político de corto, de mediano y de más largo plazo que buscaría la emancipación de todos los chilenos.¹

¹ Solo el ámbito relacionado con la minería del cobre y demás, al igual que la educación escolar, no la universitaria, quedaban impuestos a través de normas y de leyes orgánicas constitucionales que requerían un alto quórum para modificarlas, lo que en la práctica se traducían en acuerdos con RN y la UDI que posteriormente conocimos como la “democracia de los consensos”. Al respecto, es interesante aclarar que el consenso y el

Lo que estoy tratando de establecer para que de este modo quede claro cuales fueron las intenciones originales, la ideología y la estrategia política de la Concertación que perdura hasta hoy, es que si no hubiese variado nada la Constitución, si no hubiéramos ido al plebiscito del '89, ese conglomerado estaba en condiciones de hacer reformas profundas, tal como lo planteaba el programa con el que se comprometieron en las elecciones de esa época. Por ejemplo, habrían podido terminar con el sistema laboral y el sindical que aún hoy perdura, con las AFP y con el sistema de salud pública muy ineficiente que nos toca soportar actualmente. No lo hicieron y aceptaron propuestas de cambios constitucionales planteadas por aquella dictadura solo en lo formal conducida por Pinochet que estipulaban mayoría absoluta en las dos cámaras para aprobar leyes simples; de ese modo podía evitarse aprobar normas que permitieran dismantelar la legalidad e institucionalidad antidemocrática que todavía nos somete a sus designios y sentencias. Aceptaron perder la mayoría parlamentaria que nos habría permitido profundizar en la democracia porque son neoliberales, porque están muy cómodos con esa institucionalidad, como posteriormente sus diversos gobiernos lo demostraron. Hasta hoy los líderes de la Concertación han callado sobre esta materia porque denunciar aquel hecho significa no solo mostrarse como defensores de la democracia, de las reformas y aún de la *justicia en la medida de lo posible* (que es la farsa sobre la que se presentan en sociedad como sectores y grupos democráticos) sino que políticamente significa asumir su carácter neoliberal y antidemocrático que es la única táctica, valor político y moral con la que se han mostrado consecuente en todos estos años. Lo real es que la única acción racional que han acometido es la de rebajar la lucha y la iniciativa de los combatientes por la emancipación. Se adueñaron incluso del tremendo triunfo que los chilenos logramos acabando con la dictadura no sólo por la vía electoral sino también por la presión social de todos los que nunca aceptamos su plan de dominio, su propuesta, su perspicacia, sus errores políticos ni mucho menos su política de exterminio y de terrorismo de Estado.²

diálogo, la llamada “conciliación de clases” que pregonan desde el poder los que se dicen democráticos, no son más que hipócritas al servicio del capital. Ocurre que el diálogo de acuerdo a la derecha solo es posible cuando favorece los intereses propios de manera que de ese modo los que siempre acaban perdiendo y retrocediendo en sus demandas son los trabajadores. Si los asalariados se plantean firmemente en sus convicciones el consenso no es posible por la “intransigencia” y el “resentimiento” de quienes no aceptan la nueva realidad. Lo que digo es que finalmente- la historia así nos lo demuestra- los sectores dominantes nunca ceden pacíficamente el poder. De hecho, cuando ven que éste se les va de las manos, cuando entienden que es el régimen democrático y popular el que se impone por la fuerza del pueblo, ellos recurren a la violencia, al golpe de Estado, a la descalificación de los otros y un largo etcétera.

² Otros podrían afirmar que este regalo la Concertación se lo hizo a la otra derecha por temor a una regresión democrática, por miedo al regreso de la dictadura y su política de represión brutal. Sin embargo, esta justificación no resiste el mínimo raciocinio. Pasa que el miedo lleva al actor social que se encuentra en esa situación a usar su poder con cautela, la mayor parte de las veces a niveles extremos, pero en ningún caso lo conduce a

La Concertación no buscó esta reforma debido a la convergencia entre sus ideas y las tesis centrales de los neoliberales, incluso con las sentencias y dogmas de la derecha más fundamentalista, aquella que representan RN y la UDI. Y el plebiscito del año 1989 le daría la excusa perfecta para defender su estrategia, aquella de la “democracia en la medida de lo posible” sin mostrar sus verdaderas intenciones. De haberse conservado la mayoría parlamentaria habría sido negativo en extremo para ella porque de esta manera se originaba un proceso político donde a los trabajadores en el corto o mediano plazo les quedaba en claro quien era quien, cuáles eran las intenciones, los valores, la ideología y las decisiones que estaba dispuesta a defender esta Concertación; se habría entendido tempranamente que la transformación no era posible bajo los parámetros que sostienen porque al final esas frases, las declaraciones y sentencias sonoras de estos líderes contra la fosilización del pensamiento y del saber, contra el dogmatismo o contra la intolerancia y la falta de respeto de la dictadura, solo buscaban simular su despreocupación por el valor de la democracia; por esa que se basa en la búsqueda del bienestar común y en la construcción de una verdad que sea socialmente compartida. El ejemplo de este conglomerado político nos ilustra con particular evidencia que a ellos poco les importa el *respeto por el otro*, la *justicia social*, el *equilibrio* y hasta la *libertad* del hombre porque esos dictámenes son pretensiones y valores de los que pueden prescindir. Nos demuestra que su prédica hoy disfrazada de Nueva Mayoría es un oportunismo caracterizado por maneras muy negativas de la actividad política. Era preciso y urgente que se convirtieran en titanes de la defensa de los derechos humanos, del valor de la vida a la manera que lo entiende el humanista, el auténtico; tendrían que haberse transformado en inspiradores del movimiento de libertad, de una organización más vasta y profunda en sus valores y ética radical, en decisión abnegada y en la energía arrolladora de una época mejor, extasiada de sueños logrados y compartidos, y muy por el contrario solo fueron otra tremenda desilusión para los sectores populares. Lo peor es que finalmente la responsabilidad es nuestra porque no podemos pretender, como hoy intentan hacerlo la cúpula de los comunistas, que partidos políticos que históricamente son conservadores y defensores del estatus, que incluso apoyaron la sedición y el golpe contra Allende, en contra

ceder su poder al bando contrario. Todavía más: atribuirlo a un temor irracional que se hubiese apoderado de estos líderes es insostenible porque como posteriormente Lagos y Bachelet lo demostraron todos son neoliberales. De hecho, a pesar que en sus gobiernos tuvieron la mayoría simple para aplicar algunos cambios políticos, económicos y sociales como los prometidos en 1989, no lo hicieron. Al final profundizaron y así consolidaron los mismos no solo en el ámbito económico sino también (en el caso de Lagos por lo menos) en el ámbito político intentando que aceptáramos su “nueva” Constitución.

Tuvieron en sus manos la realización de la más alta tarea, la misma demolición del baluarte de la intolerancia, del terrorismo de Estado pregonado por los militares y sus compinches; tuvieron en sus manos la posibilidad de terminar de una buena vez con la Doctrina de Seguridad Nacional y con sus ideas del “amigo” y del “enemigo”; pudieron conducirnos a la recuperación de la dignidad y del respeto por el trabajo y esfuerzo propio y ajeno, y apenas estuvieron a la altura de las circunstancias para apoyar, estabilizar y así consolidar la reacción en todas sus formas. Es lo que no podemos perdonarles.

todo el pueblo, a la DC me refiero, terminaran por liderar aquel proceso de transformación que no fue tal. ¿Cómo pretender que partidos, organizaciones o dirigentes que son conservadores, que se ven beneficiados con el régimen, se conviertan en su sepulturero? ¿Acaso existe algún ejemplo histórico donde la élite gobernara contra sus intereses? Es el mismo error que cometió el *progresismo* en Argentina (nucleado en la Alianza) que llevó a De la Rúa, al más conservador y al más derechista de sus líderes, a la *Presidencia* para así gobernar en términos “progresistas”. Por último, es el error que actualmente cometen los que creen en el cambio en beneficio de un país normal, pleno de derechos, y entregan sus votos y sus conciencias a esa falaz Nueva Mayoría que viene para hacer lo que mejor sabe: a estabilizar el sistema neoliberal reprimiendo las demandas de los estudiantes y de los trabajadores, de los que estamos disconformes con la situación actual. El asunto es grave porque Bachelet prometió una serie de medidas y cambios estructurales, que ni por casualidad llevará adelante; y no le quedará más que reprimir como siempre lo hace la patronal a cuyo servicio se encuentra el gobierno. La complejidad de la situación ahora se debe a las expectativas de cambio generadas que no son pocas. Ahora sí, la Nueva Mayoría tendrá que rendir cuentas de sus actos políticos pero en primer término de sus omisiones.

Las excusas del porqué las reformas no son posibles seguirán siendo las mismas, de hecho ya antes de asumir nos hablaban de que sería necesario el acuerdo con la otra derecha, de que las reformas en la educación recién se notarían y empezaría a dar frutos a lo menos en unos seis años y otras tantas *argucias discursivas* que finalmente en el *lenguaje del poder* quieren decir que todo, absolutamente todo, permanecerá igual. Ocurre que en su campaña Bachelet se presentaría como la *salvadora de la Patria* (de la financiera y especulativa me refiero) y como garante de la estabilidad del neoliberalismo (lo que en todo caso también está por verse) y es por eso que su programa recibió incluso mayor financiación por parte de la patronal que la candidatura de Evelyn Matthei. Es que el empresariado entiende muy pero muy bien todo en términos estratégicos; de hecho, aunque se hagan los idiotas no son nada estúpidos: saben que Chile no está para soportar “líderes” tan impresentables como Matthei que con su violencia, que inclusive con su verbosidad, con su poco simulado fascismo y prepotencia nos muestra tal cual es la derecha más conservadora. Entienden que tampoco está Chile en condiciones de soportar a un sinvergüenza como Golborne o a un deprimido como Longueira, mucho menos a un bufón como Piñera que pretendió mostrarse como el gobierno de los mejores y acabó por hacer lo que siempre hace la derecha: defender por todos los medios, incluso a costa del bienestar de las mayorías, sus intereses de clase, sus millones en capitales, su propiedad sobre los medios y factores de producción- aún en perjuicio del derecho a la vida de las personas- y un modo de vida parasitario que se basa sin más en el robo descarado del trabajo y esfuerzo ajeno: el de sus empleados que desde hace más de cuatro décadas venimos sufriendo los rigores de vivir bajo la supremacía neoliberal.

El problema es que esta manera capitalista y neoliberal de hacer cada cosa, que esta falaz Nueva Mayoría está dispuesta a defender con todos sus recursos, no es válida en términos de *satisfacción de las necesidades de los sectores populares*. En realidad, el uso racional de las fuerzas productivas, de la técnica y de la tecnología en una escala global (*racional* en el sentido de fundamentarse en el derecho a la vida), el desarrollo y la productividad de las mismas, ya está en condiciones de acabar de una buena vez con la pobreza y con la escasez, con la reforma, la justicia y la democracia en la medida de lo posible. El impedimento está en la manera de distribución y de circulación de la mercancía que a su vez nos remite a la forma de producción de los bienes, cuestión que bajo ningún aspecto tratan los concertacionistas. Ni siquiera su sector más progresista porque hace un buen tiempo que vía renovación de sus valores olvidaron los fundamentos del *socialismo* y así de la libertad. Sin embargo, ahora sabemos que ni el uso racional de los medios de producción ni tampoco- y esto será decisivo- su control social por parte del trabajador, eliminan por sí solo la explotación y la dominación de clase. Es un tremendo paso adelante el hecho de que seamos los asalariados quienes gestionemos el gobierno pero tampoco podemos quedarnos en un “Estado de bienestar” y de asistencia, ni siquiera avanzado, porque no es la solución al régimen opresivo capitalista. Lo que está en juego es la lógica de nuestras necesidades, no solo de una democracia que nos niega el gobierno de Bachelet, la Concertación y la derecha duopólica en general, sino también las necesidades biológicas, las materiales, las espirituales y tantas otras. Actualmente, la pregunta ya no es: ¿cómo podemos satisfacer los trabajadores nuestras necesidades sin dañar a nuestros compañeros, a nuestro semejante? La interrogante se plantea desde otra perspectiva: ¿cómo podemos satisfacer nuestras variadas necesidades sin dañarnos a nosotros mismos, sin reproducir, mediante su falsa pero también concreta aspiración y satisfacciones artificiales (las que de hecho nos impone el neoliberalismo), nuestra dependencia respecto del aparato de explotación que, al satisfacer esas necesidades, perpetúa nuestra servidumbre respecto de la razón del régimen basado en el libertinaje del mercado? El advenimiento de la *sociedad libre*, de un Chile que por lo mismo debería ir más allá de la Constitución del '80, se caracterizará por el aumento real y exponencial del *bienestar social* como cualidad de vida esencialmente nueva. Este cambio cualitativo debe modificar las necesidades, la infraestructura y los valores del hombre, que es a su vez una dimensión de su infraestructura política y social, económica y cultural: esta otra dirección, las nuevas instituciones y aquellas relaciones de producción más justas que combate el gobierno de Bachelet, deberá expresar el surgir de necesidades y satisfacciones diferentes, incluso antagónicas a las que prevalecen en este Chile actual que es controlado por el *consumismo* sin sentido, por la tarjeta de plástico y en general por todos esos créditos que nos convierten en rehenes de especuladores y financistas. Por eso, nuestro país actualmente es una sociedad increíblemente explotadora: de hecho, todo se compra y se vende al mejor postor y a precio de mercado; ése el único auténtico “derecho” que hemos adquirido. Este cambio constituiría

la base *instintiva de la libertad* que la larga historia de la sociedad de clases inhibió. La *libertad* será el medioambiente de los trabajadores que no somos susceptibles de adaptarnos a los roles y actuaciones típicamente competitivas que nos exige un *bienestar subyugado*, bastante relativo en todo caso, y que ya no tolera la agresividad y la brutalidad del modo de vida impuesto por la dictadura y refrendado por la Concertación. La rebelión se habrá enraizado en la naturaleza misma, en la *biología* de los chilenos; y, sobre esta nueva base y ética de los hombres, el rebelde redefinirá la meta y la estrategia de la lucha, de esa batalla que es la única que en realidad puede determinar los objetivos reales del proceso que nos libera del chantaje de la derecha y de su “democracia de los consensos”.

¿Es concebible esta transformación en la *naturaleza* del hombre? En términos del Che, ¿es posible aquel *hombre nuevo*? Por supuesto, porque el progreso técnico alcanzó un estado en que la *productividad del trabajo* ha llegado a tal grado en relación a su eficiencia que ya no es necesaria esta extenuante competencia y jornada laboral para sobrevivir, para satisfacer las necesidades básicas de los hombres. Entonces, los adelantos tecnológicos y la misma técnica, bien administrada y gestionada por los sectores del pueblo, eventualmente satisface las necesidades básicas de todos; pero esto solo será posible en una sociedad distinta al capitalismo, por más que éste racionalice su dominio. Su estructura bien clasista y el control muy perfeccionado que requiere para mantenerse siempre en la cúspide, en la cima de todos, genera necesidades, satisfacciones y valores que reproducen la *servidumbre* de la vida. Esta *servidumbre* que es “voluntaria” en tanto que es introyectada en el individuo, que justifica la idea del amo benévolo, de la democracia posible y de la transición falseada, sólo se rompe a través de una práctica de la política que alcance las raíces de la contención y satisfacción en la infraestructura humana; solo a partir de una acción política de desprendimiento y de fuerte rechazo del estatus con miras a una radical *transvaluación* de los valores y la ética, podemos aspirar al *humanismo* en su expresión máxima. Semejante batalla implica un rompimiento con lo familiar, con las formas rutinarias de ver, de oír, de sentir y de entender las cosas a fin de que podamos volvernos receptivos a las formas potenciales de un país que no sea agresivo y sí ajeno a la explotación de los *trabajadores* por parte del *capital*. No importa cuan alejada de estas nociones pueda estar el gobierno de turno, Bachelet y los suyos, tampoco nos interesa que tan lejos se encuentre el movimiento social hoy en las calles respecto de aquella nueva ética y estructura de los hombres, porque en esta primera etapa por la que transitamos, la que recorre nuestro movimiento que definitivamente de una u otra forma y con la lucha de todos deriva en organización política concreta, lo principal es la profundidad del rechazo del estado actual del país. Es este rechazo el que nos hace denunciar las reglas del juego al que nos somete la derecha, su antigua estrategia de la paciencia y de la persuasión, del “consenso” con RN y la UDI, la confianza en la buena voluntad del régimen consolidado por la Concertación, de su democracia poco posible y de su cruel abundancia que nos promete un nivel

de vida que no es viable para quienes vivimos de un salario. Este mundo y la creación de necesidades que no tienen relación alguna con una mejor calidad de vida de los chilenos es el que debemos combatir.

Confluencia entre los intereses y demandas de la clase patronal y los líderes de la Concertación.

En 5 de octubre del '88 se realizó un plebiscito en Chile donde se votó por el final de la dictadura cívico- militar. En estas circunstancias políticas posteriormente se inició una campaña electoral para elegir un Presidente que gobernaría por los siguientes cuatro años. Durante esa etapa, los trabajadores debatimos sobre las opciones políticas- estratégicas que se nos presentaban de acuerdo a ese contexto histórico: por una parte estaba la continuidad de la dictadura- esta vez sin Pinochet en su conducción formal- que propiciaba el candidato Büchi, y por otra parte teníamos la alternativa de la Concertación encabezada por Aylwin. Más allá de sus contenidos sustantivos, al final de cuentas las dos alternativas tuvieron un significado simbólico divergente y contradictorio en cuanto a sus implicancias: la candidatura de Hernán Büchi se traducía en la consolidación de las “transformaciones” realizadas por la dictadura y que se relacionaban con la reivindicación del régimen neoliberal. Por otro lado, se traducía en la continuidad no solo de la *institucionalidad* establecida fraudulentamente por la Constitución de 1980, sino también de los grupos de poder y de esa tecnocracia que durante aquellos 17 años había usufructuado de los intereses del pueblo a su entero antojo. Por el contrario- por lo menos era lo que muchos hasta ese momento creíamos- la candidatura de la Concertación tenía un significado de liberación ante un régimen que no solo era represivo sino además violador de los derechos humanos, violento en exceso y fuertemente discriminatorio. La Concertación propuso entonces aquella *democratización* que sería progresiva y que se basaba en la idea de la *reconciliación nacional* en un país que había sufrido los antagonismos de clase de manera extrema y de los que durante la Unidad Popular habían sido instigadores y protagonistas muchos de sus dirigentes, incluido Aylwin. No importaba, la “reconciliación” y la “democracia en la medida de lo posible” era una prioridad. La opción no se veía tan descabellada desde el momento que la Concertación se planteó como un conglomerado de partidos que venía a reivindicar a los grupos sociales, organizaciones, partidos democráticos y hasta los ideales que quienes fueron perseguidos y discriminados, muertos y desaparecidos, torturados, exiliados o exhonrados por los mismos. De allí que las razones profundas del triunfo de la Concertación en esta contienda se entienden no sólo por los contenidos políticos de su propuesta, sino también por el ámbito psicológico y el cultural. Realmente fueron muchos, las amplias mayorías, los que creímos en el arcoiris, en la llegada de la alegría y en esa *primavera democrática* por la que aún hoy seguimos batallando. Hay que continuar haciéndolo, luchando digo, porque esta sociedad es obscena; lo es porque produce y nos expone indecentemente a una sofocante abundancia de

bienes mientras priva a sus víctimas predilectas, al trabajador me refiero, de las necesidades básicas de la vida moderna; es obscena al hartarse a sí misma y a sus basureros mientras envenena, mientras quema y destruye los cada vez más escasos derechos en los escenarios de su agresión permanente contra los hombres; es obscena en las palabras y en la sonrisa de políticos hipócritas, duopólicos y binominales, de aquellos bufones al servicio de esta monarquía absoluta del libertinaje del mercado; lo es en sus oraciones, en su ignorancia y en la “sabiduría” de sus intelectuales a sueldo que continúan defendiendo teorías e irracionalidades que hace mucho fueron superadas por las ciencias sociales. Ocurre que para ellos las *ciencias sociales* no son un conocimiento del hombre y para los hombres, al servicio del bienestar común.

Además, la oposición y la disconformidad de los que no aceptamos el estado actual de la situación, de los que no estamos dispuestos a sostener que la educación deba ser un “bien de consumo” o una economía familiar basada en bonos y prebendas, los que nos oponemos con toda nuestra fuerza, los que libramos esta batalla digo, al definimos el neoliberalismo como el *enemigo interno*, como *terroristas* incluso, nos obliga a defendernos constantemente contra la agresión que los sectores de la derecha duopólica despliega. Así es como tratan de suprimir nuestra oposición radical a través de Carabineros y de las fuerzas armadas, a partir de tribunales de justicia y representantes de esa élite que hoy se encuentran en el poder como hace cuarenta años. Por todo esto es que debemos articular nuestro *rechazo* en un movimiento social que logre organizarse políticamente detrás de un proyecto de país alternativo al violento neoliberalismo; es la única manera en que la revuelta instintiva del trabajador y del estudiantado deviene en una rebelión política; contra esta unidad precisamente el sistema político- económico establecido moviliza sus energías. Esta unión provoca tal respuesta extrema porque preocupa a los grupos dominantes el probable alcance de la transformación social en esta etapa del desarrollo, porque les muestra la magnitud en que la práctica y la acción política radical involucra una *subversión cultural* y en todo sentido. Este *rechazo* a la sociedad actual es afirmativo en tanto que prevé una cultura que busca cumplir las promesas humanistas traicionadas por el antiguo saber de la Concertación que nos habló de democracia, de transición y del arcoiris donde todos estábamos estratégicamente incluidos, de la primavera y de una alegría que acabó por convertirse en desilución. Así, no es obscena la foto de una mujer desnuda; sí lo es la de aquel general uniformado que ostenta las medallas ganadas en una guerra de agresión contra otros pueblos o la de ese genocida que disfruta de una libertad que no le corresponde; la impunidad también lo es, los salarios y jornales miserables, los intereses al crédito, el FUT, el CAE, el IVA, las regalías y condonaciones en el pago de impuestos a las transnacionales que se apoderaron de nuestro cobre, de los alimentos, de la luz, de la telefonía o del gas; obsceno no es la movilización de nuestra juventud, sino la declaración de un dignatario de la Iglesia que justifica y esconde la pedofilia, el que se hace el distraído ante el tráfico de personas y la esclavitud para fines sexuales o de explotación laboral. Lo son también las

falsas expectativas que esta Nueva Mayoría creó entre los más ingenuos para hacerse otra vez con la administración de La Moneda. Por último, obsceno es que el señor Piñera no pueda justificar ni legal ni racionalmente el origen de su fortuna; nos robó y lo hizo a todos, contra los intereses de los chilenos. No es posible seguir aceptando estas aberraciones, la obscenidad de un régimen neoliberal que se impuso por la fuerza de la reacción y que logra perdurar gracias a la complicidad de la clase de políticos que supimos conseguir. La batalla cultural, por el sentido común, es siempre central porque son muchos los que todavía siguen con el neoliberalismo internalizado en sus cabezas. En este contexto, la terapia lingüística- esto es, la tarea de liberar la palabra, las tesis y los conceptos de la total obscenidad y distorsión de las significaciones dominantes, que es operada por el orden establecido- nos exige luchar contra la ética y los criterios morales de la élite y aún de su validación, llevándolas desde el orden establecido hasta la revuelta y el rechazo contra el mismo. El vocabulario ideológico y político por ello debe ser remodelado radicalmente: debe despojarse de su falsa neutralidad, objetividad y de su pretensión de verdad; debe ser provocativamente llevado al campo de los trabajadores y de los estudiantes disconformes, del *rechazo* del que estoy hablando. Urge aquel *rechazo* porque la llamada *economía del consumo* y la política financiera-especulativa neoliberal crearon una segunda naturaleza en el hombre, para decirlo de alguna manera, que nos condena agresivamente a la forma de una *mercancía* que se transa al mejor postor en los mercados.

La necesidad de poseer, de consumir, de manipular y de renovar por los siglos de los siglos la abundancia de los instrumentos, de los aparatos, de las máquinas, de las computadoras, del sistema operativo, del auto, la ropa, las zapatillas y un largo etcétera, es la oferta que el capitalismo en su versión chilena y neoliberal nos impondrá. La necesidad de usarlos como *bienes de consumo* inclusive bajo el riesgo de la destrucción del país, se ha convertido en una necesidad que a su vez es parte de una lógica que logra mantenernos alejados de la *disconformidad* y del *rechazo*. El mercado siempre es una instancia de suma explotación y por lo tanto de dominación, de control social y político sobre la vida y las necesidades de los trabajadores que asegura la estructura clasista de la sociedad que nos toca sufrir. Sin embargo, el proceso productivo del neoliberalismo alteró la forma de control: el velo tecnológico con sus netbooks, notebooks o ultrabook, con internet, con la telefonía o con las redes sociales, lo que hace es simplemente cubrir la presencia descarnada y la operación de los intereses de clase en las *mercancías*. ¿Es aún necesario declarar que el aparato de represión no es la tecnología, no es internet ni el teléfono, que no es la consola de videojuegos ni la máquina, sino que es la presencia, en todas ellas, de los intereses de los dueños del capital que son los que determinan su número, su duración, su poder, su lugar en la vida, y la propia necesidad que uno experimenta respecto a estos bienes? ¿Es todavía necesario repetir que la *ciencia* y la *tecnología* que se le asocia en realidad y en manos de las mayorías, bajo su control, son los grandes vehículos de la libertad, y que es sólo su empleo y restricción en la sociedad actual, es decir

bajo el régimen represivo, es lo que las convierte en vehículos de dominación de la minoría por sobre las mayorías? La *netbook* no es represiva, tampoco lo es *internet* ni la *televisión*, no lo son los *electrodomésticos* como la lavadora ni mucho menos el auto, sino que la *netbook*, la *internet*, la *televisión* y los *electrodomésticos*, producidos según los requerimientos y las necesidades de acumulación privada de capitales, los convierte en ello, en parte esencial del “éxito” de los trabajadores: se nos está obligando a comprar parte esencial de nuestra existencia en el mercado que por sí no fuera suficiente es controlado por la patronal. Esta vida es el florecimiento del *capital* y de su afán de lucro desmedido no solamente en la educación chilena sino también en la salud, en las jubilaciones... De hecho, son estos ámbitos los más grandes negociados que existen y se dan en nuestro país, al igual que la usura, la especulación y las finanzas. El escueto interés del empresariado nacional es quien construye los inseguros autos, las *netbooks* y el teléfono siempre actualizable, y a partir de esta manera de producción promueven la energía destructiva, el dominio sobre los otros, la insatisfacción y el consumismo patológico; el interés de esta clase emplea los medios de divulgación para propagar la violencia y la estupidez, para crear un público cautivo sumamente maleable y manejable. Al actuar así, los amos, esas tres o cuatro familias que son dueñas de Chile, sólo obedecen a la “demanda del público”. En este punto me estoy refiriendo a la famosa ley de “la oferta y demanda” que de acuerdo a los incorregibles de siempre, a los economistas tanto de la Concertación como de la Alianza, establece la armonía política, social y económica. Los “logros” justifican el *sistema de dominación*. El problema es que a pesar de los economistas de la derecha duopólica, es que a pesar de teóricos como *Adam Smith* y de *David Ricardo*, de *Parsons*, *Fukuyama*, de *Milton Friedman* o de *Hajek*, de *Popper* y su falso racionalismo crítico, el “libre” mercado nunca ha existido, mucho menos la competencia perfecta o una mano invisible: de hecho, los mercados y sus variables económicas y comerciales son controladas por los dueños del capital. Entonces, si bien los valores establecidos se transforman así en los personales valores de los trabajadores, al mismo tiempo en la utopía, en la irracionalidad y en la ineficiencia de este sistema está también su *rebelión*, el *rechazo* por el que debemos trabajar. De ahí que los dominantes no puedan permanecer quietos, nunca lo hacen. Por eso se explica que la *adaptación* se convierta en *espontaneidad* y *autonomía* mientras que la elección entre las necesidades impuestas por el modo de producir aparecen como *libertad*. De la libertad ni hablar. En manos de la derecha neoliberal es un gran peligro: lo es para el estudiante, para el minero, para los cocineros, para los empleados de oficina, para el docente y los maestros, para los recolectores de basura, los pescadores artesanales, para la mujer de la Patria y para los trabajadores/as chilenos en general. Pasa que la libertad en la educación, de enseñanza digo, significó la municipalización de la misma y una infinidad de consecuencias que deterioraron el conocimiento y el acceso a la educación pública en todos sus niveles. Este proceso de *municipalización*, con el pretexto de buscar la *descentralización* del país llevó al sistema a un desastre y crisis de grandes

proporciones; salvo algunas excepciones- que corresponde, normalmente, a las municipalidades con más recursos- la mayor parte de las corporaciones edilicias fueron incapaces de gestionar este ámbito. Esta medida- que fuera impuesta por la dictadura- en realidad no buscaba la *descentralización* de la educación, sino entregar más poder a los alcaldes, nominados todos por el tirano, y que poca y nula relación tenían con la idea de la comuna autónoma o de un gobierno local de nuestras ciudades. En relación a la *libertad de los mercados* ésta se tradujo en aquel *libertinaje* que nos convierte hasta hoy en rehenes de unas cuantas familias que se adueñan de nuestro esfuerzo, del país y demás, al tiempo que la *libertad de trabajo* se expresa en la flexibilización y precarización laboral, en los sueldos miserables, definidos de antemano por la clase patronal. Finalmente, la *libertad* a secas, la que se relaciona con lo político y con nuestros derechos, se manifiesta en una Constitución ilegal de origen, en un Congreso de nula representación y en una incorregible derecha duopólica que no quiere dar el brazo a torcer, que no acepta la pluralidad, la democracia ni mucho menos la reivindicación de la voluntad popular.

En esas circunstancias, la constante explotación de los trabajadores no sólo se oculta bajo el velo tecnológico, sino que se transfigura en una serie de *mitos* y *necesidades* que son funcionales al sistema político, al gobierno de Bachelet y a las formas de expresión política que siempre ha defendido la derecha duopólica a partir de sus recursos de poder, desde la televisión y los medios masivos de comunicación en general, desde la banalidad y desde la farándula. Es que le temen sobremanera a la voluntad del pueblo. ¿Alguien acaso ha sido testigo en estos últimos cuarenta y tantos años de una gran concentración de los trabajadores donde el orador principal sea algunos de los presidentes que nos han gobernado? ¿Alguien podría afirmar haber sido protagonista de una marcha como las convocadas por Allende en las plazas, en las avenidas y en la Alameda? No porque se impone el acto del gobierno, las formalidades y los revolucionarios de salón. Le temen a la movilización porque a partir de ésta eventualmente se crea conciencia en los trabajadores de que son las relaciones de la producción, de circulación y distribución de los bienes bajo la lógica del capitalismo, las responsables de la servidumbre y del esfuerzo desmedido de nosotros en beneficio de la acumulación privada del capital. Lo fundamental es que el modo capitalista de hacer cada cosa se reproduce a sí mismo transformándose; y esta gran mutación se traduce en el perfeccionamiento de la *explotación* y de ese modo de la *dominación*. ¿Dejan de ser la *explotación* y la *dominación* lo que son y lo que le hacen al hombre, por el hecho de vernos “compensados” por comodidades antes desconocidas? ¿Deja de ser el *trabajo* de cada uno un gran agotamiento cuando la energía mental es reemplazada cada vez más por la energía física en la producción de los bienes que sostienen este obscuro sistema que convierte en un infierno la vida de los sectores populares? Lo principal tanto ayer como ahora era y es el entender que el combate no debe atarse las manos, que no debe restringir su actividad por el proceder socialdemócrata, ese que es falsamente progresista, ni mucho menos por sus valores fijados de antemano y que se relacionan con

no alterar las bases del neoliberalismo que nos heredó la dictadura. Lo que debemos hacer es aceptar y es admitir todos los métodos de lucha basados en la *no-violencia activa* al tiempo que todas ellas deben corresponderse con las efectivas fuerzas del movimiento popular, del partido o de cualquiera que sea la organización desde la que combatimos las odiosidades de una élite que está en el poder desde que tenemos memoria. Si no existe real posibilidad de esa participación que se arraigue en una organización del movimiento social planteada alrededor de un proyecto político radical de cambio, que fue lo que en verdad nos falta, es muy posible que caigamos víctimas del engaño, como efectivamente sucede. Si no existe esa organización basada en la *soberanía*, en el despliegue de ésta, iniciada la lucha política en cualquier circunstancias y período, no podemos hablar de una *estrategia sistemática* que se piense y se base en principios aplicada rigurosamente en beneficio de la táctica de la emancipación. Si por el contrario obramos de otra manera, de aquella forma espontánea y sin platearnos la toma del poder al modo del que nos hablan los *autonomistas* para negarnos así la lucha de clases y la contradicción entre el capital y nuestra fuerza de trabajo, entonces la *(r) evolución permanente*, el marxismo y toda posibilidad de mejorar nuestra experiencia y calidad de vida se convierte en una gran caricatura y en un *populismo* sin sentido. La historia de aquella época, de los años '90 en particular, abunda en candidaturas que finalmente confluían en estas dos propuestas básicas- en la de Büchi y la de Aylwin- donde ninguna le imprimía un impulso auténtico a la iniciativa y a la energía tremenda del pueblo para reconquistar la democracia.

Precisamente lo que muchos no notaron en las elecciones de esa época es que una evaluación de estas propuestas tenían una clara convergencia de valores en una serie de aspectos importantes. Fue eso lo que nos escondieron, lo que muchos no quisieron ver de manera que así se impuso la miopía y los errores que en política siempre se pagan caros; ocurre que la táctica errada puede cercenar por muchos años los destinos de nuestro país, que fue lo que terminó por pasar. Eran y son dos propuestas que perduran, que defienden el régimen neoliberal y de este modo la herencia de la dictadura. Por ejemplo, ambas iniciativas propiciaban el mantenimiento de todas las estructuras de la economía nacional que se basaba en los parámetros neoliberales; o sea, que se entiende como sistema abierto y competitivo globalmente, que reivindica el libertinaje de los mercados y que se apoya entonces en el sector privado para liderar el proceso de crecimiento al tiempo que el sector público asumía la responsabilidad preferencial por la corrección de las variables que hacen a la estabilidad macroeconómica y de estímulo al ahorro e inversión; a su vez esto nos muestra lo falaz de esta postura netamente ideológica que nos habla de la *no-intervención* del sector público en la economía. Las diferencias solo aparentes entre ambas propuestas estaban principalmente en el enfoque de lo social y en la institucionalidad laboral. El diagnóstico de la Concertación era que los ajustes de la economía- siempre en perjuicio del trabajador- habían provocado costos sociales muy altos que debían ser corregidos en beneficio de la estabilidad del sistema. La alternativa no estaba en volver a prácticas

asistencialistas empleadas en el pasado, sino en diseñar una estrategia social más cuidadosa y que fuera consistente con la política macroeconómica. Por tanto, el programa social y la transformación en la institucionalidad laboral debía enmarcarse dándole prioridad a la estabilidad y al crecimiento bajo los parámetros neoliberales. En síntesis, mientras el programa de Hernán Büchi fue básicamente una continuidad de las políticas económicas aplicadas en la segunda mitad de los '80, el proyecto aparente de la Concertación contempló aspectos que marcaban diferencias centrales con la dictadura cívico- militar: se planteó la necesidad de una reforma tributaria que aumentaría los recursos para el sector público que serían destinados al “gasto” social”; se habló de la reforma en la legislación laboral, manteniendo sin dudas la *flexibilidad* y la *tercerización del trabajo ajeno*, el congelamiento de las privatizaciones y la regulación de algunos monopolios naturales o de sectores que son intensivos en externalidades. Para los concertacionistas el desafío principal era mejorar las condiciones sociales no superando el régimen neoliberal sino buscando la *modernización* del sistema económico desde una perspectiva social y política que abriera nuevas oportunidades y sacara de la estrechez y de la necesidad económica extrema a quienes aún no recibían los “beneficios” y “bondades” del neoliberalismo. La justificación última de la Concertación se asentaba sobre la recuperación de una democracia que en todo caso sería formal y el desarrollo de esa *economía social de mercado* que abordaría los asuntos de inequidad en la distribución del ingreso. El asunto es que hasta cierto punto estas definiciones ideológicas de la Concertación le planteaban un desafío importante a una clase patronal acostumbrada a hacer de las suyas sin ningún límite. Esta circunstancia fue explotada políticamente en la campaña de la derecha más reaccionaria de manera que buscaron sembrar la idea del caos económico y de la anarquía en *lo político* en caso que triunfara el entonces conglomerado opositor. Por lo tanto, el desafío para Aylwin era neutralizar la desconfianza implícita de los patrones y de sus esbirros y al mismo tiempo desarrollar una economía más coherente, que buscara la meta de la *equidad social* pero sin renunciar a los dogmas del neoliberalismo que nos fuera impuesto a sangre, fuego y violencia los factores de poder más concentrados. En *lo económico y social*, el programa debía compatibilizar las legítimas aspiraciones de los sectores de la mal llamada izquierda- de los socialistas y progresistas- con la moderación necesaria para evitar la desconfianza en los también mal llamados sectores de clase media. La igualdad de oportunidades para todos y el acceso a los beneficios del sistema fueron considerados los requisitos indispensables de la estabilidad democrática. Además, el *derecho a la propiedad privada* quedaba absolutamente garantizado por lo que no es posible en la práctica hacer una revisión de las privatizaciones fraudulentas llevadas adelante por la dictadura solo en lo formal conducida por Pinochet. En materia laboral, la Concertación se planteó un falso compromiso con los derechos de los trabajadores en cuanto a mejorar su situación, a organizarse y poder demandar por sus necesidades y requerimientos. Las reformas fueron objeto de debate entre los trabajadores, el empresariado y el nuevo gobierno.

Debo insistir: la economía de mercado y el rol de la empresa privada fueron asegurados explícitamente en el ideario de la Concertación. El fuerte énfasis en el *equilibrio macroeconómico* y en el crecimiento lo justificaron como el camino necesario, aunque no suficiente, para mejorar la equidad en todos los aspectos. Se planteó una estrategia social que se basaba en tres niveles: a) la reforma tributaria; b) la reforma laboral y en general del mercado del trabajo y c) una política de transferencia de ingresos en favor de los sectores de más bajos ingresos conjuntamente con una serie de políticas y medidas sociales que se entendían desde ese punto de vista. Por supuesto que todo eso, estas reformas digo, podrían ser combatidas por la patronal sin embargo no fue así porque al igual que la dictadura, los sucesivos gobiernos de la Concertación le entregaron a la patronal y al mercado el protagonismo económico, político, social e inclusive cultural. En el aspecto político hubo otra vez dos opciones que conviven hasta hoy y que benefician por igual a los dueños del capital al ir contra las demandas de los sectores populares: las diferencias son apenas de forma, sobre asuntos ideológicos menores que se relacionan por un lado con la defensa de un enfoque falsamente renovado de la acción del gobierno y del régimen (que además es acorde con la transición democrática y con esa pretensión de estar actuando en beneficio de la democracia, que es la aptitud característica de los concertacionistas) y por el otro lado está la defensa de un enfoque mucho más conservador basado en la reacción de la derecha más fundamentalista que representa RN y la UDI. Se entiende entonces que el empresariado optara por distanciarse tanto del régimen de Pinochet como de esa otra derecha más dogmática para concentrarse en la defensa del modelo económico basado en el libertinaje y falso automatismo del mercado. Ante los pronósticos electorales que vaticinaban el contundente avance y triunfo de la Concertación en las presidenciales del año '89, la *Confederación de la Producción y del Comercio*, que es la agrupación empresarial de nuestro país por excelencia, comenzó a participar en las comisiones de trabajo con los economistas de la Concertación a fin de debatir las políticas a implementar en el eventual gobierno de Aylwin. A ello contribuyó también la involución ideológica de los dirigentes del conglomerado del falaz arcoiris, incluidos los socialistas, que frente a los signos “positivos” que mostraba la “evolución” de la economía neoliberal optaron por matizar la crítica, reconociendo ciertos aspectos que consideraban positivos de la estructura económica vigente.

Los economistas de la Concertación en ese sentido planteaban que sin un compromiso concreto de la patronal con la inversión y con el desarrollo del país no habría posibilidad de aplicar una política económica exitosa. Pero esto también es bien relativo- como veremos a continuación- al tiempo que la clase patronal tenía más o menos claro también que sin un entendimiento con la Concertación no habría garantías de permanencia de la *institucionalidad* económica y política. Se produjo así una asociación de intereses entre ellos y lo que serían los gobiernos de la Concertación que no solo logró disminuir la desconfianza mutua y generó un ambiente más distendido para reestablecer *relaciones de cooperación* entre el sector público y privado sino que también

se produjeron importantes coincidencias ideológicas y de intereses que así lograron coaptar las demandas de los trabajadores. Lo interesante es que de ese modo la economía no sufría alteraciones estructurales. La problemática no es en realidad la *inversión*- todos los países la requieren para crecer- sino el origen de la misma. Por ejemplo, si se trata de *capital industrial* (que ese debería ser el núcleo del Estado y modo capitalista de hacer las cosas cuando de lo que se trata es de maximizar sus ganancias) no hay objeción porque en ese contexto también se eleva necesariamente la productividad del trabajo y se incorpora el progreso técnico. Para esto el *capital industrial* acumula todo lo que puede y, en consecuencia, también termina por generar altos ritmos de crecimiento del PIB. Al mismo tiempo nos posibilita elevar el *salario real* sin perjudicar la ganancia de la clase patronal. Por último, este tipo de capital también busca desarrollar la ciencia y la tecnología por la dinámica que lo rige: como se localiza en el espacio de la producción, donde se procesan y se manipulan las fuerzas naturales, termina por aprender que estos desarrollos científicos resultan funcionales a sus intereses. Distinto es el proceso cuando es el *capital financiero- especulativo* el hegemónico. Este es un capital que opera fuera de la producción, en el espacio de la circulación. Es decir, éste no produce plusvalía, sólo se la apropia. Y lo que gana depende de las tasas de interés y de la especulación bursátil, de los bonos y papelitos de colores. Esos no son empresarios sino sujetos que operan con la lógica del casino, de la usura y la ganancia fácil; y cuando ocupan posiciones dominantes- como lo advertía Keynes- la sociedad debería preocuparse. Ocurre que se genera una situación de parasitismo, de múltiples trampas, negociados y corrupción como sucede en Chile en particular y bajo el régimen neoliberal en general. El problema para esta derecha duopólica, también para todos los que se dicen “independientes” o “progresistas” y andan dando lástima por ahí, es que en nuestro país el abuso ha calado tan hondo, es de tal extremo la explotación que se ejerce sobre el trabajador o el banco sobre el cliente, o la universidad y los colegios privados sobre sus alumnos y las isapres sobre sus pacientes, es de tal magnitud el abuso y la impunidad de la que goza aquella élite que nos gobierna digo, que cualquier reivindicación en favor de la democracia (como puede ser la transparencia en los gastos del gobierno, de los partidos, incluso la exigencia de definirse claramente sobre determinados temas, los derechos humanos por ejemplo) simplemente atenta contra la estabilidad neoliberal y los negociados de éstos, de los que se convirtieron en verdugos y en saqueadores de Chile. ¿Qué implicaciones y consecuencias tiene que la fracción del capitalista dominante en el poder sea el *especulativo*? Ese capital lucra por la vía de los intereses y a través de la especulación bursátil. Es la lógica del jugador, del que vive en los casinos. El buen especulador es quien engaña, es el vivo, quien hace trampa. Esto a su vez solo puede generar una fuerte descomposición no solo económica sino también política y ética que inunda al conjunto de los dirigentes de la derecha duopólica pero también a muchos trabajadores que intentan vivir de su esfuerzo. Esto lo advirtió Marx

cuando analiza una situación relativamente parecida en la Francia del siglo XIX. Al respecto conviene citarlo:

“...se repetía en todas las esferas, desde la corte al café de mala muerte la misma prostitución, el mismo fraude descarado, el mismo afán por enriquecerse, no mediante la producción sino por medio del escamoteo de la riqueza ajena ya creada”.

En Chile pasa lo mismo. En las cúpulas económicas y políticas que nos gobiernan, las trampas y la coima se han convertido en algo cotidiano y eso es producto de la confluencia de intereses de los dirigentes políticos y de la patronal que como vimos se viene arrastrando desde el origen de esta falaz “transición a la democracia”. En verdad, la ganancia surge de estos artilugios y manejos sucios y no del proceso productivo que genera riquezas, empleos de calidad, bienes y servicios nacionales, adelantos tecnológicos, creación de industrias, ahorro interno, consumo popular, capital y desarrollo. No hay que engañarse porque desde siempre la Concertación nos miente. El excedente, que es la fuente de todas las ganancias, de la plusvalía y demás, sólo puede surgir en el espacio de la producción, de ese tipo de capitales. En cambio, el *capital financiero y especulativo* en el que nos insiste el *neoliberalismo*, que además lo define en cuanto régimen político, sólo puede apropiarse, mas no producir, esa ganancia. Es un capital parasitario y este rasgo terminará por contagiar al conjunto del país porque absolutamente todo se convierte en una mercancía que se transa en el mercado; incluso los derechos y la vida de las personas.

Nexos entre los grupos económicos, la élite política y el concepto de necesidades “material- ideales” en el proceso de liberación.

Los líderes concertacionistas además se transformaron en cómplices, en gestores y en administradores de un régimen político que si bien todo el tiempo nos habla de la “libertad” de los mercados o de la *prescindencia del sector público* como actor relevante en la definición o aún en el control de las variables económicas, a pesar de todo aquello digo, produjo una tremenda concentración de la propiedad de los medios de producción que en lo político se manifiesta en la colusión entre el gobierno, el sector público y demás y los grandes grupos económicos. Es falso entonces que al final el *sector público* no interviene en la economía; de hecho, lo hace pero siempre en favor de la patronal, para salvarla de las crisis de las que ellos mismos son responsables, para elevar así la tasa media de las ganancias del capital o simplemente para defender esa forma parasitaria de vida que se basa sin más en la explotación del esfuerzo y trabajo ajeno. Sin embargo, cuando no es así, cuando se trata de los derechos de los trabajadores, de su poder adquisitivo o de legislar en favor de las mayorías, se refieren a la “libertad” de los mercados, del “dejar hacer”, de la *previsibilidad* e inclusive de *racionalidad* y *responsabilidad* en

relación a nuestras demandas. Es importante comprender de una vez que la mano invisible de Adam Smith no existe, que es otra de las grandes fábulas del modo capitalista, porque detrás del mercado, quienes lo controlan, están los grupos económicos que de esta manera definen la forma de producción de los bienes (la tecnología y recursos a usar), la circulación de los mismos y la cadena de distribución donde se incluye el precio, la disponibilidad o no de las mercancías y un largo etcétera. Son ellos también los que de antemano indican el valor real del poder adquisitivo del jornal y salario del trabajador. Ahí estamos ante un asunto crucial: es que la calidad de vida del trabajador está directamente ligada con sus condiciones laborales. Es decir, si existen buenas condiciones de trabajo, respeto y un sueldo acorde con el esfuerzo de cada uno también hay buenas condiciones de vida, respeto y mejor calidad de habitación, de educación, de salud y alimentación, solo por nombrar algunas variables, las que parecen más importantes. Entonces, es interesante recordar que esta colusión entre la política y los grupos económicos se origina y se intensifica con el proceso de privatización de las empresas públicas (que al final entre todos ayudamos a construir con nuestros impuestos) a precios viles, donde a veces el encargado de llevar a cabo aquel proceso terminaba como accionistas o como alto ejecutivo de las mismas empresas privatizadas. Y nosotros, los trabajadores, en la medida en que fuimos los flexibilizados y tercerizados, en la forma en que nos convertimos en la *variable de ajuste*, obtuvimos una calidad de vida denigrante, muy por debajo de la situación anterior. En su momento esa política de expoliación de las empresas, de los recursos nacionales y de los derechos de los trabajadores contó con la frontal oposición de la Concertación. Pero, una vez en el gobierno olvidaron todo eso y empezaron a hablarnos de las bondades del libertinaje del mercado, de la *desregulación de la economía* y de la *flexibilización del trabajo*, de las conquistas y derechos de los asalariados. Por esto, debido al apoyo que la Concertación al final brinda a los dogmas relacionados con el automatismo de los mercados y la falaz independencia de los mismos, es que aquel credo del todo irracional, que no resiste el mínimo sentido común, se convierte en una celeridad tan merecida, apreciado y apoyado por la clase patronal pero también por muchos asalariados que son víctimas del afán de la acumulación privada de capital. Finalmente, este credo neoliberal fue consolidado por la Concertación, a pesar de las lamentaciones y de los reproches de los que nos convertimos en víctimas, de los que somos la amplia mayoría, de los que vivimos o intentamos hacerlo a través de un salario que por si no fuera poco es definido de antemano por la élite en el poder.

¿Cómo no postular entonces la solidaridad de la clase del trabajador?
¿Acaso la estrategia del movimiento social chileno no expresa la necesidad, que trascendía la lucha económica de los sectores populares, de extender las demandas de los salarios y del mejoramiento de las condiciones laborales al campo de la acción política concreta? ¿Acaso no se trataría en definitiva de llevar la lucha de clases hasta el punto en que el Estado capitalista mismo se vea en verdad amenazado por las huestes del pueblo? El auténtico propósito

de nosotros, el logro de estas condiciones en las que los hombres en verdad pueden configurar su vida, consiste en ya no subordinar nuestras vidas a las sentencias, dictámenes y requerimientos de la producción lucrativa, a cierto aparato controlado por fuerzas que están más allá de nuestro control. Y el logro de tales condiciones implica la abolición de la democracia en la medida de lo posible, de su régimen basado en los falsos consensos con el otro sector de la derecha y aún del *capitalismo* como razón y lógica de producción, de circulación y de distribución de los bienes y servicios. No se trata solamente de mejorar el nivel de vida de los trabajadores, lo que en todo caso no deja de ser fundamental, sino de buscar la felicidad del hombre que viene dada por satisfacer sus necesidades “biológicas” o “ideales” a las que más adelante me refiero. Muy pronto y por mérito propio el marxismo fue capaz de reconocer que la continua *pauperización* de los asalariados por sí misma no suministra fatalmente el terreno fértil para la (*r*) *evolución* que permanece y que además la conciencia altamente desarrollada originaría eventualmente una necesidad de cambio dentro de las avanzadas condiciones materiales del régimen. Pero, el poder del Estado capitalista en su versión actual- la neoliberal- está en condiciones de congelar (de hecho lo hace) la aparición de esta conciencia: sus medios masivos de comunicación, de información y de divulgación entre los sectores populares vincula las facultades racionales y emocionales de los mismos a su mercado y políticas y las guía hacia la defensa de su imperio y razones. De este modo se estrechan de forma decidida las diferencias en el consumo lo que hace posible la coordinación mental e instintiva de la clase trabajadora: la mayoría de las organizaciones sindicales y de los partidos que se dicen de “izquierda” en nuestro país- por lo menos los que tienen cierta representación parlamentaria- se vuelven cómplices del régimen al compartir las necesidades estabilizadoras y la repugnancia emocional al intelectual no conformista, hacia quienes deciden rechazar el régimen y su falaz *transición a la democracia*. A la inversa, allí donde las diferencias en la capacidad de consumo son amplias todavía, donde la cultura capitalista no ha penetrado hasta el último hogar, el sistema de las necesidades estabilizadoras tiene sus límites reales y concretos; el deslumbrante contraste y la desigualdad entre la clase privilegiada y los trabajadores nos conduce a radicalizar las posturas de los no- privilegiados, de los excluidos de los “beneficios” del régimen que cada vez somos más. Es el caso del poblador, del desempleado y de todos los segregados por responsabilidad de las medidas neoliberales y sus crisis. Este es precisamente el talón de Aquiles del neoliberalismo: que actualmente no está en condiciones de sostener una calidad de vida racional para la mayoría, que sea mínimamente satisfactoria, ni siquiera en los países que se dicen más desarrollados en términos capitalistas. En virtud del lugar prioritario que nos corresponde en el proceso de producción, en virtud de la fuerza numérica del trabajador y del grado fenomenal de la explotación que el capital ejerce sobre todos nosotros, la clase trabajadora somos todavía el agente protagónico de la (*r*) *evolución permanente* y lo seguiremos siendo; de eso no cabe la menor duda. Sin embargo, ocurre también que en virtud de que son muchos los que

comparten la necesidad estabilizadora del régimen, se convierten por ello en un factor conservador, incluso contrarrevolucionario. Objetivamente, “en sí”, la clase de los trabajadores es aún, potencialmente digo, la llamada a liderar el cambio; subjetivamente, “para sí”, no lo es. Esta idea tiene un significado real en la situación actual del país, en la que los trabajadores podemos ayudar a circunscribir la amplitud y las metas de la práctica y de la acción política. En los países capitalistas más avanzados, la radicalización de los trabajadores se ve contrarrestada por la interrupción de la conciencia, urdida socialmente, y mediante el desarrollo y satisfacción de algunas necesidades que perpetúan la servidumbre de los explotados. Es así como se fomenta en la estructura instintiva de los explotados un interés creado en favor del sistema existente, y no se produce una ruptura respecto de la opresión que el régimen ejerce sobre el hombre. De ahí que el cambio radical, el que va a transformar la sociedad, que nos conduce a un Chile popular, más democrático e inclusivo, participativo y moderno, deberá penetrar en una dimensión de la existencia humana apenas considerada en la teoría de Marx: la dimensión “biológica” e “ideal” en la que las necesidades y las satisfacciones vitales de los hombres se reafirman a sí mismas.

Dos cuestiones sobre lo anterior. Lo primero es que en la medida en que estas necesidades y satisfacciones reproducen una vida de servidumbre, de explotación, de conformismo y quietismo, la libertad presupone cambios en la *dimensión biológica, instintiva e ideal* del hombre. La diferencia entre nuestro país neoliberal hasta el tuétano y una sociedad libertaria es que esta última afecta todas las necesidades y satisfacciones más allá del nivel animal, esto es, todas aquellas que son esenciales al hombre como especie humana para vivir pero además las relacionadas con el hombre como animal racional. Estas necesidades y satisfacciones básicas- a las *materiales* me refiero- están contaminadas con la exigencia del lucro y explotación que la acumulación privada del capital ejerce sobre el trabajador. Por si no fuera suficiente, todo aquel ámbito de las actuaciones y del rol competitivo que nos corresponde en el proceso de la producción de los bienes y de la diversión estandarizada y homogeneizada desde la cúspide del poder, los símbolos del estatus social, del prestigio, de la virilidad, del éxito y del encanto a través de la publicidad, de la belleza comercializada, del arte moderno, de la poesía y de la literatura, todas esas necesidades *biológicas e ideales* digamos, también están presas de la lógica capitalista que destruye la opción de esta libertad sin explotación ni represión. Lo hace porque estas necesidades son capturadas por la razón del capitalismo sometiéndolas a la razón de su modelo cultural, social y político. Lo segundo que tengo que aclarar- y esto es importante- es que existen dos tipos de necesidades. Están las propiamente *materiales*, estas de las que nos habla Marx y Engels y que son vitales para la vida (como el alimentarse, etc) y están esas necesidades *biológicas* que se relacionan con las *materiales* pero que van más allá de éstas: son las que tienen que ver con la espiritualidad de las personas, con la búsqueda de la felicidad y la satisfacción en el contexto de la cultura, de una mejor calidad de vida en términos cualitativos y no solo

cuantitativos, con la solidaridad de la clase de los trabajadores, con el respeto por los derechos humanos y con la ocupación y la preocupación por nuestros semejantes. Es interesante establecer la plena relación entre las necesidades *materiales*, las *institivas* y las *ideales* para ir no solamente un poco más allá del marxismo sino también de Marcuse. Entonces, las necesidades *material-ideales* se circunscriben en la postura de la plena primacía del derecho a la vida de forma que cumplen el rol de fundamentar el *humanismo*. Lo hacen porque consideran al hombre en su máxima dimensión, tanto material como biológica e ideal. Esta nueva caracterización de las urgencias y demandas de los sectores populares, el introducir el concepto de las necesidades *material-ideales* es fundamental por lo siguiente: ocurre que el triunfo de la razón del capitalista se produce cuando el trabajador en el proceso de control que sobre él se ejerce a través de la satisfacción de ciertas *necesidades materiales*, de falso confort, ya no puede rechazar el sistema de dominación sin rechazarse a sí mismo, a los valores y necesidades que lo oprimen. En este sentido actuó y actúa la “renovación” del ideal del socialismo, del falso progresismo, de la izquierda chilena en particular y de la Concertación en general. Entonces, hay que concluir que la liberación significa *subversión* contra la “voluntad” e intereses prevalecientes de la mayoría de los trabajadores que se encuentran bajo control por las necesidades que el neoliberalismo nos impone. Y en este proceso entender las necesidades en su doble carácter (materiales e ideales) es de suma importancia: en precisamente en aquella falsa identificación de las necesidades sociales e individuales, en esta enraizada adaptación orgánica e ideal de los hombres respecto de una sociedad capitalista terrible pero que funcionaría con máximo provecho, donde está y yacen expresados los límites de la persuasión y de la evolución democrática de cualquier país. Muy por el contrario, de superar esas limitantes depende el poder establecer el régimen y la democracia popular, esa que precisamente se piensa en los términos de las necesidades *material-ideales*. Es esta adaptabilidad del hombre al Estado y al modo capitalista por el proceso que “satisface” sus necesidades materiales, que a su vez son definidas por la lógica dominante, la que hay que combatir; es necesario porque es la que lo impele a perpetuar y a extender su condición de mercancía bajo un falso confort, a partir del consumo a través de la tarjeta de crédito y de tantas otras argucias que le hacen creer que eventualmente puede aspirar a una calidad de vida un poco mejor. La manera capitalista, con el crédito y con todo lo demás, intenta perpetuar y extender el control sobre la conducta y satisfacciones del trabajador. Aquí estamos en presencia de otra característica, a la que me refiero por primera vez, de la (*r*) *evolución* que permanece: el cambio debe guiarse por la satisfacción de las necesidades *material-ideales*, por la urgencia de liberarse del confort administrado por la élite y la destructiva productividad de esta sociedad fuertemente explotadora tanto a nivel material como de los valores, esperanzas y perspectivas de la clase trabajadora. Una (*r*) *evolución permanente* que a partir de aquel nuevo fundamento de las necesidades *material-ideales* tenga la real oportunidad de convertir el progreso técnico, la ciencia y demás en una forma de vida que

sea diferente en términos cualitativos porque es un gran cambio- es radical- ya que se hace no solo para dominar la escasez y la pobreza del hombre sino también para cambiar el sentido y la lógica de sus prioridades.

Para que la idea de la transformación radical sea más que una ociosa especulación debe tener un principio objetivo en el proceso de producción, de circulación y de distribución de las mercancías, en su capacidad técnica y en el empleo de ésta con el final expreso de poder convertirse en vehículo de la libertad. Para ello, tanto la ciencia, el saber, la cultura como la tecnología tendrían que cambiar de dirección, sus propios objetivos y sus metas actuales y pensarse como herramientas que buscan satisfacer las urgencias *material-ideales* de los hombres. Las necesidades son reconstruidas de acuerdo a esa nueva sensibilidad: la de las exigencias de los instintos que están plenamente ligados a lo *material-ideal*. A partir de ahí podemos hablar con propiedad de una *tecnología de la liberación*, de esa que es producto de la imaginación científica libre para proyectar y diseñar las formas de un universo humano sin explotación, opresión ni agobio. Pero esta ciencia del hombre nuevo sólo se concibe después del rompimiento histórico con la dominación y el control que la élite ejerce sobre nosotros. La idea del tipo de *hombre nuevo*, como miembro de la *sociedad libre*, que es alternativa al neoliberalismo pregonado por el gobierno, hace su aparición en Marx y en Engels con el concepto del *individuo completo*; ese que es libre para dedicarse a actividades variadas y múltiples. En ese Chile alternativo al autoritarismo actual, el desarrollo de las facultades y de las necesidades *material-ideales* de los hombres reemplazan la sujeción del asalariado a la división social del trabajo planteada por el modelo capitalista de producir, de circular y de distribuir la mercancía. Como dije, además tendrá que responsabilizarse la dirigencia de la Concertación- en especial los “socialistas” y “progresistas”- porque con su “renovación” de las ideas lo que lograron fue reforzar sin ningún tipo de complejo de culpa el control. En algún momento de la historia tendrán que responsabilizarse por sus decisiones porque afectaron a la mayoría de los chilenos. Es de la mano del nuevo protagonismo que adquiere el *movimiento social* en las múltiples luchas por el cambio que será posible que asuman las responsabilidades que les corresponden; lo reconozcan o no el pueblo pronunció su veredicto sobre la ruta de la “transformación” que aquel conglomerado de partidos políticos eligió cuando a finales de los '80 arreciaba la lucha de los sectores populares por acabar con la represión y con el *terrorismo de Estado*. Por esto mismo, no tenemos que ser complacientes ni rebajar, y bajo ningún aspecto moderar la crítica contra esos personajes, contra los líderes de la Concertación, porque predicán desde el inicio el certificado de muerte de las batallas por ese Chile que merecemos. Sus ideas y sus pensamientos no son profundos, tampoco su estrategia o táctica política, porque emanan de la necesidad real de mantener bajo control a la mayor parte de la población para seguir aprovechándose del trabajo y del esfuerzo ajeno. La historia los está pasando por encima porque las crónicas y hechos que son parte y componen nuestra experiencia reciente nos demuestran que carecen en absoluto de una propaganda, de agitación y

de una organización en beneficio del pueblo; incluso, en la medida que nos plantea esta Nueva Mayoría que no hará esas reformas que el país requiere urgentemente, en la forma que saben que no cumplirán con las expectativas del pueblo a pesar de haberse comprometido en ello en la campaña electoral, nos muestra que también son malas personas, que son maquiavélicos porque se sirven de cualquier medio, del engaño y de todo lo demás para mantenerse en el poder. No tienen buenas intenciones. No las tienen porque actualmente existe una doble moral, un país para los pudientes y otro para los pobres: por ejemplo, sobre la justicia tenemos que un chileno con recursos, perteneciente a la élite digo, es inocente hasta que se demuestre lo contrario... tiene a su haber todas las garantías del debido proceso. Por el contrario, el pobre es de antemano culpable y no le queda más que poder demostrar su inocencia. Ni que hablar sobre los procesos de “justicia” que la patronal rural monta contra el pueblo mapuche a quienes le aplican la ley antiterrorista. Ese es el Chile que consolidó la Concertación. Y pasa en todos los aspectos: si la patronal evade impuestos y gravámenes, si estafa masivamente a los consumidores o si maneja el valor de los medicamentos a su entero antojo, son condenados a hacer algún curso de ética empresarial, incluso hasta le pueden condonar la deuda como en el caso Johnson's. Con las pequeñas empresas, con el almacén de nuestro barrio, con la fuente de soda y demás no pasa lo mismo; de hecho, ahí estarán siempre atentos los sabuesos de Impuestos Internos para multar y clausurar al infractor.

Fue la dictadura de Pinochet la que estableció aquel sistema tributario que permite una fácil elusión y evasión de impuestos por parte de las grandes empresas privadas; es real y hay que reconocerlo pero éste simplemente fue consolidado por los sucesivos gobiernos concertacionistas. Particularmente paradigmático es el caso de las transnacionales que controlan el cobre, cuyas elusiones significan la pérdida constante para el Estado, durante los últimos veinte años, de centenares de millones de dólares en fuente de recursos. Lo peor es que esta cuestión se fundamenta legalmente en una medida que en su momento planteó “racionalmente” el neoliberalismo en su versión dictatorial y también en su versión seudodemocrática, de democracia de baja intensidad. Además, el alza de los impuestos directos a las empresas lograda durante el gobierno de Aylwin no pudo revertir la situación heredada al 11 de marzo de 1990 a los niveles que existían a fines de 1987. Y como además el IVA fue subido desde el 16% al 18%, no parece extraño que aquella reforma fuera relativamente neutral desde el punto de vista de la distribución del ingreso y de las riquezas. En realidad, los impuestos venidos del negociado del cobre son apenas un 10% de los recursos del sector público mientras que el IVA aporta casi el 60%. En otras palabras, entre todos, cuando compramos el pan, la carne y los alimentos, cuando compramos los útiles escolares o cuando pagamos por la movilización, por un libro, por una entrada al cine o por servicios como la luz, estamos colaborando al financiamiento del sector público en igualdad de condiciones respecto de los sectores sociales más pudientes. Ocurre que el IVA es por excelencia un *impuesto al consumo* que

no discrimina de acuerdo al poder adquisitivo de cada uno y así es regresivo, y por lo tanto también la financiación del sector público. La Concertación se hizo la distraída y pretendió olvidar esa característica del IVA- ser regresivo- porque castiga a los trabajadores que destinan la mayor parte sino todo su salario al consumo de los bienes básicos como la alimentación, la vestimenta, la salud o la educación. Mucho más: al final de su gobierno el señor Lagos logró un alza del IVA al 19% por poco más de un año que luego y de manera permanente mantuvo Bachelet que ahora se nos presenta como la salvadora de la estabilidad y de la gobernabilidad. De la misma manera, los gobiernos concertacionistas siguieron favoreciendo los privilegios de la banca privada, sea nacional o foránea, que hace de las suyas logrando niveles de ganancias inéditos que ni siquiera son aceptables en los países más desarrollados en términos capitalistas. Recordemos que en su momento la banca chilena casi quebró por la grave crisis económica de los años '80, siendo salvada por los subsidios de la dictadura. Esos privilegios subsisten y serán consagrados por un generoso acuerdo final alcanzado en el gobierno de Aylwin. Además, a poco de asumir Lagos, el *Banco del Estado* efectuaría un multimillonario préstamo al *Grupo Luksic* para que comprara el *Banco de Chile* de manera que ahora no tenemos ni banco del Estado ni el de Chile. A tal punto se vio favorecido ese sistema que hasta en años de escaso crecimiento de nuestra economía, de crisis incluso, sus utilidades han seguido incrementándose sin límite alguno. De forma análoga, la dictadura evitó en su fase final (a través de un conjunto de medidas preferenciales del *Banco del Estado*) la quiebra de *El Mercurio* y *La Tercera*, lo que después es avalado por la justicia. Por último, ambos pasquines siguen disfrutando de un inaceptable tratamiento preferencial de parte de los gobiernos concertacionistas en relación al avisaje estatal a pesar de que desde hace mucho tiempo ambos son un paredón contra la verdad y una trinchera de opinión que se define como objetiva y dueña de la imparcialidad y de la independencia.³

³ Si consideramos que los medios masivos de comunicación no son imparciales ni objetivos, a veces ni siquiera racionales porque recurren a todos sus recursos en defensa de los intereses que representan, si consideramos que éstos se encuentran fuertemente concentrados en su propiedad, que se convierten por lo mismo en una trinchera predilecta de la derecha para atentar contra los regímenes nacionales y populares en particular y contra la democracia en general, y si además tenemos en cuenta que la concentración de la propiedad atenta contra la libre expresión e información (de hecho las transnacionales de la comunicación inclusive controlan las fuentes y origen de los datos informáticos y demás) tendríamos que preguntarnos porqué no podemos plantear límites y regulaciones a los medios de comunicación masivos.

El tema es delicado porque el solo planteamiento en ese sentido se presta para que nos cataloguen de dictadores, de partidarios de la censura, de la manipulación o de la desinformación. Pero, si por último y por sus propias características, consideramos que los medios son un cuarto poder al servicio de unos cuantos entonces, ¿porqué no plantear una política clara al respecto? ¿Acaso las restricciones al Poder Ejecutivo, al Legislativo y al Judicial no se plantean como una forma de mejorar la calidad del sistema democrático, para que cada poder no se superponga al otro en sus atribuciones y roles? ¿No se plantean estas regulaciones para mejorar la previsibilidad, la gobernabilidad y la estabilidad del

La riqueza y poder de los grupos económicos se incrementó de manera sustancial en los gobiernos de la Concertación bajo la lógica del libertinaje del mercado y de otra serie de políticas del dejar hacer que son parte integral del originario dogma neoliberal de aquel conglomerado político. A modo de ejemplo, las diez principales empresas privadas de la gran minería del cobre obtuvieron entre 2003 y 2006 utilidades por casi 30 mil millones de dólares, con una rentabilidad que sobrepasaría su patrimonio por más de un 50% del capital invertido. Asimismo, las empresas del transporte aéreo, las AFP, las Isapre y empresas de transporte marítimo obtuvieron rentabilidades por sobre el 20% de su patrimonio en el año 2004. Por otro lado, basta para el chileno común, para quienes vivimos de un salario de antemano definido por la clase patronal, ver la fabulosa expansión experimentada en estos años por ciertos oligopolios para entender hasta que grado la riqueza se encuentra en pocas manos. Tenemos el oligopolio farmacéutico, donde algunas farmacias como *Cruz Verde* o *Ahumada* logran un crecimiento tremendo, muy importante; en relación a la distribución y comercialización de bienes tenemos a los propios supermercados: *Líder* y *Ekono*, *Jumbo*, *Cencosud*, *Santa Isabel*, *Unimark* y *Tottus*; de las tiendas de departamento está *Falabella*, *Ripley*, *Almacenes Paris* y *La Polar* que nos ayudan a constatar hasta que extremo se produce la concentración de la economía en manos de unas cuantas familias que son las dueñas de Chile. Además, estos ejemplos nos ayudan a entender a cabalidad, no se equivoquen al respecto, que el empresario nunca pierde; nunca salta la banca porque éste siempre gana. El festín del casino global siempre está de buen humor, se la pasa de celebración en celebración porque controla todo: las acciones de las transnacionales, la especulación y las finanzas, los precios de los bienes, las tasas de interés, el valor del dólar, de la fuerza de trabajo y los recursos del mundo. Ni siquiera la crisis global amenaza con trastocar los conceptos y la lógica de esta timba global. ¿Quiénes fueron los beneficiarios de la crisis que ellos mismos generaron? Sí, los bancos, esos tecnócratas que juegan con papelitos de colores, con nuestras vidas y urgencias. El asunto es que la *concentración* en cualquiera forma- sea ésta económica o política- lo que hace es atentar contra el sistema democrático, es perjudicial para éste: la *concentración del poder económico* deja los recursos por todos generados en manos de unos cuantos tecnócratas que a través del control de la producción de los bienes y de las variables económicas definen la manera de producción, de circulación y de distribución de la mercancía, las necesidades del hombre y hasta el valor de la vida de manera que en este proceso están definiendo el país y el sistema de vida de todos nosotros; en cuanto a la concentración del poder político, en el caso de Chile, éste conduce primero a la barbarie cívico-

sistema político? ¿No se trata de colocar límites para que el Presidente no se convierta en dictador, para que no tengamos un gobierno presidido por los jueces o para evitar un parlamentarismo como el que surgió en Chile luego de la caída de Balmaceda? Lo que debemos buscar es una discusión democrática, plural y de plena participación para definir el rol y las atribuciones que en un sistema democrático les corresponden a los medios, de poner límites que mejoren la convivencia y construir una verdad socialmente compartida.

militar y posteriormente a la consolidación de una derecha duopólica que es profundamente intolerante. En contraparte, hemos sido testigos de cómo los líderes concertacionistas pasan a formar parte de los directorios o de la plana mayor de las grandes empresas y de las instituciones rectoras de este orden, o como han ejercido una función de lobby en propio beneficio. La naturalidad con que esto fue asumido por los trabajadores nos dice hasta qué grado se consolidó el neoliberalismo de la Concertación. Es grave porque al final, a pesar de este casino global donde solo se apuesta las vidas de todos, nuestras necesidades y demandas, a las *material- ideales* me refiero, a pesar de ello, los que generan la producción de los bienes y servicios y así el empleo, el crecimiento, el desarrollo y la pujanza de un país- de Chile o del que fuéramos los trabajadores pero de ese esfuerzo solo goza la patronal.

Por último, en Chile la economía está tan concentrada que la clase de políticos, estos que supimos conseguir en todos estos años de falaz transición a la democracia, no solo son representantes de la élite en el poder sino que la mayor parte de las veces son parte de la clase dominante. En este sentido, los líderes de la Concertación, ni hablar de la Alianza, son todos miembros de los directorios o incluso dueños o accionistas de los colegios y universidades privadas, de las AFP, de las isapres... El caso más patético y paradigmático es el del señor Piñera que siendo en su momento Presidente y empresario no puede justificar ni racional ni legalmente el origen de su fortuna; al igual que muchos otros. El caso de Piñera no es broma porque se encuentra dentro del ranking de los más acaudalados de la revista Forbes. Debe las explicaciones pertinentes porque ningún trabajador honesto, por más que se sacrifique, que trabaje las horas que sean, puede lograr semejante fortuna salvo en casos bastante puntuales. Su riqueza se origina así en el *tráfico de influencias*, de *información privilegiada* o directamente a partir de los *negociados* que la Concertación y la Alianza ayudarían a consolidar en perjuicio de los sectores populares. De esta forma son ambas coaliciones las cómplices de esta fuerte concentración de la riqueza, de las propiedades y del poder de decisión. Y los mayores negociados en este país que es neoliberal son la educación, la salud y las jubilaciones, todos servicios que debería gestionar el sector público en comunión con las organizaciones gubernamentales o no, con los grupos de base y con los sectores genuinamente representativos de la cultura popular. Desde esa perspectiva y debido al desafío que esto implica, los trabajadores no podemos darnos el lujo de protestar porque sí, espontáneamente digamos, como simple expresión de *desesperación*, de *terror*, *impotencia*, *venganza* o *resentimiento* hacia quienes nos oprimen. En las manifestaciones, protestas y huelgas actuales se impone el destello de la conciencia de los hombres y de las mujeres de nuestra Patria en tanto somos parte integral de una clase social marginada, explotada y denigrada; además, somos la mayoría y por lo tanto también los protagonistas del cambio, de esas huestes que toman la historia por asalto reivindicando la exigencia de resolver las demandas *material-ideales* de todos nosotros; necesidades que por lo mismo son también de tipo políticas, filosóficas, históricas, culturales y elaboradas por los trabajadores y

reivindicadas por el dirigente popular, de aquel que surge desde la base del movimiento social. Se trata de despertar a la vida consciente y al combate en iguales términos, como asalariados y como estudiantes armados de la mejor teoría y del más simple y a su vez del más complejo proyecto: hacer de Chile un país normal y democrático. No es tan difícil. En Argentina, todos los años los sindicatos negocian sus salarios y la economía no colapsa. Tampoco se van las inversiones. En ocasiones, un par de disconformes pueden cortar una avenida, de hecho se producen hasta veinte cortes de las calles en simultáneo en Buenos Aires pero la ciudad sigue su ritmo, tampoco hay represión. Hay universidad de calidad, de libre acceso y gratuita para todos, al igual que existen los hospitales, sin embargo, el sector público que es quien sostiene estos derechos no se desfinancia. También es posible prescindir del FMI y hasta mejorar la vida de nuestros ciudadanos con recursos propios, sin perder limosna. Por su parte, Bolivia y Brasil (por favor no nos olvidemos de Cuba) son países democráticos donde la satisfacción de las necesidades del pueblo es una constante y eso se hace con ahorro interno y con capital de esa manera generado. Estos casos nos muestran que sí se puede crear empleos de calidad y dignos, desarrollar la industria nacional y una lógica que a partir de ahí se refiera a aquellas necesidades *material- ideales* que son fundamentales para plantear un régimen alternativo no solo al neoliberalismo sino también al modo capitalista de producir y de definir la vida y necesidades del hombre.

La salud y la educación como ámbitos de lucro, de dominación y de control sobre la sensibilidad e ideales de los chilenos.

Ahora empieza a entenderse mejor el porqué la educación, el saber y la cultura, la razón y su lógica deben estar en manos privadas de acuerdo a los agentes neoliberales, bajo la razón del lucro digo. Por una parte, ya que es necesario el dominio sobre los sectores del pueblo a través de las necesidades materiales- de falso bienestar- y por otra parte porque esta perspectiva de la economía y de las satisfacción de las urgencias de los trabajadores favorece a la élite en el poder, a la misma Concertación. Es decir, a partir de este hecho, de que los líderes de esta Nueva Mayoría pasan a formar parte integral de la clase en el poder, tienen el interés en que el régimen sea conservado y en consecuencia se adaptan y luchan para que nada cambie ni sea alterado, por lo menos no en sus fundamentos. Lo hacen, batallan por el sistema político-económico porque satisface sus necesidades; se entiende entonces el porque consolidan y conservan en sus años de gobernanza un régimen enemigo de la voluntad y soberanía nacional. No exagero porque la Constitución de 1980-2005 lo que hace, para lo que fue pensada, es para negar cualquier expresión de la voluntad del pueblo para decidir sobre su destino. Por eso existen los cónclaves autoritarios, la función de “garantes de la institucionalidad” de las Fuerzas Armadas, de Carabineros o un sistema electoral que distorsiona la representación en favor de la derecha duopólica: se trataría de que nunca más en Chile pueda surgir un gobierno como el de la Unidad Popular. Aún más,

mucho más: es por lo anterior, por la Constitución que nos somete, que Chile no es un país democrático. De hecho, nuestro régimen se basa en la *Doctrina de Seguridad Nacional* donde el neoliberalismo lo único que hace es intentar racionalizar, darle un manto de legalidad y de legitimidad, a esta ideología basada en la concepción del *enemigo interno*. La doctrina del *libertinaje del mercado* surgiría de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por los dominantes y por sus representantes para de este modo someternos a su control. Son reivindicadas además por la patronal, por intelectuales a su servicio, por sus sicarios y por aquellos bufones que le rinden pleitesía a la monarquía absoluta del capital privado. El neoliberalismo surge así no como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento libertario sino por el contrario, para intentar neutralizar el protagonismo que al trabajador le corresponde en su batalla por la libertad. Es lo que pasó en los '90 cuando la Concertación con su democracia de muy baja intensidad y “en la medida de lo posible” logra primero desmovilizar al movimiento social que acabó con la dictadura para posteriormente desarticularlo. Es la forma para estabilizar el sistema político, para neutralizar aquel despertar espontáneo pero también organizado de los chilenos, de los estudiantes, de la mujer de nuestra Patria, de los empleados del puerto y de los mineros, de los pescadores artesanales, de los mapuches, del pirquinero, de los trabajadores en general y del hombre de a pie, del común, ese que todos los días lucha contra una realidad que le es muy adversa. No les importó a los falsos demócratas porque entendieron que este régimen, el legado de la dictadura, al neoliberalismo me refiero, así como estaba y como permanece hasta hoy, les favorece sobremanera; de ahí el apoyo a un sistema político profundamente reaccionario, a sus dogmas y a su razón que nos plantea un régimen basado en el afán del lucro que es lo que moviliza a las empresas privadas. El caso de la salud es un buen ejemplo al respecto porque además es un ámbito estratégico para el desarrollo y para el bienestar del país. De esta manera se justifican las isapres cuyo sistema establece una decisiva segmentación en el acceso de la población a la salud, a aquel servicio fundamental. En los años '90 constatamos lo injusto de esta situación, de como la expansión de las isapres incidió negativamente sobre la disponibilidad de recursos del Estado para atender a la población adscrita al sector público que es ni más ni menos que entre el 60- 65% del total de los chilenos. El traslado a las isapres de la población de mayores ingresos y de menor riesgo sanitario restó importantes recursos al sector público, cuestión que se agrava al verificar que la población adscrita al sistema privado regresa al público cuando debe enfrentarse con las enfermedades catastróficas y/o no dispone de los medios económicos para renovar su contrato anual privado de salud. Entonces, a pesar de que siempre nos bombardean con propaganda de que el sector público no debería intervenir, finalmente es el mismo quien se convierte de hecho en el *garante en última instancia*. El asunto es que esto no se traduce en financiamiento para que el sistema funcione con estándares mínimos de calidad y dignidad. Por otro lado, en Chile en términos sanitarios existen dos países: está el que recibe un financiamiento del sistema de salud

a escala de los países subdesarrollados, y por otro lado, está ese bastante más pequeño y para unos pocos, donde el “consumidor” se atiende de acuerdo al estándar de calidad de los países más desarrollados.

Es necesaria otra perspectiva en el ámbito de la salud, de la educación, en todo en realidad, si es que aspiramos a estándares mínimos en la calidad de vida de los sectores populares que pongan fin a los dos países- el de las élites y el de los pobres- que cohabitan en Chile. Esta nueva sensibilidad y perspectiva nos desafía a plantear el asunto desde el concepto de necesidades *material- ideales* porque es quien mejor nos manifiesta la afirmación de los instintos de vida sobre la agresividad y la culpa, del placer sobre el dolor o de la felicidad sobre la tristeza, pero también de la riqueza ante la pobreza. A partir de ahí podemos pensar en la urgente abolición de la injusticia y de la miseria para de esta manera configurar la evolución de los hombres desde la postura del *nivel de vida*, típica de las necesidades apenas materiales, hacia la tesis de la *calidad de vida* que nos remite a las necesidades *material- ideales* de las que hablo. Los instintos de la vida encontrarían una expresión mucho más racional en el planeamiento de la distribución del tiempo de trabajo que es socialmente necesario dentro y entre las variadas ramas de la producción, determinando así prioridades de objetivos, metas y selecciones: no sólo sobre lo que se debe producir, sino también la forma de los bienes y la manera en que será elaborado, con qué tipo de tecnología, etc. La *conciencia liberada* de los trabajadores en esas circunstancias promueve el desarrollo de un *saber técnico*, de una *ciencia aplicada* y de una *tecnología libre* para descubrir y realizar las potencialidades no solamente de nuestros recursos naturales y de las materias primas en general sino también del hombre que de esa manera logra mayor protección y goce de su vida, jugando con las potencialidades y facultades que adquiere bajo las sentencias de una sociedad que reorganiza la forma de producir, de circular y de distribuir las mercancías de acuerdo a las necesidades *material- idealistas* que buscan acercarnos a la plena liberación de los dogmas del Estado capitalista y de su neoliberalismo, de la democracia de los consensos, de la falsa transición, de la justicia y de las “reformas en la medida de lo posible”. La técnica tendería a devenir arte y este nuevo arte del poder popular tendería a su vez a conformar la realidad: la oposición entre el modo de producción y las necesidades de los trabajadores, entre las altas y las bajas facultades humanas, entre el pensamiento poético y científico, entre los intereses de cada cual y los de la sociedad, sería invalidada en la medida que la (*r*) *evolución* permaneciera a través del tiempo. Pregunto: ¿dónde está la posibilidad de aquel cambio estructural del hombre como *individuo* pero también como *ser social*, como *ser genérico* bajo los términos de Marx y de Engels? La encontramos cuando estamos en condiciones de poder eliminar, si realmente lo son, las causas que han hecho de la historia del hombre una crónica basada en los hechos de dominación y de servidumbre, de control y de explotación feroz de nuestras vidas, trabajo y necesidades. Las causas son económicas y a su vez son políticas, son sociales y también culturales y por lo mismo están relacionadas directamente con el tipo de educación. Lo están

porque a través de estos aspectos se reconfiguran los instintos y necesidades de los hombres para que sirvan a los objetivos del control de la élite sobre la mayoría. Ningún cambio que no considere estos ámbitos (la relación que al fin existe entre la educación y el conocimiento con la dominación, con el rol que le corresponde a las ciencias, a la técnica y su forma de producir, circular y de distribuir los bienes y demás) podrá en verdad detener al capitalismo y su forma cada vez más simulada de control sobre la conciencia del pueblo. Esa otra realidad, que se despliega a partir del *ser genérico* y sus necesidades *material- idealistas*, se desarrolla con la lucha sin pausas, con la experiencia y con la praxis de la resistencia y del rechazo absoluto a las sentencias y a los dogmas de la élite: emerge en la batalla contra la violencia y la explotación, ahí donde la lucha se encamina a lograr otro modo de vida, nuevos, esos que niegan la totalidad y la racionalidad del régimen establecido, su moral, la ética que lo justifica, la educación y salud que promueve y hasta su cultura; se trataría de reafirmar todo el tiempo nuestro derecho a construir un país donde la abolición del agobio y de la violencia se traduzca en un Chile donde lo sensual, lo sereno y lo más bello lleguen a ser una forma de existencia de la sociedad misma, donde no tengamos que lidiar con aquel doble país del que he estado hablando, donde la educación y la salud ya no sean bienes de consumo como cualquier otro, mercancías al servicio del mejor postor. Es muy posible el cambio pero solo cuando la cultura y el saber basado en las nuevas necesidades del hombre, de esas urgencias que lo sojuzgan al falso bienestar capitalista, sean combatidos y segregados de nuestra realidad. Es la forma en que se disuelve en una manera inferior y destructiva las razones, las tesis, las necesidades y las demandas del Estado y del modo de hacer y de producir la mercancía bajo el capitalismo. Se impone aquella transformación cuando el odio y el resentimiento estalla en risa y en canciones, en consignas y marchas que mezclan la barricada con el salón de baile o el juego amoroso con el heroísmo del luchador de las calles. La insistencia en que la sociedad humanista debería ser ligera, hermosa y graciosa, en que esas cualidades sean elementos esenciales de libertad, de fe en la racionalidad de la imaginación, la exigencia de una ética que nos interpela a responsabilizarnos por la suerte de nuestros vecinos, del prójimo o como quieran llamarlo, es una prioridad para construir esa sociedad, un país que nos plantea otro saber, una nueva cultura y manera de entender la educación. De hecho, es en este contexto que estamos ante una rebelión contra el autoritarismo de la derecha duopólica, que nos situamos en una dimensión y en una dirección de cambio radical en todo ámbito de modo que reaparecen y resurgen por doquier aquellos actores con una nueva visión de Chile.

Un universo de relaciones humanas donde la salud y la educación en este caso no estén *mediatizadas* por la *razón del mercado*, que ya no se base en esta explotación competitiva de los asalariados o en el terror y horror a ser excluidos de los siempre supuestos beneficios del sistema económico. Esto nos exige una sensibilidad liberada de aquellas satisfacciones y necesidades materiales represivas del capitalismo, de aquel Chile sin libertad, autoritario

en demasía y por tanto poco tolerante; es posible y urgente trabajar en favor del hombre porque las necesidades *material- ideales* al final tienen su propio contenido social: son los requerimientos del organismo humano, de la mente y de nuestro cuerpo, la vinculación entre los mismos, quienes solicitan una dimensión de satisfacción que se crea y que se reafirma en la lucha contra la institucionalidad heredada de la dictadura y refrendada por la Concertación. Lo terrible es que la legalidad por su mismo funcionamiento niega y viola los requerimientos a beneficio de la democracia y por ende nuestras urgencias. El contenido social radical de las necesidades *material- ideales* es evidente en la medida que la exigencia de su elemental satisfacción se traduce en una acción colectiva en escala ensanchada. Desde el inofensivo impulso en lograr mejores reglamentaciones, normas y leyes en las áreas urbanas y un mínimo de protección contra la contaminación acústica de nuestra ciudad, la protesta contra la suciedad, esa movilización que busca frenar la construcción de un mall en el sector Barón de Valparaíso o la presión para que se cierren áreas enteras del espacio público a la circulación de autos, la indignación por el transantiago, la protección de la naturaleza, la planificación más racional y la defensa de los lugares de recreación, el combate llevado adelante contra la especulación inmobiliaria y demás, ese tipo de acciones digo, que movilizan a una variedad de trabajadores de todos los grupos sociales, son cada vez más radicales y subversivas porque se lucha contra la institucionalidad que heredamos de la dictadura, porque se combate contra su neoliberalismo y su espantosa inmoralidad. La cantidad de reformas de este tipo, el hecho que el trabajador se movilice por esas demandas que parecen inofensivas para la democracia de los consensos de la derecha duopólica, en la medida en que en un primer lugar logran movilizar a los trabajadores por sus derechos y en la forma en que después (dependiendo eso sí del compromiso de cada cual y del carácter de la batalla) esos sectores movilizados empiezan a organizarse ante la falta de respuestas venidas desde el gobierno central y de sus instituciones, nos muestra la manera en que se va creando el poder del pueblo. Estamos ahí en presencia del germen del *poder popular*. Estas luchas se convierten en la cualidad del *cambio radical* porque van debilitando progresiva pero a su vez críticamente la presión económica, política, social y cultural de las razones dominantes que tienen interés en preservar el ambiente de mercantilización lucrativa. De hecho, en la medida en que el combate se radicaliza- y lo hace porque los trabajadores acaban por organizarse en torno a sus urgencias- se insiste en limpiar la tierra de la verdadera basura material producida por el capitalismo. Se insiste en la libertad como una necesidad material- ideal: se trata de ser físicamente incapaz de tolerar la opresión y la represión venida desde el poder. La movilización en Aysén, en Freirina, en Chile en general, de norte a sur, reactiva la protesta política en favor de una salud de calidad (entendida como un servicio público) y también por la educación a la manera que lo exigen nuestros estudiantes, de forma que posteriormente y al mismo tiempo induce a la participación y a la acción política en defensa de sueldos dignos, por la justeza de Asamblea Constituyente Autoconvocada, etc., que

son todas demandas que se circunscriben en el contexto de las necesidades *material- ideales*. Lo hacen porque buscan cambiar la lógica del capitalismo para así mejorar no solamente cuantitativa sino además cualitativamente la experiencia de vida del pueblo. Es muy simple: Chile no es un buen país para vivir ni para coexistir. En realidad, es bastante violento en todos los aspectos. Es esa dimensión del hombre y de su convivencia la que buscan cambiar las reivindicaciones de nuestro movimiento social aunque muchos todavía no lo sepan o no estén del todo conciente de las implicancias de su compromiso: se intenta alterar los elementos básicos del régimen político, del Estado incluso, pero también del trabajador en cuanto hombre, su sensibilidad humana, sus valores y su ideal. Por eso hablo de necesidades *material- ideales* y no de *biológicas* a la manera de Marcuse. En cada acción nos rebelamos contra los dictados de la *razón represiva*, y, al hacerlo así, invocamos nuestro poder en cuanto somos la mayoría de la población los que vivimos de un salario o de un jornal. La acción política que insiste en una nueva ética, valores y demás- en el hombre nuevo de acuerdo al Che Guevara- y en otra sensibilidad como precondiciones de la transformación social del país ocurre en un punto en el que la *razón represiva* que ha llevado adelante los “logros” de las últimas cuatro décadas se vuelven muy agresivos contra la población en general. Más allá de los límites y del poder de la lógica opresora, brotará desde la lucha misma la perspectiva de una nueva relación entre la *sensibilidad* y la *razón*, entre lo *material* y lo *ideal*, a saber: la armonía entre ese tipo de necesidades y una conciencia que solo puede ser radical. Además, la conciencia sobre nuestras necesidades, las *material- ideales* que han de proyectar y guiar la reconstrucción de nuestro Chile en términos populares, nos exigen un nuevo lenguaje, otro arte de poder de manera de definir y de comunicar de la mejor forma los *valores* en los que insisten las necesidades del humanismo; se requiere de un lenguaje y léxico en un sentido amplio, que incluye palabras, conceptos, tonos, cánticos, imágenes o gestos que niegan de manera radical la lógica neoliberal. El grado en que una (*r*) *evolución* va desarrollando las circunstancias y relaciones sociales cualitativamente diferentes se perciben a través de una ruptura radical con la continuidad de la lógica neoliberal. Es decir, la (*r*) *evolución* debe ser también una ruptura y un quiebre definitivo, final y rotundo con el vocabulario del control que nos insiste en aquel Chile desdoblado, eficiente y feliz solo para algunos y ese otro ineficiente y triste, el que se convierte en un infierno para la gran mayoría.

No es exagerado plantear el asunto en estos términos porque en todos los aspectos existen dos países, dos realidades y dos formas de vida. Como dije, está el país de la élite, de los que se sienten y se creen triunfadores y los que son catalogados como perdedores porque no están en condiciones reales de convertirse en consumidores de bienes que la mayor parte de las veces son superfluos y que responden a necesidades que son artificiales y materiales. El problema se plantea entonces desde tres ámbitos: el primero es que la forma de vida de la minoría, del que se dice *triunfador*, es posible a expensas del sacrificio de la amplia mayoría porque contradice los estándares mínimos de

una racionalidad de las políticas públicas que tienden al *bienestar común*. Es tan simple como afirmar que los intereses de la clase poseedora son opuestos y totalmente contradictorios a la satisfacción de las demandas de los sectores populares. El otro ámbito se relaciona con la falta de *democracia* porque un sistema de estas características, que administra los asuntos públicos en favor de unos cuantos, debe lograr por por todos los medios a su alcance mantener bajo control al *disconforme*. Y mientras más son esos *disconformes*, en la medida en que también van adquiriendo conciencia de su situación y de lo injusto del régimen político, en la forma en que se movilizan y de ese modo radicalizan la propaganda y la agitación, la organización y la batalla en favor de un programa de gobierno concreto, popular, inclusivo, socialmente más justo y equilibrado, racional y defensor de la vida de las personas, más feroz es la reacción dominante; más brutal es la represión que ejercerán sobre los trabajadores, sobre los que queremos vivir digna y honestamente de nuestro esfuerzo. No olvidemos que precisamente estamos hablando de acceso a un servicio tan importante para el hombre como la salud, como lo es el derecho a sanarse sin morir en el intento. Hablamos de eso, de salud, del derecho inalienable a la misma y no de la venta de chorizos. Lo tragicómico es que a pesar de los éxitos de la ciencia del hombre, de las sociales, de las naturales, de las biológicas, de la medicina en todas sus formas, de la física y de las matemáticas, a pesar de todos los éxitos del saber del hombre, el problema en relación a la salud o a la educación continúa siendo el acceso a las mismas porque no pensamos las necesidades desde la perspectiva *material-ideal* y lo que de ellas se derivan. La salud y la educación siguen siendo derechos para quienes puedan pagar por ellos y en ningún caso un *servicio público* que tengamos resguardado por ley. En este sentido, nuestra tarea deberá ser la de contrarrestar el auge del afán del lucro en estas cuestiones y plantear la salud y demás como plena conquista de una civilización humana y respetuosa de la vida de las personas. Es el “negocio” de la salud el que deberíamos combatir porque de hecho se transforma en el tercero más rentable después de la gran minería privada y del transporte aéreo que conjuntamente con las AFP- otro de los servicios que debe ser público- supera largamente el 20% de utilidades anuales en relación a su patrimonio. A lo dicho debo agregar que al interior del sistema de isapres se configuraría también una segmentación en perjuicio de las mujeres en edad fértil y de las personas ancianas, precisamente de esa población más vulnerable respecto de la preservación y cuidado de su salud. Lo que sí debemos reconocer es que la implementación del programa AUGE por parte del gobierno de Lagos y de la administración posterior de Bachelet, que fue destinado a establecer un límite de tiempo del sistema público a la atención de las patologías, usando subsidiariamente clínicas privadas a costo del sector público, mejoró la atención de salud de los más pobres. El asunto, la Concertación es experta en eso, es que no se soluciona el problema de raíz que tiene relación con la segmentación entre una atención de calidad de la élite y del pobre desempeño cuando se trata de los trabajadores. También significó una caída en la calidad de atención en el caso de enfermedades no

cubiertas por el AUGE. Por último, se tendió así a legitimar el verdadero negocio de la salud privada que contradice cualquier valor en beneficio de la igualdad de condiciones, de la justicia social, etc. En un país democrático, si es a lo que aspiramos como pueblo, el sistema de salud debería ser público en su integridad; debería ser administrado por los actores involucrados en el tema (como los médicos, las enfermeras y sus asociaciones, el sector público y en general por el trabajador a través de los órganos que lo representan) de manera que cualquiera tenga el derecho a un sistema sanitario en igualdad de condiciones, sin el riesgo de buscar sanarnos en el sistema y así morir en el intento, en algún rincón del hospital público. El derecho a la salud de calidad y de libre acceso debe garantizarse por la sociedad porque este es un ámbito central en la militancia por la vida. El que la Concertación haya legitimado y consolidado un sistema tan aberrante por su extrema mercantilización y por su segmentación nos demuestra que tan lejos están del valor del humanismo y del derecho al bienestar que nos moviliza en la reconstrucción de un Chile solidario, donde tengamos resguardadas nuestras garantías constitucionales a expensas de esos bufones que le rinden pleitesía al capital.⁴

Respecto a la educación que tanto ha desvelado a los clase política que supimos conseguir, que les quita el sueño por la lucha sin claudicaciones de nuestros jóvenes, el asunto no está mejor porque la Concertación conservó y legitimó un sistema educacional que prioriza también el afán de lucro y que por eso, al igual que en el caso de la salud, produce una segmentación real e increíble de la población en relación a este servicio tan fundamental para la realización cultural y económica de las personas y para su capacitación. Es simple: el poder capacitarnos, estudiar una carrera sea universitaria o técnica, nos abre otras posibilidades relacionadas directamente con nuestra calidad de vida y condiciones de trabajo. En lo colectivo se vincula con la construcción de un país desarrollado y en continuo crecimiento, cuestión que en Chile hoy no sucede en absoluto. Si bien es cierto que los gobiernos concertacionistas aumentaron significativamente el “gasto” en educación también conservaron

⁴ Cuando me refiero a estos seres perversos, a los dirigentes de la Concertación o de la Alianza, a Lagos, Bachelet, a Frei, Aylwin, a Fulvio Rossi, a Escalona o a Golborne, al deprimido de Longueira, al pedófilo que en algún momento fue senador, a Pinochet, a Lavín, Guzmán o Piñera, a Matthei y su prepotencia y violencia, a los genocidas y demás, a sus cómplices, a los que de una u otra forma apoyan y hasta justifican las muertes, los asesinatos y los detenidos que no aparecen, cuando me refiero a Manuel Contreras, a Pedro Espinoza y un largo etcétera, los llamo “bufones” porque es lo que son: personajes al servicio de la monarquía de la acumulación privada del capital, de una clase dominante nacional que además y por lo mismo es servidora y empleada de los centros globales del poder, de esos que realmente son los dueños del mundo y de quienes hablara en mi primer libro. Lo hago en esos términos, los llamo “bufones” y no “payasos” porque este último es un personaje de lo más noble y la clase de políticos y de militares que supimos conseguir en todos estos años de falaz transición a la democracia no merecen denominarse de esta manera. Un “payaso” es un trabajador noble, como cualquiera de nosotros, que vive de hacer reír a otros, de una habilidad y vocación que no posee cualquiera y que en la mayor parte de las veces lo condena a una vida de austeridad máxima. Ríndamosle entonces a los payasos el merecido reconocimiento sin compararlos con los verdugos de Chile.

las estructuras que nos impuso la dictadura. Para demostrarlo ahí tenemos la *municipalización* de la educación pública y un sistema escolar con fines de lucro subvencionado nuevamente por el *sector público*. Otra vez lo será, a pesar que insisten en el libertinaje del mercado. De hecho, la administración pública acaba por intervenir convirtiéndose en garante de última instancia de la educación, al igual que en el caso de la salud o de la acumulación privada del capital. ¿Porqué lo hace, qué pasa que al final interviene en relación a las jubilaciones por ejemplo? Es así porque todos ellos (la salud, la educación y las jubilaciones) no son ámbitos que puedan quedar librados al azar, a la razón del mercado que asigna los recursos en beneficio de quienes puedan pagarlos o en el peor de los casos en favor de quienes puedan financiarlos de modo que se endeudan de por vida. En este sentido, Chile no es nada normal porque garantías constitucionales como la salud, la educación o jubilaciones que son *comunes* en otros países, en el nuestro no existen a menos que podamos pagar por los mismos. En estas condiciones no podemos hablar de *democracia*, de *justicia* o de *solidaridad*. Más bien hay que referirnos a Chile en términos de *autoritarismo*, de *impunidad* y de aquel fuerte *egoísmo* que la Concertación, conjuntamente con RN, con la UDI, con la clase patronal y con gran parte de los militares, representan a cabalidad. Ello se expresa en las diferencias de infraestructura de las escuelas y de los liceos respecto de la educación privada (tipo de aulas, soportes tecnológicos) y del capital cultural (que tienen que ver con la socialización familiar, con el tamaño de los cursos y con la calidad de enseñanza) donde el asunto de la desigualdad entre ambos sistemas aumenta de acuerdo al grado de escolaridad. Ya no hay excusas: la democracia, las reformas y la justicia siempre “en la medida de lo posible”, basada en un *realismo* nada mágico sino sustentado ideológicamente en un *pragmatismo* de lo más oportunista, nos muestra como en todos estos años de transición, los gobiernos de la Concertación continuaron las políticas de la dictadura que afectaban a la educación pública. Mientras que en 1981 los colegios públicos representaban el 78% de la matrícula, en 1990 bajó al 59% y al 51% en el 2003. Peor aún, el monto de las subvenciones entregadas a colegios municipales se multiplicaron por 3,2 veces en la misma etapa. Los colegios particulares subvencionados, que atendían a menos de un tercio de los alumnos a inicios de los '90, recibieron casi la mitad del incremento total de subvenciones que el Ministerio de Educación otorgó entre ese año y el 2003. Estas son las cifras a los que tanto rinden honores los neoliberales. Por lo menos cuando los favorecen. Si no es así, cosa cada vez más común, no les queda más que recurrir a la mentira y sonrisas hipócritas de sus líderes.⁵

⁵ Un tremendo combate que se libra contra el neoliberalismo en particular y contra el Estado capitalista en general es la lucha por la ideología, por el sentido de las cosas, por la teoría, por la definición de sus conceptos y demás. No es un problema menor porque la caída de las grandes revoluciones- como la bolchevique- o el giro hacia el capitalismo del nuevo imperio chino, se deben precisamente a las inconsistencias ideológicas. De hecho, la caída de la Unión Soviética no se debe al estalinismo sino que al propio leninismo. En realidad, lo que hizo el padre de la revolución, una vez que los trabajadores se hicieron con el gobierno, fue quitarle todo el poder a los soviets y centralizarlo en el partido como

Finalmente, el colegio y liceo público son desperdigados en cientos de municipios sin construirse al mismo tiempo una institucionalidad adecuada para su regulación real; ni siquiera se traspasaron los recursos económicos necesarios desde el ámbito nacional a la municipalidad para que ésta pudiera cumplir medianamente con la prestación de un servicio prioritario como lo es la educación de nuestros hijos. El presupuesto siempre es insuficiente, hasta el punto de que muchas municipales que la administran mantienen elevados déficits y abultadas deudas. Sobre la *Ley General de Educación* suscitada como reacción a la *revolución pingüina*, ésta no modificó ninguno de los rasgos esenciales del sistema que impuso la dictadura a través de la LOCE. Apenas estipuló una mayor regulación del sistema pero sin colocar en ningún momento en entredicho las bases de un régimen educacional que al igual que todas y cada una de las políticas que caracterizan a la lógica neoliberal, caen en el fracaso más rotundo. Es importante decirlo porque desde el poder nos insisten en la “ineficacia” de los gobiernos populares, que simplemente con sus acciones nos muestra lo contrario, y en la “eficacia” del neoliberalismo y de sus medidas de ajustes auspiciadas por los organismos de crédito globales y demás. La educación tendría que ser pública en su integridad, tanto a nivel básico, medio, técnico como universitario; debemos mejorar la calidad de la misma y trabajar por el acceso libre de todos los que busquen capacitarse. Estas son medidas que hacen a una educación pensada como servicio público y no como un privilegio a la que solo tienen derecho esa casta y clase social privilegiada que desde siempre usufructúa del esfuerzo de los que vivimos de un salario porque su vida de parásitos, sus lujos, sus viajes, sus mansiones y sus autos de colección son financiados con el trabajo de nosotros, de los que intentamos sobrevivir con un salario también definido a partir del interés de la élite y no en base a las urgencias del pueblo.

vanguardia del proletariado. Si leemos los escritos de Lenin veremos que éste siempre planteó al partido como vanguardia y la constitución de una élite que debía dirigir a las “masas”. En esas circunstancias, el leninismo fue el antecedente del stalinismo. Tal vez en su lecho de muerte, cuando era tarde, se dio cuenta de su error, del peligro que significaba el “hombre de hierro” para la emancipación de los trabajadores. En cuanto a China, Mao érroneamente planteó otra vez aquella vanguardia antes que el gobierno en manos de los trabajadores donde la élite ahora la constituía el campesinado.

Dicho lo anterior tenemos que librar la batalla por la ideología y por el sentido de las cosas en todos los aspectos. Por eso, la importancia de la educación y de la conciencia de clase. Entonces, respecto a la salud, a la educación o a las jubilaciones antes que hablar de “gasto” público deberíamos hablar de *inversión*. Es decir, los gobiernos no “gastan” en salud o en educación, tampoco lo hacen en jubilaciones o en la industria y en productos nacionales sino que *invierten*. Lo hacen porque todos estos sectores sociales- económicos son fundamentales no solo para pensar en una democracia plena sino también para militar en beneficio del crecimiento y del pleno desarrollo de Chile. La salud, la educación y las jubilaciones, la constitución de un área social y mixta de la economía (de modo que sea el sector público conjuntamente con el trabajador los que controlen las principales variables económicas, de la producción, circulación y distribución de mercancías, de los bienes y servicios) deben reivindicarse como *inversión* y no como un “gasto” público del mismo modo que debemos entender las necesidades desde la visión *material- ideales*.

La libertad de trabajo, de comercio, la democracia, los derechos humanos y la Constitución de 1980- 2005.

Bajo esas circunstancias es bastante difícil pretenderse democrático ya que la experiencia de este nuevo siglo, del anterior también, nos muestra que un sistema de convivencia más civilizado, plural y respetuoso del hombre y de sus necesidades está indisolublemente ligado a la justicia social, con la conquista de ciertos derechos básicos- de un mínimo por decirlo de alguna manera- que en Chile no existe. La democracia “liberal”, sin apellidos, así en abstracto, no lo es en absoluto. De ahí que la Concertación debe explicarnos porqué no cumplió con sus compromisos de democratizar el país en términos reales y al contrario sustituyó aquel modelo por un régimen neoliberal que es un claro exponente del autoritarismo más atroz. No es exagerado decir que la Concertación rechazó toda alusión al carácter crítico, elitista y reaccionario del neoliberalismo, a sus contradicciones de clase y a su sentido conservador. Nunca les importó derrocar a la autocracia en particular, tampoco defender la libertad del hombre ni mucho menos la emancipación de los trabajadores. En realidad, fueron ellos los que redactaron el código de convivencia y de esta “reconciliación nacional” con la que se desentendieron del juicio contra el dictador y sus genocidas; fueron los que redactaron y pusieron en práctica la más alta traición contra el pueblo, negándole de este modo sus derechos, la oportunidad de vivir y de cohabitar en paz, con valor y dignidad. De una vez y por siempre descartaron las formas de vida mejores, las que no son serviles a los capitales que nos explotan en beneficio de intereses que finalmente solo responden y corresponden a las demandas de los centros globales del poder. Su tarea consiste en racionalizar y consolidar, en hacer aceptable y operable el peor legado de la dictadura de Pinochet: el *libertinaje del mercado* y su “automatismo”. La posición de ellos antes que ser democrática es oportunista porque se oponen a cualquier manifestación de la *voluntad del pueblo*. Es así como acabarán atentando contra la *democracia*. Desde esta perspectiva, la Concertación modificó su concepto de “democracia”. Recordemos que en los '80, en plena dictadura y terrorismo del Estado, claramente plantearon que la Constitución de 1980, viciada por su propio origen y fraudulenta, en esencia era antidemocrática; y que debía ser reemplazada por otra que fuera producto de una *Asamblea Constituyente* libremente electa por el pueblo. Pero, a partir de 1991, cuando Aylwin ya se encontraba alojado en La Moneda y sin que ningún rasgo autoritario de aquella Constitución fuese eliminado, señalaron que la Carta Magna era *democrática* aunque *imperfecta*. Bastaría entonces con algunos retoques y el *problema del poder* quedaba resuelto. Lo que al final no quisieron aceptar hasta hoy es que se trata del *tema del poder*. Es decir, es éste el que está en juego en nuestro país desde hace más de cuatro décadas: si el *poder* se reconcilia en definitiva con la *voluntad popular* y con la *soberanía nacional*, si se coloca en marcha un proceso de recuperación del la voluntad de los trabajadores para de este modo crear un país alternativo al neoliberalismo, a sus odiosidades y a sus dramas, o si por el contrario aquel

poder continúa en manos de una élite que usufructuó del mismo vía golpe de Estado, a través del bombardeo de la casa de gobierno, de las fábricas, de las radios y de cuantos se opusieran a sus designios, a sus acciones y sentencias. A pesar de lo anterior, el Presidente Aylwin señaló que la transición acababa y que Chile se convertía en la copia feliz del Edén. Era así porque él había decidido que lo fuera. Para los concertacionistas ya existía democracia en Chile pese a la existencia del *sistema electoral binominal* que distorsiona la voluntad popular en la composición del Congreso y a pesar de la persistencia de la nada virtual sino muy concreta subordinación del poder civil y político a los designios y prepotencia de las fuerzas armadas y de los poderes fácticos en general.

Esta será la democracia y la transición con la que están muy cómodos estos falsos democratas que hoy se visten de nueva mayoría para continuar usufructuando de las necesidades, de las urgencias y esperanzas de muchos chilenos que aún creen en ellos. Ahí están ellos para continuar imponiendo a toda la Nación una alegría que finalmente se convirtió en una tremenda y real decepción porque el arcoiris resultó ser en blanco y negro, no variopinto ni de todos los colores. No hubo defensa de los valores de la *pluralidad*, de las tendencias democráticas ni reconocimiento de la fuerza y del protagonismo del *movimiento popular* en la caída de la dictadura. Sin pecar de soberbio pero tampoco de falsa modestia, fuimos nosotros, la generación del '70 y del '80, los chilenos en general, los auténticos y grandes héroes en esas jornadas de resistencia que nos llevaron a acabar con la dictadura para que luego, de la forma más oportunista posible, la Concertación se adueñara de nuestra real victoria sobre el *autoritarismo* y la *prepotencia cívico-militar*. Los motines, las huelgas, las manifestaciones y cada forma embrionaria de lucha, donde por lo demás nos jugábamos la vida, fue obra nuestra, del pueblo, no de estos dirigentes que hasta hoy se creen paladines de los *derechos humanos*. Es importante decirlo porque los rasgos autoritarios de la Constitución de ahora en más no los verán como antidemocráticos, no los entenderán como factores que impedían la expresión libre del trabajador, sino solo como elementos que hacían imperfecta esta ley fundamental. Este giro se acentuó más aún cuando en el 2005, luego de la reforma planteada por Ricardo Lagos que eliminó ciertos dispositivos antidemocráticos de la carta fundamental (como la tutela militar formal sobre el poder de los civiles), la Concertación hizo suya este ordenamiento jurídico conservando el *binominal*, el quorum requerido para su reforma y las *leyes orgánicas constitucionales*. A partir de allí, en un acto totalmente impropio, la proclamarían como la “nueva” Constitución- la del 2005- que apenas sí reemplazaba la firma de Pinochet por la de Ricardo Lagos. Una vez más los cambios eran cosméticos, superficiales y apenas de forma, no de *sentido*. Sobre los rasgos fuertemente autoritarios, neoliberales y demás de esta “nueva” Constitución tenemos la concepción decimonónica del *derecho de propiedad* que solamente permite su expropiación previo pago al contado del bien cuyo monto es fijado por los tribunales; también se estipula la inexistencia del *derecho al trabajo* a través de la creación de la “libertad”

del mismo, restricciones para que el *sector público* intervenga y desarrolle actividades empresariales o la posibilidad de que el Congreso pueda aprobar hasta por un año a través de la delegación de sus atribuciones una *dictadura económica* liderada y gestionada sin más por el Presidente de la República; incluso se permite la proscripción de los partidos o movimientos sociales por razones ideológicas, la casi total imposibilidad del Parlamento para aprobar leyes que no cuenten con la aprobación presidencial, la virtual inexistencia del recurso al *plebiscito* en caso de surgir discrepancias entre el Ejecutivo y el Legislativo, la prohibición de que diputados y senadores puedan interceder en beneficio de las organizaciones de los trabajadores que se encuentren en conflicto laboral o la prohibición también para que alguno de ellos propicie el cambio del orden jurídico e institucional por medios que sean distintos de los que establece la Carta Magna. ¿Dónde está entonces la nueva ley de la República, la Constitución democrática y la dignidad recuperada luego de la dictadura? Por eso, porque los trabajadores chilenos gracias a la lucha de los estudiantes hemos ido tomando conciencia de los que nos pasa como país, porque además hemos perdido el miedo, es que cada día creamos nuevas y otras formas de resistencia, de oposición colectiva a los dictámenes venidos desde la derecha duopólica. Lo interesante es que cuando ya no tenemos más nada que perder precisamente se termina por perder el miedo a la represión y ahí la situación se vuelve explosiva, muy grave e ingobernable para los que insisten en permanecer en el poder a pesar de que no fueron votados por más del 30% si consideramos el total del universo de ciudadanos con derecho a voto. Hemos llegado incluso al absurdo de contar con alcaldes y autoridades elegidas por el 8 ó 10% de la población. Esa es la legitimidad democrática de nuestras autoridades, de la misma Bachelet.

En cambio y por lo mismo nosotros tenemos que seguir trabajando por la causa de los que vivimos de un salario en estrecho contacto con la teoría y la praxis que profundiza en nuestra toma de conciencia sobre la explotación que el capital ejerce sobre todos nosotros. Nuestra alternativa tiene que ser la de denunciar este estado de cosas reinante y latente, al neoliberalismo y a la Concertación como falsa opción de transformación. En estas circunstancias adquiere una importancia tremenda y vital el destacado interés por lo que nos pasa como país, por lo que ocurre a nuestro alrededor, a nuestros compañeros y semejantes: de eso se trata, de defender la vida de las personas, de mejores condiciones laborales y de la dignidad del trabajo. Ocurre que los asalariados al vivir de un jornal- cuyo monto define su poder adquisitivo- ese mismo salario de hecho tiene mucho que ver con la calidad de vida del hombre. Por esto urge destacar nuestras discrepancias con el economista y con el dirigente de la derecha duopólica ya que sus falacias, mitos y mentiras nos inundan por doquier. Por supuesto, ni Piñera ni Bachelet, ni Aylwin, ni Frei- a los dos me refiero- tampoco Lagos, Montt, Alessandri, Ibáñez del Campo, Pinochet y tantos otros, la mayor parte de los presidentes chilenos, no dejaron ni dejan legado democrático alguno porque la derecha siempre ha sido ineficiente en extremo. Lo es porque es falso que no tienen un proyecto político, porque

precisamente éste se basa en la idea de un país profundamente conservador. Aquel proyecto se construye a partir del modo capitalista que actualmente se manifiesta en el neoliberalismo como su expresión más fundamentalista y cruel. Hace más de 200 años que vienen prometiendo que el crecimiento y el desarrollo vendrá, que tenemos que ser pacientes. Plantean entonces las teorías del *libertinaje del mercado*, de la *desregulación*, de la *flexibilización* y la *tercerización* del trabajo ajeno, también las del “Estado de Bienestar”, de las políticas asistencialistas y de la beneficencia. Nos hablan de la *teoría del derrame*, del *final de la historia*, de las ideologías y de la lucha de clases; al fin lo único auténtico es que desde la independencia, desde antes incluso, desde el descubrimiento y desde la conquista, de la colonia... que el país no cambia en términos estructurales: los mapuches continúan siendo reprimidos por el Estado, el trabajador sigue siendo explotado y la élite continúa siendo parte de una clase parasitaria y rentista que vive del esfuerzo y del trabajo ajeno al tiempo que defiende los intereses de la metrópoli del norte. ¿De qué democracia estamos hablando? Por esto mismo, la negación radical del orden establecido es una prioridad cuando logramos descifrar los mitos y la fábula de un régimen político que nos demuestra cuan antidemocrático es el mismo. Además, la comunicación de una nueva conciencia dependen cada vez más de un *léxico del poder* característico del trabajador, ya que esa comunicación está monopolizada y validada por el neoliberalismo y su concentración de la propiedad. Sin lugar a dudas, en su materia prima, el lenguaje de la negación y del rechazo al régimen y al orden establecido siempre es el mismo que la gramática de la afirmación del Estado capitalista y de los regímenes en los que se manifiesta políticamente hablando. Por su parte, la continuidad de esta lingüística, del *arte de resistencia de los trabajadores*, se reafirma como *arte de poder*, de las posibilidades del cambio, después de ocurrido aquel acto de la *(r) evolución* como toma del poder. El lenguaje de la acusación y libertad de los hombres, aunque comparte su significado, verbos y su vocabulario en general con los dominadores en cuanto que nuestro arte de los trabajadores busca imponerse, encuentra su propia validez en el hecho de que los sectores populares somos la gran mayoría y así tenemos todo el derecho a ejercer ese control sobre la élite. En esas circunstancias, los trabajadores como clase, en solidaridad los unos con los otros, plenamente conscientes de la función que nos corresponde históricamente, lo que buscamos es radicalizar la lucha para de ese modo concretar la idea de *libertad*, de *justicia* y de *igualdad* que en nuestras manos, siempre como parte de la cultura del pueblo, efectivamente alcanza un nuevo significado, el que siempre debió tener y que el capital le niega: el de la primacía de los derechos humanos para desde esta condición establecer esa otra realidad por la que batallamos sin descanso. Actualmente, la ruptura con el vocabulario y con el poder dominante, del orden establecido digo, deberá ser por esto mucho más radical, no puede dar el brazo a torcer. Es un fenómeno conocido que la cultura y que el saber del pueblo desarrolla su propio lenguaje, sacando de su contexto las “inofensivas” palabras y citas de la comunicación cotidiana dominante para así usarlas contra la misma en

la designación de objetos o actividades que en manos del saber de la élite son convertidas en tabú. Este mundo con un discurso *resistente* del pueblo, de la posibilidad de hacernos responsables de nuestro destino, será *subversivo* por esencia; y esta actividad de transformación radical actualmente se anuncia en el lenguaje, en las acciones y en la lucha de los militantes del movimiento social. Se trata de negar lo establecido, la legalidad heredada de la dictadura. Es la única manera realista en que la (*r*) *evolución* toma posesión de los más sublimes conceptos de la civilización y los redefine en beneficio del hombre y sus necesidades *material- ideales*.

Todavía están aquellos ingenuos u oportunistas que creen en esta falsa Nueva Mayoría, que ésta hará las reformas en beneficio de las demandas que desde las calles exige el *movimiento social*. No entienden en absoluto que el *socialismo* y la mal llamada *progresía*, conjuntamente con la DC, no surgen como resultado natural de la necesidad de cambio en beneficio de los actores que representan y que son parte de la cultura popular, o que no constituyen un programa revolucionario, de aquella transformación profunda que busca hacer de Chile una mejor sociedad. Ellos no podrían hacer estas reformas ya que están comprometidos ideológicamente con el neoliberalismo y con su ley fundamental. Por eso aprueban una Constitución de lo más antidemocrática, que no resiste el mínimo análisis desde un punto de vista racional. Hay que insistir en esto porque esta es la Constitución que apoyan los líderes de la Concertación. No una surgida desde las bases más profundas del pueblo sino una que se impone desde las usinas del poder, a partir de los intereses de esos cuantos que desde siempre, inclusive desde los albores de la independencia y siendo dueños de la Hacienda, de los esclavos, indígenas y mucho más, han controlado la vida de todos en favor de sus modos de vida y de su manera de producir mercancías. Son esos que mercantilizan nuestras vidas y la dignidad del hombre. No les importa porque detrás de ese proceso de *mercantilización* tenemos la defensa de la acumulación privada de capital. No interesa porque la doctrina que los moviliza no acepta ningún *diálogo* en el camino hacia el dominio, que a su vez involucra la pérdida de los sectores y grupos sociales más vulnerables. No exagero porque la *tercerización* y la *flexibilización* del trabajo ajeno, del esfuerzo y de las esperanzas de cada uno, de la mayor parte de los chilenos que sobrevivimos de un salario, ha sido de tal magnitud que en nuestro país los sectores populares somos los que intentamos educarnos, sanarnos, alimentarnos, divertirnos y vivir a partir de un jornal de antemano definido en su carácter adquisitivo real por la clase patronal. En realidad, en Chile conseguir un trabajo no significa salir de la línea de pobreza y eso por lo magro de los salarios. Es decir, estamos en un país donde *pobres* son la mayor parte de quienes trabajan. De todas formas, el neoliberalismo cuenta con sus estrategias para que esta cantidad de desfavorecidos puedan aspirar a una vida y consumo que nunca tendrán: ahí entra en acción el financiamiento a través de la tarjeta de crédito; menudo negocio del que hablo, que lleva a que el sistema cada determinado tiempo perdone a los que se encuentran en DICOM para que puedan seguir consumiendo a su antojo y placer. ¿Notaron

que en Chile las cuentas están hechas para no pagarse, para que el trabajador pase su vida cancelando intereses de modo de alimentar indefinidamente la especulación y las finanzas en que basa la economía neoliberal? El problema es que llegado a cierto punto, el trabajador ya no usa el *crédito* para comprar una notebook, una laptop, el último modelo de LED, ropa, zapatillas y demás sino que usan y abusan de ella para comer, para satisfacer necesidades que son básicas. Si hay algo más deprimente, brutal e injusto es quien paga el supermercado en tres, seis o doce “cómodas” cuotas mensuales. Volvemos al tema de las necesidades *material- ideales* y la urgencia de la *(r) evolución*. Es importante entonces tomar conciencia, el rechazo absoluto del trabajador. Si no pasa de esa manera, si no trabajamos por esta conciencia, por las reales necesidades de todos, el arte de resistencia y de poder del pueblo se convierte en una revuelta, salvaje, pero revuelta que al final siempre es temporal, que por eso acabará absorbida rápidamente en la galería del arte contemporáneo, dentro de las cuatro paredes de la misma, en la sala de los conciertos y en el mercado. Y por si no fuera suficiente es adornando en las plazas y vestíbulos de los prósperos establecimientos del negocio del espectáculo y la farándula. En ese preciso momento, cuando el arte pasa a formar parte de la banalidad y del entretenimiento de los pudientes es cuando sin que importe lo afirmativa o realista que pueda ser la obra, el artista le ha dado una forma que no es parte de la realidad del hombre que trabaja. La obra es irreal precisamente en tanto que es *arte dominante*. Por el contrario, bajo los designios del régimen popular la novela y la obra literaria, un tratado o declaración política no es un relato periodístico, tampoco naturaleza muerta porque está viva, es un arte de poder de resistencia popular y a su vez profundamente realista; no un envase de cartón o de plástico que adquiere su significado en los escaparates de los supermercados. A no dudarlo, la posibilidad libertaria de la tecnología, de la técnica y de la ciencia está contenida dentro de la matriz de la realidad dada: la *manipulación calculada de la conducta humana*, la frívola invención del desperdicio, de la *chatarra lujosa* y la experimentación con los límites de la destrucción, son signos inapelables del control de las *necesidades materiales*, las que se manifiestan en provecho de la explotación y del orden vigente. Sin embargo, liberada esas necesidades de la servidumbre, de la explotación del hombre, la batalla del pueblo, esta vez apoyada por los logros continuos de la ciencia, está plenamente capacitada para dirigir su producción, su circulación y su distribución de las mercancías a la reconstrucción radical del régimen en términos inclusivos y democráticos. En otras palabras: la transformación sólo es concebible como el modo por el que los trabajadores libres (o, mejor, el hombre entregado a la acción de liberarse a sí mismo) configura su vida de forma solidaria para así reconstruir un medio ambiente en el que la lucha por la existencia pierde su valor repugnante y agresivo. La forma de la libertad, de la fraternidad e igualdad no es solo la *realización* en términos del “éxito” material, sino que fundamentalmente se expresa en *metas* que engrandecen, que protegen y que unen la vida sobre la tierra. Y esta autonomía encontraría expresión no sólo en la modalidad de las *relaciones de producción*, sino que

además en las *relaciones individuales* que establece el hombre en su lenguaje y en su silencio, en sus gestos y en su mirada, en su sensibilidad, en su amor u odio por la Humanidad y hasta en sus acciones y omisiones.

Por lo anterior, quiero detenerme en la idea de la “libertad de trabajo” ya que me parece fundamental para entender la ideología que moviliza a este sector político que denomino *derecha duopólica*. En realidad, la revolución francesa, con su lógica e iluminismo, con su triunfo de la razón por sobre la superstición del régimen feudal, con la llegada de la ciencia y del positivismo que acabaría con la especulación filosófica y demás, que manda al infierno al fundamentalista, también con Robespierre y con su terror, con Rousseau y su militancia por la igualdad, con el reemplazo del taller artesanal por la fábrica y su máquina a vapor, con sus aviones y sus autos, con sus computadoras y con la modernidad, con los avances en medicina y con la declaración de los derechos humanos, con el final de la *monarquía absoluta*, con la toma de la Bastilla, inclusive con la efímera *Comuna de París*, con la declamación de la dignidad de las personas, con el triunfo de la independencia americana sobre el colonialismo, con el fin de la mita y de la esclavitud de los indígenas, con la generalización y dominación de las mercancías según sea el caso, con el avance de la productividad del trabajo y con el abaratamiento de los costos de los bienes y servicios, con todo eso y a pesar de su profunda vocación que en teoría se planteaba como democrática, los revolucionarios de esa Francia, los capitalistas con su nueva manera de producir, de circular y distribuir los bienes por todos generados, no fueron capaces de cumplir con sus promesas de *igualdad, libertad y fraternidad*. No lo hicieron porque el capitalismo, su manera de hacer cada cosa es un sistema esencialmente injusto: se basa en el usufructo del esfuerzo ajeno mientras la minoría, la clase parasitaria, goza de los privilegios, de las granjerías y de las ganancias extraordinarias emanadas de ese Estado capitalista. De hecho, en manos de esos sicarios de la dignidad, donde los líderes concertacionistas son sus claros exponentes, la “libertad de trabajo” se transforma en la posibilidad concreta de aplicar la *flexibilización* y la *tercerización* laboral al tiempo que la “libertad de industria” justifica la explotación de los hombres por parte del capital, inclusive la *explotación* de otros pueblos, el genocidio, la guerra y el colonialismo tanto en su expresión antigua como moderna. En el caso de Chile, el neoliberalismo y su libertinaje del mercado justifica un orden político, jurídico, económico, legal y cultural que somete a la mayor parte de la población a los designios de unas cuantas familias que son dueñas no solo de nuestros recursos y materias primas sino también de nuestro trabajo y vidas. Esa es la democracia que apoya esta falaz Nueva Mayoría y que deberemos combatir. La sociedad humanista entonces se compone de tendencias que por supuesto lo que hacen es reivindicar las necesidades *material- ideales*, no todo este tremendo drama que nos impone el Estado capitalista en su versión autoritaria y profundamente reaccionaria. Una de ellas es el *carácter tecnológico en el proceso de producción* que con la *disminución de la energía física del trabajador requerida* para llevarlo a buen término y su reemplazo por *energía mental*, logra la *desmaterialización*

del trabajo. Al mismo tiempo, un sistema de maquinarias y una técnica cada vez más automatizada, que ya no será usada como *sistema de explotación*, permite el distanciamiento del trabajador en relación a los instrumentos de la producción del que habla Marx como proceso previo al fin del capitalismo:

...“*los trabajadores dejarían de ser los agentes principales de la producción material y se convertirían en sus supervisores y reguladores.*”

En otras palabras, acá Marx se refiere a la aparición de un sujeto libre dentro del reino de la necesidad que trasciende el materialismo de la lógica dominante. Desde ahora, los logros de la ciencia y de la tecnología aplicada nos permite hablar del *ocio productivo*, de ese que crea *valor*. Lo interesante es que las *necesidades materiales* se vuelven cada vez más susceptibles a la forma estética de las urgencias *material- ideales* lo cual elevará su valor en todo sentido. También hay que considerar que no es fácil esta conversión en relación a las necesidades del hombre porque dentro de la matriz capitalista el increíble crecimiento de la productividad del trabajo refuerza la aparición del lujo, del derroche, del comercio de bienes tecnológicos que vislumbran y de accesorios que se convierten en símbolos de posición social. Lo dramático de la *globalización* bajo los parámetros del régimen neoliberal es que este mercantiliza absolutamente todo, inclusive la vida de las personas. De hecho, los mejores “negocios” a nivel global son la venta legal o ilegal de armas, el tráfico de personas para fines de explotación sexual o laboral, el narcotráfico, la venta de medicamentos, la prostitución y el complejo militar- industrial que favorecen a los dueños del mundo. Después este dinero mal habido será lavado en los paraísos fiscales para ingresar al mercado de la especulación y de las finanzas. De ahí que Wall Street, la bolsa de Londres o de Japón, las reservas acumuladas por una China que se dice comunista y por los países que también se dicen desarrollados, su forma de acumulación de los capitales digo, que se hace a expensas de la vida de los hombres, por lo mismo está manchada con el sudor, con las lágrimas y con la sangre de millones de seres humanos.

Esta misma tendencia de la producción y del consumo, que contribuye a la abundancia y a la “atracción” que el neoliberalismo de la Concertación y de la Alianza intentan recrear entre los sectores populares, es la que al mismo tiempo ayuda a perpetuar la “necesidad” material de producir y consumir lo que no nos urge; me refiero a esos bienes que crean necesidades donde no las hay para convertirnos así en eternos insatisfechos: esta será la sociedad que defiende y que aspira la *derecha duopólica* en el poder. Busca que seamos eternos insatisfechos, que estemos adormecidos por un consumismo banal y por una farándula horrible que se convierten en los métodos predilectos para mantenernos al margen, como insatisfechos y consumidores. Lo trascendente de aquello es que los antiguos lujos se convierten en necesidades básicas, sin las cuales no podríamos vivir; se convierten en desarrollo normal y elemental que bajo el neoliberalismo amplía el negocio competitivo de la existencia,

orientándolo a satisfacciones recién creadas, meramente materiales, para así continuar sometiéndonos bajo las consignas del libertinaje de los mercados y de otra serie de sentencias que hacen a la mercantilización de los hombres. La fantástica confección de toda clase de productos desafía al trabajador, al tiempo que restringe y distorsiona la conciencia por aquella transformación: le imparte la forma de mercancía como única opción socialmente válida. Es la manera en que la producción capitalista incrementa su señorío sobre la existencia humana; entonces se comprende que no tiene relación posible con la libertad del trabajador o con la del comercio, ni siquiera con esa libertad a secas, la que se relaciona con los derechos formales. Inclusive en momentos de crisis hasta estos derechos abstractos son sacrificados en favor de la élite. ¿Acaso el gobierno argentino presidido por Duhalde a principios de siglo no violó el derecho a propiedad de los ahorristas y los contratos entre los bancos y los usuarios en beneficio de estos últimos? ¿No lo hicieron con la crisis del 2008 que todavía no da el brazo a torcer? Hay que tener algo en claro: bajo el capitalismo la banca siempre ganará. Y con todo, por las consecuencias que provoca esta difusión de la forma de las mercancías, la ética social y política opresora que sostiene al sistema, está siendo igualmente rechazada porque no cumple finalmente con sus promesas de una calidad de vida mejor para las mayorías. Intentó hacerlo en una época, en la etapa del mal llamado “Estado de bienestar” pero posteriormente y por la necesidad de subir la *tasa media de la ganancia del capital*, se impuso el neoliberalismo que no tiene ningún límite ni escrúpulo para mostrarnos el auténtico rostro autoritario e irracional del capitalismo. La contradicción entre las posibilidades de la emancipación de la tecnología que busca el cambio, una vida más ligera y despreocupada en términos *material- ideales* por un lado, y la intensificación de las batallas por una existencia apenas material, por otro, genera en la población- entre los dominantes y los dominados- aquel combate que se manifiesta en la “difusa” agresividad que la élite dirige a través del odio y que la lleva a reaccionar contra el *enemigo interno*. No olvidemos que este último concepto- el del *enemigo interno*- es la idea base de la Doctrina de Seguridad Nacional que se vuelve contra los que no estamos conformes con el régimen, contra los que militamos por el *rechazo absoluto* y que por lo mismo no aceptamos que se prescinda de nuestros valores, convicciones, derechos, metas y objetivos. La agresividad de la clase patronal, de la Alianza y la Concertación, se expresa subliminalmente en la experiencia mutilada, favoreciendo la reconstrucción de una conciencia y necesidades más bien superfluas; también se traduce en la nada simulada represión de nuestros jóvenes por parte de los carabineros cuando exigen su derecho a estudiar, en el matonaje contra el trabajador que no tiene garantía alguna de acceder a una salud pública de calidad, de libre acceso. Y todo esto ocurre en un país que como Chile depende de un sistema represivo que entonces busca acabar con la alternativa libertaria, la que hoy se manifiesta en el movimiento social- popular. Su violencia es la del orden establecido que adopta como enemigo interno a todas esas figuras que, con la razón o sin ella, parecen ser muy diferentes, y representarían una opción ante

la decadencia intrínseca de esta legalidad. Sin embargo, mientras la imagen del *potencial libertario de la tecnología* es reprimida por los tecnócratas, que al fin de cuentas son los administradores de la represión de los *consumidores cautivos*, la misma motiva la oposición al *rechazo radical* que nos conduce a su vez a la *(r) evolución permanente* en la medida en que nos imponemos como clase social protagonista de la historia. Este cambio popular, inclusivo y democrático es bien diferente de la revolución de anteriores épocas porque es un *rechazo profundo* que se dirige contra la totalidad de un régimen y de un Estado que ni siquiera funciona eficientemente para satisfacer nuestras urgencias. Es la conciencia y la rebelión contra este burdo *materialismo* de la élite gobernante la que aísla a la reacción y reivindica a la mayoría integrada propiciando de esa manera la movilización de la política transformadora.

La consolidación de la institucionalidad neoliberal a partir de los gobiernos de la Concertación: desde los '90 hasta hoy. La resistencia, el movimiento popular y la subversión por la libertad.

En el programa de gobierno que la Concertación presentó y por el que finalmente Aylwin fuera elegido Presidente, claramente se hacía alusión a un modelo alternativo al régimen autoritario de la dictadura conducida solo en lo formal por Pinochet. Se planteaba un sistema económico más justo, que fuera más allá del neoliberalismo porque se basaría en la idea de la *justicia social* y en la *defensa de los derechos humanos* que por supuesto incluían medidas en favor de la plena satisfacción de las urgencias y demandas del pueblo. No lo hicieron porque en vez de combatir por la implementación de un régimen de estas características, por un modelo de país que promoviera la justicia y el respeto por los otros, donde los trabajadores no se convirtieran en simple mercancía al servicio del capital, que en definitiva sustituyera el *libertinaje de los mercados* y la hipocresía que inunda por doquier a la clase dominante, en vez de ello digo, de reivindicar la batalla por la nuestras vidas, defendieron el proyecto de la dictadura. Hicieron suya la idea de un Chile que se refundaba en la lógica neoliberal extrema donde de ahora en adelante se promovía el consumo desenfrenado- uno sin límites ni sentido- que nos convertía en consumidores de necesidades artificiales; se promovía el lucro a como de lugar, con todo lo que eso significa e implica, la atomización social, el egoísmo antes que la solidaridad y el individualismo antes que el ocuparse por la suerte, por las necesidades y por la vida de nuestros semejantes. Este círculo se cerraba con la concentración de la riqueza en apenas unas cuantas manos, las de siempre. En lo teórico se privilegió la orientación económica prohijada por los Chicago Boys, con Friedman a la cabeza, cuyas tesis, su monetarismo y demás, no solo no resisten el mínimo análisis racional sino que sus medidas, ahora aplicadas en el campo de batalla de nuestro Chile, son responsables de las grandes crisis que no solo afectaron a países como Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela, a los países latinoamericanos en general, sino también a los más desarrollados en términos capitalistas. Así,

todo el tiempo somos testigos de como actualmente el “Estado de Bienestar” europeo es destruido en beneficio de los intereses de los agentes financieros y especulativos. No importa: ahí están seudointelectuales como Popper y su *racionalismo crítico*, Fukuyama con su *fin de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases* para intentar imponernos la “conciliación” entre las mismas porque esa estrategia es funcional a la *democracia de los consensos o en la medida de lo posible* que por ello es una inconsistencia y un desvarío teórico en la que los trabajadores no podemos confiar. Ahí está también la *guerra de civilizaciones* de Huntington y el *idealismo apologético, ingenuo y abstracto* que se muestra como una opción al materialismo. Por último, hay que referirse a Pareto y a su *degradación de las ideologías* o a Parsons con su *tecnopolítica*, con sus parámetros sobre el *equilibrio* y la *estabilidad* del régimen.⁶

⁶ La debilidad e inconsistencia de la actual *filosofía idealista* (que es un bagaje cultural que en su momento sería superado por la propia experiencia y necesidad de libertad del hombre pero que así y todo se niega a morir al ser funcional a los intereses del Estado y al modo capitalista de hacer las cosas, de organizar la sociedad y demás) se pone de manifiesto en la resistencia que ésta opone a los avances de las ciencias y a los movimientos sociales progresivos que precisamente intentarán construir regímenes que traigan no solo mayor bienestar y beneficio al pueblo sino además mayor previsibilidad y racionalidad respecto del mundo que habitamos. Es por lo anterior que este *idealismo metodológico* siempre ha sido combatido por la protesta tanto del científico insobornable quien se muestra como más firme en su espíritu, en sus convicciones y en sus valores como por todos esos hombres de mejor voluntad que colocan las necesidades, urgencias y demandas del trabajador por encima de los intereses de acumulación privada del capital. En este aspecto, es bien interesante constatar que cada día son más reñidas las batallas que se libran entre la *concepción materialista de la historia* y la *idea del mundo de los idealistas* que responde a una verdad capitalista que no da para más, que no es posible en el largo plazo y que entonces es profundamente irracional porque no está capacitada para conducir al bienestar del hombre. Al frente de estas batallas van los marxistas desde el momento en que se convierten en los grandes impugnadores de los valores, de los mitos, de las fantasías y de la reacción política- espiritual de la élite y de aquellas retrógradas doctrinas filosóficas y fábulas sociales funcionales a la gobernabilidad neoliberal. De lo que se trata es no solo de denunciar las consecuencias del idealismo en la vida cotidiana de los hombres, de la manera en que ésta degrada las necesidades del pueblo (de hecho plantea la utopía e invalidez, incluso la irracionalidad de las demandas del trabajador) sino que también hay que insistir en que los escritos y obras de los falsos pragmáticos y positivistas no son capaces de elevar la dignidad del pensamiento filosófico; el saber de los hombres necesariamente debe ser expresión de los intereses y aspiraciones de todos. Lo importante de la filosofía y del saber es que su origen se remonta al pueblo. Lo otro son apenas ideas funcionales a la necesidad de control de la élite (que son una minoría) sobre la conciencia y el sentido común de los asalariados, que somos la amplia mayoría y los protagonistas de la historia en la medida que asumamos el rol que nos corresponde en el cambio. La filosofía y el saber no son solo un “análisis del lenguaje” o la búsqueda de cierta verdad sino que es la *teoría de la emancipación*. Ahí tiene mucho que aportar el *materialismo marxista*.

Desde esta nueva perspectiva, lo que hará la filosofía idealista es dejar inerte al pueblo, quieto, conforme, desmovilizado, con resignación y paz del alma. Sin embargo, semejante sujeto además de ser esclavizado por los mitos del modo y Estado capitalista, transformará su conciencia en un ente embriagado de ilusiones que bordean el absurdo

Por el combate librado anteriormente por el pueblo chileno- que puede sintetizarse en la creación del poder popular en la etapa del gobierno liderado por el Presidente Allende- quedaría en claro que los trabajadores de nuestro país nunca habrían escogido libremente la implantación de un régimen que como el neoliberalismo atenta contra los derechos y contra la vida de las personas. Era necesaria la dictadura, aquella reacción de una derecha que nunca ha sido en verdad democrática, que siempre recurre a la sedición y a la conspiración, a la lucha callejera violenta y al desabastecimiento artificial, a la represión, al boicot y a la violación de los derechos del hombre cuanto el asunto se le complica, cuando entienden que el poder se les va de las manos

más brutal. Entonces, se trata de entender que el espacio que nos deja vacante el idealismo debido a sus debilidades y ruindades de ahora en adelante lo ocupará el materialismo, ese que nos desafía a cambiar la realidad en beneficio de los trabajadores. Y otro mundo será posible en la medida que nos movilizemos y organicemos para el combate en todos los frentes. Lo es porque si analizamos la realidad desde la época de Marx hasta hoy, si la pensamos en toda su concreta complejidad, no queda más que aceptar que al materialismo histórico se llega no solamente a través de una intensa labor social o por la militancia política sino también por la lógica y consecuencias de muchos descubrimientos científicos de valor incalculable para la humanidad que nos prueban hasta la saciedad la verdad que le asiste al marxismo. El ejemplo paradigmático, el que más me impacta, es la teoría de la relatividad de Albert Einstein que simplemente nos muestra los nexos inseparables que unen y existen entre el espacio, el tiempo y la materia y su correspondiente movimiento. De hecho, a partir de ésta queda confirmada la doctrina del materialismo dialéctico acerca del espacio- tiempo, del cómo comprender la forma de la existencia de la materia en particular y de la física nuclear en general; nos revela también la compleja estructura del núcleo atómico descubriendo así un gran número de partículas elementales de la materia, proporcionándonos a su vez nuevos argumentos en favor del materialismo marxista. Lo hace porque nos revela que la materia es inagotable y que la multiplicidad de sus formas es infinita porque implica movimiento y evolución.

No espere porque los avances conseguidos en las ciencias físicas y naturales se acompañan de profundos éxitos en la biología, en química y en fisiología. De hecho, esas realizaciones teóricas lo que hacen es favorecer un extraordinario progreso de la técnica que bien usada nos ayuda a mejorar la calidad de vida de los hombres. Las que podríamos catalogar como las tres grandes conquistas científicas y técnicas de este nuevo tiempo (el uso de la energía atómica, la electrónica y los cohetes) en la práctica se traducen en el inicio de otra era en la historia de las fuerzas productivas de la humanidad debido a que se aumenta incommensurablemente su poder sobre la naturaleza. En otras palabras, significan una revolución en la forma que se producen, circulan y se distribuyen las mercancías. Esos descubrimientos y realizaciones confirman la verdad del materialismo dialéctico y muchas veces, aunque no lo reconozcan, llevan a los positivistas a revisar su idea del mundo. Es decir, este asunto es trascendente en el sentido que aquellos descubrimientos, quienes los controlan y además, están directamente relacionados con la manera de producir las mercancías que a su vez define la lógica del país en que queremos habitar: si en uno donde la producción se distribuye a partir de los parámetros del bienestar común o en ese donde se hace bajo la razón implacable de la acumulación privada de los capitales. De lo anterior deduzco que plantear una política de distribución de la riqueza e ingresos va más allá de lo que comúnmente se cree porque se trata de cómo definir la forma de producir, de circular y de distribuir los bienes por todos generados, lo que a su vez implica cierta idea del país y del mundo.

Para terminar habría que decir que entre los hombres de ciencia y los filósofos adheridos al positivismo están quienes se sienten dominados por la duda, quienes además

por el protagonismo de los trabajadores en la gestión del gobierno. Debemos considerarlo porque la élite es autoritaria, porque atenta todo el tiempo- en cada circunstancia y lugar- contra los derechos, conquistas e intereses de los trabajadores. De hecho, lo que Pinochet como bufón al servicio de los reales dueños y monarcas de Chile le aportaría al equipo económico, al tecnócrata neoliberal, fue algo de lo más valioso: el ejercicio sin restricción alguna del poder político necesario para materializar las transformaciones que requería el Estado capitalista para de este modo elevar la tasa media de la plusvalía de la patronal. Es decir, sin una política basada en el *terrorismo del Estado*, que a su vez se fundamenta ideológicamente a partir de la *Doctrina de Seguridad Nacional* donde somos los trabajadores el *enemigo interno*, el *irracional* que se opone al crecimiento, al desarrollo y a la pujanza del país, la clase popular no habría aceptado la obra económico-social liderada en lo formal por el dictador: la tarea no sería menor porque se dismantelaron todas y cada una de las funciones y el rol de intervención que le correspondía al sector público en el proceso de producción, de circulación y distribución de los bienes, en la regulación y el control sobre las principales variables de la economía y una serie de otras políticas que en su momento fueron desarrolladas a favor de la protección social y la igualdad de oportunidades; a la destrucción del poder de los sindicatos, de los cordones industriales, de las juntas de vecinos y los colegios de profesionales- técnicos, a la introducción de un sistema de salud, de educación y previsión basado en el afán desenfrenado de ganancia y lucro, a las privatizaciones de las empresas públicas efectuadas a un precio vil y en favor de los grupos económicos, a una ley de concesiones mineras que daba lugar a la reprivatización de la mayor parte del cobre y un largo etcétera, le siguió la persecución de todos aquellos que se oponían a este nuevo país. Lo que sería “anecdótico” es que los partidos que luego forman la Concertación se opusieron públicamente a ese sistema económico- social que actualmente defienden con todos sus recursos.

Sabemos que una vez que se hicieron con el gobierno, los partidos de la Concertación olvidaron las fundamentadas críticas al modelo y buscaron el “consenso” con la otra derecha para de esta manera legitimar y consolidar las “modernizaciones” emprendidas por la dictadura en lo laboral, en lo sindical y en lo previsional, en lo educacional, sanitario, minero, agrícola, industrial, financiero... Sobre esto tendría que hacer una aclaración: más arriba dije que

muestran simpatías por el materialismo y así se acercan a él. Por eso, en relación a las ciencias sociales como herramienta de libertad y emancipación, los descubrimientos aquí aludidos, al igual que tanto otros, tienen un increíble valor porque quebrantan la antigua concepción idealista y metafísica y coloca en primera fila el análisis del mundo desde la visión dialéctica del hombre y de la realidad que nos toca vivir y sufrir. Lo interesante es que este es un primer paso, importante por lo demás, porque conduce a esa conciencia que nos desafía a plantear otro mundo, uno mucho más justo, ese donde la explotación de los asalariados por parte del capital no es posible porque incluso este último, al capital me refiero, queda bajo la supervisión y la lógica de la satisfacción de las demandas de las mayorías, de todos los que desde siempre intentamos vivir con nuestros salarios en una sociedad donde esas remuneraciones y jornales son definidos de antemano por la patronal.

en Chile el neoliberalismo no se habría impuesto sino era por la fuerza, con el bombardeo de la Casa de la Moneda, de las radios, de las fábricas o de los cordones industriales y de todos los que no aceptaban la nueva situación; dije que no habría sido posible el neoliberalismo sin aquel *terrorismo de Estado*. Pero, tenemos que tener cuidado con estas afirmaciones porque por ejemplo en Argentina los parámetros y reformas centrales en favor del libertinaje del mercado se hicieron en democracia, bajo la presidencia de Menem y de De la Rúa. En definitiva, debemos reconocerlo: el *Estado capitalista* en su versión *neoliberal* cuenta con una infinidad de recursos para imponer sus puntos de vistas, para continuar defendiendo sus intereses y demandas. De hecho, en la Argentina, en Brasil, en Bolivia, en Ecuador o en Venezuela recurren a todos los medios, a cualquier forma de acción (como lo es el desabatecimiento, la mentira y la especulación) para tratar de desestabilizar al régimen político, para recuperar un poder que les arrebató el pueblo hace un tiempo. Entonces, el *capitalismo* tiene una increíble capacidad para sobrevivir y para reciclarse. ¿Cuántas veces hemos predicho el final de la manera capitalista de hacer las cosas? Y sin embargo ahí está. ¿Alguien llegó a pensar que China acabaría negando el legado de Mao o de que Honduras nuevamente se hundirían en la reacción? ¿Alguien creyó que el socialismo francés, que el comunismo de los italianos o que la “izquierda” chilena terminarían por mutar en diferentes agrupaciones y partidos políticos que estabilizan el régimen neoliberal? De todas maneras, tenemos también el ejemplo de Cuba que tomó por asalto la historia para así traer la necesaria dignidad a la mayor de las Antillas. La diferencia entre uno y otro caso es la *resistencia* y es la lucha librada por los trabajadores y por la dirigencia de la isla. Por lo anterior, por todos estos retrocesos, debemos entender que la batalla se libra de forma continua y en cada espacio donde se expresa el poder de decidir sobre los asuntos que nos incumben a todos. La *(r) evolución* no solo será *permanente* en el sentido que se consolida a través de los años sino que lo será porque el combate por la supremacía es constante, sin descanso ni claudicaciones. Necesitamos no de los que luchan un día o en su tiempo libre sino de quienes dedican su vida a la lucha en favor del bienestar. Requerimos de los *imprescindibles*, al modo de Brecht, dramaturgo y poeta alemán que con sus versos, conciencia y con su militancia combatió en favor del desposeído. Al respecto, la constelación política que prevalece en nuestro país, o sea, la necesidad objetiva de un cambio radical donde aún perdura el neoliberalismo con su odio y con su resentimiento, y la parálisis del pueblo, parece típica de una situación que no es revolucionaria pero que sí antecede a la *(r) evolución*. El paso de aquella etapa de *quietismo* y de fuerte *desilución* hacia el *arte del rechazo* y de la *resistencia* para al final derivar en el *lenguaje de poder del trabajador* que todo lo puede, que viene a alterar el régimen en su generalidad, la transición desde la primera a esta segunda época digo, presupone el debilitamiento de la represión que la élite ejerce a través del sistema. Y esta debilidad crítica para seguir reprimiendo a placer se produce porque precisamente es cada vez más notorio que el neoliberalismo no está capacitado para resolver los asuntos del

pueblo, sus necesidades y demás. De ahí que el trabajo militante a favor de la conciencia por el cambio es una prioridad, es una cuestión de vida y muerte ya que el capitalismo y su régimen atenta incluso contra la posibilidad misma de continuar con la vida en nuestro planeta. Y lo hace con la reivindicación de *necesidades materiales* que depredan los recursos, la naturaleza y todo lo que se le interponga. Es el carácter preparatorio de esta labor militante el que le da su significación histórica al proceso que va desde el *quietismo* al *arte de la resistencia* de los trabajadores: se trata de desarrollar en los explotados por los dueños del capital, la conciencia que nos ayuda a combatir y a aflojar la presión de esas esclavizadoras necesidades que nada satisfactorio aportan a nuestra vida. Pasa que las *necesidades materiales* perpetúan la dependencia al sistema de explotación lo que en lo personal me parece un precio muy alto a pagar por un consumismo que al final no tiene sentido. Sin esta ruptura, sin el tránsito desde un momento al otro, que sólo puede ser el resultado de una educación política en acción, aún la más elemental, la más inmediata fuerza de rebelión y de rechazo absoluto, puede ser derrotada o convertirse en base de la *contrarrevolución*.

Naturalmente, el comercio y el afán de lucro que pareciera que todo lo puede, que tiene gran ímpetu, ha invadido esta *rebelión* y el *rechazo* del que he estado hablando. Hizo de éste un negocio muy serio, uno que no se está con rodeos ya que se trata de coaptar por cualquier medio y recurso- incluso a través de la fuerza- a los siempre disconformes, al “enemigo interno”. Lo que importa no es la más o menos interesante psicología de quienes protestan o las insólitas formas de hacerlo, sino el motivo de la manifestación, es decir, contra qué se dirige la protesta anunciada y el rechazo de los disconformes. A modo de ejemplo, las demandas por una reforma estructural del sistema educativo chileno- suficientemente urgentes por sí mismas- lo que buscan es contrarrestar la falta de oportunidades para nuestros jóvenes, la escandalosa desigualdad que nos coloca entre los peores del mundo, el fin del lucro y en definitiva entender nuestra educación, al igual que la salud, como un servicio público que debe ser garantizado por el régimen político y sus instituciones. En esas circunstancias, también debemos combatir la engañosa neutralidad y la “objetividad” de la enseñanza para dotar al estudiante de los instrumentos conceptuales necesarios para realizar una crítica sólida y bien a fondo de la cultura material a la que somos sometidos todos los trabajadores. Al mismo tiempo, lo que se pretende es abolir el carácter clasista de la educación y eso la Concertación lo sabe bien, también la Alianza. De hecho, de estúpidos no tienen nada, de reaccionarios mucho. Entienden que estos cambios conducen a una ampliación y al desarrollo de la conciencia de los sectores populares que está eventualmente en condiciones de eliminar la gran farsa ideológica y política de la “democracia en la medida de lo posible” que oculta los terribles rasgos de una sociedad chilena con su también hipócrita “democracia de los consensos”. A esta altura, el desarrollo de la conciencia de los trabajadores en beneficio de la transformación es la función, la tarea y el sentido principal de cualquier manifestación o expresión del movimiento popular. El saber y la

educación son trascendentes (respecto al mundo de los objetos, respecto de la realidad) no sólo en un sentido epistemológico, sino sobre todo en cuanto va contra las fuerzas represivas de la vida: es político. La negación del derecho a la actividad militante de los trabajadores, del movimiento social en general, el desmerecer la lucha de los que buscamos un país mejor o el insistir en las necesidades que son apenas materiales, son todas medidas que atentan contra nuestras propias vidas porque perpetúan la separación entre la *razón teórica* y la *práctica* que reduce la efectividad y el alcance de la inteligencia y de la batalla a favor del bienestar común. Ahí se nos revela nuevamente la idea del saber como herramienta de poder, de dominio de los unos sobre los otros, de una minoría sobre las mayorías. Entonces, las demandas por la educación al modo que lo exigen los estudiantes impulsan al movimiento mucho más allá de la universidad: lo conducen a la calle, a las avenidas, a las alamedas de las que nos hablara Allende, al barrio y a las poblaciones, a las fábricas que aún persisten a pesar del libertinaje de los mercados, a las minas de cobre y del carbón, al almacén del vecino y a todos los espacios donde se manifiesta el poder de los dominantes. Es decir, cada manifestación que tiene que ver con el *rechazo absoluto* al sistema se dirige directamente a la comunidad. Y la fuerza motora es la negativa brutal a crecer bajo esta nueva “normalidad”, a madurar y actuar eficazmente en y para una sociedad que como la neoliberal simplemente nos somete. Entonces, considerando los aspectos estructurales de nuestro país vemos que en estas últimas cuatro décadas no solo existió un tremendo retroceso en términos democráticos y en todo sentido respecto de la situación precedente (me refiero al gobierno de la UP) sino que tampoco hubo cambio alguno y de cierta relevancia entre 1990 hasta la actualidad. En verdad, la estrategia de la Concertación, de la democracia y de las reformas “en la medida de lo posible”, para lo único que sirvieron es para legitimar a la otra derecha (a la representada por RN y la UDI) como una opción válida de poder, como una alternativa de gobierno democrático incluso. Ocurre que por lo mismo al haber hecho suyos los dictámenes del neoliberalismo, que es el peor legado de la dictadura, esta “Nueva Mayoría” se convierte en parte integral del sector de derecha y como tal goza de los privilegios que derivan de esta otra situación: desde la asunción de Aylwin a la fecha se observa el mismo Plan Laboral, todavía están las isapres y las AFP; continúa la LOCE que ahora denominan LEGE; se sigue con la ley de concesiones mineras, con la normativa que regula las universidades y con el mismo rol subsidiario del sector público. Lo anterior a pesar que en su momento el gobierno de Lagos obtuvo la mayoría en ambas cámaras (gracias a los desafueros del entonces senador Pinochet y de Errázuriz) entre agosto de 2000 y marzo de 2002. Por su parte, el primer gobierno de Bachelet que logró también la mayoría desde el inicio de su mandato, manteniéndola por unos cuantos años, no hizo nada por la democratización. Ninguno de ellos intentó modificar sustancialmente la estructura del neoliberalismo en la perspectiva de reconocer los derechos económicos y las conquistas sociales y políticas venidas de otra época, al igual que los derechos humanos del conjunto de la población. No olvidar que

en nuestro país no vivimos en democracia sino bajo los dogmas neoliberales que basan su sistema social en la idea del “enemigo interno”. Entonces, a la reforma y a la democracia *en la medida de lo posible* tenemos que llamarla “en la medida que favorece a la derecha duopólica”. En otras palabras, solo es viable y posible siempre que no contradiga las necesidades, las demandas y la forma de vida dominante. Es precisamente por esto que urge pensar y actuar en términos de *rechazo absoluto*, en favor y en beneficio del hombre pleno, del ser genérico de acuerdo a Marx y a Engels. Es importante hacer referencia a los padres del socialismo científico porque ellos no son clásicos. Por el contrario son dos autores y luchadores plenamente vigentes. Basta ver la manera en que somos explotados cada día para reafirmarlo.

Marx y Engels están plenamente vigentes, son actuales digo, porque al final vivimos en una sociedad que se funda en obligar a la vasta mayoría de la población a ganarse la vida en empleos mediocres, estúpidos, inhumanos e innecesarios; en un sistema que maneja sus prósperos negocios, de la salud, de la educación, de la jubilación, del cobre, de la pesca industrial... a través del esfuerzo y de la explotación del trabajador. Este régimen que bendice la derecha duopólica en nuestro país está infectado de *necesidades materiales*, de violencia y de represión de la *voluntad popular*. No les importa y por eso nos exigen sumisión, conformismo y la obediencia para que todos ellos, esas tres o cuatro familias que son dueñas de nuestras vidas, que nos convierten en víctimas de la violencia y de la opresión, continúen gozando de los lujos, prebendas y privilegios que emanan de una forma capitalista de producir, de circular y de distribuir los bienes y servicios socialmente generados. Vivimos y cohabitamos bajo la lógica del mercantilismo que usa y abusa de sus vastos recursos y medios orientándolos al despilfarro, a la destrucción de la vida y a la creación cada vez más metódica de necesidades simplemente materiales que nos someten a las demandas de la clase patronal. De ahí que quienes nos oponemos y rechazamos esta forma de vida, los que no estamos dispuestos a continuar siendo carne de cañón del capital, somos parte de un movimiento social variopinto, pluralista, que aunque aún no cuente con una conducción y liderazgo político o con una base entendida como clasista, sí es una *rebelión*, un profundo rechazo a lo existente que va reconfigurando desde las bases del pueblo, desde las calles y la población, la estrategia y el alcance político de esta *rebelión* contra las sentencias neoliberales. Ésta se extiende a la total organización de la *democracia en la medida de lo posible*. En el movimiento social lo que prevalece es una fuerte reacción contra la política tradicional: contra esa cadena de partidos, contra sus grupos de presión, sus comités, sus parlamentarios y sus dirigentes, inclusive contra sus militantes de base, a los tontos útiles me refiero. Además, con el *rechazo absoluto* toda la atmósfera de la democracia de los “consensos”, a pesar de su poderío, queda invalidada por las demandas del movimiento social y popular; nada de lo que cualquiera de esos políticos, voceros o candidatos declara al final tiene importancia para el trabajador de Chile. De hecho, no podemos tomarlos en serio, no podemos seguir creyendo que harán las reformas y aquel cambio que nos corresponde

protagonizar a nosotros como asalariados que somos. Nos corresponde estar al frente, en las calles y en general en cada lugar y espacio público donde se manifieste el poder aunque eso pueda significar la represión, ser golpeados, ir a la cárcel o perder el empleo. No somos mártires de profesión: en verdad, preferimos no ser golpeados, preferimos no ir a la cárcel y no perder nuestro trabajo. Pero, para nosotros no es una cuestión de elección porque el *rechazo absoluto* acaba siendo parte del metabolismo de cada uno y se extienden así hasta la estructura de poder como una gran totalidad. El proceso democrático organizado por esa estructura, de esta manera digo, que entonces consolida la gobernabilidad neoliberal de la dictadura, de la Concertación y de la Alianza, se halla a tal grado en descrédito que ya no puede extraerse de ella ningún elemento que no se encuentre contaminado por la violencia y el parasitismo de los que viven a expensas del esfuerzo de nosotros. Es más, servirse de esta institucionalidad solo canaliza la energía hacia las *reformas en la medida de lo posible*, esas que siguen planteando transformaciones que nada cambian. A modo de ejemplo, las actividades electorales con el afán de alterar de una forma significativa la composición actual del Congreso podría tomarnos a lo menos otros cuarenta años a juzgar por el presente compás del “progreso”; y esto suponiendo que la tarea de la *radicalización política* del movimiento social siga adelante sin ser reprimida por la huestes institucionales. La acción de los tribunales, desde el más bajo hasta el más alto en sus atribuciones, no mitiga para nada la desconfianza contra el régimen. En estas circunstancias, trabajar por mejorar la “democracia” existente significa fácilmente prolongar de manera indefinida el arribo al objetivo de establecer la sociedad libre, humanista, en beneficio del pueblo. Esta enajenación de la oposición es el gran triunfo de los sostenedores y de los beneficiarios del modelo. Es por eso que se consolida la gobernabilidad de la derecha que es contraria al interés del pueblo. Debemos insistir con nuestra fuerza (con los recursos y medios que disponemos, que nos entrega generosamente la democracia popular) en aquel carácter profundamente reaccionario del régimen: si democracia significa gestión del gobierno por parte del trabajador, la realización de la democracia presupone la abolición del modelo existente. En la dinámica neoliberal, las batallas por la *democracia* tienden a asumir formas antidemocráticas, y en la medida en que estas decisiones sean tomadas en parlamentos que apenas sí representan a la derecha duopólica y binominal, nuestra oposición radical se vuelve extraparlamentaria y antisistémica. El movimiento social, dirigido a extender los derechos y libertades que en teoría constitucionalmente profesa la élite, incluso el movimiento popular dirigido a preservar aquellos derechos existentes, se convierte en subversivo y hasta en terrorista en el grado en que habrá de enfrentar la firme resistencia de la minoría en el poder. La fortaleza del movimiento está así en este rechazo absoluto que deriva en una oposición que es dirigida no solo contra una forma particular de gobierno, en contra de Bachelet a modo de ejemplo, sino además contra las condiciones particulares y generales del régimen, contra el sistema social-político autoritario, ilegal y viciado de origen. De allí que nuestro movimiento no podría permanecer

lícito, legal. Pasa que se opone a la institucionalidad y a la ley, a los dogmas y normas establecidas. Por último, aunque en teoría (en la práctica realmente no lo es) el proceso “democrático” permitiera la reparación de las ofensas y el cambio de las leyes y dentro de las leyes, aunque nos sirviera la estrategia de la *transición democrática* que en los '90 nos prometieron, no altera este hecho la ilegalidad de una oposición y de un movimiento social- popular que convoca a la Asamblea Constituyente como una más de las reivindicaciones necesarias para terminar con un neoliberalismo que fue institucionalizado contra nuestros intereses y dignidad. El movimiento social no está dentro de las normas vigentes, no es legal, porque batalla y combate contra la lógica dominante; y precisamente lo que pretende el neoliberalismo que sostiene la derecha duopólica es detener el proceso de cambio en el punto en que estas demandas de transformación podrían destruir el sistema. El “estabilizador” o el “regulador” en que se convierten las reivindicaciones de las necesidades simplemente materiales, el consumismo sin sentido y las falsas promesas de bienestar y de ascenso social, el neoliberalismo las acaba porque sus políticas de ajuste se reafirman sobre la miseria y sobre el terror y no en la eficacia ni en la satisfacción de las urgencias del pueblo. Hay que hacerselo saber a Bachelet. Por la persuasión no es posible.

Capítulo II: El movimiento social.

El fin de la ingenuidad política: dos tipos de “democracia”, la ley, el orden, la violencia y otra serie de herramientas represivas.

Democracia y política se entrelazan y se complementan allí donde la acción de ambas habilita una compleja red de relaciones entre los conflictos y el consenso, entre la afirmación de las convicciones, la aceptación de la diferencia y el diálogo. Pero, no nos hagamos ilusiones: este consenso, este vínculo entre la *política* y el *diálogo* solo es posible al interior de la clase de los trabajadores como también entre patrones, no entre los sectores populares y la élite. Pasa que éstos, a los dominantes me refiero, nunca han creído en la democracia. Más bien diría que la rehúyen y le temen, que solo la aceptan en la manera que sus intereses no sean cuestionados, siempre que ellos puedan controlar la situación. Parece ser que el funcionamiento estable del régimen neoliberal es suficiente justificación para su legalidad y para sus pretensiones de autoridad de modo que su gobernabilidad más bien queda definida por las élites de forma negativa; es decir, como ausencia de conflictos radicales, de guerras, de desorden masivo, colapso económico o de expresión libre de los que están por el cambio, por el rechazo absoluto de la situación actual. Todo vale en el camino de la dominación política de esas tres o cuatro familias que nos someten a sus designios e intereses. Ni siquiera se privan de la dictadura militar, como lo sabemos, pero tampoco de la “democracia de los consensos” que convoca al gobierno a quienes están en el poder desde hace un poco más de cuatro décadas. Lo que tendría que decir sobre ello es que el genocidio, la tortura, la desaparición del opositor al régimen y los crímenes políticos en general, inclusive la represión del movimiento social, no son “argumentos” para batallar contra un gobierno popular, contra aquel que protege la vida del trabajador, el intercambio justo y el comercio doméstico en beneficio de la población. Sin embargo, no hay ninguna ley que pueda privar a un régimen constitucional- como el que hoy nos gobierna a su entero capricho- de estas armas usadas en última instancia en defensa de la legalidad vigente. En el *derecho* esto significa que no existe ley aplicable alguna fuera de esta que sirve al estatus que impera y que fue impuesta precisamente por la fuerza de quienes no aceptan la democracia. La situación es absurda y reaccionaria en demasía porque este régimen que se establece con el golpe de Estado depara todavía la única estructura legítima para el cambio y debe por lo tanto ser defendida contra cualquier intento de los disconformes por restringir aquella estructura, por alterarla en favor de los sectores populares; pero, al mismo tiempo, la preservación de la “democracia” establecida defiende el estatus dominante y la contención de la transformación. Acá nos encontramos con otro aspecto de la misma ambigüedad con la que actúa el poder: el cambio profundo depende de los trabajadores, pero cada paso en la lucha por lograrlo aísla en cierto modo a la oposición y provoca una represión intensificada por

parte de la élite. Pero, esta ambigüedad no me parece creíble en la medida que la movilización de la violencia institucionalizada contra los opositores, que pretende disminuir las posibilidades del cambio, no logra su efectividad cuando las demandas logran manifestarse a través del movimiento popular. No por lo menos en esta etapa de la historia de Chile. Por su parte, la función objetiva, histórica y principal de este régimen neoliberal y de su democracia poco posible es usar, apelar y abusar de la ley y del orden como una fuerza contrarrevolucionaria, imponiendo así en la oposición radical la necesidad de una acción política directa (como la desobediencia civil, las expresiones en las calles, el paro, la huelga de brazos caídos, la interrupción del tránsito, las tomas y un largo etcétera), al tiempo que se enfrenta a la fuerza represora, a quienes abogan por la quietud y por el silencio de los disconformes. Bajo esa circunstancia, la acción directa y la desobediencia civil (todos los métodos que los sectores populares usamos en la lucha por nuestros derechos, por la defensa irrestricta de las necesidades *material- ideales*), son parte integral del tránsito desde la “democracia” de la derecha a un sistema inclusivo, plural, democrático y soberano en la que las elecciones y la representación de los que somos gobernados no sirven como instituciones de control sobre la vida. Como con la acción directa a través del movimiento social y popular vamos contra la dominación, ésta acaba por transformarse en un medio concreto de democratización porque involucra el compromiso, la militancia, la lucha y la conciencia de los que vivimos de un salario o jornal. Desde esta perspectiva, la disyuntiva no está entre la evolución democrática y la acción o el rechazo radical de los disconformes sino entre la racionalización de la realidad actual y el cambio: en tanto que un sistema social simplemente reproduce, mediante el *adoctrinamiento* e *integración*, a partir de la definición de las necesidades del hombre como ya vimos más atrás, una mayoría conservadora que intenta perpetuarse, la población misma es quien reproduce el sistema. De ahí que la transformación es necesaria, que se lleva adelante mientras el gobierno se compromete en algunas “reformas” de manera que pareciera que el régimen está abierto al cambio pero no más allá de su marco institucional y legal. Por tanto, la batalla por el cambio que busca trascender la razón dominante se convierte, por su propia dinámica, en *antidemocrático* bajo los términos del sistema. Así, el radical es el culpable, ya sea por rendirse al poder ante esta situación alienante o por violar la ley y el orden actual.

Si el dilema fuera entre la *democracia* y la *dictadura* (no importa cuán “benévola” pudiera ser esta última en caso de que se me acepte el término), la respuesta no admitiría duda: la democracia es preferible. Sin embargo, esta “democracia” al final no existe porque el gobierno de hecho lo ejerce una red de grupos de presión, de tecnócratas neoliberales que defienden intereses que no derivan del pueblo en pleno ejercicio de su soberanía. La representación en el sistema político chileno lo es de una voluntad formada por las minorías gobernantes. Por tanto, si la alternativa es el gobierno gestionado por la élite, las elecciones, el sistema de representación y todo lo demás, sólo significan el reemplazo de un sector de la presente élite gobernante por otra que es

parte también del régimen y que es tan represiva como sus correlegionarios. Esta afirmación es decisiva para entender el conflicto en la política chilena, de Latinoamérica y del mundo; pasa que la élite solo está dispuesta a pactar, a dialogar o a consensuar cuando entiende que esa gestión del gobierno lo favorece: cuando consideran que no es así rompen con el diálogo y con la democracia, incluso imponiendo la fuerza de las bayonetas, el bombardeo de cada actor social y político que se oponga a sus designios y tantas otras formas de reacción que son ampliamente conocidas. Esta falaz democracia, este régimen donde ellos administran y deciden a su entero antojo y capricho, donde la élite es ama y señora de nuestro esfuerzo, trabajo, sueños, recursos y vidas, en Chile se le denomina *democracia en la medida de lo posible* de forma que la justicia y las reformas también solo son viables y posibles si no alteran ni afectan en absoluto el status. La Concertación lo acepta porque son neoliberales y en tanto tal usufructúan de los beneficios de un sistema que es altamente reaccionario, impuesto por el golpe y posteriormente legalizado a través de la Constitución de 1980. La democracia, el respeto o por lo menos la “tolerancia” se acaban cuando los trabajadores acuden al llamado histórico de gestionar en propio beneficio, en favor de la mayoría, el gobierno para de esta forma satisfacer las necesidades y demandas de todos, las que definen y le dan su sentido al bienestar común. Lo demostraron el 11 de septiembre de 1973. Hay que decirlo y denunciarlo, gritarlo de todas las maneras posibles porque la ingenuidad política, la falta de conciencia y de organización nos condujo a un momento histórico muy complejo donde la derecha, esta vez bajo el mandato de Bachelet, recupera La Moneda para intentar estabilizar otra vez el neoliberalismo. La ingenuidad nos está costando un alto precio. Debemos pensar la realidad en estos términos porque es la única manera de tomar conciencia para de este modo ocuparnos con el ardor, con el valor y con la convicción necesaria de los asuntos colectivos, de los que a todos nos involucran por igual. Declarar que no nos “importa” la política, que de todas formas mañana debo trabajar, es falso y perjudicial porque es una posición, de lo más cómoda en todo caso, en la que delegamos nuestra responsabilidad de decidir en otros que por lo general es la élite en el poder. Además, estas decisiones que delegamos tienen relación directa con nuestra calidad de vida, con el modo de producir y de trabajar. Si vemos lo que pasa en los países donde hoy gobierna el régimen nacional y popular- la característica que los hace similares- es que en ellos la *política* como *acción* (sea de cambio en el caso del pueblo o de reacción respecto de los sectores dominantes) es la que se impone, la que logra recuperar el protagonismo que los neoliberales le negaron al hablarnos del final de la historia, de la lucha de clases y de las ideologías. Desde esa perspectiva nos urge radicalizar en el cambio.⁷

⁷ En relación a la violencia de la derecha me gustaría referirme a un caso más actual, al de Venezuela. El 22 de enero del 2014, varios líderes de la oposición exigieron el término del gobierno electo de Maduro. Leopoldo López, político de esa derecha que conduce la tendencia más facciosa de la oposición, simplemente afirmó que el objetivo final era el cambio de régimen dejando en claro que el problema no era sólo el Presidente

Al respecto debo decir que en nuestro Chile seguirá vigente el litigio por los derechos humanos, por la lucha de clases y por las batallas en favor de los incontables, de los que somos los “superficiales”, los que solo estamos de paso por el mundo para apenas contribuir a la acumulación privada de los capitales y a la suba constante de su tasa media de ganancias. La historia no acaba, mucho menos la ideología o el enfrentamiento entre el interés de cada clase (que puede adquirir los ribetes más variados e insospechados) mientras haya sectores minoritarios y parasitarios que pretendan vivir del esfuerzo y del trabajo ajeno y mientras exista aquella mayoría que continúa habitando la geografía de la *injusticia* y la *desigualdad*. En este escenario no puede haber

Maduro sino todos y cada uno de los jefes de los poderes públicos que según él habían “secuestrado el Estado”. La única manera en que lo veía posible era que la “gente” saliera a la calle, toda vez que no estaban en condiciones de ganar elección popular alguna. Lo interesante del caso es que en el país caribeño existe un camino legal y democrático para destituir al Presidente antes de finalizado su mandato. Este es el referéndum revocatorio. Sin embargo, esa vía la rechazaron y los primeros episodios de violencia- me refiero a los de febrero del 2014- ocurrieron luego de las declaraciones de este dirigente. Además, a principios de ese mes, en Táchira (que es un Estado fronterizo con la Colombia de Santos) la residencia del gobernador fue atacada con bombas molotov, con piedras y con botellas por partidarios de la oposición. En esta ocasión fueron doce las personas que resultaron heridas y destruyeron un puesto de vigilancia policial, rompieron las puertas principales de la residencia e incluso tuvieron el coraje de amenazar a la esposa del gobernador que finalmente sería protegida por la policía. Por último, una micro del equipo de béisbol cubano también fue atacado por activistas de la oposición: acosar y atacar a los cubanos es simbólico dado que la isla que resiste desde siempre suministra médicos a Venezuela a cambio de petróleo.

La siguiente ola de incidentes de importancia ocurrió el 12 de febrero del 2014, cuando miles de personas marcharon para celebrar el *Día Nacional de la Juventud*. La mayor parte de los estudiantes estaban allí expresando su apoyo al llamado *socialismo del siglo XXI* pero a la derecha no le importó: una pequeña minoría, como es su derecho, aprovechó la ocasión para organizar marchas de oposición al gobierno. Transcurrieron pacíficamente. Pero, más tarde ese mismo día otra pequeña minoría trató de aprovecharse de la situación y desatar una ola de violencia que resultó en las primeras tres personas muertas, entre ellas partidarios y opositores al gobierno de Maduro... Usaron y usan esta violencia precisamente por desesperación, porque no ganan en las urnas y de ese modo se saben rechazados. La coalición electoral de la oposición de la derecha, conocida como MUD, de hecho ya perdió las elecciones regionales y de alcaldes en diciembre del 2013 por un amplio margen. La coalición del presidente Nicolás Maduro ganó con el 55% de los votos, con una ventaja de 1.2 millones de sufragios. Al tiempo que todo esto pasa, la oposición perdió no solo las últimas cuatro elecciones- incluyendo dos desde la muerte de Chávez, evento que les llevo a pensar que sepultarían a la (r) evolución- sino que apenas ganó una de 18. Por su parte, Capriles, líder de la oposición y que fuera el candidato derrotado en las últimas dos elecciones presidenciales, señaló que las de diciembre serían un “referéndum” sobre el gobierno de Nicolás Maduro que había ganado por un escaso margen las presidenciales por lo que intentaron descalificar su triunfo. Sin embargo otra vez la derecha perdió ese “referéndum”. Como resultado los líderes que eventualmente abogan por una estrategia de derrotar al gobierno en las urnas se debilitan mientras surge desde lo más alto del poder la derecha más violenta, la más fundamentalista, la que está dispuesta a todo con tal de conseguir sus objetivos. Como la fecha más próxima para un referendo revocatorio para sacar al Presidente Maduro es el año 2016, lo que les parece inaceptable, los que abogan por caminos alternativos para destituir al gobierno, como son

“consenso” entre clases ya que este proceso lo que siempre ha pretendido es negar la conflictividad y el antagonismo de los intereses y las demandas del pueblo en relación al estilo de vida de los dominantes. No entenderlo así solo logra que la derecha duopólica nuevamente nos aseste un serio golpe contra nuestra dignidad y libertad. Es una de las estrategias por las que confiscan nuestra esperanza y los derechos que nos corresponden en tanto asalariados lo cual no es justo, desde ningún punto de vista, porque en definitiva somos nosotros los que generamos la riqueza de las Naciones. ¡Qué nadie nos diga lo contrario! Por eso, aunque desde siempre la élite responde con violencia sobrecogedora (la represión es finalmente la única forma con la que cuentan para acallar el disenso) también nos insisten en la conciliación de las clases antes que en el conflicto. Incluso, los socialistas, los progresistas y otros, los que andan dando lástima por allí, todos miembros de la Concertación, de esa “Nueva Mayoría” o como quieran llamarse, nos dicen que la izquierda debe “evolucionar” desde el partido revolucionario a la organización de la reforma social para que el régimen neoliberal no sea cuestionado en lo más profundo por los trabajadores que somos las víctimas predilectas y directas del mismo. Apoyan esa estrategia con una serie de argumentos que los llevan a creerse “Nueva Mayoría” cuando no son ni lo uno ni lo otro. Es así como nos niegan la posibilidad de fundar un proyecto de transformación alternativo para así demostrar, desde el punto de vista materialista de la historia, la necesidad de resolver las demandas de los trabajadores que precisamente son urgentes: no podemos soportar la miseria creciente como consecuencia de la exacerbación de las contradicciones que caracterizan al neoliberalismo y a su manera de hacer cada cosa. Por otro lado, con su “renovación” el gobierno rechaza la idea de la transformación radical, profunda y en términos populares porque la teoría de la lucha de clases no sería viable en un país democrático, en ese gobernado por la “voluntad” de la mayoría. Por último, como consecuencia de todo lo anterior, la exigencia de “renovación” del socialismo en los '80 sería acompañada de un viraje no menos decisivo a la crítica oportunista de las ideas del marxismo, cuestión que se venía realizando desde hacía tiempo a través de la tribuna y del debate político, en las cátedras universitarias, en los conciliábulos del PS y a través de una serie de declaraciones y de tomas

la violencia y la soberbia, todo el tiempo están intentando tomar la iniciativa con el apoyo de Estados Unidos y demás. Mientras Henrique Capriles estrechó la mano del Presidente Maduro en enero, lo que supone una postura más conciliadora y un reconocimiento tácito de la legitimidad de éste como Presidente de Venezuela, Leopoldo López y María Corina Machado, adoptaron la línea dura pero que es la menos hipócrita. Se muestran tal y como son: profundamente intolerantes y antidemocráticos. También hay sectores políticos aún más extremistas que se comprometieron en medidas inconstitucionales con el objetivo de anular los resultados de las elecciones democráticas. Éstas incluyeron el golpe militar contra Chávez en el 2002, que dejó decenas de muertos, un sabotaje de los trabajadores petroleros en el año 2003 que hizo colapsar la economía en un intento por derrocar al gobierno, una ola de intensa violencia callejera en el 2004, ahora en el 2014 y la negativa de la oposición a reconocer las elecciones que perdió pero aceptando los resultados de esas en las que ganó las gobernaciones locales.

de posición sobre la situación política de ayer y de hoy. En esas condiciones, hablar de justicia en los casos de violación de los derechos humanos, incluso de *sentido común* o de una *mínima sensibilidad por el dolor ajeno* es una tremenda quimera.

Para mantener y racionalizar el momento político actual, caracterizado por el dominio en todas sus formas, abusan de los medios a su alcance, de la violencia y todo lo demás. En verdad, la *lingüística política* es una armadura en beneficio de los dictámenes y de los valores, de la cultura y de la manera de actuar que responde al orden establecido. Si la oposición radical de la que he estado hablando desarrolla su lenguaje del poder propio, lo que de hecho hacemos es protestar espontánea, subconsciente y organizadamente en contra de la forma de control y de difamación más efectiva de la clase dominante, a saber: el lenguaje de la ley y del orden prevalecientes el cual es validado por los tribunales y por aquellos políticos que supimos conseguir en este tiempo; además, así impugnamos la cultura que da supremacía al lenguaje hablado por la élite, que es un producto elaborado por una minoría de sujetos que lo presentan en sociedad como el único modo de comunicación válido bajo los términos de la *razón*. Otra vez nos topamos con la idea de que el lenguaje no es solamente un medio de comunicación, es también, sobre todo, un modo de aprehensión de la realidad. El lenguaje es poder, dominio y control no sólo porque define la forma de producción, de circulación y de distribución de las riquezas y así al país sino también porque crea y condena al *enemigo interno*. El asunto es que esta creación no es el “enemigo” tal como es realmente, sino más bien como *debe ser* para cumplir la función señalada por el orden y por la ley establecida. El fin justifica los medios; de hecho, hay acciones que son violentas, fuera de toda racionalidad, que dejan de ser crímenes si sirven para preservar y extender el régimen neoliberal y su idea de gobernabilidad. Por el contrario, lo que el enemigo hace es el *mal*, lo que dice es *resentimiento*, *propaganda* y *mentira*. Esta *difamación lingüística* es la que permite atentar contra los derechos humanos, es la que autoriza legalmente a las fuerzas del orden, a Carabineros y de última a las fuerzas armadas, a matar, a quemar, a interrogar o a hacer desaparecer a quienes son percibidos como el *enemigo*, esos que se movilizan contra el poco probable bienestar y la estabilidad del sistema. Este universo lingüístico, político y de poder incorpora al “enemigo interno” como un *no-hombre*, como una bestia mejor dicho, y lo hace en la rutina del lenguaje diario. De esa forma entiende que sólo puede trascenderse a través de la acción constante de los dominantes. No tienen impedimentos al respecto ya que la violencia es parte integral de la estructura misma de esta sociedad que defienden con sus fuerzas, con sus fábulas, mitos e ímpetu. Son muy agresivos porque mienten y actúan, porque son excelentes comediantes de una tragicomedia donde las víctimas somos nosotros. En la movilización de esta agresividad del poder hacia la cultura popular se activan, para servir a las necesidades tanto económicas como sociales y políticas del régimen en particular y del Estado en general, viejas pero efectivas ideas: el enemigo es el sucio, es el que está contaminado, es el animal contagioso que amenaza al

limpio, al anestesiado y a la saludable democracia en la medida de lo posible. Deben ser liquidados, expulsados y quemados como el veneno; sus ciudades infestadas también deben calcinarse y limpiarse para que sirvan a la libertad. El “enemigo interno” es el *disconforme*, es el sucio de cabello largo con su barba y sus pantalones desgastados: son los promiscuos que se toman esas libertades que son negadas al limpio y ordenado que permanece limpio y ordenado incluso cuando matan, cuando bombardean, hacen desaparecer a las personas o torturan. Quizás nunca desde la Edad Media, cuando la iglesia hacía de las suyas, hubo una erupción de represión acumulada en una escala tan global como hoy, organizada bajo la forma de agresión contra el *enemigo interno* que es todo lo anterior, que es el sucio, pero que fundamentalmente es el *revolucionario*, el que no acepta esta sociedad, sus necesidades y el que tiene plena conciencia de ello. Ante la amplitud e intensidad de la agresión sancionada legalmente desde la cúspide del poder tenemos que interrogarnos sobre aquella tradicional distinción entre la *violencia* legítima y la ilegítima. Porque si la *violencia legítima* de los dominantes y de sus gobiernos incluye dentro de la rutina diaria de “pacificación” del conflicto social- la aplicación de la ley antiterrorista al pueblo mapuche, la represión sobre el movimiento social, el apoyo, la invasión, el incendio de otros países o el golpe de Estado, todo eso al por mayor, la acción de nosotros, de los que nos pensamos como la oposición radical, no importa cuan ilegítima sea, es difícil que comparadas con la reacción de la élite puedan ser designadas por el mismo nombre de *violencia*. ¿Puede haber alguna comparación significativa, en magnitud, en grado y en criminalidad, entre los actos ilegales cometidos por nosotros en la calle, en las poblaciones, en las avenidas y universidades, por una parte, y los actos perpetrados por las fuerzas del orden por la otra? ¿Podemos llamar delito a esas *acciones de resistencia* de quienes nos manifestamos y de ese forma perturbamos el poco normal funcionamiento del Congreso, de nuestra ciudad, de la economía o del país porque luchamos por nuestros derechos, contra la mucho más eficiente perturbación de la vida de los trabajadores que llevan adelante con su violencia las fuerzas armadas, de la ley y del orden?

No son delitos. De hecho son manifestaciones en favor de los derechos de la mayor parte de la población y en este sentido reivindican y defienden la vida del hombre. Tienen que andarse con cuidado los que se dicen “Nueva Mayoría” ya que ahora el fiasco de esta empresa, el de la “democracia”, de la reforma y de la justicia “en la medida de lo posible” no puede ser simulada. Es con la lucha estudiantil a partir del 2006 que la facultad antidemocrática de la Concertación- conjuntamente con la ineficacia del neoliberalismo para satisfacer las necesidades de todos- queda al descubierto; en ese momento empieza a tener su más alta difusión en todos los estratos sociales y políticos. A partir de entonces el cambio se inicia ya que la situación nunca volverá a ser la misma. Por supuesto, la transformación recién se avizora en el camino y falta mucho: el movimiento social y popular todavía no logra organizarse políticamente- lo que es una prioridad absoluta- pero a su vez el combate es constante y sin descanso. Lo importante de esto, el que los estudiantes y los

trabajadores estemos en la calle exigiendo nuestros derechos, se encuentra en que continuamos vigentes. Lo que más indigna es que en Chile la posibilidad de acceder a una vivienda, al igual que el derecho a la salud, a la educación, a una jubilación o a un trabajo acorde a nuestras prioridades, es una quimera para los sectores más vulnerables; como no tienen los medios adecuados para pagar por ellos o para financiarlos, no tendrán derechos. Simple y trágico. Es lo que empiezan a entender los chilenos porque este régimen nunca ha estado en condiciones de satisfacer las necesidades de los trabajadores que, no está demás decirlo, se convierten en víctimas predilectas del capital. La “ley” y el “orden” son conceptos de los que se sirven los dominantes para convertirnos en sus empleados y explotados. No puede haber ninguna asociación humana sin ley y sin orden pero no tiene porque primar la de ellos, esa que coharta la libertad, la urgencia de la satisfacción de nuestras demandas. Existen grados en el bien y en el mal, en las asociaciones humanas que se miden en términos de la violencia organizada, legitimada e inclusive indispensable para proteger a la sociedad establecida contra los *oprimidos*, contra los *desequilibrados* y el *sucio*. Por sobre su legitimidad en términos constitucionales, la medida en que la ley y el orden establecidos podrían exigir legítimamente obediencia depende en gran parte de si la ley y el orden establecidos acatan y cumplen con sus propios criterios. Estamos en presencia de la cuestión ideológica (en tanto que postula el valor de la *libertad*, de la *igualdad* y de esa *fraternidad* preconizadas por los dominantes en otra época), pero la ideología en manos de los trabajadores, del movimiento social digo, puede llegar a ser una fuerza política material en la coraza del rechazo absoluto en cuanto esos valores son traicionados, negociados y negados por la experiencia cotidiana del control que la élite ejerce sobre el hombre. Ahí es cuando las promesas traicionadas pasan a ser parte de las conquistas de los sectores populares que luchan por ellas dándole una nueva significación. Le dan un sentido material- ideal que trasciende las diversas abstracciones en las que caen presos los sectores de la casta gobernante. La ley y el orden humanista se construye contra esa ley y ese orden que en su momento estableció la clase patronal de modo que el neoliberalismo y sus dramas, sus odiosidades y consecuencias, sus razones y su lógica, son de ahora en más ilegítimas e ilícitas porque el combate de los trabajadores así lo dictamina.

Para el pueblo la *democracia* debería ser el territorio que demarca lo infranqueable, el límite que no se puede ni se debe pasar a la hora de respetar la pluralidad, la libertad, el derecho a tener las mismas oportunidades y una vida digna, la proliferación de subjetividades múltiples y esa garantía de ser protegido- sea cual sea la condición social- por leyes común a todos. Debe incluir además la distribución justa de los bienes socialmente producidos. Cuando algo de esto se debilita o simplemente falla, la que está en riesgo es la convivencia en términos democráticos. Entonces, si analizamos la forma de actuar de los políticos que supimos conseguir en los últimos cuarenta años veremos que Chile no solo *no* es un país democrático- de libre expresión de la voluntad popular- sino que además estamos en presencia de una regresión

constante de los valores de la derecha que se transforma en una simple correa de transmisión de los intereses de las grandes corporaciones y de los grupos económicos más concentrados. En este proceso de *cooptación* lo que se vacía es el lugar de la política y de aquellos partidos y organizaciones que eran los portadores de antiguas y a veces hasta de venerables tradiciones pero que, en estas últimas décadas, logran empobrecerse hasta el extremo de no poder ya simular su compromiso con la acumulación privada de los capitales. Sin más nos condujeron al *oscurantismo* y a la *decadencia* de una derecha duopólica que milita contra el pueblo y contra el compromiso por la democracia y por el respeto hacia el otro. Pero, logran perdurar en el tiempo, haciendo de las suyas y gobernando a su entero antojo, porque tienen la venia de la élite, de sus representados. Ocurre que los beneficiarios y por tanto los benefactores del régimen neoliberal son ellos mismos, son los que están dispuestos a todo por elevar la tasa media de ganancia del capital porque son también dueños de los factores de producción. Lo vimos anteriormente: es tal la magnitud de la concentración de las riquezas que tanto los dirigentes de la Concertación como los de la Alianza se convierten en parte integral de la élite en el poder. También lo vimos pero es interesante recordarlo: es por esto que no pueden resolver las demandas que se plantean desde el *movimiento popular*; existe un conflicto de interés que lo impide, y no hay un ejemplo en el mundo que nos pueda mostrar a una clase dirigente gobernando contra sus prioridades. A los sectores dominantes en realidad no les importa el pueblo, la verdad sobre la vida de los obreros y trabajadores en general, no les interesa la pasión que los moviliza (mientras no interfiera con sus prioridades) ni mucho menos sus necesidades. Ocurre que la élite de por sí, en tanto tal, por su forma de vivir y de coexistir socialmente, por este solo hecho, por contradecir sus intereses minoritarios los de la amplia mayoría, es ya, sin tener que hacer nada más al respecto, una forma embrionaria de declaración de guerra contra el bienestar común. Luchan con todos sus recursos, con los medios de los que disponen, que no son nada superfluos, contra cualquier orden social moderno, justo, de equidad y valores a favor del hombre. Los moviliza el pillaje y la opresión, la violencia y la hipocresía, el control y la urgencia de dominar por doquier. No les importa la falta de un sistema democrático, de hecho esta situación los favorece, como tampoco se ocuparán del otro, por los escándalos fragantes, por la farándula (que también cumple su función en la forma de control sobre la población), y mucho menos lucharán contra la corrupción ni contra la falta de escrúpulos. No lo hacen mientras puedan seguir disfrutando de las minas, de las granjerías y fábricas, de servicios que por definición son públicos, y de los privilegios que derivan y emanan de una sociedad y modo capitalista de hacer cada cosa. Mientras las denuncias contra la élite y sus negociados no pasen a mayor, mientras no logren movilizar a los trabajadores, todo estará bien. Distinto es cuando aquellas denuncias que la comprometen producen gran efecto e indignación entre el pueblo. Entonces, se moviliza y se recicla, miente y engaña para que ese Estado que los favorece- que es el garante en última instancia de la acumulación privada del capital- no sea cuestionado en

sus fundamentos, al punto de plantearse un cambio radical por parte de los trabajadores organizados.

Difícil será impedir los golpes de la reacción, la consolidación de esta realidad que favorece desvergonzadamente a estas tres o cuatro familias que manejan Chile ni podremos acabar con este régimen donde la patronal hace de las suyas a su antojo, sin ningún tipo real de contrapeso a su poder, si al mismo tiempo no atacamos las causas que estabilizan el neoliberalismo y que se relacionan con la ideología que racionaliza las medidas en beneficio del libertinaje del mercado. La disputa por la renta socialmente generada, esta vez bajo la perspectiva de una distribución más equitativa de las riquezas, la superación de esta legalidad que favorece al sistema financiero- especulativo en desmedro de la economía real (la que crea trabajo, los bienes y servicios nacionales, la industria local, el ahorro y capitales interno), la imprescindible intervención del sector público en los nudos principales de comercialización y de circulación interna y externa de la mercancía junto con la consolidación de la inclusión social a través del trabajo, son algunas de las indispensables medidas que debe conformar nuestro proyecto de país para desde ahí hacerle frente a las conjuras, a los dogmas y sentencias de los poderes corporativos. Debo insistir porque continúan creyéndose los garantes de la libertad y los ejecutores de las políticas “racionales”, incluso se ven así mismos como los paladines del respeto por los derechos humanos cuando lo único que hicieron sobre este asunto fue consolidar la impunidad de los genocidas. El gobierno de Lagos fue paradigmático en ese sentido y ahí está la historia, las crónicas que conforman nuestra realidad, para demostrarlo. No hay discusión posible porque los hechos están ahí.⁸

El movimiento social, la democracia posible, la idea de totalidad y los valores operacionales.

La Concertación hoy disfrazada de “Nueva Mayoría” todo el tiempo habla de la democracia, de reformas y de justicia, nos habla de los cambios centrales para Chile, incluso otros que como la cúpula comunista tardíamente se incorpora a este conglomerado; nos dice que la tarea política inmediata del partido debe ser la transformación radical y estructural del régimen que nos

⁸ Hay que decir que en relación a la búsqueda de justicia en el caso de la violación de los derechos humanos ocurridos en la dictadura, en el gobierno de Lagos se realizaron algunos avances en los tribunales en materia de juicios contra los culpables de aquellos crímenes. Es necesario recordar, sin embargo, que esto se debió exclusivamente a los años de constante labor de abogados y de jueces honestos y progresistas, así como al trabajo de las organizaciones de los derechos humanos y no por propia iniciativa de aquel gobierno, que nunca aceptó ser parte querellante en esos casos. Una vez más en la administración de Lagos se priorizó en lo que los concertacionistas llaman la “reconciliación” nacional que busca racionalizar la impunidad de los victimarios. Tal vez sea por eso que su gestión produjo un tremendo inmovilismo en aspectos esenciales de la necesaria democratización de Chile. Incluso llegó al paroxismo de querer imponernos una “nueva” Constitución para de ese modo intentar pasar a la historia.

viene sometiendo desde hace más de cuatro décadas. Esto es lo que vienen declarando desde la época de la dictadura, sin embargo, la realidad es otra: pasa que sencillamente ellos se convierten en beneficiarios del poder, de las prebendas de éste, de modo que objetivamente no pueden luchar contra el sistema. Es un fenómeno totalmente natural del que estoy hablando porque no existe ninguna clase dirigente o élite que gobierne contra sus intereses, en contra de un régimen que favorece sobremanera su idea sobre el mundo, del hombre, de la libertad, de la razón, de la fe y de lo que sea. Desde este punto de vista no podemos plantear ninguna aprensión en particular porque cada uno defiende lo que considera propio. Lo que sí hace la diferencia es que los trabajadores, en tanto somos la mayoría, tenemos el derecho a imponer por la vía de la democracia nuestra visión del mundo, del hombre, de la sociedad, el modo de producir las mercancías y demás. Incluso, siempre por el hecho de ser la mayoría somos mucho más racionales en nuestras demandas porque éstas responden a las urgencias de la mayor parte de la población; será este hecho fundamental el que precisamente define los parámetros del *bienestar común*. Es decir, este bienestar es *común* porque es el de los trabajadores que son los que constituyen la clase mayoritaria. Algunos no lo entienden, sea por oportunismo, compromisos políticos o simplemente por negligencia. Al respecto, lo más grave es que- en el caso del PC por lo menos, un partido que siempre tuvo una base social importante- se alejan definitivamente de los sectores populares, de sus necesidades y urgencias al formar parte de esta nueva fechoría de la Concertación. Ni hablar de los socialistas, de los DC y de tantos otros que se dicen “progresistas” o “independientes” y andan dando lástima por ahí. No podemos hablar de “independientes” porque nadie lo es; todos estamos ligados y defendemos determinados intereses de clase y por lo menos en el caso de Parisi- solo por poner un ejemplo que me parece de lo más ilustrativo- a éste le interesa lo suficiente el poder y la política (contra la que siempre están despotricando estos personajes) como para postularse a Presidente. Sobre el “progresismo” de MEO ni hablar: no merece el mínimo análisis. Lo único concreto es que con la democracia y las reformas “en la medida de lo posible”, con esta hipócrita estrategema de la “transición” que habría iniciado Aylwin bajo su mandato y de la que también sacan provecho los que se dicen independientes y progresistas, lo único que se hace desde la Concertación es relegar a segundo plano las tareas políticas y la lucha que los trabajadores llevamos adelante a través del movimiento y de la presión social para acabar con la dictadura y su herencia. Así fue como empequeñecieron y restringieron los espacios del poder y de batalla contra el *autoritarismo* que previo al plebiscito del '88 libramos los sectores populares que en definitiva fuimos los únicos héroes en esas jornadas de movilización y de alegría. Sin pecar de soberbia pero tampoco de falsa modestia, fuimos todos nosotros, esa generación y las anteriores los que dimos el combate para derrotar la pretensión delirante del dictador de permanecer ocho años más en el poder, casi hasta fin de siglo. Lo digo porque esa democracia, ese arcoiris y aquella primavera que nos prometieron nunca floreció, como tampoco ahora- por lo

menos no bajo la conducción de Bachelet- tendremos ese sistema educativo al modo que lo demandan los estudiantes, salud de calidad o jubilaciones y empleos dignos, que reivindicuen la necesidad de habitar en un país justo, con igualdad de condiciones para la población en su totalidad. Es importante considerarlo en este momento definitivo, cuando estos falsos demócratas que no son ni *nuevos* ni *mayoría* pretenden continuar siendo una alternativa de *governabilidad*. Les mostraremos que no es posible porque lo acepten o no paulatinamente, lentamente pero también sin pausa alguna, Chile hace un par de años que viene cambiando. Lo importante de ese evento es que las fuerzas revolucionarias emergen en el proceso mismo del cambio; lo que digo es que el paso de lo *potencial* a lo *futuro*, de la “democracia” de baja intensidad a la transformación profunda y estructural del régimen solo es obra de la *práctica política*. Y esta *práctica política*, al igual que la teoría crítica de la sociedad, hace bastante tiempo que viene reconstruyendo las bases para reorientar en otros términos- democráticos y populares- el concepto de la *(r) evolución* por la que nos corresponde combatir. Un cambio que es radical porque en este nuevo tiempo el imperio, la dinámica de su sociedad y demás, hace mucho que superaron la etapa en que podía crecer con sus propios recursos, con su propio mercado y con el comercio normal con otras áreas. Ha crecido hasta convertirse en un poder imperialista que por medio de la penetración técnica, económica, política y también por la abierta intervención militar cuando es necesario, transforma en dependencias propias a importantes zonas de aquel mundo menos desarrollado en términos capitalistas. La política expansionista del neoliberalismo se distingue del imperialismo clásico, del conducido por el mal llamado *Estado de Bienestar*, por el ineficaz empleo de las conquistas económicas y técnicas logradas en la etapa anterior, de un lado, y por el otro por el carácter político- estratégico de la intervención que se relaciona con el hecho de que debido a la propia evolución de las conquistas y derechos del trabajador en algunos países periféricos, los acontecimientos en el mundo menos desarrollado inciden en la gobernabilidad y estabilidad de los países centrales. Es decir, las fuerzas del cambio en países como Bolivia, Ecuador o Venezuela, como en la Argentina, Brasil y Uruguay, Nicaragua o como en El Salvador, no pasan desapercibidas en la economía de Estados Unidos o de Europa. Incluso en lo político: por ejemplo, se sabe que el poder existente no toleraría una repetición de la *(r) evolución cubana*; se sabía que emplearían todos los medios y armas de supresión de los que disponen, que en realidad son cada vez menos efectivos, para intentar en este contexto fortalecer a los gobiernos de la derecha latinoamericana que de esta forma y eventualmente se fortalecerían con la ayuda cada vez más ávida del imperio para desde allí intentar desestabilizar a los gobiernos populares de la región. Pero, en gran parte de Latinoamérica el cambio igual se consolida y ello a pesar de toda la violencia que ejercen sobre la Venezuela del socialismo del siglo XXI, sobre Bolivia o Ecuador, incluso a pesar del bloqueo a Cuba. Pasa que el régimen neoliberal, por ahora la carta más fundamentalista que juegan las élites, ya no puede simular su ineficiencia. Hasta los trabajadores de los países del centro

del mundo, de Estados Unidos y Europa se levantan contra las consecuencias de este régimen.

Chile también viene cambiando su fisonomía social y política. Lo hace por la toma de conciencia que significó la irrupción de los estudiantes en el 2006 a la escena política nacional. No podría ser de otra manera porque el acceso real a la educación, que sea pública y de calidad, gratuita y demás, a la manera que el movimiento estudiantil lo exige, es un derecho de todos. Cuando desde el poder se nos habla de “igualdad” de oportunidades o del ya gastado “Crecimiento con Igualdad” de Lagos, que finalmente solo fue eso, apenas un eslogan de campaña, y al mismo tiempo dicen que la Universidad es paga, que es un bien de consumo y que debería primar la competencia, el individualismo y la falta de solidaridad, entonces algo está pasando: ocurre que la igualdad, lo mismo que el derecho a la libertad, a la fraternidad y el compromiso político por un país inclusivo y democrático, solo es una gran farsa como todo lo que se relaciona con la derecha duopólica, con su dogma y pretensiones. No buscan ese objetivo ya que el neoliberalismo por esencia margina, excluye e incluso discrimina siempre en beneficio de los intereses dominantes. Nos hablan de crecimiento pero de éste solo la élite disfruta y lo vienen haciendo desde hace a lo menos cuarenta años, desde esa oportunidad que tomaron por asalto la democracia, la vida de Allende y la de otros miles de compatriotas. Solo se dedican a fabricar mentiras, a defender el libertinaje de los mercados que sin dudas produce que un trabajador de esos años, de la época anterior al golpe de Estado, viviera mejor que un trabajador de hoy. Ni hablar de las conquistas, de las leyes y normas a su favor, de las que gozaba un asalariado de principios de los '70. Es por eso que la situación tiene que cambiar radicalmente. Debería hacerlo porque Chile se encuentra estancado, porque no avanza, no es democrático ni tampoco es un buen lugar para vivir. En este aspecto es poco lo que cambió. Es posible hacerlo: hay una ética de los hombres y una humanidad pero en primer lugar existe una voluntad capaz de resistir y alterar en favor de todos la forma de producir del capitalismo, la lógica de sus necesidades materiales que plantea para desde ahí reconstruir el país a través de otra manera de circulación y distribución de las mercancías. Es posible detener la gigantesca fuerza técnica y económica de la expansión capitalista en su forma imperial- neoliberal a partir de la lucha popular, del humanismo marxista, a través de la solidaridad en la defensa de la vida de las personas; es necesario también este elemental *socialismo en la acción*, que le da sustancia y sentido al *radicalismo* de los sectores populares que no tiene relación alguna con aquella “izquierda” que responde a los designios de una Concertación que le lleva el amén al régimen neoliberal. La cadena de la explotación debe romperse por el eslabón más fuerte. El neoliberalismo no es inmune a la crisis. De hecho, hoy vemos cómo hace estragos por todos lados en los países más desarrollados. El enorme complejo militar e industrial, los gastos y la lógica que implica en lo económico, no sólo crean una carga cada vez más pesada en el causante de los impuestos, sino que también es el gran responsable del cada vez más estrecho margen de plusvalía en beneficio de la

patronal. Además, la generación real de riquezas (no hablo de especulación ni de las finanzas) y la salida adicional para la productividad del capital bajo los términos depredadores encuentra un límite, aunque por el momento sea pequeño, con la intensificada resistencia de los países con regímenes que son populares, esos donde en verdad se intenta construir una alternativa al estilo de vida capitalista. Lo hacen a través de ideas como la del *buen vivir* por ejemplo; lo más interesante es que cuentan con la propiedad de muchos recursos y de materias primas para hacerlo, que también son recursos que requieren desde los centros globales del poder. Lo que digo es que cada vez tenemos más incidencia en el sistema comercial global. Debemos actuar en consecuencia porque lo más indignante del neoliberalismo y su libertinaje de los mercados son sus prioridades. Es el hecho de que el afán desmedido del lucro, de la acumulación privada de capitales a como de lugar, precisamente esté entre las necesidades más urgentes del sistema. Ello a expensas incluso de la vida de las personas. A modo de ejemplo pensemos en el terremoto que tuvimos en el norte a principios de abril, en la lógica de los patrones que impidieron que sus trabajadores evacuaran a zonas de seguridad frente a la alerta del tsunami: para ellos lo importante era no romper con la cadena de producción, que no se interrumpiera el trabajo y así la eventual generación de la plusvalía que resulta de este esfuerzo ajeno. Que no nos extrañe porque el régimen neoliberal, sus políticas de ajuste, de saqueo, de flexibilización de los derechos del trabajo, de privatizaciones de las empresas públicas, etc., se implementaron para solucionar la crisis de la caída de la tasa media de las ganancias que en su momento se produjo por las inconsistencias derivadas del mal llamado *Estado de bienestar*. El neoliberalismo no solo vino para acabar con ello, con los derechos laborales y demás, sino que también vino para quedarse. Hasta hoy se creen el final de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases. Actúan en consecuencia: ni siquiera les importa la vida de los que intentan sobrevivir de un salario como quedó demostrado en este ejemplo del terremoto y en tantos otros. El problema para los dominantes, para que el neoliberalismo tenga futuro, es que la absorción del desempleo y de la pobreza, si es en realidad lo que se busca, sumado al mantenimiento de una adecuada tasa media de ganancias del capital, requerirán la creación de demanda en una escala cada vez mayor, estimulando en esas circunstancias el torneo claudicante de la batalla competitiva por la existencia del hombre a través de la multiplicación del desperdicio, de la obsolescencia planificada, de los trabajos y servicios parasitarios y estúpidos. No creo que lo logren: sus prioridades no son la vida ni el bienestar de la población y así desnudan con toda crudeza (por ejemplo en los momentos de emergencia, de catástrofes, de terremotos y de crisis) toda su negligencia y objetivos. Y no es viable que la gobernabilidad del país, por más tecnocrática y racional que se muestre, por más totalitaria que sea, al final siempre depende para su funcionamiento de una (relativamente) positiva actitud de la población respecto de los valores que profesa el régimen político y del sentido de la utilidad de sus necesidades que racionalizan la represión exigida por la organización social del trabajo.

En otras palabras, el sistema político depende de la relativamente calculable y estable *sensatez* del pueblo; *sensatez* que se define como el funcionamiento regular y socialmente coordinado de la mente y del cuerpo no solamente en el trabajo, en la tienda u oficina, sino también durante el ocio y la diversión. Más aún, al sistema político le urge en una magnitud cada vez mayor, la fe en las propias creencias (que son parte de la *sensatez necesaria*); fe en el valor operativo de la ética que profesan los dominantes. Sin embargo, la élite es como el padre Gatica, como quien predica pero no practica. Ahí tenemos su debilidad primera. Pero, la debilidad mayor es la lucha de los pueblos.

Nuestro planteamiento del cambio radical, de la (*r*) *evolución* que será *permanente* es justo y equilibrado. En primer término, es un proceso que nos plantea la *evolución* de nuestro país, de la sociedad e inclusive de nuestra humanidad y por eso además es una *revolución*. A su vez, es *permanente* en el sentido que no solo deberemos luchar para que ésta se consolide y de ese modo permanezca en el tiempo, por los siglos de los siglos digamos, sino también porque la batalla por la libertad del hombre, por la emancipación del trabajador es constante; no es cuestión de unas horas o días. Es *permanente* porque no se trata de luchar por ella en nuestras “tardes libres” sino que es necesario dedicar nuestra vida al combate; se trata de librar todo el tiempo, en cada circunstancia y espacio social, incluso a nivel individual, la batalla en favor del régimen nacional en lo político, popular en el ámbito cultural, soberano en lo económico (que no vengan desde afuera a imponernos sus ajustes) e independiente en el aspecto ideológico. De hecho, la experiencia revolucionaria y la habilidad del pueblo en el discurso, en la movilización y en la organización se adquieren en la batalla diaria, con el tiempo. Lo que hace falta es ocuparnos de tomar conciencia de lo que nos pasa, de que el neoliberalismo no es racional, de que nos conduce a problemas muy graves incluso respecto de nuestro medioambiente por el uso depredador que hace de los recursos y materias primas. Son esos hechos los que colocan en duda el *valor operativo* de la “ética” que profesan los dominantes. Lo real es que la moral y estos *valores operacionales* son los que ceden bajo el impacto de las crecientes contradicciones de la sociedad neoliberal para desde ese lugar plantear otra manera de vivir. Los nuevos valores que así surgen son los que caracterizan al combatiente, al hombre nuevo que se enfrenta con las faltas del capitalismo. El resultado es una propagación del descontento, del rechazo absoluto y la oposición radical pero también de las enfermedades mentales. ¿Acaso los chilenos no tenemos récord en suicidio, en depresiones y ataques de pánico? Son esos factores los que nos llevan a resistir el trabajo alienante, lo que nos conduce a la negativa a sobreactuar en beneficio de la siempre privada acumulación de los capitales. Estas cuestiones, que son las que nos confirman la negligencia del neoliberalismo para satisfacer al hombre y a la mujer de nuestra Patria, son todos asuntos de disfunción que nos lastiman. Pero, también cuestionan ese aparato altamente centralizado y coordinado, en el que el colapso de cualquiera de sus elementos puede afectar fácilmente a considerables secciones de la totalidad. No me cabe la menor duda de que

estos son factores subjetivos pero también son objetivos, relacionados con el modo de producir, por lo que potencialmente pueden adquirir una fuerza material al conjugarse con la presión que ejercen las *necesidades materiales*, la economía y el régimen político. Entonces, y sólo entonces, prevalecerá ese clima que depara aquella base social que plantea otra forma de organización necesaria para dirigir la batalla. Debemos tomar conciencia de los dramas y defectos inherentes a este régimen en particular porque las consecuencias de sus actos, de su forma de entender la realidad, el crecimiento y el desarrollo nos involucra a todos y de la forma grave. La *(r) evolución* es *permanente* porque la lucha además evita que la conciencia se deteriore o se ofusque. Y este proceso de degradación, cuando caemos en él, es irreversible porque ya no hay salida, por lo menos no en términos revolucionarios; en realidad, a partir de ahí quedamos dispuestos a erigir cada defecto de la clase dominante en virtud, de manera que nos dotamos de un fundamento teórico servil, que solo es funcional a la clase patronal y a la espontaneidad más cruel. Es lo que pasó con la izquierda chilena, con los socialistas y con los comunistas que no pudieron con la responsabilidad que les correspondió en la caída de Allende, de la UP y de los sueños de todos nosotros. Planteo la pregunta para de ese modo coadyudar a la instalación de una *conciencia revolucionaria* en favor del pueblo: ¿Qué tipo de vida es la que plantearemos? Lo digo porque aún nos encontramos frente a la disyuntiva de exponer la alternativa concreta en favor del pueblo. El requerimiento carece de sentido si lo que se pide es un plan minucioso de las instituciones y relaciones concretas que serían parte de la sociedad humanista: éstas no pueden ser determinadas a priori pero sí tenemos una idea de su lógica que es la defensa y la primacía de la vida de las personas por sobre cualquier otro tipo de consideraciones. Esas normas, instituciones y reglamentos, la ética y la racionalidad de nuestra opción se desenvuelve tras ensayos y fracasos varios, y conforme se vaya desplegando el nuevo régimen y su forma de Estado que esta vez sí garantiza en primera y en última instancia el derecho a una calidad de vida basada en *necesidades material- ideales*. Lo que importa es destruir lo viejo, el poder existente, para abrir paso a *lo nuevo*, al respeto por los derechos humanos. En todo caso, tenemos que tener cuidado con esto porque responder de semejante forma, de que urge acabar con *lo viejo*, hasta cierto punto descuida el hecho esencial de que lo que nosotros entendemos como “anacrónico” no es necesariamente malo para muchos: todavía existen trabajadores que tienen una interesada participación de que el régimen siga, que se mantenga digo, porque sienten que son beneficiarios del mismo o porque tienen miedo o deudas y por tanto les horroriza la idea de la *falta de previsibilidad*. Por eso insisto en la lucha: es la que crea conciencia en el pueblo sobre la urgencia de la transformación.

La demanda de exponer las opciones concretas se justifica también por la urgencia de plantear otro régimen que batalle contra las razones del modo capitalista en un proceso de unidad y de convergencia. Es que lo acepte o no la élite, toda exigencia del movimiento popular está relacionado e implicada con la totalidad. A modo de ejemplo, es importante entender que una reforma

educativa a la manera que lo demandan los estudiantes (donde tengamos una educación no solo gratuita sino además de libre acceso, democrática y plural) atenta contra el neoliberalismo en su integridad. Ocurre que si exigimos una educación en estos términos concluimos que ésta deberá entenderse como un servicio público y no como un “bien de consumo”. El problema para la falaz Nueva Mayoría serían dos. El primero es que al ser neoliberales no pueden aceptar este cambio porque es uno de sus mejores negociados. Además, la mayor parte de la clase dirigente- de la Alianza, de la Concertación, incluso de los que se dicen independientes y progresistas- son dueños, accionistas o directores de colegios y de universidades privadas, de isapres o de AFP... Es decir, tienen intereses económicos y políticos reales para que la situación no varíe en lo central. El otro problema es que al plantear la educación como un servicio público, esencialmente plural, participativa, inclusiva y democrática, se cuestiona el núcleo mismo del régimen neoliberal. Lo hacemos ya que éste basa su dominio social en el autoritarismo y en una Constitución que niega con todos sus medios cualquier manifestación de la voluntad popular. Así, cualquier reforma radical, profunda y democrática en la educación o en la salud, en las jubilaciones o en el código laboral, hace que se caiga todo el andamiaje institucional. De ahí la urgencia de la unidad en la acción y en lo ideológico del movimiento social para desde allí plantear una conducción política que se traduzca en una alternativa concreta a este Chile autoritario. Y ese proyecto se basa en el respeto por los derechos humanos, en la propiedad colectiva de esas empresas que son estratégicas para el desarrollo del país de forma tal que seamos los trabajadores quienes controlemos las principales variables de la economía y la planificación social de los medios y factores de producción, de circulación y de distribución de bienes y servicios. Estas son las condiciones necesarias pero no suficientes para la alternativa. ¿Porqué? Son las que harían posible el uso de todos nuestros recursos disponibles para la abolición de la pobreza, de la indigencia y demás, pero que son apenas el prerrequisito para pasar de la cantidad a la calidad, es decir, para la creación de una realidad de acuerdo con una nueva sensibilidad y conciencia que reivindica las necesidades *material- ideales*. Este objetivo implica el rechazo de aquellas *políticas de reconstrucción*- sin que importe cuan revolucionarias podrían ser- destinadas a perpetuar el modelo de esta sociedad basada en el afán de lucro y sus requerimientos. A no dudar, dentro del neoliberalismo, y contra su ubicuo aparato, la espontaneidad en sí misma no tiene posibilidad alguna de ser una fuerza de transformación profunda y radical. Solo podría convertirse en semejante fuerza como resultado de la batalla, que es la que nos conduce a la conciencia, a la ilustración, a la educación y a la práctica de la política. El elemento anárquico es un factor esencial en el combate contra la dominación pero es la excepción no la regla: preservado y disciplinado en la *acción política preparatoria* de los sectores populares, será liberado, superado e incluido en las metas de la lucha. El cometido principal de todos nosotros consiste así en coadyuvar al desarrollo político del trabajador de modo que la organización de los que vivimos de un jornal se traduzca en un

movimiento social- político que estando a la altura de las circunstancias logre transformar Chile en un país definitivamente democrático e independiente en el ámbito político; también soberano en lo económico, socialmente inclusivo y popular en lo que respecta a nuestra cultura. Quien relega este cometido a segundo plano y no subordina a él las tareas parciales y los procedimientos y formas de lucha y combate, se sitúa en la ruta de las reformas "en la medida de lo posible" que responden a un "realismo" político que además de falaz es increíblemente cobarde y miope. Quienes relegan esa tremenda tarea son los grandes conspiradores que existen en la política en nuestro país, son los que se dicen socialistas, progresistas o independientes de izquierda y no lo son. A los conspiradores también los encontramos definitivamente desligados del movimiento popular; a pesar de esto se piensan así mismo como una élite revolucionaria, como aquella "vanguardia del proletariado". Lo hacen porque restringen el contenido y el alcance de la lucha contra el neoliberalismo; lo hacen porque aceptan la actual situación y porque tienen una visión de la participación popular que es protagonizada por conciliábulos políticos y por una casta de dirigentes que responden a un centralismo "democrático" que falsea la participación de los trabajadores al entregar el poder de decisión de todos en unos cuantos. En efecto, si el socialismo de acuerdo a la "progresía" chilena es, en esencia, el partido de las reformas que en estas circunstancias busca estabilizar el régimen neoliberal, debería por lo menos tener el valor suficiente de reconocerlo con franqueza. Por lo mismo, un socialista no sólo tiene el derecho pleno a formar parte de esta institucionalidad heredada de la dictadura sino que incluso debe siempre aspirar a ello, a controlar el poder para de esa manera darle un manto de legitimidad a la expoliación contra los chilenos que se manifiesta a través de un sistema político- económico basado en el libertinaje de los mercados. Si la democracia implica, en el fondo, el fin de la dominación de clase, de la explotación de los trabajadores por parte del capital de manera que el neoliberalismo vuele por los aires, ¿por qué un dirigente, ministro o Presidente socialista no estaría bien dispuesto a accionar contra la democracia para encantar a la patronal con sus discursos sobre el diálogo, la reconciliación nacional o la colaboración de clases? Ahí está el núcleo del asunto: los socialistas y la izquierda tradicional en general en la medida que colaboran con el régimen se han vuelto antidemocráticos por lo que con ellos no puede haber conciliación en ninguna forma. Pasa que por eso se convierten en un dique que busca contener las aspiraciones de libertad y la satisfacción de nuestras demandas.

Del otro lado, estamos todos nosotros, los que vivimos de un jornal y que sin pausas, plenos de convicciones y con la seguridad de hacer mejor las cosas, de contar con las tesis y con argumentos mucho más racionales que los que defiende el golpismo, marchamos por un camino escarpado, que no es nada fácil, pero lo hacemos fuertemente unidos por la conciencia de luchar por la libertad del hombre. Estamos rodeados por todas partes de enemigos, y tenemos que movilizarnos casi siempre bajo su fuego que no nos da pie para la tregua ni el descanso. Nos unimos en virtud de una decisión libremente

adoptada, precisamente para batallar contra la reacción y no caer, dando un traspies, al pantano del vecino, cuyos moradores nos reprochan desde hace un buen tiempo, desde el principio, el habernos separado en un grupo aparte escogiendo la ruta de la lucha de clases, no el de la conciliación o diálogo. Es lo que no nos perdonan desde el imperio. Unidos deberemos estar para crear esa mayoría en favor del cambio, sin descalificarnos entre nosotros, mucho menos a los trabajadores. Lo digo porque respecto de la elección presidencial que llevó a La Moneda a Bachelet, una vez conocidos los resultados, fueron una infinidad de militantes de izquierda, algunos con las mejores intenciones y frustración, los que decían que los chilenos éramos ignorantes por no votar por Marcel Claude o por cualquiera de esas alternativas políticas que habían surgido desde los grupos marginales del movimiento social. Y no me parece correcto hablar en esos términos porque el pueblo sabe perfectamente lo que pasa en Chile, de hecho conoce muy bien su realidad porque todo el tiempo convive con estas situaciones extremas, con necesidades que siempre serán urgentes. Son los que no pueden esperar y sin embargo lo han hecho toda su vida; tal vez no conozcan de teorías pero son los primeros que se suman a los movimientos de emancipación mientras que los sectores más pudientes, a la mal llamada clase media me refiero, que se dice tan culta, incluso vanguardia del proletariado, acaban jugando y alineándose del lado de la reacción. A los hechos me remito: Pasó con Allende, pasa en Argentina, en Bolivia, Ecuador y en Venezuela. Por el contrario, son los sectores populares los que sostienen estos procesos de cambio porque como digo conocen sus urgencias. Si en las pasadas elecciones, donde el 60% de los trabajadores no votó porque no le interesa, y no le importa porque no percibió una alternativa entre las diversas candidaturas, y si los que votaron lo hicieron mayoritariamente por Bachelet, por el motivo que fuera (porque deciden creer o porque simplemente aspiran a conseguir un bono que tampoco es reprochable, de hecho aquel bono puede hacer la diferencia entre comer o no) entonces la responsabilidad es de todos nosotros porque no fuimos capaces de presentar una alternativa de izquierda, convincente, racional y creíble frente al electorado. La democracia solo será posible cuando nos organicemos y dejemos de estar dispersos o luchando por rencillas que solo retardan el cambio. Es en los estudiantes donde tenemos un ejemplo de lucha y de organización. Pero, no nos equivoquemos porque los protagonistas de la historia, los que llevan adelante la transformación, son los trabajadores, en comunión con los estudiantes, pero son los que viven de su salario los que finalmente crean la riqueza y así el desarrollo del país.⁹

⁹ En todo caso, el que algunos trabajadores votaran por esta “Nueva Mayoría” nos demuestra también hasta donde son capaces de llegar estos oscuros personajes. Es decir, nos hace tomar conciencia sobre la forma que tienen estos dirigentes de la Concertación para aprovecharse de las necesidades y de las esperanzas del pueblo trabajador: ofrecen el oro y el moro, reformas que no harán y bonos que finalmente no entregarán. Lo hacen con tal de volver a La Moneda. No les queda más que mentir y en el peor de los casos aplicar políticas asistencialistas. El asunto con el populismo- que siempre será expresión de la derecha- es que define al beneficiario de esas medidas como un simple “cliente” (de ahí el término de “políticas clienterales”) y no como un ciudadano pleno de derechos. Además,

A los trabajadores nos corresponderá tomar el “toro por las astas” por decirlo de alguna manera. Y hacerlo significa un quiebre total y de raíz con la democracia “de lo posible”, con sus falsas reformas y su miope justicia; en realidad, por ahora han primado las denuncias y las luchas que se refieren a la meta que apenas busca que los asalariados vendan su *fuerza de trabajo* con mayores ventajas. No es condenable esa postura, de hecho es por ahí desde donde arranca el reformismo político y la toma plena de la conciencia de los hombres. Sin embargo, el objetivo final no puede ser solo buscar las mayores ventajas contra los intereses y demandas de los mercaderes de la vida (contra el comprador de nuestro esfuerzo diario) en el terreno de las transacciones puramente comerciales. Eso nos ayuda a extraviar el rumbo y tal vez por eso tenemos que reconocérselo- el Estado capitalista tiene una fuerza inmensa para sobrevivir y reciclarse desde hace ya un par de siglos. La meta final no puede ser otra que un movimiento social y político, reformista pero radical, que nos plantee la batalla en términos de lucha de clases, de emancipación y de libertad. No se trataría solo de obtener las mejores condiciones de venta de nuestra *fuerza de trabajo* sino de liberar a ésta de la explotación- siempre cruel, brutal e inhumana- que la acumulación privada del capital ejerce sin ningún escrúpulo ni miramientos sobre los que intentamos vivir de aquel salario que estructura toda nuestra forma de vida. El movimiento social de esta manera tiene que representar y expresar a cabalidad a los trabajadores; y hacerlo no solo en su relación fundamental con un sector social determinado sino también con relación a la clase patronal que es la que por ahora tiene el control del país. En estas circunstancias, el movimiento social se entiende como esa gran fuerza política organizada y principal de los asalariados; es quien busca que la situación varíe en nuestro beneficio. Y en Chile la única manera de que esa realidad se organice y se plantee en favor de los sectores populares es a través de la lucha decidida, sin claudicaciones, por un sistema democrático que actualmente no existe por responsabilidad de la dictadura pero donde también tiene mucho que ver, en la consolidación de aquella institucionalidad autoritaria y oligárquica digo, no solo los dirigentes de la

el “cliente” para aspirar a aquellos beneficios venidos desde la cúspide el poder debe ser merecedor de los mismos; es la manera en que la clase de esos políticos coartan el disenso de los pobladores: hay que ser leal, portarse bien y responder al dirigente del barrio, etc.

Finalmente, en el caso de los gobiernos populares como los surgidos en esta época en Latinoamérica esa situación no se produce. No lo hace no solo porque los trabajadores dejan de ser “clientes” y se convierten en ciudadanos plenos de derechos sino porque en la medida en que es así- en la forma en que las políticas de asistencia se piensan como una manera provisoria de resolver la situación extrema de los sectores más vulnerables- y por ende, en la medida en que éstas buscarían mejorar la calidad de vida de todos en el corto plazo, también porque por lo mismo consolidan el régimen popular, ese relacionado con la gestión del poder por parte del trabajador, son políticas totalmente válidas y racionales en el contexto de crisis social heredado del neoliberalismo. Estos gobiernos son entonces “populares” porque la gestión del mismo se define a partir del bienestar común mientras que los gobiernos de derecha son “populistas” porque es la forma que tienen para dominar y mantenernos quietos, tal vez hasta conformes.

Alianza sino además los de la Concertación. La historia nos demuestra que así, antes que militar en favor de los derechos humanos, del crecimiento con igualdad y un largo etcétera, todos ellos no hicieron otra cosa que volver la situación de nuestro país francamente insostenible para los que simplemente queremos vivir mejor. De eso se trata, no lo olvidemos: de nuestro derecho a una mejor calidad de vida y de habitación.

El movimiento popular como referencia de lucha, la violencia de la élite y el golpe de Estado.

Tanto el Fondo Monetario Internacional como representante primero y fundamental de los organismos globales de crédito, de la especulación y de la economía financiera que reivindica el *automatismo de los mercados* que es, en fin, el responsable directo de la crisis actual a nivel del sistema comercial globalizado en los términos y bajo la lógica, los intereses y directrices de los grupos neoliberales, conjuntamente con la dictadura cívico- militar (aquella de *seguridad nacional* que tanto error y horror nos trajo a Latinoamérica) y a través de la experiencia de los años '90 donde nos imponen las políticas de apertura, de desregulación y de privatizaciones que también hicieron de las suyas, todos, absolutamente todos, el FMI, la dictadura e inclusive el propio movimiento popular cederemos centralidad a un actor concreto y específico: a las corporaciones. Serán ellas entonces las que impedirán que vean la luz la satisfacción de las necesidades de los trabajadores, archivando e hipotecando por muchos años los objetivos históricos del pueblo que de esta manera es cooptado en sus pretensiones. De ahora en adelante son estas corporaciones las que, en el diario trajinar por el que buscan defender sus propios intereses, se convierten en organizaciones centrales de oposición a la transformación auspiciada desde el sector público y sostenido por los actores que representan las demandas del trabajador. En estas circunstancias, también los medios de comunicación e información, desde el momento que son controlados por esas corporaciones, son un terreno principal en la batalla por la supremacía, por la imposición de la hegemonía propia. El combate contra las transnacionales así ya no es estrictamente individual o local, tampoco es solamente nacional, ni siquiera regional, sino mundial: ocurre que son ellas el sustento y la base económica de los centros globales del poder, de esas élites a las que me dirigiera y analicé en otra oportunidad. A partir de ahí debemos preguntarnos si existen opciones viables a esta salida, si al final existirá una alternativa política para evitar que la ganancia de los bancos o el derecho a la propiedad valga más que la vida del ser humano. Existe; es lo que intentamos hacer en estos años en Latinoamérica. Sin embargo, las bases deben abanderar a las fuerzas plurales rehaciendo a su modo el poder de los sindicatos y su lucha, su capacidad de conducción, de liderazgo y de transformación de la política a través del movimiento social y popular, de su protagonismo. Es necesario un arte de lo posible que plantee una *refundación nacional* basada en la justicia social, en la redistribución de las riquezas y en la primacía de la vida de los

hombres como derecho humano principal. Es cierto que el capitalismo tiene buena salud, también que siempre reencarna en uno o en otro tipo de régimen político pero, a estas alturas, los regímenes a través de los que se manifiesta, están muy exhaustos. Lo están a pesar de la seducción inherente del consumo porque es la conciencia de los trabajadores la que cambia y así también los paradigmas dominantes. Por supuesto, este cambio depende de nosotros, de la posibilidad real de entrelazar la lucha por determinadas reivindicaciones sectoriales- a la lucha huelguística me estoy refiriendo- con el movimiento popular organizado políticamente desde su base de sustento que somos todos nosotros, los que intentamos vivir a partir de un salario que en las últimas cuatro décadas ha sido definido (sin ningún tipo de contrapeso ni oposición de parte de la Concertación) por la patronal. Nuestros militantes en potencia son todos los que sobreviven con su salario y esfuerzo porque todos somos víctimas, las predilectas además, de la opresión, del oscurantismo neoliberal y de la violencia de quienes se dicen “democráticos” y están lejos de serlo.

Al plantearnos una alternativa de lucha contra la racionalidad nacional y global del capitalismo debemos considerar algunas tendencias actuales del régimen neoliberal que son importantes. Por ejemplo, está el hecho de que éste nos conduce a una sociedad cerrada desde el momento en que disciplina y busca integrar todas las dimensiones del hombre, su vida, sus necesidades y esperanzas en una sola matriz autoritaria y única, preferencial y exclusiva. Así, la crítica negativa de muchos trabajadores es dominada y se convierte en un factor de afirmación e incluso de cohesión social y política. Los sujetos e individuos, los grupos y las clases sociales entonces reproducen la represión sufrida mejor que en ninguna época anterior, pues el proceso de integración tiene lugar en lo esencial sin un terror abierto: la “democracia” que impone el neoliberalismo consolida la dominación más firmemente que el absolutismo, y la libertad administrada por el régimen, conjuntamente con la represión del movimiento social pero también a nivel del sujeto, instintiva digamos, llegan a ser fuentes renovadas sin cesar de la lógica de la productividad de la forma capitalista. El problema para un sistema tan fundamentalista como de hecho lo es el neoliberalismo, para sus razones, sus sentencias, dogmas y realidad, es que semejante productividad en sus manos se convierte en destrucción; se vuelve explotación en su máxima expresión, incluso colocando en riesgo la vida del planeta. Nunca la batalla entre la cultura humanista, la de la vida, contra la cultura de la muerte, la de los neoliberales, se mostró de manera tan clara en la historia del hombre. A la destrucción total de la infraestructura de los países que Estados Unidos y que sus satélites invaden y ocupan le sigue el saqueo de sus recursos, del hombre y de la naturaleza, del habitat, etc., que se corresponden con el despilfarro lucrativo de las materias primas y de las fuerzas del trabajo. No olvidemos que al mismo tiempo, en la medida que la brutalidad y el saqueo de los países víctimas del imperio se consolida en el tiempo, se producirá también la destrucción en los países capitalistas más desarrollados. Ocurre a través de fenómenos como la polución- igualmente lucrativa- del aire y del agua en las pujantes metrópolis de los capitalistas. Es

decir, la brutalidad en las zonas periféricas de la aldea globalizada tiene su contrapartida en la violencia ejercida sobre los trabajadores de la metrópoli: tiene su contrapartida en la grosería de las autopistas y de los estadios, en la violencia de la palabra, del lenguaje, de la imagen y en la impudicia de la clase política. También acá la que se encuentra en acción, en movimiento, es la totalidad del sistema: de hecho, en esta totalidad apenas será posible la distinción conceptual entre los negociados en la educación, en la salud y en tantos otros temas y el comportamiento político de nuestros dirigentes. Será imperceptible en la medida en que esos políticos pasan a formar parte de los grupos privilegiados. La política ahora se traduce en un Congreso binominal increíblemente deslegitimado, en el beneficio privado y en las *necesidades materiales*, en la mercadotecnia, en el engaño, en la publicidad y en aquel *gatopardismo* que conocemos bien cuando se trata de “reformas”. Desde los países centrales- Estados Unidos y los demás- se exportará a Chile el modo de vida y el “sueño americano”. Y llegado a cierto punto lo hace solo, o sea, se exporta a sí mismo en la dinámica de esa totalidad del régimen político que corresponde a un sistema tremendamente autoritario y exclusivo. Con la acumulación privada de capital, con las necesidades materiales, con el éxito de acuerdo a los neoliberales, con su tecnología y con su sentido del mundo, del “saber-vivir”, llegan al mismo tiempo los restantes valores que funda la ética necesaria para que la élite pueda continuar el proceso de dominación: todo se vuelve mercancía y de este modo la sociedad reivindica uno de sus peores defectos, el que más daño crea e infunde a la cultura de la vida, que es precisamente la *agresividad*. Esta *violencia* a la que el régimen nos expone con su estética del mall y del consumismo patológico es sobrecogedora. Lo falso de esta situación no es el materialismo de esta manera de vivir, sino la falta de libertad de la misma y por tanto la represión que encubre. Ahí vuelve a aparecer un concepto central en Marx y en Engels: la *reificación total* en el *fetichismo de la mercancía*. Se hace tanto más difícil traspasar esta forma de vida en cuanto que la satisfacción aumenta exponencialmente en función de la cantidad de mercancías que se transan en los *mercados del consumo*. La satisfacción instintiva en el sistema de la *no-libertad* ayuda así al sistema a perpetuarse, siempre que los trabajadores puedan aspirar a un mínimo de satisfacción de sus demandas. Ahí está otra vez el asunto: el neoliberalismo no es el mal llamado “Estado de Bienestar”, de modo que ni siquiera puede garantizar ese mínimo; es así como milita en favor de su propia destrucción.

La lucha de los trabajadores en Chile y en el mundo se circunscribe en la idea central de postular un régimen político, social, cultural y económico basado sobre otras relaciones de producción, de circulación y de distribución de las mercancías a partir de las cuales a su vez es organizada toda la vida y el trabajo de la humanidad. En esas circunstancias, las necesidades *materiales-ideales* se vinculan de manera fundamental con la negación determinada y absoluta del neoliberalismo, con el rechazo y con la oposición radical de las razones del mismo y del Estado capitalista al que representa desde por lo menos la década de los '70- '80. El nuevo régimen popular que surge de estas

batallas entonces se presenta como una *sociedad no-represiva*, más allá de las urgencias y de las formas de vida, demandas e intereses de una élite desde siempre en el poder. Es en este proceso de cambio donde las urgencias de los sectores populares recorren el tránsito que nos conduce desde las necesidades meramente materiales, que son características del Estado capitalista, hacia las *material-ideales*. Las conquistas de la ciencia y de la técnica aplicada hacen que actualmente teórica y socialmente sea posible la contención de todas y de cada una de las necesidades agresivas del sistema neoliberal. Contra esta posibilidad ha sido el sistema en tanto totalidad el que se moviliza. Debe ser necesariamente así porque la contención de esta *agresividad* y de la violencia del sistema político, del modo capitalista de hacer las cosas, atenta contra su lógica de dominio social y político sobre los trabajadores; involucra de hecho la militancia contra el *consumismo patológico* al que nos someten con su idea del desarrollo y del crecimiento del país. En la oposición que a partir del *movimiento popular* estamos llamados a ejercer sobre las razones de este sistema, sobre la definición que hace de las necesidades del hombre y de la mujer de nuestra Patria, la rebelión que es al mismo tiempo instintiva, básica e irracional pero a su vez política y organizada, es *aprehendida* la posibilidad de la liberación de todos los que vivimos de un salario que por si no fuera suficiente- así lo ha dictado la derecha duopólica- es definido de antemano de acuerdo a las demandas de la clase patronal y sus compinches. Nos urge batallar por la contención de la inherente agresividad del régimen, contra su violencia, despilfarro y saqueo radical porque las contradicciones son aún más fuertes y más llamativas en el neoliberalismo que con su ideología del libertinaje del mercado y con sus medidas de ajustes siempre va contra los intereses del trabajador, contra la dignidad de los salarios y de la vida de la mayor parte de nuestra población. Las formas de agresividad entonces son más extremas que en los estados anteriores del desarrollo del capitalismo: lo son por la esencia del neoliberalismo que en la medida que excluye de los “beneficios” a las amplias mayorías, de la satisfacción de sus necesidades básicas incluso, se despliega como sistema extremadamente fundamentalista en sus pretensiones. Su forma más general, la contradicción entre el carácter colectivo- social de las fuerzas, factores y recursos ligados a esta otra manera de producir, de circular y de distribuir los bienes generados por todos, de la que deriva su facultad principal, también su organización particular que se relaciona con una riqueza social de la que solo goza una élite y su forma de empleo destructivo, alienante y represivo, determina a ese régimen neoliberal en todas sus dimensiones y en cada aspecto de sus políticas y de su razón. Ninguna contradicción social, empero, ni siquiera la más fuerte, estalla por sí misma; es necesario el combate a través de la toma de conciencia de los trabajadores que somos los que al fin colocamos en movimiento al país: la teoría y la praxis debe poder mostrar y evaluar los *factores subjetivos* pero también los *objetivos* para de esta manera oponernos de forma radical a las sentencias de un sistema político- económico que condena a los hombres a la insatisfacción e infelicidad. Por esto, la política de la *represión nacional* pero

que también es global, esta opresión que los grupos dominantes ejercen sobre el *movimiento social- popular*, del que obviamente depende la capacidad y el rendimiento del sistema político e ideológico para mantenernos sumisos a los dictámenes capitalistas, es puesta a prueba cada día y más duramente por los trabajadores en cuanto percibimos y somos las víctimas predilectas de las consecuencias del régimen. En realidad, somos lo que vivimos de un salario los que mejor conocemos los dramas sociales que conlleva su *libertinaje* y *automatismo de los mercados*, su *flexibilización laboral* y todo lo demás.

Estamos frente a un escenario político global pleno de tragedias, de crisis pero también de nuevas y de vastas oportunidades. En el presente, las ideas moderadas del “consenso” y de la democracia formal- abstracta, ante la inoperancia de no poder cumplir con los valores que dicen representar, son insostenibles. El neoliberalismo en nuestro país lo es ya que empezamos a tomar conciencia de que el lucro no es nada bueno, de que a partir del afán desmedido de la ganancia se forman los grandes negociados que tienen a los políticos y a la patronal de protagonistas y de ganadores mientras del otro lado, de la vereda del pueblo, estamos nosotros, los perdedores, los que no tenemos derechos; pasa que en Chile solo tienen sus derechos resguardados (es decir, se educan, se capacitan, se sanan sin morir en el intento, se jubilan y alimentan) los que pueden costear esos derechos. En el peor caso, se puede aspirar a ellos a través del *financiamiento* de manera que así nos endeudamos de por vida. Lo interesante entonces es que de una o de otra forma se acaba aquel mundo de los ricos que flirtean con su poder económico y sexual. Se termina la realidad del automatismo de los mercados, por lo menos en su versión más extrema. De ahora en más vamos a aprender mucho y tendremos que argumentar con razones y convicciones que logren derrotar las falacias de los sectores y de los factores de poder más concentrados. Vamos a tener que argumentar también con emociones, con nuestros valores, con otra ética y con una nueva identidad política. Tendremos que confrontar con las ideas del futuro, con el *humanismo*, con el *materialismo* y con la *dialéctica* porque nosotros, a diferencia de los opositores a toda manifestación del saber y de la cultura popular, sí tenemos un proyecto político de largo plazo. Sí, creemos en la participación y en la gestión política de las mayorías. No hay que temer a quienes se dicen librepensadores y a los defensores de la “libertad” o del “crecimiento con igualdad” porque ellos son el pasado, son el dominio de la minoría sobre la mayoría que se vuelve así insostenible. Otra vez de nosotros depende que la situación acabe en beneficio de los que nos esforzamos por el país. Los dominantes ni lerdos ni perezosos entonces buscan condicionar no ya la soberanía y la autonomía siempre relativa de un régimen político frente a los grupos de poder opositores, sino la propia capacidad de acción política que busca generar los cambios a favor de los trabajadores. Es para eso que se sirven del *neoliberalismo* y de su dogma nada democrático. Pero, para ellos el mayor problema es que hoy- por el drama y las consecuencias manifiestas de este régimen sobre la vida de las personas y por la crisis que conllevan sus medidas de ajuste- es cada vez más obvio que la Concertación al igual que la

Alianza están totalmente incapacitados para gobernar el país en términos de satisfacer plenamente las necesidades, los requerimientos y urgencias de los asalariados. Y no se trata solo de una cuestión técnica, de cambiar a uno que otro colaborador digo, sino que esta imposibilidad, su ineficiencia, ineficacia y demás se debe a sus limitaciones ideológicas que los conduce a apoyar una “ética”, tesis y teorías que hace bastante tiempo fueron superadas por autores e intelectuales venidos incluso desde el campo capitalista y de las cátedras de los dominantes. Al respecto, tenemos a Nash que ganó un Nobel al demostrar las falacias de los preceptos económicos y de las motivaciones egoístas e individualistas del hombre de las que nos habló Adam Smith. No les importa porque todo les sirve para controlar la insatisfacción de los sujetos. Todo les sirve y recurren así al exceso de brutalidad, de agresión y de mentira para asegurar su estabilidad. Pero, esa agresividad alcanzó un límite: el sistema en su conjunto se revela actualmente como parte integral de este crimen contra la humanidad que está localizado en el hecho de que los trabajadores cada vez vivimos en condiciones más denigrantes y superfluas. El que en algunos países de Latinoamérica los sectores populares puedan poner en jaque al régimen neoliberal, cuya maquinaria de destrucción, de terror y de represión es una de las más avanzadas técnica e ideológicamente hablando, que puedan alterar los fundamentos y las bases de esa máquina que es la más eficaz y la más reaccionaria de todos los tiempos, nos muestra que el *sistema represivo* basado en *necesidades materiales* y en un falso *bienestar* ya no da para más. Por eso hoy la élite se juega el todo por el todo y acciona con toda su fuerza, con la democracia formal, en la medida de lo posible y de baja intensidad. A Bachelet no le queda más que hacer algunas concesiones políticas de manera de salvaguardar los fundamentos del régimen que nos somete desde el origen de los tiempos. Es la función que vino a cumplir y por eso recibió de parte de la clase patronal el apoyo y el financiamiento para su campaña. Mientras ella busca estabilizar la confianza en el sistema de dominación a los trabajadores nos corresponde sublevarnos. La probabilidad concreta de que se detenga la expansión productiva y el afán de lucro del sistema como siempre depende de hasta donde estaremos dispuesto a llegar con nuestro *rechazo radical*. Se trataría de hacer estallar las contradicciones del proceso de producción, de circulación y de distribución del capitalismo, su capacidad y su necesidad de despilfarro y de destrucción sistemática de la calidad de vida del trabajador. La reivindicación de las *necesidades materiales*, las que salvan al sistema, o al menos el que lo fortalece, no son detenidas más que a través de un contramovimiento nacional y aún global de rechazo del pueblo. En todo caso, a estas alturas y por la crisis que tiene en vilo a los países centrales, por todas las regiones del mundo se manifiesta la solidaridad de clase que permanece como un factor decisivo de los trabajadores, de los que nos oponemos a la flexibilización de nuestros derechos; también aquí Marx tiene razón. Es esta solidaridad de clase la que actualmente se manifiesta contra la productividad integradora del capital y contra el poder de su máquina de propaganda y de administración. Es en Latinoamérica y en Europa, en el Oriente Medio y en

toda la aldea global que se produce una paulatina toma de conciencia, aquel despertar de la gente y una organización de la solidaridad que nos mantiene unidos contra la brutalidad de la explotación. Esa es la tarea. Empieza con la conciencia, con el saber, con la observación y con la lucha contra cualquier tipo de crimen que violente nuestra humanidad.

En otras palabras, el fracaso cada vez más patente y lantente de esta empresa, del control que se ejerce sobre las víctimas del sistema, será el que precisamente nos demuestra que el asunto no se relaciona solo con la falta de condiciones y circunstancias para conducirnos al crecimiento, al desarrollo y a un largo etcétera; tampoco que se deba a la falta de experiencia política en los asuntos del hombre o a la preparación práctica y pragmática, sino que se debe a la propia ideología que sustentan, defienden, reivindicán y por la que incluso están dispuestos a dar la vida, la de los otros por supuesto. Es que a la élite la puedes humillar, le puedes incluso matar un hijo y con razón se indignará, exigirá la justicia que corresponde, pero realmente reaccionan con toda su brutalidad y su soberbia, con su odio y revanchismo de clase extremo cuando entienden que sus granjerías, fundos, intereses y privilegios están en peligro por la gestión democrática que los trabajadores hacen del gobierno. Ahí es cuando apoyan y financian el golpe de Estado, movilizan sus fuerzas armadas, reprimen, torturan, asedian, lanzan al mar a quien le parezca, hacen desaparecer personas, exilian y exhoneran a los que no comparten sus ideas. Es ahí cuando pierden el control, cuando se muestran ante la sociedad como lo que son: como sujetos y actores políticos antidemocráticos, intolerantes y demás. Lo digo porque con ese tipo de acciones y gobiernos, la Concertación humillará al pueblo trabajador. Después, con la llegada de Aylwin lo que se busca es racionalizar, darle un manto de legalidad e incluso de legitimidad a estas reacciones de modo que el régimen dictatorial se vuelve un poco más lógico y aceptable de la mano de esta falaz “democracia” que postulan los neoliberales. En verdad, si analizamos la historia del hombre de Chile o de donde fuera, podremos constatar que siempre es posible, en cualquier país democrático, dar un golpe de Estado, aún sin una situación crítica y sin el apoyo decidido de las mayorías. Basta que un grupo frene la maquinaria del sector público y tome el poder sin confrontar con la fuerza adversaria. En Rusia, el gobierno Kerensky protegió los órganos políticos, pero Trotsky ocupó los órganos técnicos. Y posteriormente intentaría lo mismo, en 1920, contra Stalin, pero el dictador soviético usó y abusó de cuerpos especiales de defensa que obrarían sobre el mismo plano técnico. En Italia, al gobierno lo defendían los sindicatos de Giolitti y la policía; el fascismo los neutralizó y tomaron el sistema ferroviario; de ahí se fueron en tren hacia Roma con el objetivo de acabar con el gobierno de Luigi Facta. Por su parte, el rey, Victor Emmanuel III encargó a Mussolini la formación del gobierno y de esa forma quedaría legalizado el golpe. La estrategia es la de siempre: la de concentrar todas las fuerzas en el punto más sensible del adversario, que en un Estado moderno son los servicios públicos y los medios de comunicación para desde ahí usurpar la soberanía y la voluntad popular. Pero, lo más complejo viene

después ya que no puede existir un régimen dictatorial sin un mínimo manto de legalidad frente a las mayorías nacionales. Es lo que les corresponde hacer a los sicarios de la Concertación, de la Alianza, de las fuerzas armadas y de la patronal, unidos todos en la meta común de resguardar las necesidades de acumulación privada del capital. Sobre las debilidades del régimen político democrático actual vemos que la principal es el modo en que finalmente se prostituye la *representación de la voluntad del pueblo*. Es decir, con este sistema del *voto periódico*, los electores delegarán su *voluntad política* de forma que aquella *soberanía popular* se desplaza a sus representantes, sin embargo, lo que pasa en realidad es que ésta acaba alojándose en los partidos políticos (que sabemos suelen ser poco democráticos) lo que produce que intenten perpetuarse y abusar del poder jugando con las sillas ministeriales o con algún escaño en el Congreso, etc. Es lo que hoy está pasando en Chile con el agravante de que ni siquiera existe un sistema electoral más o menos democrático, que sea representativo de las demandas de la mayoría. Es de la derecha duopólica de la que hablo. Los caracteriza además esa perversión que se produce por la pérdida de esos valores relacionados con la ética de la democracia, del sentido de los hombres y de la comunidad que son la base implícita de la *representación política* y del *sistema pluralista*. El sistema político entonces es reemplazado por la consulta a las “masas” que están desconectadas de la realidad y que también son amorfas y fácil de manipular. Esa representación y la base social- política amorfa, promueve precisamente esos dirigentes profesionales, a los tecnócratas neoliberales me refiero, que se constituyen en una oligarquía que defiende por igual intereses propios o de particulares, en un clima de confusión irresponsable. De ahí que cada gobierno de la Concertación, ni hablar del conducido por el señor Piñera, nunca trabajan por los intereses nacionales y populares; son administraciones que estabilizan el neoliberalismo para que los dominantes puedan continuar haciendo de las suyas. Así, estamos en presencia del paraíso tecnocrático de Weber que con su *partidocracia* y *burocracia racionalizada* al máximo solo le servirá en propio provecho. Ayuda a lo anterior que bajo los parámetros del régimen neoliberal, la información y comunicaciones constituyen la máxima herramienta para reorientar en provecho propio la opinión pública de modo de llevarla hacia los objetivos y metas buscados por la élite que además es la propietaria de los medios masivos de comunicación. En este sentido, esos medios se convierten en un arma de guerra y en un paredón contra la verdad en la medida que están todo el tiempo, sin treguas ni descanso, tergiversando la realidad para de esta forma plantear los problemas que de acuerdo a sus intereses son socialmente importantes de resolver: esa es la forma que tienen para influir en la gobernabilidad del régimen. Sin exagerar se transforman en un arma para la guerra que es tanto política como cultural y psicológica. Su último y más moderno frente operativo de batalla son las redes sociales en particular e internet en general. Lo más grave, cuestión que no muchos tienen en consideración, es que si bien existe relativa libertad de expresión en la red de redes, la mayor parte de los ciudadanos del mundo no tiene conexión a

internet. Por último, más grave aún es que son las grandes corporaciones de la informática y los gobiernos como el de Estados Unidos quienes controlan las fuentes de información y el almacenamiento de los datos de manera que así tienen todo, absolutamente todo, bajo su control.

La implosión de la Unión Soviética, del mal llamado *socialismo real* y el descrédito posterior del *marxismo*, coincidieron con la *revolución global de la informática* y de internet. Lo interesante es que esta revolución, que nos permite informarnos en tiempo real, consolida el neoliberalismo y su opción por la economía de la especulación, donde en apenas unos segundos se puede hacer caer industrias o países completos en manos de los financistas y demás. Ocurre que esta tecnología permite la creación rápida de textos, de imágenes y de datos que circulan instantáneamente por el mundo virtual, por la bolsa y por ende también por el mundo real; es como hecha a la medida para difundir la propaganda, la cultura, los valores y la falta de ética dominantes. Y como acabamos de ver, como el acceso a las fuentes de datos y de la información es controlada por las corporaciones, son ellas, conjuntamente con el gobierno de Estados Unidos, quienes cuentan con la capacidad técnica para difundir sus intereses. En estas circunstancias, cuentan con un arma de extraordinario valor para promover golpes de Estado o rebeliones contra los gobiernos que Estados Unidos considera hostiles a su interés. El primer golpe de “masas” y de prensa se dió en Moscú el año 1993. Una campaña global de los medios tuvo la capacidad para convertir a un alcohólico y despiadado Boris Yeltsin en un héroe que seguido de una turba amorfa y de una compañía de tanques, bombardeó el Parlamento ruso que recién había sido elegido. Posteriormente, Yeltsin nombraría a Anatoly Chubais como Presidente de la *Comisión de la Propiedad Estatal* para vender, por centavos, al modo de las privatizaciones de Chile y de Latinoamérica, las industrias del Estado a sus correligionarios y amistades. En el 2002 en Venezuela se produciría aquel efímero golpe de Estado que como toda reacción sería cívica y militar. La oposición, demolida en cada una de las elecciones y que por lo tanto entendía que no contaba con ninguna posibilidad real de recuperar el poder por la vía de la democracia, recurrió a la violencia, al golpe y convocó a protestar. Se trataba de sacar a la calle a una multitud infiltrada por ciertos agentes provocadores para incitar una represión violenta por parte del gobierno. Sin embargo, ante la falta de represión, unos francotiradores mataron varios manifestantes. Fue el pretexto para que un grupo de militares arrestase al Presidente Chávez. Se formaría luego un gobierno provisional, que cayó en dos días porque las guarniciones del interior no apoyaron y los trabajadores, esta vez movilizados, recorrían el centro de Caracas reclamando el regreso de su Comandante. Detrás de ello entonces tenemos una estrategia de golpes blancos, negros o del color que quieran, para evitar que se consoliden los regimenes populares. Se trata sin más de procesos políticos y sociales de desestabilización que no solamente son avalados por los medios de comunicación de propiedad de la élite, sino que por eso mismo protagonizan estos intentos sediciosos. Se busca generar incertidumbre, el desconcierto y hacer creer a la población del país afectado

que existe una polarización tal que la democracia, el respeto y la pluralidad no existen. Incluso se llega hasta a infiltrar miembros de la CIA y de la DEA en las protestas. Es parte de la estrategia de la política imperial de Estados Unidos a quien le perturba que en nuestra región- lo que ellos consideran su patio trasero- puedan surgir gobiernos populares, soberanos, e inclusivos.

Como la misión central de los dominantes es preservar un sistema de creencias y de valores en el que, entre otros mitos, se identifica el libertinaje del mercado con la democracia y con la justicia social, todo lo que perturbe aquel libertinaje, la “libertad” de los capitales, los derechos de la patronal y su lógica, pone en riesgo a la democracia. Es el fundamento primero y último de la *racionalidad política* del Estado y modo capitalista de hacer cada cosa. También es la razón para apoyar, promover y financiar los golpes de Estado. Entonces, el régimen correspondiente, bajo el auspicio de aquel paradigma fundamental, presenta al mercado como un fenómeno racional, espontáneo e inapelable. De ahí en más arranca todo ese “ideal” del final de las ideologías, del término de la historia como lucha de clases, de la guerra de civilizaciones y una impresionante cantidad de teorías, neoliberales todas, profundamente irracionales, reaccionarias y violentas. No olvidemos que el hecho de mentir es ya un acto de violencia porque buscan engañarnos y presentarnos un país virtual que no tiene mucha relación con el Chile real y concreto, con ese que todos los días nos toca sufrir. Entonces, al igual que como pasa en la época de la *Dictadura de Seguridad Nacional*, los otros, los que se opongan, serán presentados como irracionales, como enemigos de la naturaleza del hombre. Por su parte, son en gran medida los diversos medios hegemónicos los que se ocupan de inducir la representación de que el otro es el *enemigo potencial*. Por eso, las medidas de inclusión y justicia social de los gobiernos populares, contienen además de una cuestión material un poderoso valor en términos de simbolismo: nos plantean una ruptura radical y definitiva con la lógica de los mercados. Finalmente, es a partir de esta ruptura con el afán desmedido de lucro, es a través de este rechazo absoluto contra el libertinaje y automatismo del mercado (donde son esos mismos mercados los que desde siempre son controlados por los dominantes, por los dueños de Chile, de la vida de todos nosotros y de los recursos de cada uno) que deben emerger las batallas de la izquierda chilena, de la auténtica, de aquella que siendo parte de las bases del saber popular, se transforma en el sustento político, cultural e ideológico del movimiento social actualmente presente en las calles, en las escuelas, en las universidades, en las minas, en el puerto y en esas fábricas que sobreviven a pesar de tantos años de neoliberalismo desenfrenado. Un movimiento que si bien cuenta con bastante poder continúa políticamente desorganizado.

El sentido político e ideológico de la estrategia y de las batallas libradas en favor de la Asamblea Constituyente.

El sindicalismo chileno, en otra época siempre combativo, en lucha y radical, en el contexto de este nuevo país que se insinúa paulatinamente y de

la mano de la lucha del movimiento social recupera de a poco, lento pero sin pausas, su protagonismo porque el gobierno, este régimen nada democrático, los políticos que supimos conseguir y el sistema en general, se encuentran ampliamente deslegitimados por su inoperancia para representar (ni hablar de resolver) los asuntos de los que tratamos de vivir de un salario. Ocurre que el neoliberalismo que nos controla a sus anchas es irracional como totalidad. Es así como veremos que su nivel de productividad antes que mejorar la vida de los chilenos las destruye porque nos plantea ciertas necesidades y facultades humanas que nos conducen a una crisis profunda no solo de nuestro país sino también de la región y de la Humanidad. Su paz se mantiene a través de la constante amenaza de guerra, de la invasión de esos países que no comparten la visión del mundo y del crecimiento de los centros globales del poder; cada vez más depende de la represión de los sectores populares. Esta opresión, tan diferente de la que caracterizó las etapas anteriores y menos desarrolladas del modo capitalista de producción, de distribución y circulación de mercancías, funciona actualmente no desde una posición de inmadurez natural y técnica, sino desde una posición de fuerza a pesar de la crisis económica que le asiste globalmente. Una *posición de fuerza* en el sentido de que las capacidades intelectuales y materiales del régimen son más grandes que nunca; eso quiere decir que la amplitud de la dominación sobre los trabajadores es mayor que en cualquier otra época histórica pero que también lo es la capacidad de los trabajadores para reaccionar ante la caída constante de su calidad de vida. De hecho, la *democracia de baja intensidad*, desde siempre “en la medida de lo posible” y su falaz transición se caracterizan por la defensa de determinado modo de producción y de definición de las necesidades de los chilenos antes que por el terror o la represión; en todo caso eso no significa que no recurra a la misma cada vez que sea necesario. De todas formas, no hay que ser tan optimistas como aquellos que nos dicen que el desarrollo desigual de nuestro país y la crisis económica por sí solas son las que crean las premisas para la consolidación de la nueva conciencia de clase entre los trabajadores, de esa que lucharía contra la explotación del hombre por parte de los capitales, del empleado por parte de los patrones. No es tan claro porque el neoliberalismo en sí confronta la crítica y el *rechazo absoluto* de los trabajadores con una eficiencia sin igual cuando se trata de definir las “necesidades” de cada uno. Sin embargo, también genera esa situación que parece privarlo de las bases de su real sustento ideológico: de la *fetichización de la mercancía*. Lo hace a través del progreso técnico, extendido hasta ser un régimen de control y de coordinación totalitario que si bien está capacitado para crear sus formas de vida y de poder correspondientes- que además parecen reconciliar las fuerzas opuestas al sistema y que así lograría derrotar eventualmente toda protesta en nombre de las perspectivas de la libertad del hombre- al mismo tiempo, al no estar en absoluto en condiciones de cumplir con sus promesas, nos conduce a la rebelión, a la *permanencia de la (r) evolución*. Así, pareciera que en Chile el régimen podría contener el cambio, que en ese aspecto la Concertación es lo mejor porque evitaría aquella transformación cualitativa que establecería

instituciones esencialmente diferentes a las actuales, una nueva dirección y otra lógica del proceso productivo acompañadas de una existencia humana acorde a nuestra dignidad. Esta *contención* del cambio y de la consiguiente *neutralización* del movimiento social quizás sea el logro más singular de la derecha duopólica en los últimos cuarenta años. Ahí tenemos como ejemplos la aceptación general del interés nacional en los términos de los neoliberales, la política bipartidista, el sistema binominal, la decadencia del pluralismo, de la democracia secuestrada por la Constitución de 1980- 2005 o la resolución de la batalla entre los dueños del capital y de la fuerza de trabajo siempre en favor del empresariado, que nos atestiguan la integración de los opuestos que es resultado tanto como prerequisite de aquel logro de control social. Por lo mismo urge el cambio y de ahí la importancia del año 2006, que es cuando irrumpen en la escena nacional la lucha del estudiantado para subvertir este falaz consenso. ¿Quién necesita la transformación radical en nuestro país? La respuesta sigue siendo la misma: los trabajadores como totalidad, como clase social, porque nuestro sistema político se basa en la explotación del hombre, en la *fetichización de la mercancía* que se manifiesta de forma brutal en la unión indisoluble entre la creciente *productividad* y una también creciente *destruibilidad*: la amenaza de aniquilación, la capitulación del pensamiento libertario, la esperanza y el temor a las decisiones justas, las que buscan un régimen popular e inclusivo y la preservación de la miseria ante una riqueza sin precedentes, son todas las más imparciales acusaciones contra la lógica del libertinaje de los mercados: es que estos elementos son consecuencias del sistema. Además, su pomposa razón que propaga la eficacia es en sí misma irracional.

El hecho de que la gran mayoría de la población acepte y sea obligada a aceptar esta situación política, al neoliberalismo me refiero, no lo hace ni menos irracional ni menos reprochable. La distinción entre la *conciencia falsa* y la *verdadera*, entre el interés real y el inmediato, entre las necesidades que son materiales y las material- ideales todavía está llena de sentido. Pero esta distinción debe validarse por la lucha de los trabajadores y por la experiencia que de ella se deriva. El hombre tiene que llegar a verla y a encontrar su ruta que va desde esta *falsa conciencia* y sus *necesidades meramente materiales* hasta reencontrarse con la ideología humanista. Pero sólo podremos hacerlo si experimentamos la urgencia de cambiar nuestra forma de vida, de negar el mito y de rechazar absolutamente el régimen neoliberal. Es esta necesidad la que la sociedad represiva en exceso (que fue establecida hace unos cuarenta años) consigue oprimir en la medida que sea capaz de repartir los bienes y de usar y abusar de las conquistas y adelantos científicos contra la mejoría de la calidad de vida del hombre. Esa situación de por sí contradictoria envuelve a su vez una contradicción todavía más fundamental. El hombre totalitario, al consumista patológico me refiero, a aquel que crecerá con el neoliberalismo, oscila continuamente entre dos hipótesis que se anulan una a la otra: por un lado, si bien el régimen neoliberal estaría eventualmente capacitado para contener la posibilidad de una transformación cualitativa, por otro lado- acá

estamos ante la segunda hipótesis- existen determinadas tendencias y hechos que pueden acabar con esa contención y hacer estallar el capitalismo. Las dos fuerzas de las que hablo están aquí, una al lado de la otra, e inclusive una en la otra. La primera de ellas es la que domina, y todas las precondiciones que puedan existir para su reversión son empleadas por los trabajadores. Tal vez pueda darse la enorme casualidad de un accidente que altere esta situación, pero a no ser que el propio reconocimiento de lo que se hace y lo que se está evitando subvierta la conciencia y la conducta de los hombres, ni siquiera una catástrofe de proporciones homéricas será suficiente para en definitiva provocar el cambio. Estas tendencias- la de la *conservación de la realidad* o de la *(r) evolución permanente*- se basan en la idea del desarrollo del Estado capitalista en el que el aparato técnico de la generación de mercancías, de su circulación y de distribución de las mismas (con un sector automatizado en plenitud) funciona no como una suma de simples herramientas que pueden ser aisladas de sus efectos sociales y políticos, sino como cierto régimen que determina a priori el producto del aparato, tanto como las operaciones hechas y realizadas para servirlo y extenderlo. Bajo esta lógica, el modo de producir las mercancías tiende al totalitarismo también en el grado en que determina no sólo las ocupaciones y la actitud socialmente necesaria que debe cumplir el trabajador, sino además sus necesidades y aspiraciones individuales. Así, se busca borrar la oposición entre la existencia privada y la pública, entre las necesidades de los individuos y las sociales. Como vimos, la *tecnología* sirve como forma de control, para que una élite en el poder instituya formas de dominación y de cohesión social más o menos efectivas y “agradables”. Acá me estoy refiriendo tanto a la *Dictadura de Seguridad Nacional* como a la *democracia en la medida de lo posible*, esa de baja intensidad, que al final también se basa en esa ideología y que de este manera es apenas un intento por racionalizar la barbarie de los dominantes y de la fuerza militar usada para sus objetivos. La *tendencia totalitaria* de estos controles que ejercerá el régimen neoliberal se afirma además en un sentido de mayor importancia: extendiéndose a las zonas del mundo menos desarrolladas de modo que entonces logra globalizar su pretensión de dominio. Ocurre que frente a las características totalitarias y autoritarias del neoliberalismo, ante la soberbia y la incongruencia de sus tecnócratas, de sus incapacidades y de un importante etcétera, no podemos seguir planteando la tradicional noción de *neutralidad*, de *objetividad* e incluso de *racionalidad* de la tecnología. La técnica aplicada que precisamente constituye la tecnología como tal no puede ser separada del empleo que se hace de ella por parte del régimen; la *sociedad tecnológica* es un sistema de dominación que opera en el concepto y en la reconstrucción de su técnica. La manera en que la sociedad- sea la de Chile o la de cualquier otro país capitalista- organiza la vida de sus miembros implica de hecho una elección original entre las alternativas históricas que están determinadas por el nivel heredado de la cultura tanto material como intelectual. La elección será resultado del juego de intereses que dominan y que nos anticipan modos específicos de transformar y de utilizar la fuerza de trabajo y a la naturaleza.

Así, en la medida que se elige al mismo tiempo se está rechazando otras tesis y formas. Por eso la tecnología no es imparcial: es un proyecto de realización que reivindica ciertas demandas al tiempo que rechaza otras. Y una vez que este proyecto se hace operable a través de las instituciones y de las relaciones básicas entre los hombres, tiende a hacerse exclusivo y totalitario. En tanto que es un universo tecnológico, la democracia chilena de baja intensidad es a su vez un *universo político*, una etapa más en la realización de un proyecto de país y de crecimiento, esto es, la *experimentación*, la *transformación* y la correspondiente *organización* de la naturaleza como material de control. De ahí que la crisis y el desarrollo en beneficio de unos cuantos por sí mismo no engendra la conciencia por el cambio y la llegada del régimen popular. De esa forma no son las cosas ya que la conciencia que transforma radicalmente se consigue a través del combate, con la movilización y con la participación de los propios afectados en la resolución de nuestros asuntos; se consigue cuando llegamos al convencimiento de que el gobierno no hará nada por las demandas que nos ocupan. Primero entendemos que el gobierno no resolverá nuestros problemas, luego nos organizamos para hacerlo e inmediatamente después vamos tomando plena conciencia de lo que nos pasa, de la justeza y de la racionalidad de las necesidades de todos. Esta es la manera embrionaria a partir de la cual se va constituyendo el *poder popular*. Ahí es cuando se profundiza el proceso de deslegitimación del sistema y por eso tienen mucho que ver en el asunto el compromiso de las organizaciones sociales, de las de base y las de las poblaciones que junto con los sindicatos adquieren un rol fundamental para romper con la marginación y con la exclusión del pueblo de las decisiones que nos afectan, generando primero numerosos proyectos para el desarrollo territorial en los barrios, luego en la ciudad, posteriormente en las regiones y finalmente en nuestro país. Ahí surge la importancia de la organización política desde las bases, para armar y para sostener cooperativas que ayuden a materializar las políticas nacionales, regionales y municipales que mejoren nuestra vida a partir de la creación del poder popular.¹⁰

¹⁰ Respecto de las políticas municipales, las que se encuentran más cercanas de la realidad del trabajador porque hacen al ámbito más directo de nuestra experiencia, habría que decir que Chile requiere de *gobiernos locales* y no de simples *municipalidades* que se encarguen del ornato, de la limpieza o de la recolección de basura. De todas formas, ésta última, a la recolección de basura me refiero, es una atribución bastante importante dada la urbanización cada vez más brutal de nuestras urbes. De hecho, basta con una huelga de un par de días de los recolectores para que nuestras ciudades colapsen, para que se declare la alerta sanitaria digo. Ejemplo de ello fue Valparaíso hace un tiempo donde su alcalde de derecha nos demostró que ni siquiera tenía la capacidad técnica y política para asegurar ese servicio prestado por una empresa privada y recolectores de basura flexibilizados en sus derechos. Sobre este asunto puntual, lo que otra vez quedó bien claro es que son los asalariados los que ponen en movimiento a un país. En otras palabras, si se declara alerta sanitaria porque la ciudad colapsa por la basura o si se pierden millones de pesos por día porque los portuarios o mineros se niegan a trabajar, si por lo mismo, si por las pérdidas que estas huelgas de brazos caídos generan a las empresas exportadoras, éstas le exigen al gobierno su intervención (olvidándose otra vez de la *prescindencia* del sector público en la economía), esto es una manifestación brutal de que quienes colocan en movimiento al

Sin duda no debemos olvidarnos de los estudiantes que al irrumpir con su batalla en el contexto de la política cotidiana son los que inician y generan esta nueva conciencia por nuestros derechos, por el final del lucro en la educación, en la salud y en todo. En esta etapa, es el movimiento social y sus referentes los que cuestionan y reclaman ante unas expectativas que no son cumplidas y demandas que no son satisfechas. En ese sentido, se plantean los desafíos del cambio para sostener la iniciativa política. De hecho, si hay algo indudable en este nuevo país que intentamos construir es que el movimiento social, por más que actualmente no esté en condiciones reales de organizarse en términos políticos para acabar con el neoliberalismo, es quien protagoniza hasta cierto punto la definición de la *agenda pública*: muchos de los temas que se discutieron y que los candidatos a Presidente en las elecciones recién pasadas plantearon en sus programas se deben justamente al protagonismo del movimiento social; que cumplan o no con sus promesas es tema aparte pero también nos involucra a nosotros. Está claro entonces que la discusión en relación a la *Asamblea Constituyente Autoconvocada*, por la educación pública y también gratuita, que además será de calidad y a la que todos tendremos derecho, son demandas que surgen desde el movimiento popular. Lo que sí debo aclarar es que somos los trabajadores en tanto asalariados- en la medida que somos los que generamos la riqueza de las Naciones, de Chile y de todos los países- los protagonistas y conductores del proceso y no los estudiantes o cualquier otro sector social. Por supuesto, deberemos integrar sus demandas en nuestro proyecto pero mientras los trabajadores en general no demos nuestro apoyo decidido y concreto (más allá de las declaraciones de buena fe) con la lucha de nuestros jóvenes, la educación en Chile seguirá siendo un bien de consumo, basada en el lucro y no en la capacitación y en la excelencia de nuestros estudiantes. Además, claro está que el movimiento popular si bien aún no es una convocatoria partidaria sí es un hecho cultural-político de una enorme trascendencia. Como parte del saber popular debemos organizarnos bajo la consigna de la *unidad política* porque entre todos le daremos su sentido a un movimiento político bien complejo y múltiple, con tensiones y diversos intereses que constituye el territorio común en el que el proyecto nacional- popular se hace con el poder para disputar con los otros

país, sus exportaciones, su producción y la economía son los trabajadores.

Volviendo al tema del gobierno local, debo decir que gobernar la ciudad significa ocuparse de todo lo que se responsabiliza la municipalidad pero a su vez significa ir más allá. *Gobernar* y no *administrar* (esto último es lo que hacen las municipalidades) implica definir entre todos los sujetos políticos y sociales involucrados a nivel local, entre la junta o la asociación barrial, entre la unidad de base y las autoridades públicas y demás, cuál es la ciudad en que queremos habitar: si queremos esa ciudad inclusiva, que en conjunción con los vecinos busque resolver las temáticas que nos afectan, que busque la integración y la participación de los vecinos en los problemas de la población, o si muy por el contrario queremos una ciudad que se rija exclusivamente por la especulación inmobiliaria y por los intereses particulares de las empresas privadas. Se trata de que el gobierno de la ciudad apruebe *leyes*, no simples *ordenanzas* al modo de aquella municipalidad que responde directamente a las autoridades regionales y nacionales. El problema es que necesitamos otro país: uno democrático, respetuoso de la diversidad y de la voluntad popular.

el liderazgo del proceso de cambio, la iniciativa y el protagonismo político. Sobre esta (*r*) *evolución permanente* debo decir también que el tiempo de la organización social y política del movimiento constituye una etapa gradual y lenta pero a la vez necesaria, que requiere conducción y de una militancia que trabaje por el control de las contradicciones internas que impone el saber y los intereses populares. Lo que no podemos plantearnos es la construcción de aparatos políticos que muchas veces distorsionan lo que necesitamos los asalariados. No es correcto insistir en la espontaneidad del trabajador, de los estudiantes o de quienes fueran, más bien se impone la organización política del movimiento. No puede ser de otra forma porque esa *espontaneidad* a la que tanto aluden, incluso que reivindican algunos sectores sociales para de este modo plantear que son “apolíticos”, “independientes” o que estarían más allá de los partidos y de sus vicios, es una postura que atenta contra la lucha del pueblo. No fueron los vecinos indignados, que de hecho salieron a las calles de Buenos Aires de forma espontánea, los que comenzaron a cambiar la realidad de la Argentina en el 2001 sino que fueron los trabajadores, los desempleados y excluidos organizados en el *movimiento piquetero*. Mucho menos será un movimiento espontáneo el que condujo a Fidel Castro, a Evo Morales, a Chávez, Maduro o Correa al poder en sus respectivos países: fue la base organizada la gran protagonista de esas gestas. Por último, tampoco es el *autonomismo zapatista* el que cambió Méjico. En realidad, Méjico hace tiempo que dejó de ser el país de la revolución, de Pancho Villa y de Zapata que repartieron las tierras entre los desposeídos. Méjico (que de ahora en adelante se escribe con “x” al modo de los estadounidenses) tampoco es hoy un buen asilo contra la opresión, quien cobijó a muchos perseguidos por las dictaduras de la región, al mismo Trotsky incluso, mucho menos es el que intentó sustituir importaciones para mejorar la vida de su clase trabajadora, sino que hoy- tratado de libre comercio con Estados Unidos y con Canadá mediante- es un *Estado fallido* desde la perspectiva que ni siquiera tiene la posibilidad de resguardar la vida y la seguridad de sus ciudadanos; de respeto por los derechos humanos, por la democracia y todo lo demás ni hablar. Pero, ahí están los *autonomistas* con Halloway a la cabeza hablándonos de *conciliación de clases*, de *espontaneidad e independencia política*. No estoy desmereciendo el trabajo social, bastante importante por lo demás, que lleva adelante el EZLN en el país azteca; solamente insisto en que la organización política es necesaria y fundamental; de que es preciso y justo hacerse con el gobierno y con todas las estructuras que componen el régimen político. Es la forma de hacer la (*r*) *evolución*: deberemos hacernos con esas estructuras, tomar por asalto el régimen pero democráticamente, a través de la lucha por la conciencia, a partir de la movilización y la creación de ese poder popular donde el voto- debería decirlo- es una más de las tantas luchas pero no la fundamental. Los dominantes hacen lo mismo. La diferencia es que ellos toman por asalto el régimen a través de la brutalidad y violencia que implica el golpe de Estado. Tampoco debemos obviar el hecho de que nos someten a través de la definición y sentido propio de las necesidades; cuando digo que

ellos toman por asalto el régimen a través de la fuerza estoy afirmando que esta es una medida de urgencia y de corto plazo para resguardar el control sobre el sentido, sobre las expectativas y la definición del desarrollo que bajo su ideología adquieren los trabajadores en el proceso de dominación. Así, el sometimiento que se intenta defender a través de la asonada golpista es de más largo plazo e indudablemente es protagonizado por la derecha y por sus poderes fácticos en complicidad con las fuerzas militares.

Una *ausencia de libertad* que se presente cómoda y media razonable, democrática y sin muchos conflictos, señal del progreso técnico o como una *evolución de la sociedad*, es la que mejor forma de resguardar el control que la minoría despliega sobre el trabajador. ¿Qué podría ser más racional bajo el libertinaje de los mercados que suprimir la individualidad de los sujetos en el proceso de mecanización de su rol y actuación socialmente necesaria aunque dolorosa; que la concentración de la empresa individual de los hombres en corporaciones más productivas; que la regulación de la “libre” competencia entre sujetos económicos desiguales; que la reducción de la voluntad popular y sus prerrogativas que impiden la organización tecnocrática de los recursos? Que esta forma de entender la tecnología implique una coordinación política e intelectual puede en este caso mostrarse como una *evolución lamentable pero inevitable* y hasta prometedor en términos de desarrollo. Entiendo así que el neoliberal ni siquiera es individualista, que no cree en el desarrollo del sujeto porque sus dogmas conducen al peor totalitarismo imaginado por la élite y puesto en práctica por sus centros globales de poder. El *derecho* y la *libertad* de la que nos hablaron en sus orígenes los revolucionarios franceses, de la Comuna de París inclusive, de las promesas de la razón, de la igualdad, la fraternidad y el triunfo sobre los mitos, las supersticiones y oscurantismo de la Edad Media, todos factores reivindicados por ese tiempo (en la etapa temprana de la sociedad industrial) se debilitan bajo el neoliberalismo. Lo hacen porque éste no viene con promesas de bienestar o de inclusión- como sí lo haría el Estado asistencialista- porque directamente viene a acabar con todas estas pretensiones y derechos, garantías y conquistas de los sectores populares. En estas circunstancias, el neoliberalismo como régimen extremo en el cuidado de la acumulación privada del capital termina con un etapa del capitalismo. Me aventuro a pensar que estamos ante un final de época a nivel global que puede durar desde diez años hasta doscientos. Como me canso de decirlo el tiempo que le quede al capital por delante depende de nosotros, de los asalariados. La batalla entonces no es solo en Chile sino que se define en los términos del *socialismo en un solo país* o de la *revolución global*. En este aspecto preguntaría qué tan distinto habría sido Chile y el mundo de hoy si en vez de triunfar la primera opción con la delirante ideología de Stalin se hubiera hecho con el poder Trotsky y su definición del cambio. Ocurre que la (*r*) *evolución* nunca fue solo *nacional*; ésta es *internacional*, es *global* y es *permanente*. Para que sean los trabajadores los que definitivamente triunfen debemos hacer todo lo posible por la lucha a ese nivel. Por ello es bastante significativo que en el ámbito de nuestra globalidad los grupos radicales aún

no contemos con una Internacional que estratégicamente vincule la lucha del trabajador chileno con las del resto de los latinoamericanos y del mundo. El capital hace mucho que logró su globalización y la solidaridad de la patronal mientras nosotros, las víctimas de aquellos, seguimos en el veremos o apenas con esas declaraciones que por más que tengan las mejores intenciones en la práctica no conducen a ningún lugar. Es una oportunidad importante la que estamos desperdiciando, no solo porque los trabajadores del mundo- ahora también los de los países más desarrollados- son sometidos a las medidas de ajustes planificados por los dominantes, sino también porque es el propio neoliberalismo el que por lo mismo está perdiendo su razón de ser. Y digo que el neoliberalismo es el final de una época histórica porque es quien desnuda sin ningún disimulo la forma en que el capital nos sojuzga. ¿Puede haber un régimen más fundamentalista que el neoliberal en cuanto a la defensa de la tasa media de las ganancias del capital? No lo creo. La libertad del saber, de la palabra, de la conciencia tanto como la “libre” empresa a la que servían para así promover su concepción del mundo, eran para los revolucionarios franceses esencialmente ideas críticas, destinadas a reemplazar una cultura anticuada por otra mucho más productiva y racional. Sin embargo, al final no pudieron cumplir con lo prometido: el capitalismo y su régimen neoliberal no están capacitados estructuralmente para ello. La experiencia histórica del hombre, sus dramas y miserias anularon esas premisas y promesas.

Desde la temprana época de la revolución francesa y de la industrial en Inglaterra, la libertad de empresa no fue precisamente una bendición para los sectores populares. En realidad, la historia está repleta de ejemplos de explotación extrema y de saqueo tanto de recursos naturales como humanos: fue saqueada Africa con el tráfico de los esclavos y también nuestra América que financiaron lo que Marx llamó la acumulación originaria del capital. La libertad para trabajar bajo esos términos o para morir de hambre, significó fatiga, inseguridad y temor para la mayoría de la población que emigraba a las ciudades. Si el sujeto no estuviera aún obligado a probarse a sí mismo en los mercados, como *hombre económico libre*, la desaparición de esta clase de libertad que nos plantean el modo capitalista sería uno de los mayores logros de nuestra civilización porque iría al núcleo del proceso de *fetichización de las mercancías*. El despliegue tecnológico de la mecanización actual y de la normalización podría canalizar la energía individual hacia un estado nuevo y virgen de libertad que está más allá de las necesidades materiales a la manera que lo plantea la élite. De hecho, la misma estructura de la existencia humana se alteraría en beneficio de los trabajadores: el individuo se liberaría de las necesidades y de las posibilidades extrañas que impone el mundo del trabajo y así tendría una mayor libertad para ejercer la autonomía sobre una vida que sería la suya. Si la forma de producir bienes y servicios se pudiera organizar y dirigir a la satisfacción de las necesidades *material- ideales*, si esa fuera su meta primera, su control no impediría la *autonomía individual* sino que la haría posible. Éste es un objetivo central que está dentro de las capacidades y posibilidades de la civilización industrial como la conocemos hoy: el fin de

la *racionalidad tecnológica neoliberal*. Pero, los que actualmente operan van por el rumbo contrario porque son los *tecnócratas neoliberales* quienes se imponen; el aparato es quien define las exigencias, sus propias demandas y requerimientos del tipo económicos y políticos para la expansión y defensa sobre el tiempo de trabajo y sobre el tiempo libre, sobre la cultura material e intelectual. En virtud de la manera en que el neoliberalismo organiza su *base tecnológica*, la sociedad chilena actual, todos los países donde todavía el neoliberalismo hace de las suyas, tienden a ser totalitarios. Ocurre que no es sólo *totalitario* un régimen donde se niega la *soberanía popular*, donde se impone por la fuerza del terrorismo de Estado una Constitución falaz, una coordinación política terrorista de la sociedad donde los disconformes- los que no aceptamos la situación precedente somos el “enemigo interno”- sino también lo es una coordinación técnica y económica que opera a través de la manipulación de las *necesidades materiales* por los intereses creados de la élite impidiendo así el surgimiento de una oposición efectiva contra ese *todo* que defiende la clase dominante. A pesar de ello, del *totalitarismo* y de las efectivas formas con las que el Estado capitalista logra mantenernos en vilo, dominados y bien quietos, el año 2006 en la política nacional irrumpen los estudiantes lo que marcará para siempre la historia reciente de Chile. Ese año es el primer antecedente histórico e íntegro para reconocer el valor de las gestas de los trabajadores y estudiantes. Es una lucha colectiva que también nos ayuda y desafía a entender en toda su dimensión la cultura y la identidad del pueblo porque estos trabajadores (los que solo ayer colmaron las grandes alamedas para intentar sin éxito consolidar la *vía chilena al socialismo* y los de hoy que militan a favor de la lucha por un modelo de país que es nacional y popular pero en otras circunstancias históricas) con el movimiento social en plena ebullición, son parte de este hecho maldito del que nos hablan los sectores dominantes y que aún perdura en el tiempo político: los estudiantes que reafirman su compromiso con los cambios a través de su presencia en las calles. Es la política en manos de los trabajadores y estudiantes que colman las alamedas. El *movimiento social* está creando las condiciones del cambio porque toma conciencia de que éste es posible. Eso se lo debemos a nuestros vecinos, a los trabajadores bolivianos, ecuatorianos, venezolanos y en menor medida a los argentinos, brasileños y uruguayos que están librando su batalla en una gesta signada por el heroísmo y las convicciones. Allí está un rasgo esencial en la génesis del movimiento popular que explica el rumbo seguido. Su sentido, la base de consolidación de la democracia en esos países, es la militancia identificada con los sectores populares, con los valores y la ética de la cultura de los que intentan vivir de un jornal y así proponen una sola consigna a lo largo de la historia: crear la base propicia para cambiar. En horas de auge de las batallas y de la derrota también, en mucedumbre o en soledad absoluta, el desafío siempre es reivindicar un *arte de lo posible* de los sectores populares. En ese contexto de transformación, al final se insinúa el significado de la identidad de nuestro movimiento social en el sentido de que éste es una potencial organización que viene a levantar las banderas de

un régimen con mejor distribución de las riquezas, igualitario y más justo. Lo contrario- la concentración de la propiedad, la dependencia del país, la crisis y la marginación no son parte del cambio en beneficio de los que intentamos vivir de nuestro esfuerzo. Por eso, lo que está pasando hoy es importante en tanto reivindica la identidad y la legalidad de la voluntad y de la soberanía popular que con su cultura del trabajo y de la producción, de defensa de los intereses y recursos nacionales, está llamado a transformar Chile. Es así como hoy se levantan otra vez esas banderas y demandas mientras la derecha duopólica carece de las mismas.

El poder político de los dominantes se afirma a través de su incidencia sobre el proceso mecánico y sobre la organización técnica del aparato y del modo de producir, de circular y distribuir la mercancía que también responde a determinada definición de las necesidades de los hombres (lo que lo vuelve un consumista patológico) como a una forma específica de organización de la vida económica y política: el neoliberalismo que en Chile se le denomina “democracia “en la medida de lo posible”, de baja intensidad, tutelada, de los consensos, etc. El gobierno de Bachelet en particular así como el régimen en general sólo puede mantenerse cuando logra movilizar, organizar y explotar para sí toda aquella productividad técnica, científica y mecánica de la que dispone la civilización pero que por ahora es controlada por las directrices de los partidarios del libertinaje de los mercados y de los fundamentalistas de la libertad formal. Esta productividad que moviliza al hombre en su totalidad le exigirá un compromiso que es tanto *individual* como *colectivo*, en todos los ámbitos en relación a los dogmas del régimen político- de ahí el carácter totalitario del mismo- y una lealtad que está incluso por encima y más allá de cualquier interés individual o del grupo. El hecho cada vez más brutal de que el poder de esta tremenda maquinaria, de la forma de producir, de circular y distribuir las mercancías sobrepasa al del individuo y al de cualquier grupo particular de sujetos, hace de la misma un instrumento muy efectivo en una sociedad cuya organización básica gira alrededor de un proceso mecanizado. Lo interesante es saber que esta tendencia política puede invertirse porque en esencia el poder del Estado capitalista es sólo poder del hombre proyectado. En la medida en que el mundo del trabajo se conciba como una gran máquina y se automatice de acuerdo a ella, lo convierte en la base potencial de una nueva libertad para el hombre que puede conducirlo a otro tipo de régimen, ese que se basa en la *no- represión* y en la plena libertad. Así, el combate que libran los estudiantes por la educación nos muestra que el régimen neoliberal ha llegado a una etapa en la que la “democracia en la medida de lo posible” no puede definirse adecuadamente en los términos tradicionales de la libertad económica o política de la élite. No porque estas libertades se hayan vuelto insignificantes sino porque son demasiado importantes para ser confinadas dentro de la forma tradicional en que actúa la “transición”. Se necesita otra manera de realización, de necesidades y de urgencias que correspondan a las nuevas capacidades de nuestra sociedad. En ese momento en particular, estos modos sólo pueden indicarse desde un sentido negativo, ya que equivaldrían

a negar la manera predominante de hacer y pensar cada cosa. Así, la *libertad económica* significa la *libertad de la economía*, es decir, la *liberación de la constante lucha por la vida, por la supervivencia de los que vivimos de un salario de antemano definido por el interés de la clase patronal*. La *libertad política* significa la emancipación del trabajador respecto de la democracia de baja intensidad (que se basa en la Doctrina de Seguridad Nacional) de la misma forma que la libertad de pensamiento se traduce en la restauración de un saber que no sea absorbido por el adoctrinamiento de los medios masivos de comunicación neoliberales.

Vivimos un momento extraordinario: los trabajadores y los estudiantes están movilizados pero no solo en la fábrica que todavía sobrevive pese al neoliberalismo, sino también en las organizaciones sociales, de base. Como estructura participan del movimiento barrial al tiempo que algunos de esos municipios buscan manejar de la mejor forma la asignación de recursos a favor de los sectores populares. Entonces, *lo reivindicativo* es una cuestión de todos los días. Se trataría de que todo el tiempo luchemos contra las frases de índole reaccionarias, que buscan desacreditar al movimiento popular y las batallas que los asalariados libramos en beneficio de nuestras urgencias. No es posible que sigamos aceptando esa fraseología de la derecha duopólica que nos trata como irracionales o como utópicos cuando nos oponemos a sus intereses y designios. No es posible que continúen tratándonos de terroristas porque nos rebelamos contra los patrones rurales, o cuando nos oponemos al lucro en la educación, en la salud o a los sueldos miserables. Es aquella tarea la que también nos corresponde como mayoría: la de la denuncia constante, la de la propaganda y demás. De hecho, todo lo que se hace en los sindicatos y en las poblaciones, en las minas, en las escuelas, en las universidades y en cada espacio público en defensa de los derechos del hombre y de la mujer de la Patria, tiene como objetivo recuperar la política como *arte de lo posible*, como *estrategia de poder de transformación a favor de las mayorías*. Y esto no es posible en los actuales términos, si no estamos dispuestos a dar aquel combate ideológico contra las razones y la lógica dominantes. Es claro que Chile necesita recuperar su sistema democrático. Realmente no vivimos en democracia porque derechos que en otros países son comunes y corrientes en el nuestro no existen. Por ejemplo, en Argentina existe universidad pública, que además es de acceso libre y gratuita, de calidad (de hecho la universidad pública tiene a su haber cuatro premios nóbeles de medicina), es autónoma y financiada con los impuestos. A pesar de todo lo anterior, el sector público no quiebra ni se desfinancia; incluso en la última década se construyeron un par de nuevas universidades públicas en zonas periféricas de la ciudad para que los sectores populares no tuvieran que viajar dos o tres horas al centro de Buenos Aires para estudiar una carrera técnica o universitaria. Además, en la Argentina no se reprime la protesta social. Diez personas pueden cortar una calle o avenida principal y por ello no se produce una anarquía o caos diario. Por último, el año pasado el alza de los salarios de los trabajadores fue del orden del 30- 40% y la economía no quebró; tampoco dejaron de venir los

capitales y no se produjo una escalada inflacionaria imparable que siempre afecta a los más necesitados. En realidad, la Argentina siguió creciendo con recursos propios. Ese es un país democrático y normal por el que deberemos continuar en la calle, defendiendo las conquistas de los trabajadores porque nada es definitivo: todo puede perderse porque la derecha nunca permanece quieta. Por el contrario, está todo el tiempo accionando contra la voluntad popular. De eso se trata: se busca restringir (por cualquier medio y con todos los recursos de los que disponen los dominantes) la soberanía del pueblo para que decidamos sobre nuestros asuntos. Así, a través del movimiento popular debemos luchar contra estas pretensiones reaccionarias que eventualmente nos conducen a una situación donde se hipoteque por muchos años la libertad de acción de los trabajadores.

Las instituciones, el poder popular y el cambio de paradigma a partir de su relación con la definición de las necesidades, de su lógica, de su razón e historicidad.

En cierto momento la palabra (*r*) *evolución* alcanzó para muchos de nosotros una connotación fabulosa, santo y seña de nuestras utopías. Por ello, golpe de Estado mediante, desaparece aquel otro término, el de *democracia*, que de la mano de la brutalidad cívico- militar se transforma en una cuestión poco importante en el vocabulario de los trabajadores; así hasta la actualidad. Ocurre que se transformaría en un concepto ausente del léxico cotidiano ya que ahora, de la mano de los gobiernos de la derecha duopólica que supimos conseguir, suena ahuecada, carente de sentido e insulsa. Sin embargo, lo que hay que aclarar es que para la derecha siempre ha sido de este modo porque ella no es democrática: no respeta la soberanía popular sino que la “tolera” mientras ésta no coloque en entredicho sus intereses ligados a una forma de vida para unos pocos. En estas circunstancias no hay término medio, grises o tonos cuando se trata de la lucha de clases, apenas hay negro y blanco, hay libertad o esclavitud, explotación o emancipación. Lo digo para que dejemos de hacernos ilusiones al respecto. La lección de estos años de falsa transición es que la *democracia en la medida de lo posible* no es una democracia como no lo es tampoco la justicia y las reformas en aquellos términos. ¿Acaso la mayoría de los genocidas no andan libres por las calles e incluso tienen hasta la posibilidad de ocupar cargos públicos? Y sobre la democracia, ¿no existen también alcaldes elegidos por el 10% de los votos y una Presidente que logró a lo más el 25% de los mismos? No hay términos medios ni grises porque la humanidad no elaboró ninguna tercera ideología aunque en algún momento histórico algunos oportunistas hablaron de esa *tercera vía...* de una que no lo fue porque era la opción estratégica dominante para volver a imponerse, para terminar con lo que aún restaba del “Estado de bienestar”. Los “socialistas” chilenos también adhirieron a ella porque están del lado neoliberal. Además, en una sociedad que como la chilena se encuentra increíblemente desgarrada por las contradicciones de clase (que bajo el régimen neoliberal se extreman

en su máximo grado) no puede existir una ideología al margen de la lucha de clases o por encima de ella. Por eso, todo lo que tenga que ver con rebajar la *teoría de la (r) evolución*, del *materialismo histórico*, que por lo demás es *dialéctico*, todo lo que sea alejarse de la conciencia y la lucha por la libertad, por la organización y por la creación del poder popular, equivale a fortalecer las ideas y razones dominantes. Es grave porque como otra vez nos muestra la experiencia histórica, a la élite gobernante la define precisamente el hecho que niega la democracia, aquella actitud que la muestra en ciclos que, cuando se cierran, hacen regresar sus profundas tendencias autoritarias, su necesidad imperiosa de *orden y seguridad*. Por eso insisten en las necesidades apenas materiales y que en realidad son falsas. De hecho, las defino en esos términos porque son esas donde el interés particular se impone por sobre las demandas sociales- del bienestar común- para de esa manera consolidar la represión sobre el trabajador. Son falsas porque perpetúan el esfuerzo, la agresividad, la miseria, la explotación de los trabajadores por parte del capital, el lucro en todos los ámbitos y la injusticia. Su satisfacción puede ser grata para algunos individuos en cuanto sujetos, pero esa *felicidad* no es una condición que deba ser mantenida y aún protegida si en concreto sirve para impedir el desarrollo de la capacidad (la suya propia y la de otros) de reconocer la enfermedad del régimen político en su conjunto para así aprovechar la posibilidad concreta de libertarnos del régimen neoliberal. La mayor parte de las necesidades predominantes que se relacionan con el descanso, con poder divertirse, con comportarse o con consumir de acuerdo con la propaganda y la publicidad oficial, de amar y odiar lo que otros odian y aman de acuerdo a la ideología hegemónica, pertenece a la categoría de *necesidades materiales* que a su vez y por esto mismo son falsas; lo son porque tienen una función social y un contenido definido por poderes externos sobre los que los trabajadores no tienen ni obtienen ningún tipo de control: en el desarrollo y en la resolución de estas necesidades no importará hasta qué punto se encuentren a sí mismo satisfechos los trabajadores porque sigue siendo lo que fue desde el inicio, es decir, producto de una sociedad cuyos intereses requieren la represión de los sectores populares para que la élite continúe defendiendo sus granjerías y sus privilegios. El predominio de las necesidades represivas es real y material, es una cuestión que es aceptada por el sometimiento y por el quietismo al que es empujado el pueblo, pero es un hecho que deberá ser eliminado tanto en interés del sujeto que se pretende y dice feliz como de los que se convierten en miserables a expensas de la satisfacción de los que serían los beneficiarios del régimen. Las únicas necesidades que inequívocamente pueden reclamar su satisfacción son las *vitales*, las que reivindican una mejor calidad de vida para la mayoría: son las relacionadas con el alimento, con el vestido y con la habitación, con la salud y la educación porque definitivamente reivindican la vida de las personas, porque son las que colocan este derecho a una mejor calidad de vida como su prioridad máxima, inclusive por sobre la propiedad privada de los medios de producción, de circulación y de distribución de las mercancías. La satisfacción de esas necesidades que defienden la vida es el

requisito para realizar las otras, para su misma definición en cuanto tal. Para cualquier saber y conciencia, para toda experiencia histórica que no acepte el interés social predominante como ley suprema del saber, del pensamiento y de la conducta social, el universo establecido de satisfacciones es un hecho que pone en duda los términos de *verdad* y de *mentira*. Esa es una prioridad porque esos conceptos- el de la *verdad* y el de *mentira*, el de *necesidad* y otros tantos- son enteramente históricos; lo son también su *objetividad*. Eso significa que son *subjetivos* porque dependen del contexto político, que están ligados a una realidad determinada. El juicio sobre las múltiples necesidades y su satisfacción bajo estas condiciones implica normas de prioridad lo que a su vez se traducen en leyes que se refieren al desarrollo óptimo del régimen y de la sociedad, también del individuo bajo el uso más eficiente y racional de los recursos materiales al alcance de los asalariados.

Entonces, la pregunta sobre cuáles son las necesidades que deberemos considerar como falsas o verdaderas la resolvemos los trabajadores, nosotros mismos pero solo en última instancia; esto significa que siempre y cuando tengamos la libertad para dar nuestras respuestas lo que equivale a decir que se hace prioritaria la toma de conciencia sobre los métodos de dominio que la élite aplica. Es urgente revelar el proceso de *fetichización de la mercancía* que extraordinariamente analiza Marx. Mientras no logremos autonomía, ese arte del poder popular que nos conduce al gobierno del trabajador, mientras seamos manipulados digo, toda respuesta a esas interrogantes no podría ser democrática porque no es propia del debate de la amplia mayoría. Por eso, ningún tribunal o “vanguardia del proletariado” puede adjudicarse el derecho a decidir cuáles necesidades deberán satisfacerse en la búsqueda del cambio que ya sabemos es permanente. Esto es parte de las discusiones que se dan al interior del movimiento social. El problema no es menor ya que cuanto más racional, lógica, productiva y totalitaria deviene la administración represiva del neoliberalismo, más inimaginable resultan los medios a partir de los que el trabajador podría romper con su servidumbre y así alcanzar la liberación. De ahí que la emancipación, la construcción del régimen nacional- popular, democrático e inclusivo, la liberación en estos términos digo, dependerá de tomar conciencia de que somos siervos del capital. Es importante entenderlo de esa forma, como sustitución de necesidades falsas por verdaderas, porque es ahí donde estamos a las puertas de un cambio radical que es urgente. Y esta transformación es una prioridad porque en Chile el autoritarismo es el que sin disimulo gobierna. Basta con analizar un poco la historia de nuestro país y veremos que todas las masacres colectivas (que serán parte integral del proceso de control social y político) siempre han sido contra los trabajadores, cuestión que además desmiente que Chile sea una “isla” de democracia y de respeto. En realidad, nunca hemos tenido una Constitución democrática, que fuera avalada por la voluntad del pueblo: la del '33 es aprobada por un grupo de notables que imponen el orden portaliano. Cuando entra en crisis- guerra civil con la muerte de José M. Balmaceda mediante- se aplica un engendro *parlamentarismo* como mejor forma para defender los intereses anglosajones

que habían triunfado. Después vendría la de 1925 que es redactada por otra reunión de notables, donde de acuerdo al *derecho a voto* que existía por ese entonces en nuestro país a lo más fue votada (y no necesariamente ratificada) por el 10% de la población. Sobre la carta magna de 1980- la del dictador y también la de Lagos- ni hablar porque lo que mejor hace, para lo que pensada y fraudulentamente ratificada, es para negar por todos los medios y recursos disponibles el ejercicio de la libre expresión del pueblo. Por eso nuestra tarea es la de combatir y bajo ningún aspecto dialogar con esa institucionalidad. Se trata de batallar contra esa tendencia que busca el consenso. Debe estar claro: la élite, tremenda e increíblemente violenta cuando se trata de la defensa de sus intereses y su modos de vida, no deja ninguna posibilidad legal ni mucho menos institucional para satisfacer las demandas que planteamos la mayoría. La Constitución de 1980- 2005 se encarga que sea de este modo. Así y todo, nuestra historia no puede reducirse a la falta de valores y ética democrática de las élites, a esta característica intrínseca de algunos actores que no dudan en dirigir sus pasos a los cuarteles cuando se ven o se sienten amenazados. No es posible porque existe también otro Chile, ese que se encuentra en ese pueblo que busca la igualdad, la participación, la proliferación de proyectos de integración social junto a una democratización del acceso a la educación y a la salud. Estos son hitos imprescindibles e inolvidables que nos desafían a continuar la batalla por la dignidad y el bien común. No podríamos renunciar al cambio porque no nos queda más que defender y exigir la satisfacción de nuestras necesidades que la mayor parte de las veces son urgentes: somos los que no podemos esperar, somos los excluidos del régimen, los desplazados, y sin embargo desde hace más de 200 años seguimos a la espera de una vida digna. Hay que luchar con esa fuerza que nos da el hecho de ser la mayoría y por si fuera poco, por si no fuera suficiente, con aquella fuerza que nos da el hecho de ser nosotros, los que vivimos de un jornal, los asalariados, los que generamos la mercancía, los bienes y servicios y así las riquezas. ¡Todo para el trabajador! La consigna no es otra porque también somos los protagonistas de la historia, los llamados a declarar la libertad del hombre de Chile, de la mujer de la Patria, de nuestros hijos. Hay que apartar al movimiento social de la estrategia que nos habla del *consenso* porque la institucionalidad afirma la represión, la violación de los derechos humanos incluso, la aplicación de la ley antiterrorista y la posibilidad de perder la vida en una manifestación. Vivimos en un engendro de democracia formal que lo es porque se basa en la *Doctrina de Seguridad Nacional* donde todos los que nos oponemos al lucro en la educación, en la salud, en el sistema de pensiones o a los salarios de miseria somos irracionales, resentidos, los que atentamos contra el desarrollo del país... somos el enemigo interno. ¡Esa es nuestra institucionalidad!

La característica del régimen, lo central de éste, su rasgo distintivo por decirlo de otra manera, es la limitación efectiva y real de las necesidades *material- ideales* para así someternos al poder destructivo y represivo de una sociedad cada vez menos opulenta. En este ámbito, el control social- político sobre la población exige la urgencia de consumir el despilfarro generado por

un modo capitalista de producir bastante irracional. Se trataría de mantener libertades engañosas tales como la *libre competencia*, los medios masivos de comunicación que se definen a sí mismos como *objetivos, racionales* y hasta *independientes*, una *elección libre* entre las marcas de ropa, entre dirigentes políticos, etc. Bajo el neoliberalismo, caracterizado por la totalidad represiva, entonces la *libertad* se convierte en un poderoso instrumento de dominación. La amplitud de la selección abierta a los trabajadores no es un factor decisivo para determinar el grado de libertad de nosotros, pero sí lo es que podemos o no escoger. En otras palabras, la *libre elección del amo*, de los dirigentes de una derecha binominal impresentable, que no representan a las mayorías, no suprime ni a los amos ni a esos dirigentes, mucho menos al esclavo. Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y de servicios no se traduce en *libertad* si estos bienes sostienen controles sociales y políticos sobre una vida de esfuerzo y temor, esto es, si son parte del proceso de fetichización de la mercancía *fuerza de trabajo*. Tampoco la reproducción “espontánea” por los trabajadores de esas necesidades que al final son impuestas por el poder establecen la *autonomía* ni en términos individuales ni de la clase; sólo nos prueba la eficacia del control que desde hace unos siglos viene ejerciendo el Estado capitalista. Como el sistema político- económico que lo representa, que le lleva el amén digo, además tiene una gran capacidad para reciclarse a sí mismo, es necesario insistir en la profundidad y eficacia de los controles que los grupos dominantes despliegan para seguir usufructuando de nuestro trabajo, para continuar gozando de aquella vida parasitaria, de derechos y de privilegios que no les corresponden porque ese modo de vida contradice las demandas de la amplia mayoría. El sometimiento que se ejerce a partir de las necesidades meramente materiales a las que somos expuestos, no empieza con la producción masiva de bienes como las notebooks, los autos, los LCD, etc, sino con la *centralización de su control*. A su vez, aquella centralización determina una manera y no otra de producir, de circular y de distribuir las mercancías. El trabajador en esta etapa entra como receptáculo fuertemente condicionado por las razones que lo dominan; al respecto lo que busca hacer el mal llamado “Estado de bienestar” es disminuir el contraste y el conflicto entre lo que es dado y lo que es posible, entre las necesidades satisfechas y las por satisfacer, de forma que los sectores populares son coartados con las promesas de ascenso social e igualdad. Es aquí donde la “nivelación” de las distinciones de clase revela su función ideológica: si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de recreación, si la secretaria de un estudio cualquiera se viste de forma tan elegante como la hija de su jefe, si el poblador logra adquirir una casa o si todos leen “El Mercurio”, esta *asimilación* indica, no la desaparición de las clases sociales, sino la medida en que las necesidades y las satisfacciones que sirven para la preservación del sistema establecido son compartidas por la población. Una pregunta: ¿Se puede diferenciar entre los medios masivos de comunicación como un instrumento de información y de diversión, y a su vez como *herramienta de manipulación de la voluntad del hombre*? ¿Entre

los horrores y las comodidades de la arquitectura funcional? ¿Entre el trabajo para la defensa nacional y el que se orienta a la plusvalía de las empresas? ¿Entre el placer privado y el uso comercial e incluso político del crecimiento de la tasa de natalidad? Estamos ante un aspecto bastante perturbador del neoliberalismo. Me refiero a su carácter profundamente irracional. De hecho, como vimos, el neoliberalismo ni siquiera logra ser eficiente en el sentido de la *nivelación* porque lo suyo es una economía que de forma extrema saquea el país para de esa manera continuar defendiendo los intereses de la patronal. En Chile es cada día más claro como esta *democracia de baja intensidad, en la medida de lo posible* e increíblemente formalista en sus pretensiones, está incapacitada estructuralmente para incrementar y difundir los “beneficios” de pertenecer al sistema. Ahora se vuelve ineficiente por la lógica de exclusión a las que nos somete el libertinaje de los mercados. Del lado del movimiento social y popular el problema es que muchos trabajadores aún se reconocen en sus mercancías en especial los sectores medios: encuentran su espíritu en su auto, en su notebook, en su casa y en otros bienes aunque nos cueste creerlo.

Es interesante también entender que el trabajador es parte de esa zona en la que el discurso de la política no puede desprenderse de la memoria de la equidad, de esa que representa una herencia extraordinaria en este presente en que con todos los recursos posibles impone la desigualdad y la represión brutal a través de la “homogeneidad” de las necesidades. De todas maneras, siempre en nuestra historia nacional hubo otras experiencias que no deben caer en el olvido porque son sumamente democráticas al ser protagonizadas por los sectores populares. Es bastante importante decirlo ya que si bien los estudiantes como cualquier otro sector social son centrales en el cambio de paradigma, son finalmente los trabajadores el motor intelectual, los actores morales y físicos fundamentales para la transformación radical de Chile. Al aumentar la dependencia de los asalariados respecto de la acumulación del capital, este modo capitalista crea la gran potencia que constituye el trabajo asociado donde los bienes y los servicios son socialmente producidos: de ahí la justeza de que seamos todos beneficiarios de la riqueza. Además, el pueblo fue educado bajo las irracionalidades del Estado y modo capitalista de hacer cada cosa. Por ende, llegado el momento nuestra batalla se manifiesta en una forma más variada y de mayor sentido, más rica en contenido, porque somos los trabajadores los protagonistas de la misma. La *socialización del combate* nos conduce a un Chile mejor, humano, respetuoso, donde vale la pena vivir. La sustitución de las ruinas y vestigios del neoliberalismo, aún del Estado capitalista que representa, es posible siempre que reivindicemos aquellas convicciones relacionadas con la exigencia de que se resuelvan las demandas del pueblo. Insisto: ¡Todo para el trabajador! Esa es la consigna del futuro. Es importante entenderlo de esta manera porque todavía los asalariados (a pesar de que somos la clase protagónica) nos encontramos fragmentados: nos organizamos, somos parte integral del movimiento social y popular pero aún, incluso cuando se trata de reivindicar nuestras demandas, las pensamos desde una visión sectorial y no global. La lucha no es *sectorial*, por las demandas

de los portuarios o de los mineros, del recolector de basura, del que se opone a HidroAysén o de los estudiantes, porque en realidad somos todos víctimas de la acumulación privada del capital. Por eso, el movimiento social a pesar de que hoy está en la calle no logra organizarse políticamente detrás de un proyecto de país alternativo al neoliberalismo. Por supuesto, en ello también tiene que ver la actual institucionalidad que reivindica el individualismo y las particularidades de los hombres antes que las generalidades, el conformismo antes que la resistencia y la reacción antes que la vida. El movimiento es joven, tendrá toda una historia por recorrer y necesariamente tiene que ser radical. Es la élite la que define la lucha en estos términos porque son ellos los violentos, los que no aceptan un país de todos. No nos queda más que ser enérgicos en nuestras demandas porque de ellos, de una clase patronal que se acostumbró a tener todo a su favor, no podemos esperar nada más. Debemos plantear la lucha en unidad, como clase y no como un sector social, porque todos somos trabajadores. Hay que repetirlo hasta el cansancio porque es la forma de afianzar las ideas en beneficio de la transformación radical, de la ideología de la (*r*) *evolución* que *permanece* y así lucha resueltamente contra la derecha duopólica, contra esos que gritan y reprimen cuando exigimos lo que nos corresponde. Estamos en pañales aún, en la etapa de la infancia pero estamos; no es suficiente pero es ese paso central, el más importante, porque es desde ahí donde se origina el poder del pueblo para hacernos responsables del gobierno. Para conquistar el poder debemos empezar por considerar y denunciar que todas las formas predominantes de control social remiten a la práctica de la ciencia como un ámbito de poder que nada tiene que ver a esta altura con la *búsqueda de la verdad* al modo de los antiguos griegos. La estructura técnica y la eficacia de la manera de producción son herramientas al servicio de la élite para mantenernos conformes. Además, es un sistema que reivindica la división del trabajo establecida a lo largo de la historia del capitalismo. Por último, bajo las condiciones actuales, de la *democracia de baja intensidad*, los controles tecnológicos parecen ser la misma encarnación de la lógica a favor de todos los grupos sociales hasta tal punto que cualquier contradicción parece irracional y la oposición se vuelve imposible.

A pesar de que todo el tiempo los tecnócratas neoliberales nos hablan del libertinaje del mercado o de la libertad del sujeto y de su autonomía, en la actualidad por ellos reconstruida el *espacio privado* es invadido y cercenado por la realidad tecnológica. La producción, la circulación y la distribución de la mercancía a nivel global reclaman el sometimiento de los trabajadores en su totalidad como bien hemos visto. El resultado de semejante proceso es, no la *adaptación*, sino la inmediata *identificación del sujeto* con su sociedad y, a través de ésta, con el régimen entendido como un todo. Esta *identificación automática* aparece producto de una organización elaborada científicamente para mantenernos sometidos a los designios dominantes. Es así como la élite pretende que se vaya reduciendo el *poder crítico de la razón* para acallar y reconciliar a todos los disconformes. El impacto del progreso en los términos del neoliberalismo es quien convierte a la razón de los hombres, a su verdad,

cultura y necesidades en sumisión a los dominantes. La eficacia del sistema impide que el sujeto reconozca que éste no contiene hechos ni crónicas que no comuniquen el poder represivo de aquella totalidad. Si como sucede los trabajadores se encuentran a sí mismos en las cosas que dan forma a su vida, lo hacen no al dar, sino al aceptar las leyes dominantes y la razón de los que se encuentran en la cúspide del poder a expensas del interés de la amplia mayoría de la población. Así, el concepto de *alienación* parece que se vuelve cuestionable cuando el trabajador se identifica con la vida y con la existencia que le es impuesta y en la que encuentra su satisfacción. Lo interesante es que esta *identificación* no es ilusión sino que es realidad. Sin embargo, por la ineficacia del neoliberalismo para sostener un nivel de vida aceptable para la mayoría, esta identificación acaba siendo mucho más una *ilusión* que una *realidad*. La alienación se vuelve más objetiva de modo que los trabajadores son devorados por una existencia alienada pero también es cierto que se va formando de a poco, paulatinamente pero sin pausas, la resistencia al capital. Simplemente la crisis que produce el neoliberalismo es quien al fin desafía su manera de control y su justificación ideológica. La forma de producción de los bienes y servicios, el cómo distribuirlos, etc., son los que imponen un tipo de información y de comunicación social, la cultura, los estándares de la moda, una manera y no otra de alimentarse, una industria de la diversión superficial, los hábitos que son racionales y los que serán prescritos y hasta ciertas reacciones emocionales que vinculan al consumidor con el productor y, a través de éstos, al *totalitarismo de la derecha* en todas sus versiones: sea una liberal- la que se dice democrática- sea la militarista como la de Estados Unidos o *en la medida de lo posible* que se desarrollaría en Chile bajo los parámetros de una *democracia de muy baja intensidad*. A partir del modo de producción, de circulación y distribución de los productos, la élite adoctrina y manipula al poblador y promueve esta *falsa conciencia* que se pretende inmune a su falsedad. Y ese proceso de creerse inmune a su irracionalidad la conduce a plantearse ella misma como final de la historia, de las ideologías y de la lucha de clases cuando son todas aquellas posturas las que finalmente nos muestran la falsedad de sus dogmas, de sus dictados y sentencias. Es así como surge entre el pueblo la ideología y conducta totalitaria que lleva a que el trabajador vote por sus verdugos pero que también nos conduce a militar en favor de un *arte de resistir* que es el antecedente primero en la creación del *poder popular*. Y contra este *arte de lo posible*, contra la gestión del gobierno por parte de los trabajadores (siempre que nos constituyamos en base a la unidad de nuestra clase) no hay norma, ley, Constitución, sistema electoral autoritario o incluso historia que se le pueda oponer.¹¹

¹¹ El solo hecho- como pretende el proyecto de Bachelet- de aumentar el número de diputados y de senadores con el objetivo de transformar el *sistema binominal* en uno “proporcional” es una aberración. Lo es porque bajo ninguna circunstancias se traduce en la conquista de un sistema democrático de elecciones. El problema va más allá porque un *sistema electoral* de ese tipo debería permitir que cualquier trabajador pueda ser candidato con sólo inscribirse. O, en su defecto, que sean las organizaciones de base las que elijan a

En resumen, a pesar de todo lo dicho anteriormente, de la historia, de nuestras constituciones y de esta “transición a la democracia”, a pesar de la *derecha duopólica*, de una izquierda que se dice tal pero que se ha mostrado de lo más solícita en consolidar la gobernabilidad en términos neoliberales, a pesar de las ideas, necesidades y de la racionalidad dominante, a pesar de eso y de mucho más, la marcha histórica en Chile no puede quedar reducida a la *ontología del pesimismo* como único núcleo de identidad- mucho menos a ese sujeto que se nos impone desde el poder- porque todavía existen restos de aquella memoria de las *batallas por la igualdad*. Es posible salir al rescate de nuestro país para desde ahí levantar como clase social una sociedad justa, esa donde se abrirán las alamedas por donde pasa el hombre libre... Lo real es que no lograron con ninguno de sus métodos ni formas de sometimiento que olvidemos que nuestros derechos no solo son urgentes sino que además son racionales políticamente hablando; inclusive que son económicamente viables. Ahí está lo más importante: que estos hechos de la memoria son un paso adelante porque son un camino para crear la conciencia necesaria, para organizar al movimiento social- popular en términos políticos y así crear el poder de los trabajadores que es el único resguardo para la democracia, para la igualdad y para el respeto por el otro. El cambio no vendrá a partir de esta *legalidad*. No lo hará porque precisamente es a través de la Constitución de 1980- 2005 que nos niegan toda expresión de la voluntad del pueblo para decidir sobre el futuro. En nuestro país hay muchos dirigentes con talento y otros que no lo tienen en absoluto, hay algunos que son honrados y otros que son deshonestos; unos creen que las reformas “en la medida de lo posible” son la ruta y otros un poco más hipócritas, que, en el ardor del combate por la libertad y por la justicia, por el respeto de los derechos humanos, que en la lucha contra la autocracia de la monarquía que es la *derecha duopólica*, no aceptan el antagonismo realmente existente entre las demandas de la élite, de los políticos que los representan, y las demandas del trabajador, de los que vivimos de un salario que por si fuera poco es de antemano definido por la patronal y por sus fuerzas políticas. Esos dirigentes al final no tienen buenas intenciones, por lo menos no son de fiar, porque ni siquiera admiten la idea de que Chile necesita *reformas* ni menos de que la mayoría actúe como una fuerza social y política independiente. Hay que ser consciente de que existen soñadores, algunas veces geniales, que votaron por la Concertación creyendo que la alegría estaba a la vuelta de la esquina. Pero, hoy esta ingenuidad es perjudicial para el destino de Chile: no es posible convencer a la patronal y a sus gobernantes de la injusticia del régimen político que defienden porque si lo hacen, si lo reivindicán, es porque simplemente los representa en sus ideas y aspiraciones. En estas circunstancias, no podríamos plantear un cambio que

los candidatos piramidalmente, arrancando desde la junta de vecinos y desde la población. ¿Porqué esta función le debería corresponder a los partidos políticos y no pueden ser las organizaciones sociales quienes hegemonicen el proceso de selección si es en ellas donde está el pueblo organizado? Además, ¿no están los partidos políticos lo suficientemente deslegitimados por la sociedad para que ellos cumplan con este importante rol?

triunfe sin el combate frontal contra el neoliberalismo y contra su libertinaje de los mercados del que la Concertación es clara exponente.

¿Es viable o no la CUT en el contexto de la lucha sindical actual contra los términos del pensamiento totalitario, represivo y negativo de los neoliberales?

El diagnóstico de la situación está hecho y es contundente porque se basa en la experiencia de la historia pasada y reciente de nuestro país: no hay posibilidad en los actuales términos (bajo esta legalidad que fuera impuesta y heredada por la dictadura) de alterar y transformar a Chile en un país normal, justo y democrático. La historia también nos muestra que nada es gratis para el pueblo, que todo se consigue con esfuerzo, con la lucha y el combate. Por eso, los héroes y las víctimas, los mártires y los grandes líderes están de parte de los sectores populares. Lo están ya que se trata de batallar contra un saber negativo y totalitario como lo es precisamente la razón neoliberal. Entonces, el cambio de largo alcance en nuestros hábitos y formas de pensar es mucho más serio porque la mayor parte de las veces la protesta, las manifestaciones e incluso la acción de resistencia solo sirven para coordinar las ideas, metas y objetivos requeridos por el sistema predominante para incluirlos dentro del mismo y así rechazar los que no son reconciliables con él. El dominio de esta *realidad totalitaria* a la que nos conducirá el neoliberalismo no significa que reine el *materialismo* entendido en su función más básica y que de esta forma desaparezcan las preocupaciones espirituales- metafísicas del hombre. Por el contrario, hay mucho de ¿por qué no probamos con Dios, con el alivio y con el confort del mismo? También hay mucho de *existencialismo*; pero estos modos de protesta y de *trascendencia* no son *contradictorios* con la realidad que se impone; tampoco son *negativos* para el estatus quo en el sentido que buscan alterar el estado actual de las cosas. Así, son la parte ceremonial de su *inocua negación* y el neoliberal lo sabe muy bien; entonces los digiere como parte de su saludable dieta que lo lleva a creerse el final de la historia, de las ideologías y todo lo demás. Lo peor es que de esta manera la élite y todos los que hacen política en favor de los dominantes promueven sistemáticamente el *pensamiento totalitario*. El discurso de la derecha duopólica, su universo político e intelectual está más que poblado de hipótesis, de tesis y de dogmas que se validan entre sí y que, repetidas monopolísticamente por los medios masivos de comunicación y por los dirigentes, por esa clase de políticos que supimos conseguir, se vuelven definiciones autoritarias, es decir, sentencias y dictados absolutos, más allá de cualquier debate o lógica. Por ejemplo y siempre de acuerdo al saber neoliberal, son *libres* aquellas instituciones que funcionan en los países más desarrollados en términos capitalistas mientras que dada otra forma de entender la política- como la del régimen popular- no lo son porque sería inaceptable cualquier intervención pública en la empresa privada que constituye la base del libertinaje del mercado. El autoritarismo y la esclavitud en su máximo grado se traducirían en definir a la salud o a la

educación como servicios y derechos públicos porque esta toma de posición perjudicaría la acumulación privada del capital. Las ideas *no-operacionales*, las que no ayudan a la consolidación del *pensar totalitario* son *subversivas* y quienes las predicen se convierten en el *enemigo interno*. El movimiento del pensamiento y de la cultura se detiene en ciertas barreras que parecen ser los límites de su propia razón. Esta limitación del pensamiento no es nueva ya que responde a la lógica del modo capitalista totalitario: a la idea del derecho a propiedad como eje rector y central para el eventual cumplimiento de los derechos humanos lo que a su vez lo vuelve increíblemente reaccionario... Lo que tiene que importarnos para construir un *arte de la resistencia* que en lo ideal evolucione hacia la gestión del gobierno por parte del trabajador es que los *conceptos acomodaticios* de la *razón neoliberal* siempre son negados y contradichos por la miseria, por la injusticia evidente del régimen político y por la más o menos consciente rebelión que se produce contra ella una vez que la población entiende que así nos niegan el bienestar.

Ocurre que la aspiración común, la de todos en tanto clase social, es la de conseguir otro sistema político: uno que es nacional, democrático, popular e inclusivo, que avance sobre el daño causado por el neoliberalismo en todo este tiempo, que busque remediar el mal propio de la situación precedente y que acabe con los dramas del libertinaje del mercado, es decir, que suprima el sometimiento de la *fuerza de trabajo* al *capital*. Esta aspiración deberá ser común de modo que se traduzca en una aptitud hostil ante cada injusticia, frente a la lógica neoliberal y a su falso espontaneismo, ante sus errores y sus traiciones. De eso se trata, es el objetivo del movimiento social que a través de estas y de otras acciones termina por cambiar el país como en su momento lo hizo en Bolivia, en Ecuador, en Venezuela y en mucho menor medida en Argentina, Brasil y Uruguay. No olvidemos tampoco que heroicamente el cambio también se intentó en Honduras y en Paraguay. El problema es que si el trabajador sigue pensando en términos *sectoriales*, medio *espontáneos*, bajo los dogmas y las consignas del *reformismo estéril* y *en la medida de lo posible*, renunciamos por completo a la tarea de elaborar una política de radical transformación, funcional a la satisfacción de las demandas de los sectores populares. Los dirigentes y líderes oportunistas de los sindicatos, de la CUT y demás son así un factor importante en las limitantes surgidas e impuestas a la lucha por nuestros derechos. Lo hemos visto en estos años. Y esto no solo tiene que ver con una cuestión de *estrategia* o de *oportunismo político* sino además con su manera de organizarse y de pensar las relaciones entre el *capital* y la *fuerza de trabajo*. Primero, obstruye toda una especie de operaciones y conductas de oposición; consecuentemente, los términos que les son propios se convierten en ilusorios; de hecho, no tienen significado. La *trascendencia histórica* aparece de ese modo como *trascendencia metafísica*, *filosófica* y entonces inaceptable para el materialismo histórico y su afán de cambio radical. El punto de vista programático practicado como un hábito en la acción, de aquella “democracia” en la medida de lo posible se convierte en la forma de ver el universo establecido por el discurso, por la lucha y por las

aspiraciones de la derecha. Ese pensamiento alienado opera, como tantas veces lo ha hecho, en interés del poder establecido con el golpe; lo hace en beneficio de la manera de entender el mundo de la derecha binominal. La insistencia en estos términos de por sí *programáticos* se vuelve contra los esfuerzos por liberar el pensamiento y la conducta de los trabajadores de una realidad neoliberal. La *razón programática* y sus parámetros convierten el progreso científico y técnico en un instrumento de dominación contra todos los que intentamos vivir de un sueldo. En segundo lugar, hay que insistir que la CUT es totalmente piramidal. En este sentido, no me cabe la menor duda que una de sus características puntuales es ser una central autoritaria porque su estructura interna consagra autoridades que se suceden en el tiempo y en un plano de una jerarquía interdependiente. En la cúspide de la organización tenemos a los dirigentes y líderes que despliegan la plenitud de su poder de decisión. Ahí, en la cima del poder tenemos un *Consejo Ejecutivo Nacional* integrado por 15 miembros, uno de los cuales es el Presidente que representa a la organización. Debajo de ese Consejo tenemos otro, el *Consejo Directivo Nacional* que se integra por 45 miembros titulares y por 15 suplentes. Es este último el que elegirá a los miembros del *Consejo Ejecutivo Nacional*, sin embargo, la elección no es nada libre, democrática y ni siquiera participativa porque solo tienen derecho a voto los miembros que componen el *Consejo Directivo Nacional*. Ese permanece en Santiago lo que a la vez nos muestra el nivel de centralización que existe. A pesar de ello, por las críticas que en su momento recibiera en cuanto a su *centralización*, es que en el curso de su existencia se fueron creando otras dependencias e instancias que intentaron facilitar su funcionamiento.¹²

Lo que importa recalcar sobre la forma de organización de la CUT (porque me parece una cuestión fundamental si pretende ser la representante de los asalariados) es que no existe la elección directa de sus autoridades bajo la consabida fórmula de una persona un voto. En cambio, los sufragios tienen una ponderación muy distinta que resulta de la división del número de asociados de una organización por el número de dirigentes de la misma. Por ejemplo, el sindicato de trabajadores inter empresas de *La Polar* tiene 450 socios y 3 dirigentes, lo que significa que cada sufragio equivale a 151 votos. Por eso, las planillas con escrutinios aparecen con resultados que consignan miles de votos en algunas listas. Otra cuestión es la capacidad que tiene o no para convocar al trabajador. Sobre esto tendré que ser contundente: nunca la actual CUT, la que se fundara en los años '80, ha tenido la capacidad política para convocar al tipo de manifestaciones como las de los estudiantes; jamás ha podido mantener conflictos que se puedan sostener en el tiempo, hasta desembocar en un triunfo real de los trabajadores que de ese modo vean de una vez resueltas sus necesidades. Su incapacidad es manifiesta, más todavía

¹² La organización está dividida territorialmente en *Consejos Provinciales*- que son llamados CUT Provinciales- que reproducen su estructura nacional. Además, existe, el *Consejo de Confederaciones*, las *Federaciones*, *Asociaciones Nacionales* y *Sindicatos Nacionales* que colaboran en la misión de descentralización de las decisiones.

en esta época en que se integra a los parámetros de este gobierno que no es ni nuevo ni mayoría; lo más grave es que lo hacen desde la postura estratégica de la dirigencia comunista de modo que se distancia de las demandas del movimiento popular. Sobre su incapacidad para convocar a los trabajadores basta con ver cuantos de ellos asisten hoy a sus marchas. Ocurre que la CUT propugna la “armonía” entre los intereses de clase, entre la *fuerza de trabajo* y el *capital* por lo que a la larga no solo niegan la racionalidad de la huelga y del paro sino inclusive la lucha de clases: están por la conciliación- y el trabajador aunque no entienda de teoría o de lógica- lo sabe muy bien. Ese saber, que puede ser adquirido por intuición o por simple supervivencia, no es depreciable ni tampoco despreciable porque proviene de la experiencia, de la condición de asalariado explotado por el capital. La dirigencia de la CUT en la práctica, aunque teóricamente se digan comunistas, aunque se piensen así mismos como la élite que tiene la razón final y máxima, en los hechos lo que hacen es afirmar que el obrero para el caso puede libertarse del yugo del capital en el seno del neoliberalismo, de la institucionalidad actual inclusive, mediante nuestra legislación; eso simplemente es un absurdo y un disparate. La estrategia de la dirigencia del PC, de la CUT y demás, de los que se dicen progresistas e incluso los que son parte del movimiento social pero que así y todo aceptan esta legalidad en cualquiera de sus formas, nos plantean una estrategia fatal, un mundo de Bilz y Pap con su correspondiente *copia feliz del Edén* cuando por todos lados vemos la presión social y económica a la que siempre somos sometidos los trabajadores. Con este tipo de estrategias nos dicen que la tarea principal de la CUT en particular y de los sindicatos en general es la de servir de intermediarios entre el trabajador y el empresario. Por eso la CUT cae en un gran desprestigio que implica por ejemplo perder su credibilidad. Los trabajadores, a los que nos toca sufrir cotidianamente la presión del jefe y la amenaza creíble de desempleo y así de la marginación laboral, también de la exclusión social y en todos los ámbitos, no le creemos a la CUT porque no está con nosotros ni con las necesidades que nos urge resolver. El proceso en virtud del cual la central de hoy pierde credibilidad y legitimidad para hablar en representación de los que vivimos de un salario, que implica un camino inverso al recorrido por su homónima, no es distinto al que afecta a la derecha, a sus partidos y al sistema político- económico impuesto a partir de la Constitución de 1980. En la medida que ésta pierde credibilidad también entra en un desprestigio tal que definitivamente la hace inoperante en términos prácticos, para darle sentido digo, sustancia política y fuerza necesaria a las luchas populares. Esto no es extraño si consideramos que la CUT y las organizaciones inmersas en esta institucionalidad heredada de la dictadura, que la aceptan digamos, que plantean esta democracia formal basada en la *Doctrina de Seguridad Nacional*, cosechan lo que sembraron en estos años de falaz transición. Está deslegitimada a los ojos y las conciencias de todos los que buscamos el cambio. El problema para ellos es que los que buscan esta transformación- los que la intuyen sabiendo que la situación no da para más, que esta no es vida, los que entiende porque Chile tiene índices

de suicidios tan altos- son la mayor parte de nuestra población. La CUT es reformista y neoliberal; por consiguiente corre la misma suerte que el país en la escena nacional. Por eso, también le afecta la corrupción, la inanición, la frustración y la complicidad que establece con el neoliberalismo.

Tampoco me extraña lo anterior, esta crisis de la Central digo, porque desde la fecha de su creación en el año 1988 nunca se ocupó o preocupó por consultar a sus bases. Por el contrario, al igual que los políticos que supimos conseguir en este tiempo de gran hipocresía, sus dirigentes siempre abusaron de sus afiliados, es decir, los *sustituyeron* para acabar perdiendo importantes miembros y organizaciones que se replantearon la lucha en forma autónoma o, simplemente, dejaron de creer en esa mal llamada “unidad sindical”. A las acusaciones de *nepotismo*, de *complicidad*, de *entreguismo* y otras, se suman la apropiación de dinero, el abuso de poder y un largo etcétera. Esta manera de actuar es contraria a la alternativa histórica de emancipación real de los sectores populares que debieran ser sus afiliados. No lo son porque la CUT es leal a una ideología que desafía cualquier trascendencia relacionada con la libertad del hombre. Se cierra ante esta opción. El *pragmatismo* que profesa se convierte en la teoría y en práctica de *contención social*. Por debajo de su dinámica aparente, este régimen político reivindicado en los hechos por el pensar y el actuar de la CUT es un sistema de vida completamente autoritario porque explota en su grado máximo a los trabajadores que en teoría debería defender. Su tarea es la *contención de nuestras demandas* de modo que la lógica del progreso técnico y del uso de la tecnología responde a los dogmas neoliberales. No se conforma con eso porque mientras más capaz aparece la *tecnología* como ámbito que efectivamente crea las condiciones para la paz de la sociedad (es el ejemplo que nos dejan los regímenes populares) más se organiza la CUT contra esa alternativa. Las áreas más avanzadas del régimen neoliberal y su modo de producir nos muestra esas opciones irreconciliables: la de la *contención social* y la del *cambio estructural*. La Central siempre estuvo de parte de esa tendencia que busca consumir la *razón tecnológica* del capitalismo cuando muy por el contrario, la libertad nos exige un intenso esfuerzo para librar la lucha contra todas esas instituciones establecidas en dictadura, como la CUT. Aquí precisamente encontramos la contradicción interna del neoliberalismo a la que me he referido en varias oportunidades: la irracionalidad de su lógica, de sus parámetros y fábulas. A los tecnócratas neoliberales no les importará; más bien están incapacitados para entenderlo y de hecho hacen suya una ciencia y una tecnología organizada de tal manera que mantiene el dominio de los hombres en su forma más eficiente posible, a través de cualquier recurso o método, incluida la fuerza y el golpe de Estado. La irracionalidad del régimen se nos revela en su máxima amplitud cuando el éxito del esfuerzo y de la batalla de los trabajadores por la conquista de otro sistema político, uno alternativo al neoliberalismo, abre nuevas dimensiones para la realización y la satisfacción de nuestras necesidades. Al llegar a este punto, aquella *dominación* disfrazada de *opulencia* y de *libertad* ya no puede extenderse a todas las esferas de la vida sin mostrar su odiosidad y dramas.

Pero, organizaciones como la CUT- aunque el movimiento social hoy está en las calles- no pueden evitar absolver al neoliberalismo de sus consecuencias a pesar de que sus víctimas predilectas y primeras somos los trabajadores. La *razón tecnológica* nos dice que su carácter político a medida que se convierte en el vehículo de una *dominación acabada*, crea de esta manera un universo totalitario en el que el régimen, el espíritu, el cuerpo y hasta las urgencias del hombre se mantienen en estado de permanente y constante movilización en la defensa del universo dominante. Las principales tendencias de esta forma de organización social y política son conocidas y también sufridas por todos los que vivimos con un jornal: concentración de la economía nacional en las necesidades de las corporaciones con el gobierno como una fuerza de apoyo y control; sujeción de la economía a un sistema comercial global, convenios monetarios, políticos y militares, asistencia técnica, un modelo de desarrollo único, la asimilación de los métodos de dirección en los negocios y de las aspiraciones en las diferentes clases sociales. En lo político, estas cuestiones se manifiestan en la convergencia de los que se presentan como opuestos. Me refiero al *bipartidismo* no solo a nivel local (pienso en la derecha duopólica) sino también en la política exterior donde se defienden los intereses de las élites mediante la amenaza que de por sí constituimos los disconformes que eventualmente podríamos actuar contra el estatus quo. Esta unificación de los opuestos gravita en la posibilidad del cambio social en el sentido que abarca esos estratos sobre cuyas espaldas progresa el sistema; esto es, las propias clases cuya existencia supuso en otro tiempo la oposición al sistema como una totalidad. Si así la CUT acepta trabajar dentro del marco del régimen establecido no es sólo sobre bases tácticas ni como una estrategia de corto o mediano alcance, sino porque además su base de representación se debilitó de tal forma que sus metas se ven alteradas por la imposición del pensar neoliberal. La CUT desempeña el rol de organización de *oposición legal*, esa que se condena así misma a no ser radical.

Es válido preguntarnos si realmente la CUT así como está, con todos sus vicios, con sus dirigentes y sus estratagemas es útil en el combate por un Chile democrático. En este aspecto, es legítimo para clarificar el sentido de las batallas del pueblo, de la conciencia de todos nosotros, el preguntarnos si una institución como la CUT debe seguir existiendo, si debemos buscar su *legitimación* a nivel colectivo. Debemos hacernos esa pregunta porque nunca la Central ha sido una fuerza considerable en relación al movimiento sindical chileno. Además, por sus políticas, por su manera ambigua de interpretar la realidad y por el carácter de sus actividades políticas, cuando las hay, rebelan una forma de actuar simplemente aberrante. No pueden negar la importancia del movimiento social y de la protesta porque éstas se tomaron las calles y sin embargo en los hechos lo hacen; no pueden hacerse los distraídos porque estamos en presencia de un fenómeno social que manifestándose por primera en las calles en el 2006 a partir de la irrupción de los estudiantes en la política nacional, se convierte en el germen del cambio real en Chile pero siguen con lo mismo: interpretan a su modo, de una manera muy oportunista

y cómplice, poco creíble y deshonesto, el protagonismo que nos corresponde a los trabajadores. Insisten en hablar de reformas en la medida de lo posible, es decir, siempre que sean aceptadas y aceptables para los dueños de Chile, del *culto a la espontaneidad* y del carácter trivial de las teorías que hablan de la libertad del hombre. Entonces, no sólo es lícito y moralmente aceptable plantearse esta duda, la de su vialidad, sino que también es profundamente necesario. No ocurre lo mismo con el principio de la *unidad*. Pasa que la *unidad* es una necesidad para quienes se encuentran dispersos y desprovistos del poder como sucede actualmente con los trabajadores de nuestro país que actuamos espontáneamente, defendiendo a nuestra propia manera demandas que solo son *sectoriales* porque no consideran el *sentido global de la lucha*. Sólo unidos y bien organizados podemos realizar aquellas transformaciones que consideramos de imprescindible interés para mejorar la calidad de vida de todos. Pero la *unidad* no es una palabra, pues no basta con señalar que se organizó una entidad “unitaria” para así dar por finiquitado este objetivo. La realidad es mucho más compleja porque será un proceso que sólo culmina cuando las fuerzas sociales y políticas que impulsan los cambios convergen en un campo específico para llevar a cabo sus metas. Y cuando pensamos la batalla en estos términos, desde el punto de vista de la *unidad*, vemos que la CUT lo que nunca pudo hacer es unificar a los trabajadores. De hecho, en vez de convertirse en foco de unidad y de convergencia social, ha impulsado la disgregación del movimiento sindical. Antes que nada no solo lo hace con sus acciones sino también con sus omisiones que son de lo más graves: como posible heredera de la antigua, la actual CUT nunca hizo un acto recordatorio de la fundación de aquella, hecho acaecido un 12 de febrero del año 1953. A diferencia de esas prácticas- que evidencian un manifiesto olvido- y mientras estuvo vivo, el compañero Clotario Blest impulsó en repetidas oportunidades la celebración de este acontecimiento para la lucha de los asalariados de esa época. Por otro lado, nunca se vio a la actual CUT en los paros llevados adelante por los trabajadores portuarios o por los mineros, nunca se la vio en las movilizaciones o en la huelga de brazos caídos de los grandes almacenes comerciales. Ni siquiera están para solidarizar. O para emitir una declaración en apoyo al movimiento. No estuvieron en la huelga de los trabajadores de *Almacenes París* ni de los empleados de *Johnson*, pero sí estuvieron en cada acto proselitista de Bachelet. Incluso callan por el compromiso que otra vez y de espaldas a los trabajadores generaron con esta falaz “Nueva Mayoría”.

Tampoco han hecho una exposición pública sobre el beneficio de la creación del *poder popular*, objetivo que quedó inconcluso con Allende. No lo han hecho porque se encuentran inmersos- al igual que los partidos de la derecha duopólica- en un régimen que no quieren alterar en lo central, que no quieren cambiar un ápice porque esta realidad los favorece sobremedida, es lo que creen por lo menos. Tampoco encontramos algún documento donde se pronuncien acerca de la situación política nacional, sobre las necesidades y urgencias de los trabajadores, sobre el sueldo de miseria, sobre la realidad de los deudores habitacionales, de los estudiantes y sus familias que por el título

universitario se endeudan toda una vida. Ni hablar de algún pasquín o de una declaración que contenga cierto proyecto de país del futuro, esa sociedad por la que soñara el Presidente Allende. La CUT llegó a ser casi cómplice directa de la patronal y hoy la vemos formando junto con las empresas, grupos de presión que defienden la *democracia de baja intensidad* que nos caracteriza. Por el contrario, Marx sostuvo que la organización y la dirección del aparato productivo por el productor inmediato- el trabajador- introducía un cambio cualitativo en la continuidad técnica: esto es, encaminaría la producción a la satisfacción de necesidades individuales que se desarrollarían así libremente. Pero, en la medida en que el aparato técnico establecido de hecho abarca la vida pública y privada en todas las esferas del régimen, es decir, llega a ser el *medio de control- cohesión* en un universo político que incorpora a la clase trabajadora, el *cambio cualitativo* implica en este grado una transformación en la estructura tecnológica de modo que entonces supone a los trabajadores enajenados de aquel universo en su existencia, que su *conciencia* es la de la *imposibilidad total* de seguir existiendo en ese universo y que la urgencia de un *cambio cualitativo* es un asunto de vida o de muerte que se sostiene en la *mecanización* que reduce cada vez más la cantidad e intensidad de energía física gastada en el trabajo. Precisamente esta evolución es de importancia tremenda al referirnos al concepto marxista del *proletario*. Para Marx y para Engels ese concepto en primer lugar hace referencia al *trabajador manual* que gasta y que agota su energía física en el proceso de trabajo, incluso si lo hace con máquinas modernas. La adquisición y empleo de esta energía física, bajo condiciones infrahumanas, para que pueda darse la apropiación privada de la plusvalía, da a la explotación del hombre su aspecto más repulsivo; la *noción marxista* es la que denuncia el dolor físico y la miseria del trabajo. Éste es el elemento tangible y material que confirma la esclavitud del salario y la alienación bajo el capitalismo clásico.

Durante los siglos pasados, una causa importante de alienación residía en el hecho de que el ser humano prestaba su *individualidad biológica* a la *organización técnica del modo de producción de la mercancía*: el trabajador era el manipulador de las herramientas y de los utensilios necesarios para la transformación de las materias primas y de los recursos naturales en bienes y servicios; los conjuntos técnicos sólo podían constituirse incorporando a los hombres como manipuladores de estos utensilios. El carácter deformador del oficio era a la vez físico, psíquico y somático. Pero, la situación empieza a cambiar con el régimen de los neoliberales. Ahora la cada vez más completa mecanización del trabajo bajo los parámetros de éste, al tiempo que mantiene e inclusive extrema la explotación del pueblo, modifica la actitud, la realidad y el estatus de los explotados. Dentro de esa nueva organización tecnológica, el trabajo mecanizado en el que reacciones automáticas llenan la mayor parte si no la totalidad del tiempo de trabajo continúa siendo, como una ocupación de toda la vida, la esclavitud en su máximo grado, una experiencia agotadora, embrutecedora y profundamente inhumana; más agotadora todavía debido al ritmo del trabajo, a la exigencia de mayor productividad de la hora laboral y

también gracias al aislamiento de los trabajadores entre sí. Esa inhumana y agotadora forma de trabajar desde luego es la expresión de la automatización dentro de la fábrica; pero inclusive bajo estas condiciones- y eso es lo que cambia respecto de los siglos anteriores- la tecnología sustituye esta fatiga muscular por la tensión y por el esfuerzo mental que en el mediano plazo nos convierte en una sociedad de deprimidos, de fatigados y hombres violentos. En la fábrica más moderna y automatizada se subraya la transformación de la energía física en habilidad técnica y mental: habilidades de la cabeza antes que del cuerpo, del tecnócrata más que del artesano, del experto más que del obrero manual; del nervio más que de los músculos; del encargado más que del operador. Esta manera de esclavitud del régimen neoliberal que a todas luces es magistral no difiere en su núcleo de aquella que se ejerce sobre los trabajadores de los escalafones más altos como lo es el empleado bancario, el gerente, el apremiado vendedor de la tienda y un largo e importante etcétera. Sobre los trabajadores menos calificados, los que ganan el sueldo mínimo y que son la mayoría de la población, ni hablar. Y de esto la CUT no nos dice nada; tampoco que la *uniformidad* y *rutina* asimilan los empleos productivos y los no productivos. El trabajador- el *proletariado* en términos de Marx- en la primera época del capitalismo era la bestia de carga de la que se nos habla en los libros de textos, era quien proporcionaba con su trabajo manual, con el de su cuerpo, la satisfacción de las necesidades y lujo de la vida parasitaria de la élite, mientras él se encontraba en la suciedad y en esa pobreza extrema que caracterizó a la revolución industrial. De esta manera era la negación viviente de su sociedad. Es a lo que nos hace volver el neoliberalismo con su explotación extrema y brutal. Entonces, el asalariado que bajo el mal llamado “Estado de Bienestar” vivía esta negación de una manera menos directa no tiene nada que ver con los trabajadores que son sometidos a los designios del libertinaje de los mercados. El otro costado del problema es que sindicatos y centrales como la CUT son cómplices de estas circunstancias y bajo ningún aspecto pueden por ello ser organizaciones que se refieran decididamente a la necesaria (*r*) *evolución permanente*. Por eso su dirigencia no está capacitada para conducir la lucha de los trabajadores en términos del cambio radical que es la transformación que siempre nos urge. La respuesta es clara: esta central no es un factor ni de unidad del movimiento social ni de batalla porque con su postura nos hace extraviar el rumbo y nos conduce a esa “democracia” de muy baja intensidad que todos conocemos.

Capítulo III: El cambio necesario.

El modelo sindical, la libertad o la esclavitud de los trabajadores y el proceso de contención y dominio social como contradicción del cambio en beneficio de los sectores populares.

La (*r*) *evolución* simplemente quedó a nuestras espaldas y en su lugar se impuso el neoliberalismo militante; su recuerdo es apenas un resplandor a los que aluden los nostálgicos, luchadores de otras épocas que no pudieron ni supieron cumplir con la necesidad de crear en Chile aquel poder popular que es la única garantía de democracia, de estabilidad política y del crecimiento económico. Es un recuerdo que nos sobresalta de vez en cuando mientras que al mismo tiempo nuestras preocupaciones se dirigen hacia otros horizontes que nada tienen que ver con los antiguos fulgores de esa etapa de la historia de nuestro país. La impetuosidad de estos hechos y crónicas protagonizadas por el pueblo e inauguradas mucho antes de septiembre del '70 (en todo caso aquel año, con la asunción de Salvador Allende y de los sectores populares a la gestión del poder culminó una importante y trascendente etapa para lograr el ansiado cambio) son parte de un tránsito pleno de esperanzas- de cuando fueron los trabajadores quienes asaltaron el poder de la élite- iniciando una presencia siempre turbulenta pero constituida por una infinidad de ideas y de convicciones, luminosas y populares, mientras que al mismo tiempo Chile se sumía en una oscura experiencia según el punto de vista de los dominantes. Desgraciadamente y nuevamente fueron los sectores medios, con sus almas bien pensantes y atribuladas, quienes le llevaron el amén a esa minoría en un intento, desde siempre frustrado, de ser parte de esa élite parasitaria que vive también del esfuerzo y del trabajo de ese sector medio. Y hablo de *sectores* y no de *clases* porque estos grupúsculos sociales y políticos son un invento de quienes controlan nuestras vidas. De hecho, lo único concreto es que todos los que vivimos de un trabajo somos *asalariados* y nos debemos respeto y solidaridad de clase. Así fue como ya en septiembre de 1973 se fue apagando la libertad cuando se desmoronó el sistema víctima de la opresión inaugurada por la dictadura y de sus esbirros tanto civiles como militares. Acabaron con la democracia y con los derechos de los trabajadores, con la cultura y el saber popular que nos remite a ciudades y barrios míticos, a barricadas humeantes, a movilización, a insurrección esplendorosa en jornadas febriles e invernales, a soñadores que parecían transfigurar el desgraciado destino de nuestro país, a pequeños hombrecitos que desafiaban el poder de los Estados Unidos, del señor Nixon y de Kissinger, a largas marchas y contramarchas del trabajador rural y urbano que iban en pos de su redención, a clandestinidades heroicas, a derrotas reclamadas como herencia triunfal o a nombres mayúsculos de una tradición que hundía sus raíces en las oscuras noches de la rebelión al modo de los soldados espartanos. En todo caso, el gobierno popular, el que fue solo en lo formal conducido por Allende, que lo sería porque en la práctica miles

de voluntades fueron las que efectivamente se movilizaron en los múltiples campos de batalla, que así encontró a sus propios pensadores, a sus pintores y mártires, a sus hombres de acción y al traidor, posteriormente y a partir de la falsa renovación del ideal de los socialistas actuales (que con sus tomas de posición prostituyen y tergiversan cualquier valor en beneficio del hombre) transformaron esta herencia en objeto de la *industria cultural*, de una justicia formal o en material didáctico para el historiador, para el sociólogo, filósofo y para el humanista ocupado por descifrar cómo de esos aquellos fulgores hoy no quedaría casi nada, apenas cenizas que el viento dispersa. En algunos casos, ni siquiera queda el recuerdo por los derechos perdidos ni por aquella dignidad violentada y pisoteada; por lo menos es lo que quieren hacernos creer desde las usinas del poder. Nos corresponde entonces la defensa de esa historia, la reivindicación de la presencia de los trabajadores que se habrían organizado en sus barrios y poblaciones, en sus sindicatos, en los cordones industriales y en cada espacio donde se manifestó el poder. Nos corresponde mantener viva la memoria de que las máquinas e instrumentos de producción en general son herramientas que manifiestan no solo determinadas relaciones mecánicas sino además relaciones sociales y así se extienden mucho más allá del proceso individual del trabajo. Es decir, nos reafirman su *dominio social* reduciendo al mismo tiempo la autonomía profesional de los trabajadores; de hecho, lo que al final hace el neoliberalismo es integrar a los asalariados con otras profesiones que sufren y dirigen el aparato técnico y todo esto afecta directamente no solo las relaciones de producción en sí sino la manera en que se vincula socialmente el hombre. Sin lugar a dudas, esta antigua autonomía profesional de los asalariados era parte de la libertad del hombre antiguo, del artesano digamos, que acaba por transformarse en su esclavitud profesional. Pero esta forma específica de esclavitud que lo transformaría de *artesano* en *asalariado* al servicio de los dueños del capital es al mismo tiempo la fuente de su poder específico profesional de negación: conlleva la posibilidad real de detener el proceso de producción que amenaza con aniquilarlo en cuanto hombre al negarle sus necesidades. Lo que con el golpe de Estado haría el neoliberalismo es intentar negar al trabajador su autonomía profesional, esa que lo convierte en miembro de una clase social separada de la élite, porque encarna la refutación del régimen político imperante por la simple razón que las necesidades del pueblo son contrarias a las demandas de la clase patronal. Entonces, el neoliberalismo y su postura ante la tecnología reivindica la idea de la máquina como *instrumento individual de producción*. Pero, al mismo tiempo la realidad muestra lo contrario: que toda herramienta de producción es social, que se convierte por eso en una unidad absoluta. Entonces nos urge el cambio de paradigma. Más todavía cuando la temática de la movilización y del compromiso del pueblo con la política no es menor; al contrario, es central porque la democratización implica batallar por una opción creíble y

racionalista que se presente como una alternativa auténtica al neoliberalismo, que deje atrás estas décadas en que nos han sometido a sus designios.¹³

En primer lugar, como forma de reivindicar el gobierno de la UP debo decir que éste se constituiría como un proceso de *democracia popular* y de *inclusión social*, que por lo tanto tuvo que ver con la distribución del ingreso y de las riquezas en general. Es solo en este sentido que deberíamos entender el cambio en el momento actual: como un proceso fundamental de lucha por la *distribución de las riquezas* y todo lo que eso implica en la transformación del modo de circular, de distribuir y de producir las mercancías. En segundo lugar, esta transformación por la que luchamos se relaciona con un proceso que nos involucra a todos, incluso a las grandes firmas integrantes del núcleo selecto del poder económico local, sobre todo esas que se desenvuelven en el ámbito productivo. Al respecto, el tema de la distribución de las riquezas en Chile es central, al igual que en cualquier país, pero en el nuestro adquiere un increíble significado porque estamos en presencia de una sociedad bastante desigual. No es casualidad desde el momento en que nos convertimos en un paraíso neoliberal. Ocurre que el libertinaje de los mercados nos conducirá a una fuerte concentración de los ingresos que milita contra la justeza de todas las medidas implementadas por un eventual régimen que sea democrático y que se encuentra ausente desde la asonada golpista. En esas circunstancias de *reivindicación de la calidad de vida de los trabajadores* y de la defensa de la cultura popular, la necesidad de otro código laboral urge porque actualmente (el que heredamos de la dictadura y que posteriormente la derecha duopólica aceptó sin problemas) favorece desvergonzadamente a la patronal. Entonces, ni hablar de un proyecto donde seamos los trabajadores quienes participemos de las ganancias empresariales. Hago referencia a estas políticas concretas ya que tienen un importante impacto redistributivo, en especial si éstas terminan focalizando en el segmento de esas factorías líderes que además son siempre favorecidas por el esquema político y económico neoliberal en cuestión. Para decididamente fortalecer los planteos redistributivos de esta naturaleza, sería muy importante- para no quedarnos en la simple ilusión- que un proyecto de este tipo se rearticulara con un conjunto y serie de medidas complementarias para aplacar las fuerzas que impulsan la gran concentración de la economía, la centralización y acumulación de capital y de las ganancias extraordinarias de las firmas que controlan los mercados. A partir de esa idea de distribución en beneficio de los sectores populares es desde donde avanzará la reforma política y económica de manera que el régimen de nuevo adquiera un rol de intervención que le corresponde en la *economía nacional*. Por ejemplo, el Banco Central debe ser una herramienta financiera para incentivar el proceso

¹³ Además, ¿cómo desconocer o intentar olvidar el horror desatado por el golpe de Estado triunfante? ¿Cómo eludir la pregunta que pone en cuestión la herencia y la forma de actuar de la derecha ahí donde ya no es posible desentenderse de las cristalizaciones violentas que segaron la vida y el bienestar de miles de trabajadores chilenos? En el siglo XXI constituye una necesidad ética insoslayable que estos sectores, a la élite en general me refiero, se haga cargo de las responsabilidades que devienen de las consecuencias del terror que hasta hoy nos imponen.

productivo en un contexto de ampliación del mercado interno a través de la generación de empleos, del ahorro e inversión. Por eso es una aberración que pretenda ser “autónomo” en relación a las políticas públicas y medidas que hacen al núcleo fundamental de la democracia de gestión popular. Además, la reforma en los términos de una (*r*) *evolución permanente* es la única real opción desde el momento en que el mundo del trabajo tecnológico, su lógica y su despliegue bajo los dictámenes del neoliberalismo refuerzan la posición negativa que el trabajador tiene de su realidad cotidiana: ésta se nos aparece como contradicción viviente, que nos toca sufrir. Esta tendencia se fortalece debido a los efectos de la *organización de la producción* por parte del *saber tecnológico* pero en cierto grado también se debilita por el uso y abuso que los dominantes hacen de la definición de las necesidades de los hombres. Ahí es donde se plantea nuevamente la lucha y los antagonismos de clase: por un lado un proceso de toma de conciencia que solamente puede conducirnos a la emancipación del hombre y por otra parte un tránsito que buscaría reforzar el control de la élite sobre la población. Respecto de las formas de someternos, de simular el control que se ejerce sobre todos nosotros, sobre la manera de reforzar el proceso de *fetichización de las mercancías*, en primer lugar de la *fuerza del trabajo*, se destaca el hecho de que el neoliberalismo convierte la gerencia y la dirección de una empresa o del sector público en control social y político. Es decir, aquella dominación se vuelve *administración* donde los jefes, la patronal y demás, pierde su identidad como agente responsable de la miseria del hombre. De hecho, el surgimiento de los tecnócratas nos dice que la élite empieza a asumir la función de burócratas en la máquina corporativa. Dentro de la jerarquía de las juntas ejecutivas y administrativas que en este contexto se extienden más allá de la *empresa individual* (inclusive hasta el laboratorio pasando por el instituto de investigación y el gobierno) hace que la *fuerza tangible de explotación* desaparezca detrás de la mascarada de una razón que se plantea ella misma como *objetiva e independiente*. El odio y la frustración del trabajador entonces son despojados de su propósito específico y el velo tecnológico oculta la reproducción de la desigualdad y la esclavitud de la mayor parte de la población. Con el progreso técnico como instrumento principal, la falta de libertad en el sentido de la sujeción de los hombres a su *aparato productivo* se perpetúa e intensifica de manera alarmante. Su nuevo aspecto es la abrumadora lógica de esta empresa irracional, y la profundidad del condicionamiento previo que reconfigura los impulsos instintivos y las aspiraciones del individuo que busca oscurecer la diferencia entre conciencia falsa y verdadera, entre el proceso de libertad y la esclavitud del trabajador. Porque ni el uso de los controles administrativos físicos (como el hambre, la dependencia personal o la fuerza bruta), ni el cambio de carácter en el trabajo pesado, ni la siempre aparente asimilación de las clases sociales, ni la falaz nivelación en la esfera de consumo, compensan el hecho que las decisiones sobre la vida y la muerte de las personas, sobre la seguridad, el desarrollo y el crecimiento se toman en lugares y en espacios sobre los que los sectores populares no tenemos control alguno. La esclavitud del régimen neoliberal

está determinada no solo por la *obediencia* ni por la *rudeza del trabajo* sino por nuestro estatus de instrumento y la reducción de los hombres al estado de una *cosa*, a simple mercancía para citar nuevamente a Marx.

Estamos en presencia de la forma más pura y racional de servidumbre: la de existir como un instrumento y como una cosa, cuestión que además nos remite al proceso de fetichización de nuestro trabajo y esfuerzo. El problema para la derecha duopólica es que este modo de existencia esclavizante de los chilenos, que además es fatigosa, es represiva y muy miserable no se anula si los trabajadores elegimos nuestro propio alimento material e intelectual (de hecho acá no se trata de elección) sino que lo hacemos cuando precisamente los trabajadores dejamos de ser una mercancía que crea valor en beneficio de los dueños del capital. Lo definitivo es que bajo el capitalismo y conforme este coloca en el altar a los hombres en tanto mercancías, el régimen tiende a hacerse totalitario gracias a su forma tecnológica, donde incluso los mismos organizadores y administradores se hacen cada vez más dependientes de la maquinaria que organizan y administran. En realidad, el tecnócrata tampoco será libre; no puede serlo en absoluto. ¿Hay alguna posibilidad de que esta cadena de productividad y opresión creciente y racionalizada a partir de los intereses neoliberales pueda ser quebrada? El conflicto continuado entre las capacidades productivas de la propia sociedad y su uso destructiva requerirá de esfuerzos intensificados para imponer las exigencias del combate de los trabajadores para librarse de la esclavitud a que nos lleva el neoliberalismo. Así, el sistema tiende tanto hacia la dependencia como a una administración totalitaria- autoritaria en la que los organismos tanto públicos como privados, a los tecnócratas me refiero, fortalecen esa armonía preestablecida entre las *necesidades materiales* del pueblo y las demandas de las empresas privadas, entre el servidor y el cliente donde este último acaba siendo un *consumidor patológico*. Al mismo tiempo, ni la *nacionalización* parcial de los recursos naturales ni la concesión de algunas leyes en beneficio de los asalariados, ni siquiera la extensión de la participación de los trabajadores en la gestión y en los poco probables beneficios del régimen neoliberal que defiende esta falaz “Nueva Mayoría”, alteran el sistema de control social. Esta oportunidad solo es posible cuando somos los trabajadores los que tomamos las riendas de los asuntos colectivos. Ocurre que en el estado actual del neoliberalismo éste nos insiste en el uso y el abuso de la *fuerza de trabajo* humano en la producción material; así al final y a pesar de la *revolución tecnológica* y todo lo demás, se opone al progreso técnico en su grado máximo. Sin embargo, al hacer eso también se opone al uso mucho más eficaz del capital; de hecho, obstruye los esfuerzos para elevar la *productividad laboral*. En otras palabras, aquella esclavitud cada día más atroz y continua en el tiempo debilita la posición competitiva nacional y global de los capitales lo que provoca a la larga una depresión y consecuentemente reactiva el conflicto de clase. Por lo mismo, la desaceleración de la economía chilena no es solamente consecuencia de las medidas adoptadas por los gobiernos sino que se debe a que en el largo plazo su *racionalidad es inviable*. Lo es desde el preciso momento en que la crisis

es *inevitable* porque el sistema económico está muy concentrado, en pocas manos, mientras que a la riqueza solo tienen derecho un par de familias que son las dueñas del país, de las materias primas, de nuestras leyes, derechos laborales e incluso de nuestras vidas. Pretender vivir de la exportación de los recursos naturales, reivindicando un tipo de economía primario- exportadora, esa que basa sus argumentos y dogmas en la especulación y en las finanzas, es totalmente irracional. El neoliberalismo como casino nacional y global no genera riqueza (como sí lo hace la *economía de la producción*, esa que se basa en el *consumo popular*, en el *mercado interno* y también en la *defensa de la industria nacional* y demás) sino que solo se apropia de la misma. La desaceleración del crecimiento, la caída de las variables económicas son de este modo fenómenos graves pero más peligroso aún es que estos números, las cifras y porcentajes relacionados con el crecimiento y con el desarrollo de Chile, solo benefician a la minoría. Desde este punto de vista, la perspectiva de *contención dinámica* de las tendencias de disconformidad de los sectores populares en esencia dependen de la habilidad de los intereses creados para ajustarse a sí mismos y a su economía a los requerimientos de una calidad de vida mucho mejor para el trabajador. Es decir, una inversión y una dirección gubernamental cada vez mayor, la planificación de la economía de parte del sector público tanto a escala nacional como global- no olvidemos que nuestra (*r*) *evolución* es internacional-, una seguridad social de calidad, obra pública de gran escala, la nacionalización de los recursos del mar, del cobre, del litio, etc., pertenecen a esas exigencias.

Tenemos que estar atentos porque un fantasma recorre nuestro país y no es el del *comunismo* sino que es el de la *repetición*. Su potencia no sólo se sustenta en la continuidad absoluta de las estructuras económicas y políticas en las que se sostiene el poder de los grupos más concentrados en todos los ámbitos sino, también y con sintomática intensidad, en la muy sutil y bien cruel estrategia discursiva y mediática que le permitió a la derecha fundar, desde esa brutal época de la dictadura genocida conducida por Pinochet, el núcleo del sentido común y de la racionalidad. La derecha duopólica siempre supo de la importancia del relato, del lenguaje y de la construcción de las subjetividades. Su poder se sostiene, más que en la dureza de aquel control político y de la dominación económica, en la hegemonía cultural que nunca perdió, más allá de los enormes esfuerzos hechos por los trabajadores en los llamados mil días del gobierno de Allende. De eso se trataba también cuando se habla de crear *poder popular*: la de disputar con éxito esta batalla cultural e ideológica. Esa es la matriz del conflicto en términos políticos pero además económicos porque tiene que ver con la posibilidad cierta o no de poder aplicar políticas públicas de redistribución de la riqueza y demás. Ahí radica la debilidad de la derecha porque su sentido común es irracional; pero hay que demostrarlo, tenemos que crear los canales de comunicación populares que nos ayuden a transmitir este hecho fundamental: la de la *irracionalidad* de los dogmas y sentencias neoliberales. De eso se discute cuando se habla de los precios, de la inflación, del crecimiento, de la independencia o no del

Banco Central, de la distribución de la riqueza, del código y leyes laborales, de la forma de organización de los trabajadores, del sindicalismo, etc. No se habla solo de la matriz regresiva de una economía muy concentrada sino que además lo hacemos sobre la opacidad que oculta la lucha por la distribución y la equidad social. Por eso me preocupa y ocupa, una vez más, la cuestión de la construcción del sentido común y de la opinión pública. En verdad, es la gramática del poder y su lenguaje quienes crean el mundo, los que diseñan la forma que tenemos para comprender la realidad y nos habla sobre la trama de nuestras relaciones sociales. Tratar de huir de las palabras y conceptos que componen la experiencia humana es un gesto imposible. Un esfuerzo que no nos conduce a ningún lugar. Por otro lado, dejarse nombrar por el poder de turno, por cada una de los parámetros de la derecha duopólica, es una manera de perder el uso libre del lenguaje, la libertad del hombre incluso. Entonces, recuperar la memoria que se guarda en él, en nuestra *gramática de poder* que lucha por convertirse en alternativo es el germen de un camino de liberación de las viejas y nuevas ataduras. Abrir las palabras para rescatar los sueños que se guardan en su interior es un extraordinario acto de reconstrucción de la vida colectiva, de los sueños de emancipación, de un horizonte de mayor ventura; es el punto de inflexión para entrar en una nueva historia, la que todos protagonizamos como trabajadores. Por eso nunca hay que dejar de habitar en el lenguaje de aquella memoria que simplemente resiste con toda su fuerza. No dudemos que estamos ante otra historia, una protagonizada por esas crónicas del pueblo que habilita un decir renovado del mundo signado por el respeto, por la igualdad de oportunidades y por la libertad. La historia que hace poco empezamos a construir no deja de recordarnos la fragilidad de las palabras a la hora de ser apropiadas por la ideología de la dominación. Es por eso que el litigio por el sentido común, de lo que acontece en el país, es una constante allí donde la desigualdad y la injusticia siguen persistiendo en los asuntos humanos.

No son menores los desafíos porque es mucho lo que retrocedimos en cuatro décadas. Por ello, el movimiento social y popular entendido como la más combativa manifestación de la cultura del pueblo en esta etapa histórica no es una estación final sino, muy por el contrario, es un camino, un tránsito, es una transición a un estado mucho mejor de las cosas. Así lo advierten los dominantes. Ellos saben por dónde pasa la historia. De hecho, hace un buen tiempo que nos advirtieron con la fuerza de las armas y de la reacción que no tolerarían un gobierno dispuesto a cuestionar la distribución desigual de los ingresos; actuaron en consecuencia. Ocurrió que los auténticos adversarios del pueblo, de sus demandas e intereses, es la élite que siempre ha sido dueña del poder. En esta perspectiva, los dominantes hacen uso y abuso de la falta de consistencia y del compromiso político de gran parte de nuestra población transformando por ejemplo a los “sectores medios” en el principal campo de batalla de sus operaciones. Los dominantes acosan, manosean y usan a estos grupos porque ya saben que los gobiernos populares solo hacia ellos pueden expandirse en términos sociales, político- ideológicos y electorales. Mientras

tanto, la clase hegemónica busca que creamos que la Dictadura de Seguridad Nacional, la Alianza y la Concertación llegaron para quedarse. Por último, el problema actual de los *trabajadores* como *clase social* es que cada avance estructural del capital se hace en contra del bienestar común. Eso es lo que nos desafía políticamente a sumar fuerzas a partir de una amplia unidad para lograr la mayoría y radicalizar nuestras demandas. La *unidad sindical* es el desafío del movimiento popular. Siempre lo ha sido pero nunca como en esta etapa signada y caracterizada por la *globalización*; precisamente porque este proceso de globalización lo es del capital. Es decir, estamos ante la evidencia de la unidad funcional del capital a nivel global que le permite aprovecharse de cada división de los trabajadores para seguir imponiendo sus resoluciones a expensas del interés popular. Ésta es la victoria estratégica del capital sobre la *fuerza de trabajo*. Y este triunfo implica la imposición del neoliberalismo por cualquier otra consideración, incluso sobre la idea de un modo capitalista que se piense menos fundamentalista. No es aceptable estar divididos. Se trata de garantizar la plena hegemonía de los sectores populares a través del fortalecimiento de nuestra organización, donde la confrontación ideológica-siempre inevitable y positiva- no conduzca a la desnaturalización de la lucha y del rol histórico que nos corresponde a los trabajadores como clase social mayoritaria. Antes bien, deberemos promover una articulación pluralista del movimiento popular. Sin esta presencia unificada de la fuerza de trabajo será muy difícil que podamos establecer, defender e inclusive profundizar en un nuevo modelo capaz de reemplazar al régimen neoliberal. Sería bueno pensar en otra manera, donde los trabajadores como auténticos protagonistas de los cambios sociales y políticos asumamos la gestión de la *cosa pública* tanto a nivel sindical como en el ámbito más general. Es importante reivindicar el sindicalismo de base, donde deberemos recuperar la asamblea como método en la toma de decisiones y donde la organización sea por sección, de acuerdo a la cantidad de trabajadores. Es central también la rotación de los líderes a través de la prohibición de la reelección y de que éstos puedan ser revocados por una asamblea en cualquier momento. Estoy hablando de un modelo que dejando de lado la *verticalidad del mando* asuma la necesaria *horizontalidad*. Solo en estas circunstancias el trabajador y su organización puede instalarse como referente político de una clase dispuesta a radicalizar en la lucha por la transformación social, por aquella que hace hincapié en el impulso a las *reformas estructurales* que nos permiten redefinir las reglas del juego en relación a la distribución de las riquezas, del modelo productivo y del proyecto de país. En cuanto a los sectores medios, éstos deben entender que fue con el golpe contra Allende donde empezó la destrucción de nuestra industria. Por supuesto, ésta era imperfecta, en muchos casos aspiraba apenas a la sustitución de importaciones, pero se vivía mucho mejor que hoy.

Con el golpe contra la democracia del pueblo quedó vacante el ímpetu revolucionario, se descuartizó el ámbito de la justicia social y la organización de los trabajadores para dejar abierta la consagración del capitalismo que, en su hora triunfal y feliz, pudo despojarse de su vestimenta de falso bienestar y

de sus desvaríos *populistas* para regresar a su plena transparencia, a esa que se sostiene en el dominio absoluto de las leyes del *libertinaje del mercado*. De todas formas, es fundamental interrogarnos sobre algunas cuestiones en particular: ¿Qué hubiera pasado con la humanidad sin las sordas y constantes rebeldías de los pobres y explotados, sin la movilización constante contra el control impiadoso de la manera capitalista y de sus métodos reaccionarios y violentos? ¿Cómo pensarnos sin los sueños de esta felicidad acuñada por los oprimidos a lo largo de la historia, sin la satisfacción de la lucha a pesar del terrorismo de Estado al que se nos somete? Es necesario hablar del tema de la violencia y de la rebelión, de la puesta en evidencia de este espectro de la derecha conservadora que sigue allí, reaccionando contra nuestros derechos, que incluso deambula por un presente que se creía liberado de las acechanzas de aquella violencia, y que a pesar de eso, de la violencia que generan, de los golpes de Estado que financian y protagonizan, se reafirma una época mejor a partir de la consolidación del régimen nacional, inclusivo y popular. Pero, a pesar de esta nueva etapa en Latinoamérica tendríamos que considerar que lo fantasmagórico del Estado capitalista se manifiesta en sus *crystalizaciones triunfantes* pero también en sus fracasos y perversiones; de hecho, en los países que como en Chile todavía perdura el neoliberalismo, sus deudas se multiplican ante una realidad que nos ofrecerá el desolador panorama de una desigualdad inédita articulada con formas bastante brutales de injusticias que siguen descargándose sobre los más débiles. La *memoria de la rebelión* y de la *insurrección*, de la utopía y de la realización de una vida más humana aún está entre nosotros, permanece en el activo del trabajador que no se conforma con la mediocridad. El triunfo de la barbarie capitalista, esa que se disfraza de civilización pero que apenas despliega su poder por un mundo dominado por corporaciones, nos ofrece y muestra sujetos sociales que se encuentran desnaturalizados, que buscan invisibilizar su condición de clase oprimida. Y lo anterior es inaceptable si buscamos formas democráticas de convivencia sea en el ámbito individual como en *lo colectivo*, es decir, en la casa, en el liceo y en la escuela, en los sindicatos y en cada una de las organizaciones que representan el saber popular. Hay que trabajar por formas de convivencia que nos conduzca a ser parte de un proceso de igualdad, de equidad y de respeto en las relaciones con nuestros semejantes, de inclusión en el ámbito social y de hegemonía en lo referido a los aspectos ideológicos y culturales.

¿Vía de transformación política o de contención social?: Análisis de las principales propuestas y proyectos de cambios planteados por el gobierno de esta “Nueva Mayoría”.

La época que es hegemonizada a nivel global por las formas de actuar neoliberales (cuyo régimen es la mejor expresión del capitalismo salvaje, del originario más bien, de ese que sin contemplaciones de ningún tipo insiste en el libertinaje de los mercados) no solo produjo una transformación radical y estructural de la vida económica de los trabajadores sino que involucró en

una medida no menos importante una profunda mutación en el imaginario cultural, político e ideológico de la mayor parte de la población para de este modo promover nuevas formas de subjetividad que se relacionaron con el abandono de las antiguas referencias ligadas al “Estado de Bienestar” y a la satisfacción de las necesidades de los sectores populares. Desde mediados de la década del ’70, y a partir de la crisis del petróleo, tanto los Estados Unidos como Europa occidental iniciaron a distinto ritmo pero sin pausa alguna y de forma inocultable aunque no irreversible (es lo que quieren hacernos creer en todo caso) un proceso sistemático y de constante *desmontaje* de ese “Estado de Bienestar” que en esa zona del mundo se había desarrollado más o menos eficientemente y que así trajo *inclusión, generación de empleos, producción y democracia*. Ahora se trataría de combinar aquel cambio estructural en el *imaginario colectivo* con un transformación también radical en la matriz de la acumulación del capital: será entonces el sector financiero- especulativo el centro del mundo, el que hegemonizará un proceso que en Latinoamérica se desplegó como *revanchismo social*. Este revachismo encontró su punto más álgido en el *terrorismo de Estado* implementado a partir de la Dictadura de Seguridad Nacional que en Chile todavía perdura. Se trató de entrelazar los cambios en el núcleo de nueva valorización financiera del capitalismo con la sistemática eliminación de los derechos laborales para liberar así los flujos del capital especulativo que a su vez nos impone nuevos paradigmas, tesis y dogmas culturales y políticos que se corresponderán con un país donde se le exige al trabajador otra actitud, aquella que nos convierte de ahí en más en las víctimas predilectas de las medidas de ajustes auspiciadas por el régimen neoliberal. Estas actitudes tienen que ver con aceptar sin cuestionamientos la flexibilidad laboral, la tercerización de nuestro esfuerzo y la conciliación de clases. Hasta con la historia y la ideología pretendieron acabar. Por eso, debo insistir con la consigna: ¡Todo para el trabajador! Esa es la demanda primera, es la fundamental, porque es la que nos conduce a batallar contra el hambre y contra la persecución, contra los deseos e intereses de los “ilustrados” que al final solo se dedican a ser desde siempre los enemigos del pueblo; se trata de entender lo que necesitamos como país, como parte de un Chile que debería terminar de una buena vez con las sectas neoliberales, con la dura disciplina a la que nos someten los dominantes, también con el “pan y el circo” porque hace mucho que nos dejaron sin pan y en su lugar solo nos quedó el circo, la farándula, sus ilusiones y banalidades. Hay que superar ese falso liberalismo, sus manifestaciones de represión, de negligencia y su “democracia” de baja intensidad. Y hay que hacerlo con todas las herramientas que generosamente nos entrega la democracia popular, la de los trabajadores y de los estudiantes movilizados en las calles, en las avenidas y alamedas, y en las fábricas que aún sobreviven pese a las políticas neoliberales y también en las escuelas, en las universidades, en los liceos, en las minas, en los cerros y puertos de la Patria. La proposición de Marx y de Engels en el sentido de que la liberación de los trabajadores será producto de la acción de la clase establece correctamente que el *socialismo* es la prioridad, que es el primer paso y acto revolucionario

porque el cambio debe estar en la conciencia, en la teoría y en la praxis, en la acción y organización del pueblo que lucha por su libertad. Hay una *primera fase* en la construcción del régimen popular, cierta etapa durante la cual la nueva sociedad está marcada aún con las señales, con los dramas y las crisis del Estado capitalista de cuyo vientre emerge. Pero, aquel cambio cualitativo desde el capitalismo hacia un régimen popular, inclusivo, humanista y todo lo demás, se inicia y ocurre cuando esa fase empieza. En realidad, la nueva *forma cualitativa* de vida generada por esta otra manera de producir aparece en la *(r) evolución permanente* que por ahora es el principio y el final de la lucha de clases. La permanencia de ésta empieza con esta primera fase de la transformación y desde ahí se extiende sin pausa a menos que nuevamente los trabajadores seamos derrotados por la reacción derechista. De la misma forma, la transición desde el *a cada uno de acuerdo con su trabajo* al *a cada uno de acuerdo con sus necesidades*, es determinada por la primera fase del cambio: no sólo por la creación de la necesaria base tecnológica- material de la sociedad, sino también por el modo en que es creada y definida la manera de producir los bienes y los servicios, por la lógica que plantea en el sentido de dar prioridad a la defensa de la vida por sobre las propiedades. Ahí está lo fundamental: para que el cambio favorezca al trabajador y no se extravíe en formas políticas y sociales que reivindicán el derecho a la propiedad privada como parámetro central de todo tipo de convivencia colectiva, es necesario la defensa de la vida de las personas. El control del proceso de producción, de circulación y de distribución de las mercancías por parte de los trabajadores debería así iniciar el desarrollo que distingue la historia de los hombres libres de su prehistoria. Es éste un régimen más justo y mejor equilibrado porque los antiguos “objetos” al servicio de la productividad capitalista llegan a ser, en primer término, humanos que planifican y que usan los instrumentos de su trabajo para la realización de sus facultades relacionadas con las necesidades material- ideales. En ese momento y por primera vez, el trabajador en tanto clase social actuará colectivamente contra las necesidades autoimpuestas.¹⁴

¹⁴ De todas formas, no hay ninguna razón para asumir que el progreso técnico más la nacionalización provocarán la liberación automática de las fuerzas totalitarias que nos conducen al *neoliberalismo*. Eso será posible en la medida que planteemos la batalla en términos humanistas. El problema para los trabajadores es que mientras más capaces sean los gobernantes de esta derecha duopólica para repartir algunos bienes de consumo, más firmemente estará ligada la población a la lógica de un régimen que erróneamente creen que los favorece. Es por lo mismo que el gobierno popular solo puede plantearse en esos términos: como efectiva gestión de la agenda pública por parte de los trabajadores con la finalidad expresa de construir un sistema político, económico y productivo basado en el *derecho a la vida de las personas*, en el pleno respeto por la dignidad de los hombres. Es necesaria la aclaración porque en la medida en que este cambio deje la base material de la sociedad (el proceso productivo nacionalizado) intacta, es confinado a un cambio político sin mayor trascendencia. Muy por el contrario, si pudiera conducir a la autodeterminación en la misma base de la existencia humana, esto es, en la *dimensión del trabajo necesario*, sería la más radical, profunda y completa transformación en la historia del hombre; sería la *(r) evolución permanente* con todas sus letras.

Este progreso natural nos exigirá la intervención de los trabajadores en la economía a través de sus órganos representativos porque este nuevo estado de los hombres, que esta vez se encuentran comprometidos con el cambio de las estructuras del régimen y no con reformas en la medida en que las acepte la patronal, no es posible ni viable sin una política planificada que, en vez de superimponer la tecnología a las formas tradicionales de la vida y del trabajo de los chilenos, las extiende y mejora en sus propios términos de manera que elimina la fuerza represiva y explotadora que hicieron de esa tecnología y de la lógica neoliberal dominante un proceso profundamente contradictorio con nuestra cultura y contexto histórico. Es por ello que el modo de producir, de circular y de distribuir las mercancías bajo la razón neoliberal es incapaz de asegurar el desarrollo de una vida en comunión con las necesidades material-ideales: intentan imponernos una forma de existencia globalizada sin relación con nuestras especificidades culturales y políticas, con nuestras tradiciones y folclore. La (*r*) *evolución permanente* es el requisito, no la industrialización basada en el modelo de los países más avanzados bajo la óptica capitalista. El *progreso autónomo* es posible pero solo cuando efectivamente podemos liberar los recursos naturales y materias primas de la usurpación y del saqueo de la élite. Además, en todas partes el *progreso con independencia* es viable en términos políticos y económicos porque todos los países del mundo tienen los recursos para salir adelante... que estén en las manos equivocadas es otra cuestión. Esta es precisamente la primera tarea de los sectores populares: la de hacerse con el poder, con un arte de gobierno alternativo al neoliberalismo de manera que tengamos la oportunidad cierta de plantear mediante nuestro trabajo y esfuerzo el tipo de progreso que buscamos para Chile. Es decir, la *autodeterminación* procedería desde la base del movimiento popular. El acto de la revolución inicial y original, esto es, la toma formal del poder en una fecha determinada que busque abolir la explotación de los trabajadores, es la que establece las metas del desarrollo y del sentido de las necesidades. Esto no es concebible sin planificación y sin conciencia de clase, como una acción espontánea y desligada del contexto político nacional y global digo. Hay que trabajar por la *solidaridad* y por la *unidad* de Latinoamérica, en especial con esos países que se comprometen con la transformación. Aislado no se puede. La maquinaria brutal del anarco capitalismo, que por si no fuera suficiente es especulativo y que conocemos como *neoliberalismo*, que a su vez no tiene relación alguna con la economía que crea empleos, ahorro interno, capitales y producción, extendió su funcionamiento a las formas del *sentido común* de

La distribución de las necesidades de nuestra vida independientemente del trabajo realizado, la reducción del tiempo de trabajo a un mínimo posible y la educación universal amplificada hacia la intercambiabilidad de las funciones, son las precondiciones, pero no los contenidos de la *libertad*. Desde luego, una sociedad industrial madura y libre seguiría dependiendo de una división del trabajo que implica la desigualdad de funciones entre los trabajadores del país en cuestión, lo que en todo caso es necesario, pero- y acá radica la diferencia con el modo capitalista de producir- las funciones ejecutivas y de supervisión ya no traerían el *privilegio de gobernar la vida de otros según un interés particular*. Por tanto, la transición a este nuevo estado es un proceso revolucionario y también evolutivo.

los trabajadores generando, vía industria cultural y medios de comunicación e información, las condiciones para consolidar los cambios económicos con la circulación de las nuevas tramas de subjetividades que pudiesen acoplarse a la “ética” que promueve la hegemonía neoliberal. Y lo hacen tanto a nivel interno como global. Así fue como cambiaron la gramática del dominio, los modos sociales y políticos de vinculación entre los hombres, las prácticas y las leyes laborales, la vida cotidiana y hasta la representación de los derechos humanos. Nada queda ni permanece intocable durante todo este tiempo de predominio del modelo de valorización financiera y especulativa. Su impacto en la vida y en el imaginario social, político y cultural será inmenso. Como se impuso otro *lenguaje del poder*, otra manera de entender las relaciones sociales digamos, cambia la forma de ver y entender la realidad que nos toca sufrir en tanto somos trabajadores; incluso nos transmiten e imponen otra historia, una nueva manera, mucho más cínica, de comprender el pasado, este presente y el futuro. Lo que una vez fue valorado como grandes conquistas de los hombres, de las luchas populares y demás (me refiero a la función de intervención del sector público sobre la economía y sus variables, a la idea de *Estado fuerte*, a la política de respeto por el hombre, por las conquistas y garantías sociales, al concepto de *soberanía del pueblo* sobre la riqueza, los recursos naturales y materias primas, a la competencia activa del sindicato y de la organización popular para actuar en defensa propia, a la movilidad y al ascenso social o a la función de igualador de oportunidades de la educación pública) se convirtieron en parte de una ideología “populista” que ahora sería típica de los nostálgicos del pasado; y en la medida que el régimen neoliberal se consolida, los disconformes se convirtieron primero en los *irracionales* y luego en *enemigo interno*, inclusive en *terroristas*. Pasa que todos los que no aceptamos que la historia se acabó (que por eso el neoliberalismo es el cénit de la civilización) estaríamos contra el progreso. Entonces, de su ineficiencia para traer el bienestar a los trabajadores, de su ilógico libertinaje del mercado y del drama que el neoliberalismo produce, tenemos que responsabilizarnos nosotros, los que no aceptamos ese régimen y su Estado capitalista como una alternativa válida. El problema para los dominantes es que no es fácil acabar con el saber popular, con esa memoria de otros tiempos, no gloriosos pero sí mejores, donde los asalariados tenían una calidad de vida mucho más digna. Para erradicar los vestigios de esta memoria, de sus luchas y conquistas, en el caso de Latinoamérica se implementó el más colosal plan de inversión de los valores económicos y sociales, de las formas jurídicas, de los culturales y de los políticos recurriendo así a la *Dictadura de Seguridad Nacional*. A través de la violencia de la dictadura, Chile se desindustrializó e individualizó para conducirnos a límites intolerables de *autoritarismo*, a la *concentración de la propiedad*, a la *deuda externa* y a la *extranjerización de la economía*.¹⁵

¹⁵ Llama la atención como muchas personas comunes o líderes políticos de nuestra región, algunos con las mejores intenciones, siempre están haciendo referencia a Europa como zona más desarrollada en relación a Latinoamérica, inclusive en términos políticos. Sin embargo, en nuestros países del sur de América el neoliberalismo debió imponerse a

Lo anterior fue acompañado por los medios masivos de comunicación e información que movilizó sus recursos para facilitar el giro en beneficio de la hegemonía del capital financiero y especulativo y contra la economía de la producción, de esa donde los trabajadores son centrales en la medida que son los que precisamente generan la riqueza de las naciones. De ahí en adelante, las metas falaces de la Concertación, como estrategia argumentativa, política y social válida para esconder lo auténtico, será el pan nuestro de cada día en la *reinención* de aquella coalición en particular y de la derecha duopólica en general. Primero, se nos invitó a derrotar a la otra derecha para recuperar la democracia, para que llegara la alegría y el arcoiris que nos incluía a todos; recientemente dijeron que votáramos por un programa y no por la persona, cuando lo concreto sigue siendo esa persona mientras el programa no aparece por ningún lado: era un *sincretismo ecléctico de silencios, de omisiones, de consignas pésimamente desarrolladas y de ambigüedades múltiples*. Ahora, luego de esa invitación que fue de la mano con el triunfo de Bachelet, se nos llama a cumplir con el programa. ¿Cuál programa? Así, se traslada el eje de debate otra vez a un lugar conveniente para que la derecha duopólica pueda seguir haciendo de las suyas. En esas circunstancias se plantea la pregunta de si confiamos o no en Bachelet. Y ella, con su imagen de salvadora de Chile, de madre dulzona, con su mano en el corazón y sonrisa de lo más hipócrita, se muestra como una líder que daría confianza pero cuyo gobierno peligra al ser acechado por los guardianes del neoliberalismo. La disyuntiva hoy no es ésta, si confiamos o no en que Bachelet cumplirá con sus promesas, si hará o no aquellos cambios que en realidad nunca prometió, o si estará a la altura de las circunstancias, de lo que el movimiento social le demanda. Por lo tanto, la cuestión no está en cuánta fuerza se necesita para hacer de Chile un país mejor porque el problema está en si compartiremos o no sus propuestas de gobierno, si creemos que su programa efectivamente contiene esos cambios que necesitamos. Esta definición marca la estrategia a seguir: impulsamos la movilización popular para que se cumpla con el “programa” o lo hacemos para revelar el auténtico sentido de su gobierno, disputando de esta manera el contenido programático del mismo para trasladarlo lejos del foco de la mera consigna, custodiando la lógica transformadora de las demandas enarboladas en estos años. Así, los discursos de la dirigencia y del liderazgo del pueblo debe tener el máximo valor para convertirse en un faro cultural- político que plantee un proyecto de país inclusivo y democrático. Solo de esta manera se construye un Chile mejor, uno donde no haya ajustes contra el trabajador. Se

través de la fuerza, de la dictadura; fue la única manera en que podíamos eventualmente aceptar el *ajuste* y la *flexibilización* sobre nuestros derechos. Por el contrario, a pesar de la experiencia de nuestros países, de la crisis actual del régimen neoliberal y de la eficiencia en la gestión que hoy muestran los gobiernos populares, en Europa el *libertinaje de los mercados* se impone a través de métodos pacíficos, racionales, a vista y a consideración de los trabajadores, siendo éstos las víctimas predilectas de aquel sistema opresor, falaz y dramático. Por supuesto, el tema es más complejo: nos hablaría sobre la capacidad que ha desarrollado el neoliberalismo para mostrarse ante el mundo como una opción legítima de desarrollo y de bienestar.

trata de vivir, no de sobrevivir. Aún en los errores, en la esperanza o en la duda, no podemos aceptar un gobierno que nos combate. La medida de las cosas que propongo precisamente está en la defensa del *derecho a la vida*. Esta situación es la que tenemos que reivindicar con la mayor fuerza posible. Aunque la balacera siga, somos los trabajadores los que debemos mandar y gestionar. Tenemos la obligación de conducirnos. No es posible que sean los mercados y sus poderes fácticos los dueños exclusivos del reparto de bienes. Se tendrá que admitir que por primera vez en muchos años, ahora de la mano del movimiento social y popular, se pone en tela de juicio la hegemonía de las corporaciones económicas, de sus medios masivos de comunicación y de su ajuste global. En esa lucha estamos. La tan proclamada “democracia” en la medida de lo posible no puede seguir porque son millones de ciudadanos en Chile y el mundo los que ya no aceptan ni pueden admitir dócilmente que los precios sean fijados arbitrariamente por los dueños de las mercancías. En resumen: la posibilidad de contención del cambio, ofrecidas por la política de la razón tecnológica, depende de la perspectiva de bienestar que el Estado capitalista y su régimen neoliberal pueden crear entre los trabajadores. Este régimen es incapaz de elevar el nivel de la vida administrada al modo que lo hizo el mal llamado “Estado asistencialista” a pesar de que su aparato técnico (establecido como poder separado que actuaba por encima de los individuos) dependía para su funcionamiento del desarrollo y expansión intensificada de la misma productividad. Bajo estas condiciones, la *decadencia* no es solo un asunto de corrupción moral e intelectual sino también es un proceso social objetivo en la medida en que la producción y la distribución de necesidades meramente materiales hace de la *sumisión* una actitud tecnológica racional que cava su propia tumba. A pesar de su *razón y lógica*, el neoliberalismo es un régimen sin libertad. Lo es porque su administración totalitaria es una sistemática restricción del tiempo libre, de la cantidad y calidad de los bienes y servicios disponibles para las necesidades vitales de los individuos y de la inteligencia capaz de aprehender y realizar la autodeterminación del pueblo. El régimen neoliberal antes que reducir ha aumentado la necesidad de las funciones represivas del régimen político que nos gobierna. El marketing, las relaciones públicas, el adoctrinamiento y la *obsolescencia planificada*, ya no son gastos generales improductivos sino que son elementos de costos básicos en el *proceso de producción*. Para ser efectivo este modo de producir, de circular y distribuir la mercancía con su correspondiente despilfarro social, se requiere de la continua *racionalización* de la misma: del incansable abuso de la técnica y de la ciencia avanzada como forma de poder. En consecuencia, el aumento de la *magnitud de la explotación* es el *subproducto* inevitable de una sociedad donde el trabajador es manipulado por la élite. El problema es grave para la derecha porque llegado un momento, la creciente productividad del trabajo y de los bienes excedentes no nos permite un consumo mayor ni mucho menos satisfactorio en los términos de la calidad de vida del pueblo a pesar de la diversificación de los bienes. Ésta es la base irracional y material para la lucha de clases que nos muestra esa conducta neoliberal totalitaria.

Sobre esa base, las fuerzas políticas disconformes con el régimen actual son detenidas pero también son impulsadas a producir el cambio cualitativo.

Los pobres seguirán esperando porque la Concertación hoy disfrazada de "Nueva Mayoría" siempre ha estado comprometida ideológicamente con el neoliberalismo. Esta situación se refleja en el hecho de que la mayor parte de los chilenos estamos en situación de vulnerabilidad. Pero, ¿porqué tiene que ser de esta manera? ¿Porqué en Chile conseguir un trabajo no significa ascender socialmente, ni siquiera aliviar la situación de miseria de muchos compatriotas? ¿Porqué la inmensa mayoría de los trabajadores somos pobres o estamos en situación de vulnerabilidad? Es simple y a su vez muy brutal: la derecha logra bajar el ímpetu de la posible movilización y la efervescencia social de los trabajadores a partir de esta misma *vulnerabilidad económica e inestabilidad laboral*; es decir, a través de la amenaza de que los empleados pierdan su trabajo si por ejemplo van a la huelga o si se solidarizan con sus compañeros de clase en lucha se evitan aquellos "desajustes". Entonces, los pobres seguirán esperando porque los salarios de miseria, la vulnerabilidad social y el autoritarismo político, la desigualdad y la pobreza son importantes formas de control sobre la población. Cuidado sí porque también cuando los trabajadores entienden que no tienen nada que perder acaban hasta perdiendo el miedo. Con Bachelet hay continuidad, no habrá cambio alguno. Lo que no entienden desde el poder es que la tan proclamada *estabilidad republicana* sólo se logra con inclusión social, con respeto y con democracia; es la gran lección de estos años que la Concertación no quiere asimilar, que no acepta. Lo contrario es la quietud de un país al que le quebraron el alma hace cuatro décadas y que aún no logra levantarse porque no hemos podido recuperar esa democracia. De hecho, es el autoritarismo quien continúa entre nosotros. Nos quitaron la razón de vivir. La tesis de un cambio desde el neoliberalismo al régimen inclusivo, de lo público que sustenta el programa de Bachelet, no es más que el camino obligado para oxigenar un modelo, para así no arriesgar su destrucción. No es un tránsito a transformaciones profundas sino apenas superficiales, a esas *reformas en la medida de lo posible* que cambian para que al final nada lo haga. Es la estrategia de esta falaz democracia que nos deja aún más lejos de la satisfacción de nuestras necesidades, borrando las barreras de *lo público y lo privado*, confundiendo *garantías y derechos* con *subsidio o asistencia*. En este aspecto, el programa educacional es el más emblemático; lo es porque la *gratuidad* como la demanda el movimiento estudiantil nunca ha tenido como núcleo o como foco de atención el pago de un arancel en sí- lo que en todo caso no deja de ser importante- porque de lo que se trata es de cambiar el sistema que se sostiene a través de este arancel y que se relaciona con un régimen donde la educación en todos sus niveles se convierten en el mejor negociado para los dominantes. No se trata solamente de quién pagará sino de cómo lo hace. Pero, en el programa de Bachelet el asunto no existe y cuando se lo nombra se lo relega a un plano totalmente secundario. En este aspecto, la Concertación, *lo público* lo aborda como un "sentido" al modo del *idealismo* y no como una realidad concreta vinculada a

la labor estatal, a la usanza de quienes adherimos al materialismo dialéctico. Es decir, desde la visión del gobierno, la *gratuidad* se entiende como una *ampliación de la subvención*. Así, quedan fuera todos los grandes problemas y desafíos sobre la educación: que sea un servicio público, de acceso para todos, igualitaria, de calidad y vinculada a un proyecto de desarrollo que sin dudarle debe privilegiar la capacitación, la industria y los bienes nacionales, el ahorro interno, etc. Por el contrario, el gobierno apuesta por una educación que en cuatro años más seguirá con la nefasta lógica de pagar a los privados para que cumplan funciones que al final le corresponde al sector público. En realidad, incluso el neoliberalismo en su etapa más avanzada (como en Chile digo) conserva siempre la necesidad social de la apropiación y distribución privada de los beneficios como “la” forma de regulación económica. Ocurre que es representante de la manera capitalista de hacer las cosas. Entonces, la realización del *interés general* continúa ligada a los intereses particulares. Al hacerlo, sigue enfrentándose con el conflicto de clases: entre la necesidad de dominio de la élite y la urgencia de liberación de los sectores populares. En ese sentido, la propuesta del gobierno en relación a una nueva Constitución reivindica la contención del movimiento social por sobre la transformación. El eje central de la propuesta busca eliminar de raíz la participación de los trabajadores, que en definitiva tendríamos que ser el basamento de cualquier intención por reivindicar la soberanía nacional. Por el contrario, estamos ante una muestra abierta del maquillaje y ambigüedades que necesitó el proyecto del gobierno para sobrevivir a las elecciones presidenciales y de este modo tratar de estabilizar el modelo. Ni rastro ni mención alguna a un Estado que sea garante de los derechos del trabajador porque éste- al Estado me refiero- desde la época de la independencia, desde la colonia incluso, es la *garantía de última instancia de la acumulación privada del capital*, de la *plusvalía* que la patronal extrae al trabajador contra sus intereses. Tampoco se habla de un sector público que recupere su rol como actor económico, como gestor y hasta como propietario. No cabe duda que la “Nueva Mayoría” no es una vía de transformación sino de contención del ímpetu de lucha del pueblo. Y toda batalla interna que se quiera dar en el conglomerado, si tiene como techo el programa, no es más que una consigna cómplice de la guardia neoliberal. La “Nueva Mayoría” no transita por el reemplazo de un modelo por otro, sino hacia su reinención y su supervivencia. Se dirá que el asunto está claro pero no es así. Por eso todo el tiempo debemos insistir en las irracionalidades y en el carácter derechista del gobierno. Hay que continuar con la denuncia, en la movilización y demás. No podemos desfallecer ni descansar: los dominantes no lo hacen; siempre están atentos, vigilantes y prestos a reaccionar contra cualquier expresión de la voluntad de la amplia mayoría. Se trata no solo de organizar la denuncia contra aquellos sino de lograr que la misma, de por sí, se convierta en participación y en compromiso político, en un acto de radical y profunda rebeldía, no en una simple queja contra la “suerte” que nos tocó. La denuncia más efectiva y concreta en la actual situación es la de la lucha. De hecho, es ésta la que se transforma en el germen del cambio en beneficio

de una mejor vida para el hombre y la mujer de nuestra Patria, de la Grande, esa que es latinoamericana y que generosamente nos legó a San Martín y a Simón Bolívar, a los hermanos Carrera, a Manuel Rodríguez, a Artigas, a los comandantes Chávez, Fidel y Raúl Castro, al Che, a Salvador Allende y su vía chilena al socialismo, a Perón y Evita, a Miguel Henríquez y tantos otros que habitan en el corazón y en la conciencia del trabajador. A ellos debemos remitirnos cuando pensamos en un país democrático, en aquel que se plantea a partir del combate en beneficio de la dignidad del hombre, de la educación, de la salud y de la *Asamblea Constituyente Autoconvocada* que sintetiza la gran batalla contra las mezquindades múltiples del neoliberalismo. Tiene que dominar entre nosotros el carácter de agitación política, de las demandas y de la *organización política*, ninguna de las cuales se concretiza sin el combate del pueblo. Una cosa más: esta batalla no es desinteresada; se trata de que impongamos nuestros derechos, asunto que está lejos de la forma de actuar de este gobierno.

Durante el 2013 el movimiento sindical daría un salto cualitativo en relación a la situación precedente porque logró la unión de varios sindicatos para la articulación de las demandas desde siempre compartidas. Y lo digo de esta manera, como “demandas desde siempre compartidas”, porque bajo la lógica del régimen neoliberal- que se basa en el despojo de todos y de cada uno de los derechos, conquistas, normas y leyes en favor de los asalariados-compartir reivindicaciones es fácil. Estas se manifiestan en una suba real del salario como etapa primera para posteriormente luchar por sueldos y jornales justos, de acuerdo a nuestro esfuerzo y dignidad; lo anterior directamente se vincula con una *jornada de trabajo racional*. Por último, se plantea el fin de las AFP, de la educación al modo que lo expresan los estudiantes y un largo etcétera. El año pasado marcó así un punto de inflexión para el movimiento laboral. Tal vez sea la huelga en el puerto de Mejillones la que podemos usar como emblema porque fue apoyada solidariamente por los trabajadores de los otros puertos de Chile. Y es en este episodio donde surge la conciencia de que las demandas son compartidas, de que el fin de las AFP, la necesidad de la Asamblea Constituyente Autoconvocada y el término definitivo del lucro en la educación y la salud, sólo por poner un par de ejemplos, son temas que nos involucran como sociedad. La política de las alianzas sindicales corre a la par con un clima de conflictos laborales y de huelgas, de paros y demás, en pleno desarrollo y en crecimiento, las que superan en número y días a las de cualquier otra época desde que gobierna la derecha duopólica. En los últimos meses del año pasado, solo por colocar algunos ejemplos, estuvo en huelga el Correo, los empleados de Bodegas de Sodimac, Ripley, Asmar y Montserrat. El gran salto en las batallas de los trabajadores se produce porque ahora las movilizaciones son intersectoriales y van en aumento. Basta con observar las marchas, las contramarchas y las manifestaciones masivas para verificar que cuentan con la participación tanto del estudiante como del trabajador, tanto de los empleados del sector público como del privado. Anteriormente no se daba esta situación. Hacia mitad de diciembre numerosos sindicatos dieron

una conferencia de prensa en conjunto con los líderes estudiantiles para sellar un pacto político y social de movilización para impulsar todas esas demandas que son comunes y compartidas. Son dos cosas las principales: una es que en estas circunstancias se crea un escenario político lleno de tensiones, en favor de Chile. Además, es un proceso interesante esta *articulación* que se produce entre trabajadores y estudiantes porque todos luchamos por lo que de hecho nos corresponde: por una educación pensada como un servicio público, de calidad y ligada estrechamente a un proyecto de país integrado, industrial, que genere empleos reales, que incentive el ahorro interno, el consumo de los trabajadores, derechos laborales, sociales, políticos y también los capitales que son necesarios para el bien común. Hay que insistir en esta *articulación* porque al fin los que protagonizan la transformación- lo digo sin desmerecer las luchas del movimiento estudiantil- somos los trabajadores. Nosotros lo somos en tanto que constituimos las *víctimas predilectas* de la injusticia del régimen, de aquel que nos explota y que nos convierte en mera mercancía al servicio de la élite. Por lo tanto y en la medida que nos organicemos somos los que tenemos la última palabra. Si actualmente el *movimiento estudiantil* no logró nada en términos prácticos (me refiero al hecho de que no produjo ningún cambio sustancial en la educación) es porque los asalariados no hemos acompañado el combate de los jóvenes más allá de declaraciones de buenas intenciones, porque no supimos trabajar en favor de una articulación política y social que derive en un proyecto de país alternativo al infierno de los neoliberales.

La soberanía alimentaria como parte de un país democrático, más justo en lo social, popular en lo cultural y soberano en lo económico.

El conflicto entre el progreso y la manera de producir, de circular y de distribuir los bienes y servicios por parte del capitalismo, las contradicciones entre el hombre, sus necesidades *material- ideales* y sus dominadores se ha hecho profunda; ya no existe la posibilidad de conciliar. Por eso el régimen neoliberal acaba por plantear y por defender con todos sus recursos un modo de vida y una cultura totalitaria hasta cuando se trata de temas tan delicados e importantes para la vida de las personas como lo es la *alimentación*. Cuando el *capitalismo* se enfrenta con el reto de mejorar nuestra calidad de vida, la alimentación, la salud, la educación y todo lo demás, se enfrenta a su vez con sus propias incapacidades: por una parte tenemos un espectacular desarrollo de las fuerzas productivas que por otro lado no pueden satisfacer bajo ningún concepto las necesidades de los sectores populares. No puede debido a que estas fuerzas de la producción están subordinadas a ciertos intereses privados que tienen que ver con el lucro. Lo interesante es que esta contradicción- que de la mejor manera nos manifiesta el neoliberalismo- incluso detiene y frena aquel desarrollo. Pero, tendremos que considerar que el *régimen nacional y popular* en países como Bolivia, Ecuador, Venezuela o como en esa Cuba que aún resiste a pesar de todos los embates de Estados Unidos, a su manera

también se enfrenta con sus *capacidades* cuando se trata de mostrarse como una opción ante países que en términos capitalistas son más desarrollados y donde por lo mismo existirían comodidades envidiables, libertades plenas y una vida menos penosa. Sin embargo, hasta eso hace el neoliberal: logra que el enfrentamiento del *régimen popular* con sus *posibles incapacidades* sea menos extremo porque los países desarrollados dejan de serlo en el sentido que sus crisis los conducen a una situación social, política y económica cada vez más vulnerable. En realidad, hoy es notoria la negligencia de la élite para plantear una *governabilidad* basada en los términos del bien común. En este aspecto, el *régimen popular* debe aprovechar la oportunidad y no quedarse en la *retórica* (responsabilizando a Estados Unidos de las limitantes políticas de la gestión del pueblo) para mejorar en serio la eficiencia de sus medidas que intentan reconstruir el tejido social democrático que fue violentado en la etapa neoliberal. La razón última es la batalla en favor de una forma de vida que disuelve las bases de la dominación, no un *capitalismo humanizado* al decir de algunos. Los logros y fracasos del capitalismo invalidan su lógica y cultura. Ahí hay que actuar también: en beneficio de un saber que celebre la *personalidad autónoma*, el *humanismo* y aquel *amor por el prójimo* que hace tiempo dejaron de ser ideales de ese sistema. Lo que se presenta hoy no es solo el deterioro profundo de la cultura dominante en favor de las mayorías, sino también la *refutación* de la lógica de la élite. Y ocurre por las vivencias propias de los sectores populares, por lo que llamamos la *realidad*. Es decir, esta *realidad* sobrepasa su propia razón. El hombre bajo el modo del capital, de su manera de producir, resolvió muchos asuntos que antes eran insolubles, sin embargo, también traicionó la esperanza preservada en las sublimaciones de sus ideales. Desde luego, su manera de hacer las cosas, su cultura y razón siempre estuvieron en contradicción con la experiencia del pueblo, de hecho sólo una minoría privilegiada goza de sus bienes y representa sus conceptos, pero la diferencia es que actualmente esto es más notorio. Lo es porque la *realidad* se ve constantemente perturbada por los dominantes. Si los medios masivos de comunicación e información reúnen armoniosamente y a menudo inadvertidamente el poder, la política, la religión, la filosofía y una verdad con los anuncios comerciales, al hacerlo conducen esos aspectos de la cultura a su común denominador: a la forma de la *mercancía*. Entonces, el valor del espíritu es el del *vendedor de mercadotecnia*. Lo que importa es el *valor de cambio*, no la vida de los hombres ni la satisfacción o el goce pleno de una humanidad mejor. En el *valor de cambio* de las mercancías encontramos el fetiche de la *realidad*; y toda cultura o razón que le sea ajena necesariamente es combatida. De ahí que el Chile alternativo debería dejar de lado aquel *chauvinismo gregario* y primitivo que nos lleva a reivindicar la cultura de la muerte, que nos hace creer que somos un país en crecimiento, europeo, de clase media... para de una buena vez defender nuestros orígenes, el saber y la cultura popular que nos conduce por rutas distintas e incluso contradictorias respecto de las que nos impone el neoliberalismo y su forma de producir las mercancías. Nuestro país es parte de esa Latinoamérica que desde sus raíces

más íntimas tiene una cultura popular agrícola, con una diversidad campesina y de *pueblos aborígenes preexistentes* a la formación del Estado que no les quedó más opción que resistir, manteniéndose como una fuerza importante en la producción de alimentos. Eso a pesar de los juicios fuera de lugar, de la ley antiterrorista que intenta someterlos de cualquier forma, de manera ilegal incluso; eso a pesar de los genocidios (que hoy se repiten pero con métodos mucho más sutiles) y de una cultura de élite que nos considera sus *enemigos internos*. A pesar de lo anterior, de la falta de respeto, del racismo y de un sinnúmero de injusticias a las que se exponen los mapuches, continúan ahí, resistiendo a la prepotencia y soberbia de los patrones. Llegaron al extremo de combatir el hegemónico avance del neoliberalismo que pretende que desaparezca el saber campesino e indígena para así imponer la *agricultura industrial*; al tiempo que todo eso pasa, el campesinado levanta las banderas contra la *artificialización de la agricultura*, contra el *monocultivo* (asociado a la destrucción del ambiente), contra la privatización del agua, de la tierra, de las semillas y contra la construcción de proyectos hidroeléctricos, muchos de los que precisamente quedaron en “proyectos” gracias a la batalla librada en la Araucanía, en Aysén y en gran parte de nuestro país. Entonces, *comer* es mucho más que tragar alimentos. Lo es porque implica hacerlo de forma consciente. Esto nos lleva a preguntarnos por el origen de aquellos alimentos que consumimos, cómo fue el proceso de elaboración, en qué condiciones se hizo y porque pagamos cierto precio y no otro. En otras palabras, *comer* se relaciona con el *proceso de producción de los alimentos*, con la forma de su *circulación y distribución* que en Chile se hace a través del afán desmedido de lucro. Significa tomar el control no solo sobre los hábitos alimentarios y no delegarlos en otros sino también- y de nuevo volvemos a lo mismo- sobre la manera de producir para desde allí definir el país en el que queremos vivir. Se trata de ser independientes, de decidir no solo sobre la alimentación de cada uno sino además sobre los fundamentos políticos, sociales, económicos y culturales que caracterizan al régimen. Esta es la esencia de la *soberanía alimentaria* que en este contexto nos plantea- al igual que cualquier otro cambio sobre la razón neoliberal- un par de tareas inmensas que solo serán palpables a partir de la participación de todos, no solo del pueblo mapuche.

Uno de esos desafíos es precisamente luchar por otra lógica en cuanto a las necesidades del pueblo, pensarlas en términos *material- ideales* como vengo diciendo. Más todavía cuando se trata de los alimentos, de un bien que sencillamente es fundamental para nuestra vida, para cualquier posibilidad de la misma. En estas circunstancias, la lucha por una alimentación más sana y por una política de *soberanía alimentaria* es una gran meta que los sectores revolucionarios debemos proponernos en el sentido que reivindica el derecho a la vida de las personas. Es una tremenda utopía querer construir un régimen popular, nacional, democrático e inclusivo si éste no está en condiciones para que toda, absolutamente toda la población, pueda acceder a una alimentación equilibrada y de la calidad. Lo primero es resguardar este *derecho humano* que es la base de toda *posibilidad de vida*. Se requiere de un inmenso cambio

cultural, de un trabajo en favor de la toma de conciencia de los trabajadores que simplemente es fenomenal. Sobre el combate por la conciencia es central entender lo mejor posible el concepto de *soberanía alimentaria*. Fue el año 1996 cuando el movimiento internacional de agricultores *La Vía Campesina* se refirió por vez primera al concepto. Lo hizo coincidiendo con una cumbre de la FAO que se hizo en la capital italiana. Por entonces, la meta principal era promover la agricultura local, campesina, a pequeña escala y así terminar con la ayuda que recibía la *agroindustria* para la exportación de productos; además se trató de terminar con la competencia desleal contra los pequeños productores. Desde ese encuentro en Roma hasta la fecha esta demanda ya no se circunscribe sólo al mundo rural, sino que abarca a amplios sectores sociales- políticos que reclaman su derecho a una producción de alimentos justa y sana, que tiene relación directa con la mejoría de la *calidad de vida* de los sectores populares. Alimentarse y decidir cómo hacerlo es asunto que nos corresponde a todos. Es importante porque transnacionales como *Monsanto* también buscan adueñarse de nuestras semillas, de la tierra, de los alimentos, del agua y de los recursos naturales en general. *La Vía Campesina* a partir de ese momento definió la *soberanía alimentaria* de la siguiente manera:

..."*el derecho de cada nación a mantener y desarrollar sus alimentos, teniendo en cuenta la diversidad cultural y productiva*".

En definitiva, se trata de *soberanía* para decidir qué se cultiva, cómo se hace y qué se come. Las políticas agrícolas y alimentarias de hoy en este Chile neoliberal hasta el tuétano no lo permiten. En el programa de Bachelet no hay ninguna referencia importante ni viable en este sentido. Es lo mismo: estamos en presencia de un gobierno que es parte de una derecha duopólica que reivindica los intereses de la patronal y de sus corporaciones nacionales y globales. El problema es bastante grave porque en cuanto a la producción de alimentos, muchos países se ven obligados a abandonar su diversidad agrícola en beneficio del *monocultivo* que solamente beneficia a un puñado de corporaciones. Sobre la opinión del pueblo mapuche en particular y de los campesinos en general ni hablar. La élite son los patrones y nosotros somos los peones y esclavos sin derecho al disenso, ni siquiera al diálogo. A nivel comercial, la voluntad de nuestro país quedó supeditada a los dictados de la *Organización Mundial del Comercio*. La *soberanía alimentaria* es contraria a los dictámenes del neoliberalismo debido a que la esencia de esa *soberanía* reside en el decidir, en la defensa de la vida de las personas, en la calidad de la misma y en reivindicar el derecho a comer. En realidad, sobre lo último, a la posibilidad de comer digo, no es necesario ir a otros países para conocer el hambre y la desnutrición, la mala alimentación o la obesidad. De sobra hay de eso en el nuestro. Urge entonces que los agricultores puedan decidir qué cultivan, cómo hacerlo, que tengan acceso a la tierra, al agua, a las semillas, que el consumidor cuente con toda la información sobre lo que come, que pueda saber a ciencia cierta cuándo un alimento es transgénico y cuando no

lo es. Con las políticas actuales esto es imposible. La realidad es que no solo se reprime al *pueblo mapuche*, a todos quienes nos oponemos a la lógica de los neoliberales y a su afán sin control de lucro, sino que además se especula con la propiedad del suelo, se privatiza la semilla y el agua; ocurre lo mismo con la energía, la salud y la educación que se vuelven *bienes de consumo*. La *revolución verde* de los neoliberales no es poca cosa. Por el contrario, es un enorme despojo del saber ancestral de la comunidad campesina porque lo que intenta es invalidar ese conocimiento y suplantarlo por el saber técnico, el del tecnócrata, ese que finalmente no funciona porque el neoliberalismo es un régimen agotado en cualquier sentido. En el origen de esta mal llamada *revolución verde* de los neoliberales, caracterizada por la presencia de ciertos productos químicos, de fertilizantes y *semillas genéticamente mejoradas*, se supuso que aumentaba el rendimiento de los cultivos, pero se llegó a una situación donde el modelo generó la degradación de los suelos, la pérdida de la *biodiversidad funcional*, las plagas que ahora se volverán resistentes al insecticida, etc. En otras palabras, luego del aumento del rendimiento vendría el descenso y la suba de la deuda de los productores más pequeños: pasa que éste es un modelo caro. Es la manera en que siempre actúa el neoliberalismo, que no nos impresione. Es cierto, una parte del campesinado se ilusionó pero luego se decepcionó, decían, “estábamos mejor antes de todo esto porque no estábamos endeudados y sabíamos como producir”. No hay tregua con el neoliberalismo; bajo ninguna circunstancia porque lo único que le importa es el *rendimiento del capital en la producción*. Incluso, pretenden acabar con la *agroecología* que es un *conocimiento ancestral*, que además es herencia y patrimonio del pueblo en donde la semilla campesina se coloca al servicio de la humanidad sin cobrar ni garantías ni patentes. Sobre esto el gobierno de Bachelet no se pronuncia. No puede porque la Concertación está del lado del poder. De ahí la tremenda represión que el régimen ejerce sobre el mapuche, la forma en que busca ridiculizar su herencia cultural. Recuerdo que en una visita a principios de mayo de este año de Bachelet a la Argentina la líder de la Concertación fue funada en el Congreso del país trasandino. En Chile, las *funas* son un arma de combate del pueblo porque no se nos escucha, porque la legalidad no nos deja otra opción más que salir a las calles para visibilizar nuestras demandas. En esa ocasión fue importante la funa a Bachelet ya que una tarea que tenemos por delante es denunciar que en nuestro país sí hay presos políticos y que lo son porque la “democracia” de baja intensidad y en la medida de lo posible que nos caracteriza, lo que hace es criminalizar las demandas del pueblo mapuche o de cualquiera que no esté conforme con la situación política, social y económica actual. Es importante esa batalla para denunciar ante el mundo que Bachelet y su “Nueva Mayoría” son guardianes de las empresas forestales afincadas en el sur. Es de tal magnitud la represión que hasta le faltaron el respeto al machi- a la autoridad espiritual del pueblo mapuche- que es sentenciado por un Estado de Chile que así decide proteger nuevamente a las trasnacionales que con sus intereses y cultura global buscan empobrecer espiritual, cultural y económicamente al mapuche en particular y

a los trabajadores en general. Bachelet es quien con sus políticas vulnera la cultura de un pueblo y el derecho a la vida del mismo al sostener una brutal defensa de los intereses de la clase patronal y de sus colonizadores contra las urgencias del trabajador. Siempre fue así, de eso se trata en realidad la lucha de clases, de intereses contradictorios digo, pero hay que recordárselos todo el tiempo a quienes aún creen que Chile es democrático o que este gobierno es socialista.

A pesar de que las consideraciones ambientales de Bachelet aparentan reconocer esta complejidad de las demandas socioambientales del trabajador, cubriendo prácticamente todos los aspectos, prometiéndonos planes, mesas y programas para una infinidad de temáticas que involucrarían la *soberanía alimentaria*, el asunto es que aquella tendencia a aceptar las demandas socio ambientales no tiene coherencia alguna con su programa económico; y como hemos visto en el caso de los alimentos, es totalmente inviable querer colocar límites para frenar la profunda crisis ambiental que sufre Chile sin al mismo tiempo modificar el modo y la forma de producir, de circular y de distribuir las mercancías que tiene relación directa con la matriz primario- exportadora que ha regido nuestros destinos desde que se tenga memoria. En ningún caso el gobierno considera las causas estructurales ni menos las consecuencias del desastre que hicieron en el ecosistema. Bachelet no se hace responsable ni le importa detener la agenda de inversiones mineras para los próximos años o la duplicación de la capacidad instalada en lo que se refiere a la generación de electricidad que mayoritariamente será exigida por la minería, tampoco le importa la privatización de la pesca, la renovación de las leyes de fomento y de subsidio al *monocultivo forestal* ni el secuestro en manos privadas de las semillas, el apoyo a la *agroexportación* que liquida la *agricultura familiar* y a los campesinos o la mantención de la propiedad sobre el agua y la tierra en unas cuantas familias. Pasa que su *ideología mercantilista* lo considera como una “inversión” positiva, como parte del crecimiento. Así es como sostienen este ritmo extractivo. Nada que llame la atención porque su pasado gobierno dio contundentes muestras de aquel mercantilismo que justifica a partir de su “pragmatismo político”. Este se manifestó en el vamos a *Pascua Lama*, en la aprobación de *Agrosuper*, en los nada menos que 126 proyectos energéticos aprobados, en las termoeléctricas, en parques eólicos y en las plantas solares con episodios imperdonables como HidroAysén, Castilla y un largo etcétera que nos muestran que la crisis ambiental que mantiene a más de un 65% del territorio nacional en estado de desertificación media o alta y en una escasez hídrica sin precedentes, no es comprendido como síntoma grave del fracaso del neoliberalismo, de su manera de producir ni menos de la ineficacia del sistema socioeconómico que garantiza de ese modo el Estado capitalista. Por ejemplo, cuando a Bachelet se le preguntó por esas 42 termoeléctricas que fueron aprobadas en su gestión anterior, respondió que entre la sequía, entre la crisis del gas y la fuerte demanda no le había quedado otra solución; es decir, generar *zonas de sacrificio* es mucho más racional, incluso plausible, que plantearse la naturaleza de esta demanda. En el gobierno que preside hoy

ese criterio no varió. No entiende que los que defendemos el agua, la vida o las semillas, no solo somos *sujetos de derecho* sino que además estamos hablando de otro paradigma; no solo de mayor distribución de los excedentes del modelo extractivo. Por eso, el gobierno no puede plantear una solución de raíz, radical, que sea profunda e insiste en reformas que se aprueban para que nada, absolutamente nada cambie.¹⁶

¿Cómo llevar, entonces, estos cambios adelante, cómo reivindicar esa estrategia que haga hincapié en la defensa de nuestros recursos, del agua y de las tierras, que nos hable de la *soberanía alimentaria* y demás para desde ahí plantearnos finalmente el cambio estructural de nuestro régimen político, del Estado y del modo capitalista de hacer las cosas? Se hace participando en los grupos y *cooperativas de consumo ecológico*, en los *huertos urbanos*, en la organización representativa de los trabajadores, no gubernamentales, de base y esencialmente anti capitalistas. En el caso de la *soberanía alimentaria* se trata de iniciativas que ponen en contacto al productor con los consumidores, que establecen *relaciones de confianza* y de *solidaridad* entre el campo y la ciudad, que fortalecen el tejido social, que crean alternativas productivas en el marco de la *economía social* y profundamente solidaria, y que demuestran que existen opciones más allá del neoliberalismo. Sin embargo, la lucha debe entenderse en su globalidad, en todas sus consecuencias, como parte de una estrategia que nos plantea una economía alternativa a la *mercantilización* de los neoliberales. No hacerlo de este modo, quedarnos en la idea de sostener apenas un huerto familiar- lo que en todo caso no es poca cosa- nos convierte en *filántropos* no en *revolucionarios*. La meta es hacer llegar la *soberanía alimentaria* y nuestro nuevo modo de producir, de circular y de distribuir las mercancías que de hecho implica, al conjunto de la población para desde ahí cuestionar el *sistema económico-político* neoliberal. Para eso urge el cambio radical. En Chile deberíamos prohibir los transgénicos porque contaminan la agricultura; hace falta un banco público de la tierra que la haga accesible a quienes quieren vivir y trabajar en ella; hay que reconvertir el comedor de las escuelas, de la residencia, del liceo, de la universidad y hospital en comedor de cocina ecológica y de proximidad con la compra de bienes al campesino local. En la batalla por la *soberanía alimentaria* la escuela y la universidad tienen una deuda muy grande con los sectores populares porque hasta ahora se encargaron solo de enseñar a los jóvenes a imitar el patrón de producción, de distribución y de consumo que es precisamente el que debemos combatir al enriquecer a pocos; además, intoxican a la juventud con un consumismo sin sentido, patológico y artificial en demasía que coloca en peligro no solo la satisfacción de las necesidades del hombre sino también la vida misma en

¹⁶ Prioritario es la *guardia de las semillas*. La importancia de generar encuentros y ferias para su intercambio, donde las mujeres desempeñan un rol muy importante, debería estar fuera de toda discusión. La *semilla campesina* es como un sistema en la comunidad, de cómo se conserva, se multiplica y se comparte. Son sistemas que por lo mismo deben ser fortalecidos porque todas las nuevas leyes- tanto en Chile como en el mundo- atentan contra la *integridad* de estas formas de protección e intercambio.

el planeta. El combate contra el neoliberalismo, en beneficio de la *soberanía alimentaria*, en términos de plantear otra manera de producir, de circular y de distribuir las mercancías, es de vida y muerte. Ante estas circunstancias, el movimiento social en Chile y en el mundo- los que forman parte de *La Vía Campesina* y los que no- tienen que construir una propuesta real para formar mujeres, hombres, campesinos, indígenas, trabajadores rurales y tantos otros para que- en permanente proceso de acción y de reflexión- luchemos por un proyecto que se presente como una alternativa a las odiosidades y dramas del neoliberalismo. Tenemos que considerar que antes que el advenimiento de una *reconciliación cultural*, la patronal lo que intenta es doblegar el saber del pueblo de modo que su *arte de poder* sigue siendo esencialmente alienación sostenida y protegida por las demandas de la monarquía absoluta del capital. Lo que le queda al trabajador- sea éste urbano o rural- es seguir la batalla por tomar conciencia de lo que pasa, de que Chile y el mundo están divididos por intereses contrapuestos, que además lo que está en juego es la *alimentación* porque las transnacionales buscan controlarla a partir de la imposición de su propia lógica en el modo de producir los alimentos. Por eso nuestro país está lleno de posibilidades derrotadas, de esperanzas no realizadas y de promesas que hace tiempo fueron traicionadas. Somos la fuerza mayoritaria, también la más racional, cognoscitiva y digna porque combatimos en favor de la vida y porque la cultura del pueblo es la que nos revela al *ser genérico* en todas sus dimensiones. Sin embargo, hay que demostrarlo. Al respecto tengo que decir que la verdad dominante solo es una ilusión evocada pero que a su vez se concretiza en nuestra mente, en nuestras relaciones sociales y en el saber.

Hay que rescatar los valores humanos más convincentes, los de mayor trascendencia, como son la solidaridad, la igualdad, la justicia, la honestidad y el respeto por nuestro ambiente como fundamento de la praxis del sujeto en formación para que así se transforme en militante en favor de la primacía del derecho a la vida de las personas. Educación desde y para la diversidad, para la transformación radical. Mientras tanto, el neoliberal promueve la cultura que *universaliza* el consumismo, la dominación y el egoísmo. A nosotros nos corresponde la *educación agroecológica* que retoma la lucha indígena, la del esclavo venido a América, la feminista, la anticolonial y en primer lugar la *antiimperialista* que perdura por más de 500 años. La *agroecología* se nos plantea como un desafío frente a la cultura única y defiende la *multiplicidad popular* de la humanidad, la *biodiversidad* como principio organizador de la *Pacha Mama* y la pluralidad del conocimiento. *Educación para el esfuerzo*, cooperación para rescatar el *empleo* como medio que dignifica a los hombres y de este modo el *trabajo* como acción libertaria y no como mera mercancía al servicio de la acumulación privada de los capitales. El saber se vincula al trabajo productivo y al comunitario. Se plantea nuevos ciudadanos desde una relación donde la *cooperación* se convierte en una necesidad ética en todos los ámbitos. La *soberanía alimentaria* se construye *desde abajo, desde lo local*, desde la parcela y desde nuestra comunidad pero en democracia, bajo los principios del respeto de la *voluntad popular*. Voluntad que hace cuarenta

años fue violada por los detentadores del poder. Debo decirlo porque todavía son muchos los que creen que Bachelet es socialista y que la Nueva Mayoría es un conglomerado de partidos progresistas. Al final con este gobierno no cambia nada, tal vez si cuestiones formales, el hecho de que por lo menos el monarca de nuestro país no sea un personaje tan nefasto, tan inútil o corrupto como Piñera. A nosotros nos queda plantear las batallas por el derecho a la huelga, por la dignidad del trabajador y por la defensa del esfuerzo propio y ajeno. También nos corresponde remover los obstáculos jurídicos, políticos, económicos, sociales y culturales que se oponen a la participación popular, a la protección de los socialmente más vulnerables y a la inclusión. Se trata de soberanía en todo sentido: en la posibilidad de construir el país que queremos, en el derecho a definir la forma de producir, etc. Por eso es tan necesaria la *soberanía alimentaria*; ésta de hecho involucra y se relaciona con los demás asuntos: con la independencia, con la inclusión, con la soberanía y con el control sobre las principales variables que hacen al crecimiento de Chile.

El modo de producción, de circulación y de distribución de las mercancías socialmente producidas y el germen de la liberación.

Por lo anteriormente afirmado son necesarias un par de interrogantes que considero centrales en el cambio de perspectiva y en la transformación del modo de producción, de distribución y de circulación de los bienes y de los servicios por todos generados (de los alimentos, de la educación, la salud y un largo etcétera), que nos conduzca a otras formas, mejores y más justas, de organización social, política y de convivencia entre los chilenos. ¿Cuál es y cómo se reconstruye este nuevo sistema de producción, de circulación y de distribución de las mercancías? ¿Cómo se trabaja para hacer de Chile un país que vaya más allá de las condicionantes del régimen neoliberal, del capital y de esta democracia falaz, en la medida de lo posible, que desde los años del golpe de Estado sostiene esta derecha duopólica a partir de la administración de Pinochet, de Aylwin, de Frei, de Lagos, de Piñera y de Bachelet? En este contexto, hay que empezar por reconocer que llegó el momento histórico, no solo de Chile sino de la humanidad, en que es posible construir una sociedad libre, de plena satisfacción de las urgencias del pueblo y de reivindicación de la vida como prioridad absoluta. El *desarrollo de las fuerzas productivas* alcanzó tal grado de complejidad en lo relacionado con *lo tecnológico*, con la *productividad* y demás, que hoy es totalmente racional pensar en términos de erradicar definitivamente el hambre, el desempleo y la miseria que conlleva la forma de reproducir del modo capitalista y de los regímenes que le llevan el amén. Hoy ni en Chile ni en el mundo es utópico plantearlo. Tampoco lo es pensar que pueda transformarse la naturaleza misma del *trabajo alienado* en el *trabajo gozoso* que fomenta la opción popular como forma de libertad. Perfectamente puede edificarse un país, una sociedad y una civilización *no represiva*. Sabemos que Chile no es un país democrático, mucho menos una sociedad abierta al cambio, a la pluralidad y al respeto por el otro; más bien

somos un régimen cerrado a los valores de la solidaridad, de la inclusión y a garantías constitucionales que en otros países son comunes. Pero, ritualizado o no, el *arte de resistencia de los trabajadores* movilizado contiene la razón para negar la actual situación porque opone al neoliberalismo una sociedad de derechos. En sus posiciones más avanzadas somos parte del gran rechazo al *libertinaje de los mercados* que es el gran responsable de los dramas que nos aquejan. El movimiento popular entonces es una protesta que denuncia a la derecha y sus odiosidades, a su falta de lógica y sus intereses contrarios al bienestar común. Los modos en que el hombre, en que la mujer y las cosas se hacen aparecer, cantar, sonar y hablar, son maneras de refutar, de rebelarse, de romper y a su vez de recrear nuestra vida. Pero estos modos de negación, de luchar contra la dominación, pagan tributo a la sociedad antagonista a la que están ligados. De esta forma es necesario que nuestro *arte de poder* se movilice constantemente contra la esfera del *trabajo alienado* porque es allí, precisamente ahí, donde la sociedad reproduce toda su miseria y su pobreza. Tenemos que cuidarnos porque en Chile el *movimiento social* es la única fuerza de oposición a esta “transición”; por eso intenta ser *integrado* por los dominantes, para que acabemos aceptando la lógica que subyace al régimen neoliberal. De eso se trata: de estabilizar. Entonces, el *movimiento social*, los que creemos en la organización de éste para desde ese ámbito plantearnos el combate en los términos de una Asamblea Constituyente Autoconvocada, sabemos que esta administración nunca fue de auténtico cambio; más bien es parte de la continuidad. Pero, tal vez lo que no predijo esta “Nueva Mayoría” fue el desmedido rechazo de RN y la UDI a sus “reformas”. No le importa a la Alianza porque en su soberbia y falta de perspectiva estratégica no está dispuesta a ceder un ápice en sus pretensiones de dominar todo. Quiere que nada sea alterado. Mientras tanto, Bachelet está en su propio laberinto al igual que los partidos que la apoyan; el mismo PC se autoinmoló al apostar por un *reformismo dentro de la institucionalidad*. Es que este *reformismo* es un gran error político considerando que la Constitución no es democrática. La batalla que actualmente libramos los trabajadores debe pensarse desde las bases del *movimiento popular* porque estamos en un final de ciclo. ¿Recién ahora la Nueva Mayoría entiende que los poderes fácticos no aceptan su tibio programa de cambios? No lo creo, de hecho Bachelet se comprometió ante ellos (que fueron los que además financiaron su candidatura) a estabilizar el neoliberalismo. Al igual que en su momento el ex Presidente Frei Montalva tuvo que conformarse con la utopía de la *sociedad comunitaria* renunciando así a su programa, hoy Bachelet se entrega a sus patrones: a los neoliberales. Por otro lado, desde los centros del poder más concentrados entienden que en “democracia” son los trabajadores los que mejor reproducen la represión de los que se encuentran disconformes, y lo hacen a través de sus actitudes y de su definición del *sentido común*. No a través del *terrorismo* que de hecho sí ejerce el Estado sino que esta vez a partir de un proceso de “integración” que tiene lugar, en lo esencial, sin la violencia extrema que implica la dictadura. Lo que hace es racionalizar la Doctrina de Seguridad Nacional y el resultante

es el neoliberalismo. A partir de ahí tenemos una *libertad* administrada por la élite y una represión del pueblo que se vuelve instintiva y que inclusive llega a ser fuente renovada de control sobre lo que se considera racional, aceptable y lo que no. A pesar de ello no es utópico pensar que nuestro sistema político autoritario hoy puede ser transformado en términos liberadores. Aunque sea irreal pensar en un país en el que no existan los conflictos, en el que no haya ni control ni dominación, no lo es en absoluto imaginar una sociedad en la que los problemas se resuelvan sin opresión, sin violencia, sin crueldad y sin una “democracia” en la medida de lo posible. Podemos convertir a Chile en un infierno pero no hay ninguna duda que también podemos convertirlo en la copia feliz del Edén. Esta transformación implica la necesidad de discutir al menos otra imagen del país, incluido aquellos parámetros que fundamentan el cambio del régimen. De ahí que este debate se relaciona con la pregunta de si el neoliberalismo no representa un estado que hoy tanto en la teoría como en la práctica (ahí están los gobiernos de Bolivia, de Ecuador, de Venezuela y en menor medida el de Argentina, Brasil y Uruguay para demostrarlo) no estaría superado en relación al desarrollo de las fuerzas de la producción. Eso se manifiesta del modo más claro en la célebre distinción entre el *reino de la libertad* y el *reino de las necesidades* que involucra la vida del hombre. El *reino de la libertad* no puede pensarse ni subsistir sino más allá del *reino de la necesidad* y eso implica que éste es siempre el *reino de la necesidad* en el sentido del *trabajo alienado* del que nos habló Marx. Al respecto, en política eso se traduce en lo que sigue:

...“que todo lo que en este reino puede ocurrir es que el trabajo se racionalice todo lo posible, que se reduzca todo lo posible, sin dejar de ser trabajo en el reino de la necesidad, aplicado al reino de la necesidad, y, por lo tanto, trabajo no-libre”.

Al final, lo que diferencia a la sociedad libre y democrática, inclusiva y popular de su contraparte- de la cual no es libre- es que bajo la alternativa al régimen neoliberal es posible hallar el *reino de la libertad* en el *reino de la necesidad*, es decir, en el *trabajo* mismo del hombre. En otras palabras, es racionalmente posible en la sociedad libertaria la eliminación definitiva de la pobreza, de la exclusión y de la miseria; es posible en cuanto a la eliminación del *trabajo enajenado*. Todavía más: un científico o un investigador digno de ser tomado en serio, un hombre común incluso, que sea sincero, que no esté comprometido con los intereses de sus verdugos y amos, no podría negar que con las fuerzas productivas actuales teóricamente es muy posible eliminar la miseria material y también intelectual del hombre, la exclusión y la pobreza. Más bien todos esos dramas no tienen relación con la falta de recursos o de la técnica sino con la organización socio- política de nuestra sociedad, con la manera en que el neoliberalismo produce las mercancías, las hace circular y luego las distribuye. La persistencia de *necesidades insatisfechas* del pueblo es lo que hace de Chile una sociedad represiva, bien cerrada, que reproduce

sus odiosidades de forma continua: el trabajador consolida con ellas, con sus necesidades insatisfechas, la sociedad represiva, y esta persistencia es lo que impide el salto a una sociedad libre, a la (*r*) *evolución* que permanecerá en el tiempo. Esta idea se basa en que las necesidades humanas tienen un carácter histórico. Más allá de la animalidad, de lo más primitivo de los hombres, las urgencias humanas son *históricamente determinadas* por la sociedad que habitamos y así son también históricamente transformables. Y la ruptura con la persistencia de las necesidades que lleva en sí misma la represión no es fantasiosa, mucho menos es una utopía o una irracionalidad, sino que es algo predispuesto en el desarrollo de las propias fuerzas productivas. Para eso en todo caso es preciso un cambio cultural, la batalla más importante que se da en el campo de *ideológico*, de la racionalidad de las cosas, de la manera de producir y todo lo demás. De hecho, el modelo de país y del saber técnico y tecnológico del capitalismo, es decir, la forma en que le da su sentido al uso de los recursos y a las fuerzas de la producción en general deja establecida una igualdad cultural (una homeogeneidad que se traduce en una cultura del consumo globalizada) que al mismo tiempo preservará el dominio sobre los trabajadores, sobre quienes realmente somos los que generamos las riquezas y los que de este modo estamos en condiciones de movilizar o de parar el país. A partir de este enfoque de control social y político sobre la mayoría, el capitalismo en lo formal logra eliminar las prerrogativas y los privilegios de la cultura feudal que se presenta como aristocrática y también enemiga del progreso. En cierto modo lo será porque la manera capitalista de generar la plusvalía es un gran paso adelante de la humanidad, en términos tecnológicos digo. El que las verdades trascendentes del arte, de la estética de la vida y del conocimiento ya fueran accesibles sólo a unos cuantos ricos y educados era culpa de la sociedad feudal. Pero, esta culpa de las monarquías absolutas no se corrige ni se resuelve mediante el libro, la educación general, el acceso a internet o las salas de espectáculos características del capitalismo. Hay que decirlo: hoy los privilegios culturales expresaban la injusticia de la libertad, las múltiples contradicciones entre la ideología y la realidad que nos tocará vivir y la separación de la productividad intelectual de la material.

El desarrollo de esas *fuerzas productivas* ha alcanzado hoy un nivel en el que exige realmente nuevas necesidades vitales para poder dar razón de las condiciones de nuestra emancipación. Pero, ¿cuál es ese estado del desarrollo y del crecimiento de las fuerzas productivas que nos posibilita la libertad del hombre? Es ante todo la *tecnologización del poder* que combate contra el poder mismo del capital en manos privadas. Es decir, a pesar de que durante un período largo de la historia, los intereses de la dominación, del control y los del conjunto social (de la familia o la tribu, de algunas comunidades más grandes) coincidían con el provechoso uso y el abuso del *aparato productivo* para satisfacer las necesidades y facultades de la mayor parte de los hombres, en determinado momento de la historia y con la *especialización*, el desarrollo y con el triunfo del capitalismo como régimen de acumulación de capital, de producción y de distribución de bienes y servicios, la magnitud y la forma de

satisfacción de aquellas necesidades serían determinadas por el trabajo de los hombres que, desde ahora, se encuentra al servicio de un aparato productivo que ya no controlan y a los que tienen que someterse para sobrevivir. Ya no nos queda otra opción que vender nuestra fuerza de trabajo al mejor postor y a un precio fijado por los dueños de los mercados. Por eso, el hombre bajo el capitalismo no vive su propia vida sino que realiza funciones preestablecidas por el aparato productivo y por los objetivos de la acumulación privada del capital. Cumplimos con roles que nos insertan en una realidad preestablecida por las élites. Mientras trabajamos no satisfacemos las necesidades que nos aquejan porque lo hacemos enajenados y violentados en nuestra *integridad*. Pero, la represión lo que busca es recompensar de la manera más adecuada posible, de acuerdo a la urgencia y necesidad propia del *capital*, a los sujetos sometidos; al hacerlo reproduce la sociedad como conjunto. Bajo el dominio de esos roles preestablecidos, el *cuerpo* y la *mente* del sujeto se convierten en *instrumentos del trabajo enajenado* y en esta circunstancia la distribución del tiempo del individuo juega un rol principal en esta transformación. Lo hace porque ahora el hombre existirá solo durante el *tiempo de trabajo* como un *instrumento de actuación*, como engranaje de la máquina mayor cuya lógica racionalmente se plantea a partir de una serie de *instituciones sociales* que secuestran el tiempo y la vida de todos nosotros. El problema para la élite es que una realidad neoliberal- que busca gobernarse absoluta y definitivamente por esta *función mercantil del hombre*- lo que teóricos como Marcuse llaman el *principio de actuación*, corre el riesgo de que los sectores populares, así sometidos, alienados y ayudados por sus deseos de liberación de esa realidad represiva que conduce a una sociedad autoritaria y gobernada por la derecha duopólica, pueda presionar contra sus ultrajantes limitaciones y luchar contra esa realidad y sus formas represivas.¹⁷

Por otro lado, el desarrollo de un *sistema jerárquico de trabajo social* no solo busca *racionalizar* el control sino que además contiene el germen de la rebelión contra esa dominación porque, a modo de ejemplo, los adelantos tecnológicos en informática socializan el conocimiento y el trabajo del sujeto (a través de la mecanización y racionalización de éste) que produce, a su vez, la reducción creciente de la cantidad de energía, del tiempo necesario que el trabajador necesita para cumplir su función social, con su trabajo enajenado; esto es central. Pasa que el hombre continuamente- a través de los adelantos en tecnología- puede liberar determinada *energía* para el *libre juego* de sus

¹⁷ El problema de los hombres y sus necesidades es que bajo el sistema capitalista es capaz de transformar la *ciega urgencia de la satisfacción de necesidades básicas*, como la propia alimentación o vestimenta, en *gratificación buscada*. Por ejemplo, los animales tienen hambre y una vez satisfecha esa necesidad, ese instinto que lo lleva a aferrarse a la vida, queda tranquilo y vuelve a la quietud de su mundo. Por el contrario, el hombre obra de acuerdo a otra manera, que es una forma mucho más animal, un modo dominado por los instintos más bajos como especie racional, porque es capaz de crearse necesidades; es así como termina transformándose en un *eterno insatisfecho*, en un gran consumista de superficialidades. Entonces, los hombres hacen de sus necesidades una institución que de hecho oprime parte de sus mejores instintos como especie humana- racional.

facultades individuales. Entonces, la técnica y la revolución en los modos de vinculación con la producción, opera contra el uso represivo de la energía del trabajador en tanto minimiza el *tiempo socialmente necesario* para producir los bienes que urgen para la vida, ahorrando tiempo que puede aprovecharse para el desarrollo de necesidades que van más allá de las materiales, más allá del consumo para subsistir. El drama para la clase social dominante es que la *cohesión social* y el poder (estructurado en base a la *represión excedente* que se ejerce sobre los trabajadores para extraerles la máxima plusvalía posible) se racionaliza de manera directa a través de instituciones como la escuela, el hospital, las fábricas, etc. El asunto es que si bien estas organizaciones son lo bastante fuerte para proteger al conjunto de una agresión directa, no lo son para eliminar la agresividad acumulada por los dominados. En realidad, ésta puede volverse contra los neoliberales porque no son parte de las mayorías. Pero también en esta otra modernidad, la *energía* que sostiene determinada actuación y roles del trabajador en el aparato productivo son cada vez menos necesarias, fugaces y superfluas, porque el avance tecnológico, del que ahora somos partícipes, la *automatización del empleo* y el *ocio*, son todos procesos que anticipan la realización de las potencialidades individuales y sociales de los hombres en el campo del trabajo y la diversión. De ahí nace la prioridad y el sentido último de la batalla por la libertad, por los contratos laborales que respeten el horario de las ocho horas o como veremos solo en un momento, inclusive la reducción de la jornada laboral de manera que el sujeto pueda gozar del ocio y de su tiempo libre. Una aclaración: antes que hablar de *nivel de vida* tenemos que hacerlo en términos de *calidad de vida*, que es una idea y criterio más relacionado con la gratificación de las urgencias y necesidades humanas y con la plena e irrestricta vigencia de los derechos humanos. La auténtica civilización no puede consistir solo en el gas o en la electricidad. Esta otra civilización busca entonces la inclusión social y política, consiste en el cuidado del medioambiente, en el respeto por los derechos del hombre y en la más alta humanización de las relaciones sociales. Acá, la energía de las potencialidades humanas que conduce al *ocio productivo* y que a su vez es dirigido al *trabajo represivo*, a ese socialmente necesario para sobrevivir, será más pequeño al verse reducida la jornada de trabajo enajenado. Esta en sí ya es una medida concreta que nos ayuda a derrumbar las estructuras de la *represión excedente* y con eso una parte del tiempo que el hombre dedica a ese trabajo. Será así un hombre mucho más libre y creativo. Por eso también el neoliberalismo le dejará al trabajador cada vez menos tiempo libre y lo somete a jornadas laborales interminables. La *represión prevaleciente* en el Estado (que siempre es de naturaleza capitalista) y su régimen son resultados no de la necesidad intrínseca de trabajo sino de su *específica organización social*, de la manera en que se desenvuelve su economía y la forma de hacer la política, todas cuestiones impuestas por los intereses del control de una clase sobre otra. No interesa cuan justa y racionalmente pueda organizarse la *producción material del trabajador* en el Estado capitalista; lo importante es que esta *organización del trabajo*, de la *producción*, de los *recursos* y de la

distribución y disfrute de las riquezas por todos generadas, nunca podrá ser el campo de la auténtica libertad ni de gratificación plena pero sí, a partir de un régimen político de transición, es posible liberar algún tiempo y energía para el desenvolvimiento libre del hombre fuera del *trabajo enajenado*. Por ejemplo, es viable que trabajar menos horas porque la actual productividad del empleo de un obrero típico, dado el mayor grado de productividad que se ampara en los nuevos adelantos técnicos, es impresionante respecto de otros tiempos, como en la época de la *revolución industrial*. La *automatización*, la *robotización* y la *dominación del saber científico-técnico* como factor de producción en vez de los capitales y luego el tiempo libre, el *ocio productivo* como medida que desde ahora crea valor, son procesos necesarios que pasan hoy en la forma que se desarrolla un aparato altamente productivo respecto a otras épocas de la humanidad. De acuerdo a esto, la *alienación artística y material* de los hombres sucumbirá, junto con otras formas de negación, al proceso de *racionalidad técnica*. Pero, solo lo hará cuando esta negación sea gestionada por todos nosotros. Las verdaderas obras literarias de vanguardia, el lenguaje de poder de los sectores populares, su cultura, su apoyo, rechazos y miedos son las que comunican la ruptura con la comunicación e ideología dominante, con la visión de la vida, del crecimiento y del desarrollo bajo los términos del neoliberalismo. La palabra del pueblo es la que rechazará ese régimen y su orden totalitario, unificador y poco sensible de la élite. Somos nosotros los que hacemos estallar la estructura establecida de significados y de sentidos de la *razón capitalista* de modo que así, convirtiéndonos en el objeto absoluto en sí mismo, designamos con nuestras palabras, con nuestras frases y lenguaje un universo intolerable del capital que se autodestruye. Nos corresponde producir el quiebre, esa discontinuidad fundamental del sistema. De acuerdo a esto, la subversión de la *estructura lingüística* implica además una subversión de la experiencia en la sociedad. La transformación revela su grado de irreversibilidad si la entendemos como resultado de otra lógica, una relacionada al progreso técnico que busca nuevas formas de vida basadas en la defensa de estas necesidades *material-ideales* ligadas a nuestra *calidad de vida*. La etapa actual redefine las posibilidades del hombre y la naturaleza de acuerdo con los nuevos medios disponibles para su realización y, a su luz, las imágenes, el discurso, la lógica, el sentido y las metas del modo de producir capitalista pierde su poder ante la contundencia del combate del pueblo. Bajo el neoliberalismo, por las inconsistencias pero también por las consecuencias de sus políticas de ajustes, que llegadas a determinado momento no pueden ser simuladas, esa dominación de la élite, este núcleo insoluble de acuerdo al dogma de la derecha duopolítica, es anulado progresivamente pero sin pausas por la *racionalidad tecnológica* planteada a partir del régimen popular. Por si no fuera suficiente, el cambio físico del mundo implica la transformación de sus símbolos, imágenes e ideas que nos llevan a otra cultura, a aquel saber tecnológico que responde a las necesidades *material-ideales*.

Además, el hecho que el *saber tecnológico* transmute en una variable que *crea valor y plusvalía* nos demuestra como el modo capitalismo de hacer

cada cosa crea sus propios sepultureros en el sentido que el conocimiento es socialmente generado porque estamos todos involucrados en él. Lo que digo es que despliega su *máxima potencialidad*, como esa medida que crea valor, a través del conocimiento que es socialmente compartido, contradiciendo así el *saber fragmentado* de los neoliberales. Por eso, ese régimen es sumamente ineficiente. Pasa que pretende negarnos el carácter social del conocimiento, de la historia o de las conquistas de la técnica que son de toda la humanidad, que deben ser para el provecho y el disfrute de la mayoría. Sin embargo, los sepultureros del sistema neoliberal y de su Estado capitalista no nacen solos, por generación espontánea digo, sino que se nutren y adquieren conciencia y toda su experiencia en la batalla contra esta forma dominante de hacer las cosas. A modo de resumen: el *conocimiento* es central porque es socialmente generado y porque es una medida que actualmente crea valor; tal vez sea por eso que el señor Piñera nos legó el TPP que en el más absoluto sigilismo intentó que Chile firmara con Estados Unidos. El tratado en cuestión, que al final se llama *Acuerdo Estratégico de Asociación Transpacífico de Libre Comercio* tiene como meta primera y como objetivo central nada menos que cercar y restringir el acceso del trabajador a la cultura favoreciendo así al monopolio de la *industria de la información* y sus *comunicaciones*; con eso nuevamente atentan contra la democracia y contra la pluralidad de opciones al quedar en manos de las corporaciones el *acceso a los datos* que circulan por la red de redes. También se limitan los derechos digitales de los usuarios, obligando a las empresas del rubro a censurar unilateralmente algunos contenidos sin la mediación previa de la justicia o de otro órgano que garantice los derechos de todos nosotros. Pero, como ya dije, lo más terrible es que este “acuerdo” se lleva adelante en silencio. Y es este uno de los peores legados no solo del señor Piñera en particular sino de la derecha duopólica en general porque es la forma en que políticamente han actuado en los últimos cuarenta años: de espaldas al pueblo, reprimiendo, descalificando y vilipendiando la voluntad soberana de los sectores populares. Esto es grave, el creerse con el derecho a imponernos sus designios a como de lugar, sin importar en lo más mínimo el bienestar común. Son los patrones del fundo y nosotros somos sus peones. Lo somos hasta que decidamos dejar de serlo. No es tan simple pero tampoco es tan complejo. Se trata de exigir una jornada laboral racional, otra forma de producir las mercancías y reivindicar nuestras demandas. Acaso, ¿reclamar reformas sociales y políticas profundas, radicales, en claro beneficio de los que vivimos de un salario no significa organizarnos y tomar conciencia? ¿No quiere decir rebelarnos contra la función de simple *mercancía* que de hecho nos corresponde bajo las sentencias y dogmas del capitalista? ¿Incluir en la órbita de nuestras actividades la batalla por la reforma, las que conducen a la *transformación estructural*, las que vemos como tránsito hacia un Estado y a un régimen más justo, no tienen que ver con el combate y con la lucha por la *(r) evolución* que permanece? ¿Exigir que la actual conducción política deje de ser neoliberal, autoritaria, autocrática y conservadora no tiene que ver con la posibilidad de cambiar la situación? De hecho, tenemos que propugnar en

el momento de ascenso de las luchas del movimiento social, que es ahora, la tarea por las reformas de fondo pero sin arrastrarnos al *oportunismo político*. Las implicancias y consecuencias del cambio sobre la manera de producción de los bienes y todo lo que esto conlleva lo sabemos. Ahora debemos actuar unidos y organizados para que nunca más en Chile el neoliberalismo se haga con nuestra vida. Los responsables de los dramas que nos aquejan son ellos; son los que tienen relación directa con la falta de humanidad del hombre, con la injusticia, con su doble estándar y con los asuntos que nos conducen por el camino del gobierno de la minoría. Pasa que este control es administrado por una tecnocracia que se vuelve *racionalmente organizada* aunque cada una de sus sentencias sean irracionales, aunque no resistan lógica alguna. Pero, este centro vital- la elite y su aparato tecnocrático- nunca se muestran como es en verdad. No lo hacen porque en su auxilio viene el proceso del *fetichismo de la mercancía*, ese que nos esconde que el capitalismo solo tiene la capacidad para construir un mundo para algunos, al que nunca podremos aspirar. En este sentido, los que siguen apostando a la *democracia de baja intensidad* y en su *estrategia de las reformas en la medida en que la clase patronal las acepte*, o son unos oportunistas o son mediocres. Por último, puede darse que sean de los que quieren que todo siga igual ya que el sistema finalmente los favorece. Lo concreto es que ni la historia, ni mucho menos la ideología o la lucha de clases terminó. Lo que se nos impone es que nada, absolutamente ningún principio, secreto o aspiración, que ninguna sentencia o paradigma, es absoluto. Por lo tanto, todo puede ser discutido y puesto a prueba por la realidad del pueblo, de acuerdo a nuestra experiencia e historia como país. Y la verdad es que la *soledad* actualmente es técnicamente imposible porque nos encontramos inmersos en una red de relaciones sociales que nos muestra que la riqueza, incluido el conocimiento de los hombres, depende de todos y por ello no puede quedar libardos al azar; o peor aún: en manos de una élite que se aprovecha de este modo de nuestras necesidades, de nuestro trabajo y del esfuerzo de los que vivimos de un salario. El análisis lógico y lingüístico del *arte de dominación de la clase patronal*, también el *arte de resistencia* del trabajador que deriva en el *rechazo absoluto*, nos demuestra que los antiguos asuntos y problemas metafísicos son ilusorios, que son mitos que acaban defendiendo un saber elitista, de expertos y sabios que poco podrán comprender una vida que como la del pueblo se caracteriza por carencias de todo tipo; la búsqueda del *sentido de las cosas*, de la *verdad absoluta* de la manera que la plantearon los antiguos filósofos griegos o del propio Hegel (que es el *idealista absoluto*) puede reformularse en favor del los pueblos cuando se piensa como parte de un *proceso de libertad* que queda supeditado al materialismo dialéctico, a la ciencia en beneficio de la emancipación del hombre. De hecho, buscar el sentido de la palabra y del universo establecido del discurso y de la conducta puede proporcionarnos criterios perfectamente adecuados para dar no solo respuestas acordes a las necesidades *material-ideales* sino también para militar en favor de la *(r) evolución permanente*. En su relación con la realidad de la vida, la cultura es muchas cosas: podría ser

oposición, protesta y resignación pero también podría significar la aparición del régimen libertario a través de la negativa a sostener una sociedad que nos convierte en consumidores patológicos.

Los fundamentos de la ocupación libre, del trabajo alienado y de la sociedad abierta, democrática y respetuosa del esfuerzo ajeno.

Las contradicciones internas del capitalismo en Chile y el mundo son hoy más violentas que nunca, particularmente aquella que se produce entre el desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas y su correspondiente riqueza social y el uso destructivo y represivo de esas mismas fuerzas que de por sí implica el neoliberalismo y su opción por la acumulación privada del capital a como de lugar, sin ninguna consideración o escrúpulo. Esa contradicción es infinitamente más drástica actualmente porque este régimen nos somete, nos excluye, nos violenta y explota. Además, el *neoliberalismo* se enfrentará en este nuevo marco global con posiciones claramente anticapitalistas que en Latinoamérica por lo mismo están en batalla abierta contra él. Me refiero a los gobiernos de Bolivia, de Cuba, de Ecuador y Venezuela; hasta podemos incluir a otros países que como la Argentina, Brasil y Uruguay intentan un cambio que es bastante menos drástico pero que igualmente se define a partir de la reivindicación de *lo popular*. Entonces, en nuestra región veremos dos tipos de transformaciones. Por un lado, los regímenes de Argentina, de Brasil y Uruguay- que son bastante menos extremos en sus pretensiones y metas- y por otro lado los de Bolivia, Ecuador y Venezuela. La diferencia está en que los primeros al no plantear cambios estructurales no solo no solucionarán el problema de la pobreza o la pésima distribución de la riqueza en el caso de Brasil, sino que de esta manera el gobierno termina por legitimar el sistema capitalista como alternativa. Al mismo tiempo, al justificarse a partir de ideas progresistas ante la mayoría de su población, el trabajador progresivamente va tomando plena conciencia de sus derechos y se organiza para defender las conquistas alcanzadas. En Brasil esto se expresa en la organización creciente del movimiento popular. En Argentina en el hecho del increíble crecimiento electoral que por este tiempo logró la izquierda radical. Por ejemplo, en las últimas elecciones parlamentarias, el trotskismo logró el 10% de los votos a nivel nacional lo que es fenomenal. Incluso hubo en algunas zonas del país, en el norte más precisamente, donde lograron un porcentaje superior al 30% de las preferencias. Es central el fenómeno del crecimiento y la organización del *movimiento social* porque en Bolivia, en Ecuador y en Venezuela hacen su (*r*) *evolución* apoyándose en éste y no en partidos políticos tradicionales que de hecho por ser capitalistas, aunque se definieran ellos mismos como de “izquierda”, estaban fuertemente deslegitimados. Pasó en el país altiplánico donde fue el movimiento indígena quien llevaría a Evo Morales al gobierno y también pasó en Ecuador. El caso emblemático es el de Venezuela porque las condiciones previas allí eran muy parecidas a las de Chile: una derecha en sus dos versiones que durante cuarenta años se disputó el poder, un sistema

político deslegitimado, una Constitución impuesta por la élite gobernante y un fuerte movimiento social y popular. Y fue ese movimiento con Chávez en la conducción quien sigue sosteniendo el socialismo. El PSUV recién surge como respuesta al fallido golpe contra el Comandante, luego de dos años de haber llegado al Palacio de Miraflores. Lo comento para los oportunistas y mediocres que insisten en esa falaz “democracia” en la medida de lo posible como estrategia de cambio y para quienes no creen en la organización del pueblo y por ende se piensan así mismos como *vanguardia del proletariado*. Lo anterior, la experiencia de cambios en Latinoamérica, nos muestra que el *mundo bienhechor* se construye combatiendo para eliminar todos y cada uno de los horrores de la *industrialización capitalista*; se hace a través de aquel régimen político que puede dar espacio a las necesidades y a las urgencias de los trabajadores, de sus familias y de su entorno. Esto se logra precisamente gracias al nuevo carácter pacificado, satisfecho y popular de la sociedad que se levanta; o sea, con un régimen que se rige por una nueva alteración de la naturaleza del hombre, a saber, con la reducción de la brutalidad, del falso progresismo y de la acumulación a cualquier precio que hoy sigue actuando de la forma más espantosa. Acerca de la tesis de que la *tecnología del poder* minaría de hecho las sentencias y la lógica dominante, ¿quiere decir que la *tecnocracia neoliberal* se autodestruye al mostrar su irracionalidad e ineficiencia? No, me parece que a esta *tecnocracia* tenemos que provocarla permanentemente para que lo haga, para que se muestre como realmente es. Pero, este proceso se relaciona con ambas cuestiones porque la *provocación* y el *combate abierto* que nos muestra lo ilógico de sus postulados ocurre en ese proceso de aprendizaje que nos lleva a entender cómo las contradicciones de la *tecnocracia neoliberal* ponen de manifiesto lo absurdo de sus dogmas. ¿No es lo que actualmente pasa en Chile donde la élite en el poder, que desde hace más cuatro décadas nos gobierna a su entero antojo, en beneficio de sus demandas y contra los intereses del pueblo, por lo mismo a esta altura se manifiesta totalmente incapacitada para favorecer el desarrollo que afirma profesar? Lo hace porque en sus términos el crecimiento y ese desarrollo que plantean apenas favorece a unos pocos mientras los trabajadores vivimos en condiciones precarias. Así, son sus acciones, la magnitud de la ineficacia del neoliberalismo, de su *tecnocracia* y la forma en que conciben la producción, los que militan contra el control que ejercen sobre los sectores populares. A esto debemos sumarle la determinación del factor subjetivo y colectivo del desarrollo de la conciencia de los trabajadores que es una prioridad para no desviarnos de la ruta, para que en el camino no se produzca una *solución populista, autoritaria o fascista* que también es posible. Es decir, la opción popular dependerá de nuestra conciencia. Militar por ella es una exigencia decisiva en la actual situación, siempre lo ha sido: cuanto más nos vemos obligados a decir que están dadas las fuerzas productivas y la técnica para la sociedad libre, de satisfacción de las necesidades de todos, de las urgencias que son *materiales* pero que también son *espirituales* y *simbólicas*, tanto más intensamente se nos presenta la exigencia irrenunciable y vital de liberar la

conciencia de esas posibilidades realizables. El trabajo por el desarrollo de la conciencia es la gran tarea del *materialismo histórico-dialéctico*. En nuestro país deberíamos denunciar nuevamente que algunas organizaciones sociales y políticas pretenden ligar toda la responsabilidad de la libertad en nuestros jóvenes, en los estudiantes para ser más específicos. Pero, eso no es correcto. Ellos no son una *clase revolucionaria*. Sí son una parte de ciertas tendencias del *movimiento social* que nos anuncian la ruptura con la *lógica neoliberal*. El *movimiento estudiantil* y otros grupos hacen su aparición cuando estamos ante una situación de *desintegración* del sistema, que como fenómeno (en la medida en que los trabajadores los apoyemos solamente por un compromiso formal o directamente no lo hagamos) no tienen fuerza real para transformar en términos democráticos al país. El colosal mérito que le corresponderá al movimiento estudiantil es hacernos ver a muchos chilenos que este orden ya no da para más, es crear conciencia sobre la urgencia del cambio. Pero, tengo que insistir en lo mismo: nada pueden hacer sin el apoyo de los asalariados. Solo con la *organización unitaria del movimiento social* el poder de la élite, que se basa en la explotación del trabajo ajeno, puede potencialmente perder su fundamento último.

La Concertación en todos estos años de gobierno hizo exactamente lo contrario: reivindicó, asimiló y consolidó un código laboral que venido de la dictadura favorece desvergonzadamente a la clase patronal y a sus demandas. Durante las últimas cuatro décadas en Chile la trayectoria del movimiento de los trabajadores es influenciado por tres factores: por el contexto económico, el institucional y por la situación política. Estos son transformados de forma drástica por el golpe cívico-militar. Lo que afirmo es que la situación actual de los trabajadores y de los sindicatos refleja esta herencia anterior, la de la dictadura de Pinochet, que se expresa en cambios que ocurren bajo su tiranía y que luego hacen suyos la Concertación. Se trató de debilitar al *movimiento laboral y sindical* en su *rol económico*, en su *posición institucional* y en su *poder político*, de presión digo, para que no tuviéramos posibilidad alguna de mejorar nuestras vidas. Al mismo tiempo que se produjo este debilitamiento del poder del pueblo, la élite gana un amplio terreno: recupera lo perdido en el gobierno de Allende. Antes del golpe, los trabajadores luchaban dentro de una matriz económica medianamente protegida en la cual el *sector público* estaba comprometido con el bienestar, donde había una fuerza institucional estable y donde también imperaba un sistema legal con derechos y garantías que aunque restringidos eran significativos. Se trataba de una “democracia” dominada por al menos tres partidos principales que dedicaban parte de su trabajo político a los programas elaborados tanto por los sindicatos como por otras organizaciones populares: eran el Partido Comunista, el Socialista y el Demócrata Cristiano. La conciencia feliz de ese entonces- o sea, la creencia de que lo real era *lo racional* y el sistema social establecido producía bienes para todos- reflejaba un conformismo que bajo esos presupuestos se presentó como una faceta muy audaz de la *racionalidad tecnológica* que se tradujo en una forma de conducta social determinada. El poder ejercido sobre todos los

que intentamos vivir de un salario- que fuera legitimado por el régimen de beneficencia y por su asistencialismo- hacía que nos olvidáramos en parte de la represión y de sus asuntos gracias a la eficacia y a la productividad de éste. Al asimilar lo que tocaba, al absorber la oposición política en su realidad y al jugar con las contradicciones propias del sistema, nos demostraba claramente su superioridad estratégica. Del mismo modo, la destrucción de las materias primas y la proliferación del *despilfarro social* se convirtió en una prueba de su opulencia y niveles de bienestar que podía crear en su versión populista. La comunidad estaba demasiado satisfecha para preocuparse por los daños al ecosistema, por la pobreza, por la marginación y por otra serie de dramas que siempre han caracterizado a la acumulación privada del capital. En todo caso, por las imperfecciones de nuestro sistema político y económico (que al final no resolvía las cuestiones estructurales para así satisfacer las demandas de los trabajadores) la élite no pudo impedir la tensión entre la apariencia y la realidad vivida. Los términos de *designación*, de *aserción* e *imitación* dieron paso a otros tantos, al de *autonomía*, al de *descubrimiento* y de *demonstración* que establecían una crítica mordaz hacia el régimen imperante de forma que muchos de aquellos elementos mágicos, autoritarios, irracionales y rituales que cubrían el sentido de las acciones de la derecha, sus razones, su idioma y su lenguaje de poder fueron combatidos por nuestra izquierda hasta que nos hicimos con el gobierno en los '70. Lo hicimos al lograr despojar al lenguaje del poder de la élite de sus mediaciones que formaban las etapas del proceso del saber y de evaluación cognoscitiva. Sin estas mediaciones, el lenguaje tendió a expresar y auspiciar la inmediata identificación entre la *razón* y el *hecho concreto*, entre la *verdad del pueblo* y esa otra que fuera establecida por la élite, entre la *esencia* y la *existencia* y entre las *cosas* y su *rol*. Gracias a la UP todo el *vocabulario* y *sintaxis dominante* se vieron afectados de tal manera que el modo capitalista que nos había gobernado desde la primera época fue puesto en entredicho al obligársele a expresar sus exigencias de forma directa en el material lingüístico; el *léxico popular* lo atacó mediante un combate desafiante con lo que fue revelando ese *idioma oficial* de la clase patronal. Muy pocas veces el lenguaje popular y coloquial fue tan creador. El hombre común (o sus portavoces anónimos) parecían afirmar su humanidad ante el poder existente. El *rechazo absoluto* y la *rebelión de los sojuzgados* en relación al capitalismo produjo el estallido a través de un lenguaje popular que llamaba a cada cosa por su nombre, sin hipocresías de ninguna índole. Por eso a la derecha no le quedó más que reaccionar a través de la violencia mientras los laboratorios de defensa de sus privilegios, conjuntamente con las oficinas ejecutivas, con sus armas, con sus métodos y con sus expertos en eficacia, hacían todo lo posible para imponernos un idioma diferente. Por el momento todavía parecen tener la última palabra. Pasó que a partir de ahí, del establecimiento de esta monarquía absoluta liderada solo en lo formal por Pinochet, los trabajadores fuimos sometidos a una economía abierta tanto al mercado interno como al global. Padecimos los efectos de un nuevo código laboral, ese que contempló grandes restricciones sobre la acción de nuestras

organizaciones. Sólo a partir de la *transición a la democracia* gozaríamos de un poco más justicia social, pero ello aún en una economía globalizada bajo los terminos neoliberales, esos que no nos dejan espacio ni para la voluntad popular ni mucho menos para la satisfacción de las necesidades de la mayor parte de los chilenos. Entonces, aunque por ahora no pudimos reestablecer leyes en beneficio de los sectores sociales más vulnerables y que además nos falta recuperar nuestra capacidad organizacional como clase social, logramos por lo menos ciertas regulaciones favorables en el ámbito de lo estrictamente legal. El sindicalismo actuaría con mayor libertad pero con partidos políticos menos dispuestos a defender nuestras causas. Por ejemplo, la Concertación adhirió al neoliberalismo y de este modo gobierna para la patronal. Durante la UP, los amigos del *movimiento obrero* fueron tanto el PS como el PC. Muchos sindicatos compartieron con esas agrupaciones políticas la visión de transición rápida y pacífica, aquella estrategia conocida como la *vía chilena al socialismo*. Los sindicalistas avanzaron, simultáneamente, en una agenda práctica que mejoró las condiciones sociales de los suyos y en una política de *transformación nacional* que se definió como *anticapitalista*. Con el golpe ambas fueron borradas pero también de estos hechos son responsables el socialismo “renovado” y la Concertación. Lo que todavía no está tan claro es que bajo el *neoliberalismo continuado* de la Concertación, los trabajadores no podemos participar bajo ningún punto de vista del “milagro económico” en que quieren que creamos. Aunque de 1990 a 1996, la economía creció un promedio del 7% aquel nunca se tradujo en una mejoría de las condiciones laborales; y si bien el *gasto social* por habitante se expandió a más de un 7% por año la red de la seguridad en este ámbito sigue siendo insuficiente. De hecho, la distribución del ingreso no mejoró y es la más desigual después de Brasil.

Términos como el de la *libertad*, de la *igualdad*, de *fraternidad* o de la *democracia* ahora se les da una nueva significación. Implican analíticamente un grupo específico de atributos que se presentan inevitablemente cuando el nombre se escribe o se menciona. Bajo la dictadura y su neoliberalismo esta *predicación analítica* se establece a través de conceptos que se refieren a la *libertad de empresa*, a la *iniciativa*, a la *elección racional del consumidor* y en primer lugar al *sujeto* en tanto *individuo*. La clara involución del lenguaje respecto al gobierno de la UP lo que buscó fue acabar de una buena vez con los fundamentos de un *arte de poder* que se mostró como alternativo y como opción al Estado capitalista inclusive. A partir del golpe de Estado se trata de una *gramática dominante* que irá por la reacción en su máximo grado, por la matanza y por la flexibilización laboral. Este es el sentido de esta prédica que nos habla de los *consumidores*, de los *sujetos*, de *elecciones racionales* o de la *libertad de empresa*, etc. En este nuevo contexto neoliberal, todas y cada una de las administraciones de la Concertación a partir de los '90 hasta hoy no hicieron nada por mejorar la *desigual distribución de ingresos*; tampoco les importa. Plantean a lo más la promoción de la educación que en todo caso la definieron como *bien de consumo*. Al mismo tiempo, fueron unos cuantos,

por millones, los trabajadores que sufrimos con empleos precarios de forma que las malas condiciones laborales se transformaron en una constante; sobre los sindicatos entendidos como organizaciones de las bases, ahora se vuelven impotentes, incluso *cómplices activos* del paradigma neoliberal. Por si no fuera suficiente los servicios sociales se tornaron inadecuados. Se impuso la *fragmentación*, la *inseguridad social*, la *subcontratación*, las horas de trabajo prácticamente interminables y la *mecanización de la producción*. Ahora el problema máximo no es solo la *cesantía* sino también la *calidad del empleo*. No podía ser de otra forma porque la lógica neoliberal tergiversa todo desde el momento que viene por los derechos del pueblo trabajador, incluso por sus conquistas históricas, por esas que fueron logradas con el sacrificio y con la vida de tantos. La manera prevaleciente de la *libertad* será la *servidumbre* y la *igualdad* del hombre se convierte en una tremenda desigualdad impuesta; me refiero a esa que excluye y que margina a los que no logran “adaptarse” a los parámetros de la economía dominante. El resultado es la reaparición del lenguaje totalitario, arribista y terrorista del régimen neoliberal. Las mentiras y el engaño, las fábulas y los mitos son reproducidos sin que hagan estallar el sistema social como globalidad; y no lo hace por la represión impuesta desde la cima del poder que busca esta nueva *sintaxis* entre las contracciones del sistema y la falsamente proclamada “reconciliación” de los opuestos. Lo que intenta es unirlos en una estructura firme y familiar. Es lo que le corresponde hacer políticamente a la Concertación que con su “democracia” en la medida de lo posible busca la conciliación entre las clases y aquel cínico “diálogo” sobre el cual fundamenta la también llamada “democracia de los acuerdos”. Una vez aceptada la ofensa contra la lógica democrática, las contradicciones del régimen se muestran como principio de manipulación social. Finalmente, el sistema político se convierte en una caricatura de la convivencia colectiva racional. Estamos en presencia de una lógica societal que se permite hacer a un lado cualquier idea o pretensión de la verdad que es socialmente generada de manera que además puede jugar con la destrucción de la humanidad. El neoliberalismo es un régimen con un dominio técnico de la mente y de la materia que se dice el final de la historia a pesar de que nos conduce a una crisis intolerable. Por eso, aunque muchos creen que la economía mejoró con la *transición a la democracia*, a la vez se tiene plena certeza de que nuestras vidas no lo hicieron. Por el contrario, la forma de actuar de los gobiernos populares es distinta. Ellos buscarían satisfacer las necesidades del pueblo al tiempo que intentan consolidarse en el poder en beneficio de los trabajadores y contra la violencia venida de todas partes, que bajo el modo capitalista se fundamenta en la *fetichización de la fuerza de trabajo*. El poder siempre es violencia; un sistema político, social y económico con su aparente *libertad de consumo*, con sus tarjetas de créditos compradora de ilusiones y demás, también nos sitúa en la dimensión de aquella violencia que el régimen ejerce sobre nosotros. Pero, es una violencia más sutil que debemos denunciar ante la posibilidad que se desdibujen los factores decisivos del sistema, a saber: la diferencia entre el *terror de la dictadura cívico- militar* y la “democracia” de

muy baja intensidad con la que nos gobiernan desde los años '90 en adelante. Es necesario entender la diferencia porque su *democracia en la medida de lo posible es totalitaria*. Lo es porque no se acepta la diversidad y multiplicidad cultural, la libre expresión del pueblo ni la soberanía nacional. Cuentan para eso con una serie de mecanismos de homogenidad de los valores y la ética; y esto es violencia porque lo que se busca es consolidar un régimen donde la economía se rige por la explotación de la *fuerza de trabajo*. Lo expuso Marx en su obra cumbre:

...“*la posición objetiva de los individuos en el proceso de producción se basa en la violencia y manifiesta violencia*”.

El padre del *socialismo científico* entiende que en la medida en que las *relaciones económicas de poder* se interiorizan, de todas formas es racional *liberalizar las relaciones políticas de poder*. En este sentido, nos plantea que es viable desmontarlas latentemente. Sin embargo, en el momento en que se duda sobre la eficacia de la *relaciones económicas-productivas*, cuando se entiende que también son *relaciones de poder*, la élite a su vez comprende que le falta un *dominio constrictivo extraeconómico*, que si fuese necesario debe ser dictatorial. La estrategia de las élites como también la del trabajador entonces se define considerando el contexto y las circunstancias políticas de manera que a la élite no se le escape el control sobre los que ellos consideran sus súbditos ni a nosotros la posibilidad cierta de la emancipación.¹⁸

En este punto tendríamos que distinguir claramente entre la supresión del *trabajo* y la del *trabajo alineado* para entender como se desenvuelve el *régimen popular* en tanto que se presenta como alternativa al neoliberalismo. El *trabajo* como tal no puede suprimirse. Afirmar algo como esto es negar lo que Marx llamó el *intercambio* entre el hombre y la naturaleza. Es inevitable

¹⁸ Es de tal magnitud la tergiversación de la realidad por parte de los dominantes que terminan convenciéndonos de que son los dictadores de turno los responsables de los golpes de Estado y de los genocidios colectivos que necesariamente le acompañan, y no las oligarquías nacionales y sus partidos de derecha, el gobierno y las agencia de Estados Unidos, las transnacionales del cobre, del petróleo, la ITT, la United Fruit Company y un largo etcétera. En realidad, los militares son simples bufones al servicio de una monarquía absoluta que acciona contra cualquier país que desafíe los parámetros de las élites. Tienen su metodología, cierta manera de conspirar contra la democracia: primero desabastecen a la población de los productos básicos, luego boicotean la economía, suben los precios- en realidad la patronal es quien controla la mayor parte de las variables económicas, por lo menos en los inicios del cambio- organizan sus marchas violentas para inducir el golpe de Estado y hablan de dictadura, de la incapacidad del gobernante, hasta de democracia y de derechos humanos. Son dos cosas las que olvidan los golpistas: una es que ya sabemos de que se trata la “democracia” para Estados Unidos; de hecho, pareciera que los líderes de ese país se olvidaron de Afganistán, de Irak, de Siria, de Guantánamo y de todo lo demás. La otra cuestión es que entendemos que no solo vienen por nuestros recursos, por el agua, por el gas, por el cobre o el petróleo sino que también vienen por nuestras vidas que para ellos es una variable de ajuste, sin mayor importancia cuando se trata de la defensa de sus demandas.

un control, cierto dominio o transformación de la naturaleza y sus recursos, alguna forma de cambio de su existencia a partir del *trabajo* de los hombres; pero ese *trabajo* es tan extenuante, de tal magnitud y grado es la alienación y la explotación que produce al ser controlado por el capital, que por un lado tengo que decir que el odio contra la *explotación* y contra la *opresión* es él mismo un *elemento humano*, humanista incluso. Por otro lado, no tengo duda que en el curso de la *(r) evolución permanente* se produce bastante odio, al respecto no seré hipócrita, de hecho creo que sin este odio, resentimiento o como lo quieran llamar, no sería posible ninguna revolución ni liberación. Nada más indignante como la tierna y amorosa prédica de “Amad a vuestros enemigos” en un mundo en el que el odio está institucionalizado plenamente. Dejémosle aquella sentencia, que en todo caso es un gran ideal, que expresa una utopía, a quien está sentado a la derecha de Dios- Padre. Nosotros somos hombres, hechos a su imagen y semejanza tal vez, pero imperfectos al final. Desde luego, en el transcurso del *movimiento revolucionario* este odio puede producir mucha crueldad, brutalidad y hasta terror. El problema es que el límite entre lo uno y lo otro es angustiosamente fluido. Lo único que se me ocurre decir sobre este asunto es que cuando se trata de construir aquella sociedad humanista, de pleno respeto por los hombres, una parte central de nuestra tarea consiste en evitar esa mutación en la medida en que podamos, es decir, mostrar que la brutalidad y la crueldad pertenecen necesariamente al sistema político (al que ejerce la represión sobre la vida del trabajador) y que la lucha por la emancipación no necesita esa mutación del *odio en brutalidad* ni mucho menos en *crueldad*. Es posible golpear al adversario, derrotarlo en el ámbito político, social y económico, también es viable acabar con su razón y cultura, pero sin necesidad de torturarlo o de hacerlo desaparecer como sí hacen los militares y sus patrones. Lo decisivo es aclarar que la paz- que siempre es una meta fundamental- deberá manifestarse en nosotros como una *necesidad biológica* para luego repercutir en el proceso de cambios desde el punto de vista de la meta emancipadora y de los métodos de la *(r) evolución permanente*. Esta *paz* se distingue de una necesidad vital como por ejemplo la de calmar el hambre, que tiene, por así decirlo, una estructura mucho más biológica y material, por lo mismo. Es importante hablar de estas cuestiones, del carácter de la necesidad de la *paz*, de la *libertad* o de la *igualdad* en el sentido que son necesidades que corresponden a un estado más evolucionado del hombre. Lo son porque los trabajadores que no logran liberarse de las *necesidades materiales básicas*, de la urgencia de alimentarse, de vestirse y otras tantas, no pueden eventualmente combatir de manera conciente y clara por las mismas. Como nos lo dice Marx:

... el individuo está alienado del goce de sus propios productos, o sea, de esa animalidad sensible, de modo que la alienación de la animalidad sensible lo retrotrae, por así decirlo, al estado de un animal.

En la práctica, esto se traduce en que la abstracción de esa *animalidad* sensible es una *bestialización del hombre*. Es por esto que el neoliberal debe mantenernos ignorantes pero esencialmente carenciados, al borde, inseguros y flexibilizados para que ese miedo de perder el empleo nos convierta en los trabajadores modelos que buscan: conformes, sometidos, quietos y alienados. Aquí encontraremos la clave filosófica, ideológica y política que nos permite interpretar sin mayores equívocos el productivismo y las diversas formas de consumo del neoliberalismo en las que el desarrollo y el control tecnológico sobre los hombres son parte de un proceso donde los *hechos culturales*, las *relaciones intersubjetivas* y las *circunstancias* están cada vez más unidos e identificados por el fenómeno de la propia globalización. Un análisis atento del modo capitalista de producir nos pone en alerta de cómo y del porqué su Estado y su régimen neoliberal están indisolublemente ligados al espíritu y a los intereses de una razón pragmática y totalitaria, evitando que la conciencia social, la de los trabajadores, lo perciba. La forma oculta de *totalitarismo* es el *neoliberalismo*; es la democracia “en la medida de lo posible” o de muy baja intensidad en la que nos insiste la derecha duopólica que se autolegitima en una sociedad pacificada por una ideología de las “libertades” económicas, de los derechos humanos y de las disidencias políticas inocuas. Lo que nos ocultan es que el libertinaje del mercado, que es el fundamento de la empresa privada y de las reacciones de las transnacionales contra los pueblos, es que la legitimidad de sus ganancias dejan mucho que desear en cuanto al pleno desarrollo de todas las capacidades productivas del régimen político y de los trabajadores. Es el propio *neoliberalismo* quien está totalmente incapacitado para satisfacer las necesidades de la amplia mayoría porque la producción de bienes y de servicios bajo este modelo está determinada por las demandas del capital, por sus requerimientos de acumulación y por la suba constante de la tasa media de su ganancia y no por las urgencias de los sectores populares. Asimismo, acarrea la explotación en gran escala y la repetida destrucción de las fuentes de la riqueza, rompiendo el equilibrio ecológico para la existencia de vida en el planeta. Es un asunto de vida y de muerte. Por eso la consigna continúa siendo: ¡Todo para los trabajadores! Por último, este nuevo proceso de cambio de la “libre” empresa en una de tipo monopólica, de eso se trata finalmente, hace que las menos fuertes en términos económicos, comerciales y productivos quiebren. Para el capitalista lo anterior genera el desarrollo de la ciencia y de la técnica pero también conlleva tendencias totalitarias inmanentes a la economía de monopolio de la producción y de los mercados. La pasión por el control, por la coordinación y la manipulación del mercado, de las cifras y variables económicas, de los precios e inflación, de las tasas de interés, del valor de las divisas extranjeras, de la moneda de nuestro país y también sobre las necesidades creadas, hace que estemos en una sociedad capitalista totalitaria, que se manifiesta en la negación de *lo público* y en la invasión de *lo privado*. Por si no fuera suficiente, la Concertación nos niega derechos que en el mundo son reconocidos como básicos para la mejoraría concreta de la convivencia entre los hombres.

La política y la ética, la violencia, la no- violencia activa, la razón y el humanismo marxista.

En el modo capitalista de producción, de circulación y de distribución de la mercancía en la medida en que la ciencia y el saber se transforman en los nuevos *medios de valoración de los capitales* pero también en *factores de poder y de dominio*, se produce el uso y abuso de la ciencia y del lenguaje en el mantenimiento del sistema económico- político que así se ve obligado a aniquilar capital e inteligencia, condenado a despilfarrar recursos y nuestras energías. Este hecho se aprecia en la sistemática reducción de la duración de los productos, de las calificaciones, en la flexibilización del trabajo ajeno, en la desregulación económica, en la tercerización y la privatización fraudulenta de las empresas públicas; incluso en la violación de los derechos humanos y otros fenómenos muy graves. El sistema necesita para su reproducción esta aniquilación de nuestra *fuerza de trabajo* por estos y por otros métodos, por los existentes y por los que vendrán. Es el *lenguaje* quien rescata la forma de dominación de la élite porque de lo que se trata, lo que se busca finalmente, es que los productos, bienes y servicios generados por todos nosotros, que la *mercancía* para ser más exacto, no pueda identificarse con el trabajador. Así, todo será más “real” cuando la *mercancía* queda en otro nivel, separada de la *fuerza del trabajo*. En estas circunstancias, el *lenguaje dominante* tiene una función excepcional en relación a que se usa como herramienta para crear un vocabulario y una sintaxis básicos que profesa la *diferenciación* antes que la *unidad* del trabajador con el bien y con la riqueza que genera; nos insiste en la distinción entre ambos conceptos. Ese lenguaje es una *gramática de poder* que constantemente nos impone sus imágenes, que por lo tanto milita contra el desarrollo y la expresión de esos términos necesarios para la *(r) evolución permanente*. Es su inmediatez lo que nos impide pensar conceptualmente de manera que a su vez nos niega el pensar. Aún más: este lenguaje dominante es quien disuelve cada política de cambio radical y profundo en oraciones banales y superfluas que eventualmente condicionan el intento gramatical de acabar con el neoliberalismo. Es decir, en su uso operacional, los términos de la élite nos niegan la identificación de la *fuerza de trabajo* con la *mercancía* ya que somos los asalariados los que generamos las riquezas y somos los que creamos la plusvalía en beneficio de la acumulación privada del capital. La tendencia prevaleciente del habla y de esta gramática de poder de los dueños de Chile- que niegan esta identificación de los trabajadores con su producto- es la expresión central para mantenernos sometidos. Lo es porque constituye la base sobre la que se sostiene la *fetichización de la mercancía*. A partir de ahí aquel lenguaje se convierte en un léxico bien totalitario, en el que intenta abarcar cada espacio de los hombres para continuar haciendo de las suyas, a saber: defendiendo los intereses y el estilo de vida a la que solo unos cuantos pueden aspirar. Debemos defendemos contra eso, no queda otra. Podemos hacerlo planteando una opción viable: organizarnos como *fuerza de trabajo*,

tomando plena conciencia de que no solo somos la mayoría sino que también somos los mejores porque en potencia constituimos el hombre nuevo, el ser genérico, el de los valores del respeto. De ahí que no podemos separar por ejemplo la *ética del ideal* y la *ética de la responsabilidad* como intentó hacerlo Max Weber. Para este autor el *ideal* y la *responsabilidad* eran formas de comportamiento moral muy distintos y cuya diferencia primera radicaba en la separación de la *ética* y de la *política*. El teórico alemán se oponía a la integración positiva de estos conceptos, de la *ética* y la *política* en función de una apología del poder que como principio evitara contaminarse con la *ética*. El problema es que esta es una argumentación peligrosa ya que no podemos decir que hoy no se puede actuar a partir de argumentos y de sentencias que hagan referencia a la moral del humanismo. Es un peligro porque nuestros valores lo que hacen es reivindicar la *vida de las personas como prioridad*. Si eliminamos los argumentos humanitarios, en beneficio de la satisfacción de las necesidades de la mayoría de la población, ¿sobre qué base podemos trabajar contra el capitalismo y su lógica? Si actuamos en el marco exclusivo de la razón y no consideramos los términos trascendentes, o sea, la negación del sistema político en curso (digan lo que digan este régimen no es humano y así las ideas humanitarias son parte de la negación del mismo) y si tampoco reivindicamos la idea de la *moral del humanismo*, nos encontramos en una nueva situación de no poder contestar la pregunta a la que nos enfrentamos cuando se trata de *combatir* por la *transformación*: ¿Qué tiene de malo un régimen que amplía la riqueza social, de tal modo que capas de la población que antes vivían en la pobreza y en la miseria hoy posean un auto, una casa o un televisor? ¿Qué cosa tan mala tiene este modo de producción como para atrevernos a predicar el riesgo de su subversión, de su ineficacia e ineptitud extrema? Si se elimina el elemento del *humanismo* no podríamos ir más allá de la crítica sin sustancia que favorece al reformismo estéril y oportunista de la Concertación. En todo caso, esas interrogantes- en el caso de nuestro país- no son tan válidas porque el neoliberalismo simplemente pasó por encima de esos derechos que fueron conquistados en la época del asistencialismo. En realidad, incluso en la Europa de hoy el mal llamado *Estado de bienestar* se encuentra en descomposición al igual que la calidad de vida del trabajador. Habría que mencionar al respecto como los dominantes usan la economía y abusan de sus cifras, de sus números y de sus variables para convertirla en una fenomenal herramienta de guerra que eventualmente impone sus propias sentencias. Lo supimos durante la UP cuando boicotearon al gobierno y lo saben hoy los bolivianos, los ecuatorianos y los venezolanos. Pero, también lo sabemos por la experiencia que significa para Chile el neoliberalismo con su política de libertinaje del mercado, con las condicionantes y medidas de ajuste del FMI.

Los argumentos humanitarios y morales no son *falsa ideología* porque deben convertirse en base de la razón de las fuerzas sociales y políticas que representan a los sectores populares. Si los excluimos desde el principio de la argumentación nos empobrecemos de manera tal que solo logra desarmarnos

ante las enérgicas tesis de los defensores del estatus quo. Lo que quería decir y he dicho es que hay movimientos, igual en la propaganda que en la acción, de los que se puede prever con la mayor seguridad que nos conducirán a un *refuerzo de la represión* y de la *destrucción*, asunto que solo puede ponernos al tanto la *ética humanista*. Y estos movimientos fuertemente destructivos no deben *tolerarse* en el marco de la democracia, mucho menos *respetarlos* o intentar llegar a acuerdos que solo los legitiman social y políticamente. Un ejemplo clásico: si en la *República de Weimar* no se hubiera *tolerado* a los nazis una vez revelado su carácter fundamentalista, cosa que ocurrió pronto, si el *nazismo* no hubiera gozado de las bendiciones del sistema político digo, no se habría producido ni la Segunda Guerra, el Holocausto ni la muerte de unas 40 millones de personas. No se habría producido esa guerra, no por lo menos por responsabilidad de Hitler y de sus cómplices. Es perfectamente viable entonces un criterio que nos permita decir: estos movimientos no pueden *tolerarse* si es que importa realmente *pacificar la vida*. Al respecto, *tolerar* y *respetar* son dos términos distintos. La *tolerancia* significa algo así como que “te soporto porque no me queda otra alternativa, porque es lo que dictan las leyes o el sentido común”. Por el contrario, el *respeto* quiere decir “tener en consideración y aceptar como parte del sistema democrático a los otros, a nuestro adversario”; *respetarlo* porque aunque no comparta nuestras ideas sí son democráticos, racionales y parte de los sectores populares. En cuanto a la derecha, la que se dice democrática, debemos *tolerarla* hasta que se muestre como es, como *antidemocrática*. No demora mucho en hacerlo porque su lenguaje es cerrado desde el momento en que no explica las cosas, en que no debate digo, porque lo que busca es dictar, comunicar decisiones, fallos, órdenes e incluso bandos militares si es necesario usar la reacción en defensa de su interés. Cuando el *lenguaje de la élite* hace alguna definición, ésta se convierte en separación de *lo bueno* y *lo malo*; establece *lo correcto* y *lo erróneo* sin permitirnos las dudas. Estos grupos se mueven por medio de tautologías, pero estas tautologías son *frases* terriblemente efectivas ya que expresan determinado juicio sobre una *forma prejuzgada*; lo que hacen es pronunciar sentencias que son *irrevocables*, que política e ideológicamente muestran al lenguaje dominante como una *verdad absoluta*, válida en todo tiempo, espacio y lugar y por la que inclusive será racional sacrificar la vida de las personas. Esto es intolerable; entonces, no solo serán ilegales estos *grupos antidemocráticos* sino que además es importante entender el asunto de la técnica como dominio; es fundamental porque no hay duda de que la posición de los especialistas, de los tecnócratas digo, se hace cada vez más central con el progreso de la técnica como factor de la acumulación privada del capital y como control de la minoría sobre las mayorías. En esto hay un signo favorable para nosotros, no desfavorable, pero siempre en la medida que batallamos por la conciencia y por el humanismo: cada vez importa más quiénes son los especialistas, si lo son en beneficio de la guerra o de la paz. Si lo serán de la *explotación intensiva del trabajador* o de los que desean y buscan el cambio. La educación en este punto tiene la tarea de hacer que los

profesionales sean distintos, que sean luchadores por la emancipación. Pues hay una técnica de la libertad y de la tecnología en beneficio del pueblo pero debemos aprenderla. La alternativa consistirá en contribuir a que aumente sin cesar el número de esos especialistas y que sus posiciones sean cada vez más sólidas como técnicos, como posibles gestores, como directores, funcionarios y líderes de la *(r) evolución permanente*. Esto es democrático porque no se trataría de un proceso de *especialización* donde es una élite la que toma las decisiones por nosotros, donde solo unos cuantos tienen derecho a educarse. Se trata más bien de construir otro lenguaje, una gramática de la resistencia y de poder del trabajador que logre combatir eficazmente la forma lingüística y los símbolos de reflexión, de abstracción y del desarrollo de los dominantes sustituyendo sus paradigmas por nuestras propias sentencias para así negar el vocabulario que pertenece a los dueños de Chile. Pasa que ellos no buscan la verdad: son militantes en favor de la mentira, de esos mitos con los que todo el tiempo nos someten. Otra cuestión es que este discurso es terrorista, es totalitario y es todo lo que podamos imaginar, sin embargo, a pesar de ello, y acá viene lo peor, la población muchas veces, en no raras ocasiones, actúa de acuerdo a sus dogmas sin tener pleno sentido ni conciencia de que lo hace.

El problema de la *violencia en la acción* no es simplemente un asunto táctico si no también una cuestión de principios humanitarios y de defensa de la vida de las personas. Y si hablamos sobre la estrategia debemos considerar que los dominantes en la agresión contra los nuestros usan violencia de todos los tipos. Por ejemplo, la *violencia* del carabinero dominando a un ladrón es bastante distinta de la *violencia* del carabinero de las fuerzas especiales que derriba a porrazos a un estudiante que demanda por la educación gratuita, de calidad, entendida como servicio público; la diferencia no es sólo externa por decirlo de alguna manera, sino que además radica en la estructura instintiva del hombre, en la sustancia y en la lógica de nuestro país. Ambos son actos violentos, pero tienen una función completamente distinta en relación a sus objetivos. Lo tienen en el momento en que el segundo tipo de violencia- la represión contra el estudiante, contra los trabajadores o contra el que exprese su disconformidad- lo que busca es reforzar el dominio más explícito. Lo que esas situaciones muestran a escala individual es válido a nivel colectivo. Otro caso: la violencia del *terror revolucionario* es muy distinta del *terror blanco*, ya que el primero implica como *horror* su autotranscendencia en una sociedad que se plantea de hecho como *libertaria*, cosa que no hace en ningún caso el *terror blanco*. El *terror* usado para defender la vida de la gente es distinto del usado en la agresión contra un país. Lo que en este sentido nos debería importar, lo que me parece trascendental digamos, es evitar por todos los medios que el *terror* de la *(r) evolución* degenera en crueldad, en la violencia física característica del fascismo. La verdadera *(r) evolución*, la humanista y permanente, nos ofrece siempre medios y vías aceptables para de esta forma impedir la degeneración de aquel *terror* en *represión*. Al principio de la *revolución bolchevique* no hubo *terror* más allá del acabar políticamente con la resistencia de los que aún se encontraban en el poder. Cuando en el curso

de la misma se produjo la conversión del *terror* en actos de *suma crueldad*, en brutalidad y tortura, es cuando la *revolución* se pervierte y firma su acta de defunción. En cuanto a la derecha, para ésta lo peor es la movilización y el compromiso del pueblo con los temas sociales y políticos, con esos que nos afectan. A nosotros nos ocupa esa desagradable constelación de ser una oposición- por ahora sin organización política- que se presenta frente a las instituciones autoritarias del régimen neoliberal como *desarticulada*. Pasa que esta desorganización envalentona a los dominantes que programan de tal manera la violencia del sistema, la razón del régimen y de sus instituciones (del Poder Ejecutivo, del Legislativo, del Judicial y de aquellas herramientas anexas y complementarias como las fuerzas armadas) que solo las definirá como instancias que buscan mantener el estatus, el orden, de modo que sus instrumentos proceden incluso, en caso de ser necesario, con la voluntad de exterminar físicamente a la oposición. Entonces, podemos decir que nuestra oposición movilizada reproduce la reacción del poder, la violencia de la que es capaz la tecnocracia. Lo hace ya que la derecha no es democrática, porque odia cualquier expresión de libertad del trabajador que ellos someten. Pero, eso no significa ni mucho menos que la *oposición*, que los trabajadores al movilizarnos, provoquemos masoquistamente nuestra aniquilación al hacer reaccionar a la derecha en el poder. Por el contrario, al comprometernos en cuanto clase social mayoritaria y disconforme estamos luchando por nuestra *libertad* y no por la *aniquilación*. Este juicio de la *aniquilación* es totalmente erróneo porque es una forma muy subliminal de detener o de retrasar la lucha al jugar en favor de la *desmovilización*. En realidad, la cuestión planteada en estos términos nos niega la lucha de clases y solo busca la *conciliación* entre las mismas, nos niega el *marxismo* y entonces reivindica el *autonomismo* que se muestra incapacitado para la *(r) evolución*. A pesar de no creer en estos argumentos, sí admito que se refiere a un problema concreto. ¿Cómo sería posible organizar nuestra oposición sin armas, cómo plantear la *no- violencia* materialmente manifiesta y que a su vez represente la pretensión real de una *contraviolencia revolucionaria*? Hace falta esa forma de lucha *no- violenta*, aquella protesta ritualizada de una oposición bien ordenada que no reacciona caóticamente al ataque de *Carabineros*, del *Poder Ejecutivo* o del *ejército*; nos urge el combate que se libra a través de la *no- violencia activa* y que se encuentra *racionalmente organizada*, conciente de que la meta primera es la emancipación.

¿Cómo organizar una *no-violencia* materialmente manifiesta ante una burocracia que ha llegado a ser ella misma dentro de este sistema un arma de lo más reaccionaria? ¿Cómo constituir aquella oposición desarmada con una pretensión contraria a la violencia y que sea concretamente revolucionaria? Lo que no hay que aceptar por ningún motivo es la lógica del régimen, de esa legalidad actualmente vigente; en el caso de Chile nuestra oposición debería ser extrema porque ceder significa darle un manto de legitimidad, aunque sea mínimo, a una Constitución viciada de origen. Los defensores del orden que existe se encuentran del lado del derecho vigente. Pero, para Chile el frente

de lucha y los problemas se dibujan de un modo muy distinto a cualquier otra situación porque la Constitución no deja ninguna alternativa u opción- como sí lo hacía la Carta Magna del '25- para conquistar un sistema auténticamente democrático, o a lo menos de derechos mínimos. Lo dije en otra oportunidad y debo insistir en lo mismo para que no haya ningún equívoco: no creo que la Constitución del '25 fuera democrática ya que en aquel proceso electoral (si consideramos quienes tenían derecho a sufragar y quienes no, de hecho las mujeres no lo hacían) fue por lo mismo un plebiscito donde participaron a lo más del 10% de nuestra población; eso tampoco significa que todos hayan votado por esa ley fundamental. Y solamente este hecho- la prácticamente nula participación en el referéndum- es la razón por la que esa Carta magna no era válida ni democrática: no expresó la voluntad de la mayoría, es lo que digo. Esa Constitución no lo fue pero al menos contenía algunos elementos para conquistar la posibilidad de un país más equilibrado. La Constitución del '80 es totalmente contraria a ello y por eso radicaliza el combate por la dignidad, por la democracia y los derechos humanos. La oposición consiste en combatir estas leyes vigentes pero en primer lugar su lógica excluyente. Nuestra resistencia es *justa* aunque no es *legal* porque en Chile la violencia del poder y la manipulación de ésta por los dominantes produce que se viole cualquier instancia que potencialmente sea democrática. Algunos hipócritas, de los que se dicen *Nueva Mayoría*, llegan incluso a reconocer el *derecho de resistencia* de los trabajadores pero luego, inmeditamente después, nos dicen que ese derecho no se puede ejercer más que contra una *opresión ilegal*. Me pregunto entonces: ¿quién está facultado para determinar qué es *opresión ilegal*? El problema del neoliberalismo- que no tiene relación alguna con la sociedad capitalista desarrollada, de bienestar y de asistencia que conocimos en la antigua Europa- consiste precisamente en que la opresión no es ilegal, o sea, no es *antijurídica* en el sentido del derecho pero es una opresión contra la que tenemos que luchar. La cuestión de si quienes apelamos al *derecho de resistencia* producimos nosotros mismos el *principio* en base al que se resiste al *derecho vigente*, plantea un problema muy interesante. El asunto de si la apelación al *derecho de resistencia* tiene que ver con que es *relativo* y que por tanto puede ser irracional, un privilegio de solo algunos, reivindicación en favor de los intereses particulares de un grupo determinado, nos conduce a otro problema nada semántico ni filosófico en la batalla por nuestra libertad. Se me permitirá precisar históricamente que siempre la doctrina del *derecho de resistencia* afirma que la reivindicación del mismo significa apelar a una ley superior que tiene validez universal, o sea, que rebasa el privilegio auto definido de cualquier grupo. El problema para los dominantes es que por eso nuestra lucha es más racional que la de ellos, porque somos la mayoría y no un *grupo determinado*. Sin duda existe una estrecha vinculación entre el *derecho de resistencia* que tenemos los trabajadores en cuanto víctimas del modo de producción y el *derecho natural*. Dirán ustedes: lo que pasa es que ese supuesto *derecho universal* superior no existe. En lo personal creo que sí. Cuando apelamos al *derecho del hombre* a la paz, al fin de la explotación, a

la posibilidad de la humanidad de suprimir la opresión y la brutalidad, no se trata de demandas especiales, únicas y autodefinidas por un grupo específico, sino de intereses que realmente son demostrables como *derecho universal*. Es una batalla que libramos la clase mayoritaria, los trabajadores, y en tanto somos la mayoría, por el solo hecho de serlo, nuestra lucha y *verdad* es más racional. La *verdad* no tiene nada que ver con la búsqueda de la misma, con el idealismo y con la filosofía clásica si se quiere, a la manera de los antiguos griegos, sino que la *verdad* se relaciona con quien ejerce el poder. La *verdad* de la élite lo es porque son quienes dominan. Sin embargo, cuando el poder es gestionado por nosotros, estamos ante un ejercicio del mismo no solo más democrático, inclusivo y popular sino mucho más racional que las sentencias y valores de la patronal: nuestro poder se sustenta en unas tesis y paradigmas aceptados por la conciencia de la mayoría. A no olvidarlo: el saber es poder y con él se relacionan tanto la *verdad* como la *lógica*. Por eso no es aceptable dejar que el *derecho de resistencia* sea definido como *relativo*; es un error estratégico que puede llevarnos al fracaso absoluto. En la ecuación donde la *razón* es igual a la *verdad* y estas últimas se refieren a la *realidad* actual (es decir, la fórmula $\text{razón} = \text{verdad} = \text{realidad}$) que busca unir el *mundo subjetivo* y el *objetivo* en una unidad antagónica, la *razón* en manos de la élite digo, se convierte en aquel poder que unifica la sociedad de consumo; pero cuando la *razón* es controlada por el pueblo, a la vez que la misma también es poder, pero de *resistencia* y del *rechazo absoluto* al orden establecido, entonces ésta se transforma en *subversiva*. Por lo mismo, los grupos dominantes, los que siempre nos han gobernado, desde la primera época, a partir de la antigüedad incluso, intentan demostrar que la *verdad teórica* y la *práctica* de ese sector social no es una condición subjetiva sino más bien objetiva. Esa fue y ha sido siempre la preocupación original del pensamiento occidental y el origen de su cultura y lógica, no en el sentido de una disciplina especial de la filosofía, sino como esa forma del pensar apropiado para aprehender lo real como *lo racional*. El universo totalitario de la *racionalidad tecnológica* será la última, la más acabada y la más compleja transmutación de la idea de la *razón* como forma de una *verdad* preponderante que se corresponde con la necesidad de control de la minoría sobre la mayor parte de nuestra población. El auténtico conflicto entre lo que es considerado *falso* y la *razón tecnológica* a la que aluden los neoliberales- que es presentada como *verdad absoluta*- es que esta “verdad” dominante no resiste la mínima constatación histórica. De hecho, Chile aún está organizado de una forma tal que los trabajadores nos pasamos la mayor parte del tiempo buscando satisfacer las necesidades de la vida, las materiales inclusive; y en estas condiciones no hay libertad que valga porque esta se relaciona con las necesidades *materias- ideales*. La distinción entre el régimen basado en la emancipación de los asalariados y la sociedad a la que aspiran los neoliberales está en la forma en que se organiza la subordinación a las necesidades de la vida, en la definición de ellas mismas y en las nuevas formas de *libertad* y de *verdad* que corresponden a su tipo de organización.

Por último, ya que he hablado de la *racionalidad* y justeza de nuestra lucha, deberíamos comprender que no existe una teoría menos dogmática que el marxismo. La historia de las ciencias sociales nos enseña con una claridad impresionante que no hay nada en las ideas de Marx ni de Engels que tenga relación alguna con el sectarismo del que se le acusa, en el sentido de ser una *doctrina autoritaria*, encerrada en sí misma, intolerante o surgida al margen de la ruta del desarrollo de los hombres. Por el contrario, en el marxismo encontramos soluciones a problemas planteados mucho antes por el saber más avanzado. Su doctrina aparece como continuación lógica y racional del pensar de los grandes representantes de la economía política, de la filosofía y del socialismo. Como lo reafirmará Lenin, el marxismo es el resultado de la elaboración siempre crítica de tres tendencias que se desarrollan en la época en que vivieron los padres del socialismo científico. Una sería la *filosofía alemana*, donde podremos rastrear tempranamente la influencia de Hegel en un joven Marx; la otra tendencia es la *economía política* venida de Inglaterra y finalmente el *socialismo francés*. La *concepción marxista del mundo* es un *arma teórica-práctica* muy poderosa que además se basa en la experiencia de los explotados, de aquellos que somos los protagonistas de la historia pero que sin embargo (por las condiciones actuales de la lucha) la mayor parte del tiempo aparecemos como sojuzgados y subalternos. Su pensar nos invita a la lucha y a la disconformidad, dándonos una idea integral de la existencia que también es intransigente contra la superstición, contra los mitos, la reacción e intereses dominantes. En este contexto, el trabajo teórico de Marx y Engels supondrían una auténtica revolución en el pensamiento del hombre, incluida en la *praxis política*, al potenciar toda la herencia cultural del mismo para alterar la vida cotidiana en beneficio de una humanidad que pretende de una buena vez terminar con la explotación de nuestro esfuerzo por parte del gran capital.

Epílogo:

¿Podemos trabajar por la transformación de la sociedad existente sin ofrecer al mismo tiempo una alternativa concreta? La opción es en un primer momento la negación, es el *rechazo absoluto* a los designios y valores de la *democracia en la medida de lo posible* porque es ésta la que expresa política, social y económicamente al régimen neoliberal. En la negación y en aquel rechazo se encuentra lo positivo, la base de la militancia por el cambio, por el final de estas más de cuatro décadas de *autoritarismo*. Esta negación es la que también nos permite la denuncia de lo existente, de aquel pensar y de esa filosofía que en lo teórico y formal vislumbra la igualdad del hombre, pero, al mismo tiempo, se somete a la *negación* de hecho de esa *igualdad*. Ocurre que en esta realidad dada, procurar cubrir las *necesidades materiales* es un trabajo que a los que vivimos de un sueldo nos lleva toda la vida; sí o sí las *necesidades materiales* deben ser satisfechas para dar paso a las *material-ideales* que nos sirven para que la *verdad* de la mayor parte de la población, la socialmente construida digo y que implica la liberación de las *necesidades materiales*, finalmente pueda ser. Es el neoliberalismo otra vez quien detiene la búsqueda de la *verdad*. Si la *verdad* del pueblo presupone la liberación de las necesidades materiales y si esa emancipación es, en el contexto social, la prerrogativa de la minoría, el régimen político permite esta *verdad* sólo como una aproximación para un grupo privilegiado que así defiende sus privilegios a partir de la definición de la misma. Y es esta situación la que contradice el carácter universal de la *verdad* de los trabajadores que define y prescribe no sólo una meta teórica o un ideal sino una mejor vida para los asalariados en tanto hombres. Para la filosofía y su *idealismo absoluto*, la contradicción es insoluble o no aparece como contradicción, porque esta filosofía y su pensar no logra trascender la estructura de la sociedad neoliberal de siervos. Deja la historia atrás, no la domina como lo hace el materialismo dialéctico y por lo tanto eleva la *verdad* sin considerar el peligro que significa que ella esté por encima de la experiencia del hombre. Ahí, la *verdad* se preserva intacta, no como un logro del cielo o en el cielo, sino como la suposición de que quienes dedican su vida a ganarse el sustento diario son incapaces de una existencia humana. Lo que no consideran las élites es que nos urge un sistema político y económico nacional- global en el que no hayan guerras ni invasiones para apoderarse de los recursos naturales o de la riqueza de otras zonas, en la que no sea necesario sostener dictaduras, la *Doctrina de Seguridad Nacional* ni el neoliberalismo que les lleva el amén; necesitamos una globalidad en la que no haya ciudadanos de tercera clase, donde todos seamos respetados de modo que podamos acceder a garantías constitucionales reales, para todos, no solo para quienes eventualmente tienen el poder. Esas sentencias parecen superficiales y generalidades, pero creo que esas formulaciones no son tan vagas ni utópicas para los trabajadores que continuamente debemos soportar estas cosas, en especial la explotación que el capital ejerce sobre nosotros. La

opción del régimen popular, democrático e inclusivo no es solo un ideal y las necesidades que lo acompañan tampoco porque es lo suficientemente eficaz, positivo, eficiente en la gobernabilidad y respetuoso del trabajo como para luchar por él. Ese es el germen de los gobiernos populares que se imponen por la batalla del pueblo en Latinoamérica; la génesis de ellos es que a partir del movimiento social y popular se hace con el poder para plantearnos ciertas cuestiones como una mejor calidad de vida, el respeto por el medioambiente, la pluralidad cultural, etc. Será este nuevo sistema político y económico, con sus *necesidades material- ideales*, el que le da sentido al *reformismo*. Es decir, el triunfo de éste es quien nos exige aprovechar toda oportunidad de trabajo y de educación dentro del marco de lo existente, la posibilidad misma de conseguir las buscadas reformas y una mejor experiencia de vida para la mayor parte de los chilenos. En este contexto, la oposición será brutal. Pero, hay algunos que nos hablan, a veces con buenas intenciones, de aprovechar cualquier posibilidad, el intersticio de *lo existente* con objeto de agrandararlo y de cambiar a beneficio de las mayorías. Pero, a medida que la “democracia” realmente existente no lo es, en la manera en que se convierte en un régimen de pura manipulación- lo que no tiene nada de abstracto- se vuelve a su vez un régimen político de increíble y profunda negación de la voluntad popular, un sistema que recorta derechos, libertades y la posibilidad democrática de todo el país; y lo hace no violando la ley sino con toda su legalidad, con sus dictámenes y sentencias. Esto último es lo que nos indica que solo es viable una oposición extraparlamentaria. El *reformismo* como lo entienden algunos, como paso previo para lograr algunas conquistas y el bienestar, en nuestro caso no es válido por las circunstancias y por el carácter de la Constitución. De esa manera, la forma en que se expresa la oposición profunda, radical y de un *rechazo absoluto*, constituye un problema que sólo se puede resolver y decidir en la situación dada y por el movimiento popular, por sus bases y por su futura conducción. A partir de ahí, cuando el *reformismo político* es un medio para la *(r) evolución permanente*, cuando se le entiende como tal, madura la decisión de luchar, la conciencia de la necesidad y la urgencia del cambio revolucionario y las certezas de su posibilidad. Estos elementos, ese *rechazo absoluto* que nos conduce al *reformismo radical*, sin concesión, en la práctica acabará con el orden establecido por la dictadura y refrendado políticamente tanto por la Alianza como por la Concertación. Simplemente, no existen las condiciones para crear un Estado capitalista desarrollado, uno sostenido por la burguesía nacional; no es viable esa ruta a causa de la forma en que funciona el sistema comercial globalizado bajo los dogmas y edictos neoliberales.

En Chile en particular y en Latinoamérica en general nunca existió- por las condiciones y el contexto de ser países estructuralmente dependientes de los *centros globales del poder*- una alianza entre la *burguesía nacional* con los trabajadores para conducir al desarrollo. El “Estado de Bienestar” en nuestra región dejó bastante que desear aunque se vivía mejor que bajo las sentencias del libertinaje de los mercados. Más bien, desde siempre existió

una unidad en la acción y de intereses con la *burguesía global* representante del *comercio neocolonial* y con los sectores rentistas que imposibilitaría el nacimiento de la *burguesía industrial nacional e independiente* que pudiera ser la portadora de un proceso de edificación capitalista desarrollado. Ese es el error político y estratégico de ciertos países que como Argentina, Brasil y Uruguay se comprometen en un *capitalismo nacional*. La inexistencia o la extrema debilidad constitutiva de esta clase en los países latinoamericanos deja sin base alguna a la *reforma burguesa*, a la estrategia de la *democracia en la medida de lo posible*. Lo que en alguna época se le llamó *reformismo legal, socialdemocracia* y otros, que hasta se pensó como una alternativa a la *(r) evolución* por sus logros en relación a *lo económico* y a la satisfacción de las necesidades del pueblo, se apaga como un fuego de artificio. Lo hace ya que no es viable el reformismo desde la cúspide del poder y en consenso con la derecha duopólica. El surgir del *movimiento social*, de esa participación cada vez más decidida del trabajador, del estudiantado o del disconforme que encontramos por doquier, se explica sobre ese trasfondo político- social. Y es la urgencia del movimiento, la participación y la movilización del pueblo, el que nos convoca a establecer un régimen que rompa el marco institucional de la Constitución de 1980. El ascenso revolucionario de los sectores populares se basa en una dinámica que tiende a destruir este contexto y le exigirá a la élite y a su casta de políticos que respondan a los intereses vitales del pueblo, a nuestras demandas que van más allá del bien material. Estas conquistas, el poder alimentarse o acceder a la vivienda digna, el educarse, sanarse, vestirse y satisfacer esos requerimientos que nos exige la vida moderna, son apenas el piso, aquel mínimo desde el que posteriormente arranca el proceso que nos conduce a las necesidades en términos *material- ideales*: son el mínimo no el fin y la meta de pos sí porque de lo que se trata es de libertarnos de la manera de la producción, de la distribución y circulación de mercancías del Estado capitalista. El combate es sin cuartel porque bajo este régimen- y por lo visto no exagero- estamos en presencia de un genocidio permanente del pueblo, en una batalla sin una declaración formal de guerra pero que cobra su figura en las miserables condiciones de vida de la mayoría de los latinoamericanos que como en Chile aún somos rehenes del libertinaje del mercado. Someten al poblador a una lenta y cruel muerte por inanición y por hambre. Estos países, el nuestro y demás, ven aumentar la pauperización de la vida de los sectores populares por más que desde el gobierno se nos hable de crecimiento; pasa que el tipo de desarrollo que plantean solo favorece a la élite. Entonces, no solo usufructúan de nuestro esfuerzo y trabajo sino que también del goce al que tenemos derecho. Como región solo les servimos como lugar estratégico donde Estados Unidos y Europa consiguen sus materias primas y recursos que vializan su propia acumulación privada de capitales. Por eso la urgencia del cambio, de la transformación digo. Los militantes sabemos o presentimos que lo que está en juego es la vida del hombre, del planeta inclusive, que se convierte en objeto de diversión en manos de políticos, de administradores, de generales y de los bufones al servicio del capital. Los que rechazamos el

neoliberalismo, los que nos consideramos como parte del movimiento social-popular, queremos sustraer esa imagen de la vida por una donde la violencia y la opresión no tengan cabida. Queremos una existencia digna de ser vivida; todavía es posible que así sea, siempre lo será. Que nadie nos hable acá de imposibles porque esa es una manera muy sutil de negarnos el derecho a la (*r*) *evolución permanente*, al cambio necesario. En este momento estamos en presencia de un *realismo dominante*, característico entonces de los líderes de la derecha duopólica que nos gobierna, que además no tiene nada de mágico, al modo de García Márquez digo, sino que es un falso *realismo*, es el que busca contener la lucha a las leyes y normas de esta falaz “transición”. El creciente *rechazo absoluto* al dominio del neoliberalismo en nuestro país, en la región latinoamericana e incluso a nivel global, se libra y se expresa todo el tiempo y por eso se encuentra plenamente vigente. Es una batalla homérica ya que el poderío militar, cultural e industrial de la élite global es increíble y porque además está presente con sus transnacionales e intereses geopolíticos en todas las zonas del mundo, en cada continente y país. Pero, esta no es una batalla protagonizada por héroes sino por gente común, por trabajadores de todas las condiciones sociales que ejerciendo una presión tremenda por el solo hecho de ser la clase social mayoritaria, logramos gobernar en Bolivia, en Ecuador o en Venezuela, que resistimos además en Cuba y que hacemos lo que podemos- siempre de acuerdo a nuestro particular contexto histórico- en Argentina, en Brasil y en Uruguay. También este poderío global de los países capitalistas más desarrollados es el que mantiene a la defensiva al mundo de la cultura popular, a un elevadísimo costo, no sólo en términos de gastos militares, sino también en lo que se refiere al intento de desgaste de la economía en esos países que buscan construir una alternativa. Pero, también y por lo mismo la lucha no es solo *defensiva* sino que además *ofensiva*, es decir, es cada vez más claro que somos los trabajadores los que tomamos la iniciativa y de ese modo logramos derrotar los intentos desestabilizadores en la región. Pudieron en Ucrania, en Grecia y España, en Italia y tantos otros, se impusieron en Irak y Afganistán, controlaron la mal llamada *primavera árabe* y acabaron con Egipto y con Libia, pero al mismo tiempo no pudieron contra Venezuela, contra Bolivia y Ecuador, mucho menos con aquella Cuba que resiste desde siempre, desde que los barbudos de nuestra Sierra Maestra se hicieron con el poder para recuperar la dignidad de la mayor isla de las Antillas. El desarrollo del régimen popular continúa acercándose a su meta original y a la existencia en democracia y bienestar. Ahora, toda batalla se define como una alternativa que se traduce en estas diversas experiencias de cambio. A modo de ejemplo pensemos en el *socialismo del siglo XXI*, en la *revolución ciudadana*, en el *Estado plurinacional de Bolivia* o en Cuba, en Nicaragua, en El Salvador o en el gobierno nacional y popular de Argentina. Todas ellas son múltiples maneras de expresión política, económica y social de los hombres y mujeres que resisten y se niegan a ser explotados.

El *gran rechazo* a esa posibilidad de seguir siendo explotados presenta formas múltiples porque toda manera de resistencia perfila en sus diversos

planos las limitaciones de la sociedad establecida, de su propia capacidad de contención de las demandas de los sectores populares y coloca al descubierto las irracionalidades de la clase que domina, una que es minoritaria y que vive a expensas de la otra que sí es mayoritaria. Cuando se llega a este límite, el sistema establecido (el establishment digamos) quizás inicie un nuevo orden de *supresión totalitaria*. Pero más allá de esos límites, también se encuentra el espacio tanto físico como mental para construir el *predominio del pueblo*, de una libertad que no es la del presente: una emancipación, asimismo, en relación al libertinaje del aparato explotador y que precede a la construcción de una sociedad libre, que exige un romper histórico con el pasado y con el presente. Entonces, un aporte muy valioso en la historia del régimen popular es la restauración de la esperanza y del porvenir en circunstancias de fuerte soberanía económica y de independencia política para de esta manera aplicar las medidas y políticas públicas que el gobierno estime conveniente para el desarrollo equilibrado de Latinoamérica. En eso tiene que ver el *socialismo democrático*, aquel que fuera planteado por Allende como postura ideológica que reivindica la integración, la independencia e igualdad de oportunidades. Ocurre que a partir de esta posición política y de las medidas económicas que en su momento fueron aplicadas por la Unidad Popular, se produciría una certeza de gran bienestar entre los trabajadores. No podía ser de otra manera porque en ese contexto histórico el *socialismo democrático* significó más *participación, pluralidad política, libertad e igualdad*. Este último concepto es central porque la *igualdad* no solo es el eje del socialismo al modo que lo practicara Allende sino que actualmente todos los que se dicen socialistas y que forman esta Nueva Mayoría, tienen una forma de entenderlo distinta a la de esos años. La *igualdad de oportunidades* no tiene nada de malo. Lo que no es correcto es pensarla de aquella manera tan parcial en que lo hacen los "socialistas" de la Concertación, totalmente fuera de contexto. En realidad, la *igualdad* está directamente relacionada con la distribución de la riqueza. Es decir, no puede haber *igualdad de oportunidades* si a su vez no se plantea la distribución de la misma y en beneficio de las amplias mayorías. En estas condiciones, la *distribución de las mercancías* además implica otra forma de circulación y de producción de los bienes y servicios que hacen al desarrollo. Es decir, como la manera de producción capitalista es esencialmente injusta (se basa en la explotación de la *fuerza del trabajo* por parte del *gran capital*) también lo es la forma de circular y de distribuir la mercancía. La *igualdad de oportunidades* entonces implica plantear un régimen político y un Estado alternativo, esencialmente distinto a la forma capitalista de hacer cada cosa. Ahí se entiende mejor la *nacionalización del cobre*, de los múltiples recursos que la Unidad Popular consideraba estratégicos para la economía chilena, de que Estados Unidos se convirtiera en enemigo implacable de este proceso y también de que mucho tiempo después el "Crecer con igualdad" de Ricardo Lagos no fuera más que una consigna electoral sin ninguna sustancia. Hago mención a la UP porque ella fue un gobierno de los trabajadores desde el que la teoría fue llevada a la práctica. Esto nos demuestra que la política sí es una

opción de cambio. Las élites nos dicen lo contrario- intentan convencernos que son ellos el fin de la historia- porque quieren conservar las cosas tal cual están. Por su parte, nosotros, los trabajadores, deberemos saber que el *pensar* no tiene el poder suficiente para provocar el cambio estructural a no ser que trascienda a sí mismo entrando a la *práctica política*; esta disociación de la *práctica material* en la que se origina la filosofía y el saber dominante, le da a este *pensar filosófico* su cualidad *abstracta* relacionada íntimamente con el *idealismo* que logra su máximo absolutismo con Friedrich Hegel. Gracias a esa disociación, la *filosofía crítica* es necesariamente trascendente. De hecho, comparte esta abstracción con el saber de la élite porque se lleva de lo mejor con la *formalidad de la democracia* y con la abstracción en ella de nuestros derechos. La *abstracción* es la vida misma del pensamiento y el colmo de lo caradura que son, es también el signo de su autenticidad. Pero, otra vez para desgracia de esta minoría en el poder, existen abstracciones del pensar que son menos racionales y más falsas que otras. Y esas son las que provienen de la derecha porque sus sentencias niegan la realidad de esa explotación que nos toca padecer en tanto trabajadores. Por eso surge la disconformidad, el *rechazo absoluto*. Lo interesante de este socialismo, el de Allende, ese que se plantea como una *alternativa al capitalismo*, es que a partir de él surge un valor muy importante relacionado con la convicción de que nuestros hijos vivirán en un país mejor que el que nos tocó sufrir a nosotros. Un Chile con menos desempleo, con cada vez más bajos índices de exclusión en todos los ámbitos. En realidad, la única solución a la crisis de los neoliberales, cuando explosiona digo, así lo demuestran los ejemplos de Bolivia, de Ecuador o el de Venezuela, es el régimen nacional y popular planteado por Allende. Pero, ¿porqué entonces volver siempre a lo mismo? La respuesta es simple: porque las ideas neoliberales, su política de libertinaje del mercado y la privatización de las empresas públicas, conjuntamente con el *enfriamiento de la economía*, son conceptos que aún persisten entre muchos sectores de la sociedad a pesar de que el movimiento social en estos años se ha mostrado de lo más eficiente para crear conciencia en favor de la urgencia de una educación al modo que lo demandan nuestros estudiantes, del proceso de la *Asamblea Constituyente Autoconvocada* y del fin del lucro en todos los ámbitos. Cueste creerlo o no, estas ideas que nos quiebran la vida y el futuro todavía están entre nosotros, tienen nombre, tienen apellido, usinas ideológicas, económicas y mediáticas. Así, necesitamos entender que la degradación social del país es consecuencia directa de estas políticas implementadas por el neoliberalismo que hoy sigue defendiendo la derecha en su doble versión. Por tanto no es correcto pensar que esa derecha no tiene un proyecto político. Sí lo tiene porque ese es el de los neoliberales; el mismo que nos lleva al descalabro. Por el contrario, la *recuperación de la política* como herramienta de transformación y la batalla por la inclusión social se relacionan con la defensa de esa razón económica y estratégica que caracterizó a la UP ya que simplemente gobernó en favor del bienestar común. En otras palabras, el que a estas alturas un amplio sector de la población reivindique un modelo de país neoliberal que históricamente ha

fracasado significa que es necesario dar con todas nuestras fuerzas la lucha ideológica para dejar atrás los parámetros conservadores. Desde esta postura política tiene sentido volver a las fuentes, a reivindicar los conceptos e ideas que hacen a la construcción de aquella razón alternativa, que es democrática y popular. La *vía chilena al socialismo* es una posición política actual en cuanto nos desafía a replantear el cambio a partir de una alternativa al modo capitalista de producir, de circular y distribuir las mercancías generadas por todos nosotros.

Nuestro ideal milita a favor de la igualdad de oportunidades por lo que el horizonte a conquistar por los sectores políticos populares es una sociedad gobernada por un Estado y un régimen donde los trabajadores dejemos de ser simple *mercancía* que se intercambia en los mercados en beneficio exclusivo del interés privado, de la acumulación de *capital*. Es una sociedad libre, lo es mucho más, porque no permite que seamos esclavos. La *producción social* de la riqueza y su apropiación por parte de los privados (proceso a partir del que se fundamenta la primacía del derecho a propiedad por sobre la vida del hombre, es decir, por sobre la satisfacción de las necesidades de la mayoría) solo nos conduce a la miseria, a la exclusión, a la pobreza y a la marginación de los asalariados. No puede haber *igualdad* bajo estas condiciones. Es más equitativo un país con empleos de calidad y con todas las garantías de la ley, donde el jornal retribuya con mayor justicia el esfuerzo y el trabajo ajeno, que un Chile donde la mayoría estén flexibilizados. El desafío de la *igualdad de oportunidades*, que de hecho implica la defensa del sentido revolucionario del *socialismo*, de ese que quisimos construir en los años '70 y que hoy se manifiesta en el régimen popular que empieza a consolidarse en importantes países de nuestra región, es una prioridad para que en Chile se imponga una solución en beneficio de las demandas por las que el pueblo todo el tiempo se moviliza teniendo a la calle como protagonista. No hay otra opción y a los hechos deberíamos remitirnos. Lo primero a constatar es que el sistema de intercambios comerciales a nivel global atraviesa una crisis profunda lo que reconfigura otra manera de ejercer el poder: aunque se produce determinado desplazamiento en términos económicos- comerciales, donde Estados Unidos pierde el protagonismo por las consecuencias de la crisis, paralelamente en el ámbito militar- en cuanto al poder de destrucción del imperio- éste continúa intacto. Precisamente el *factor bélico* es el único ámbito concreto y real que le queda para reaccionar ante la pérdida de su propia hegemonía política. Es así como aún en declinación, al borde del default y sin soluciones para la crisis que lo mantiene en vilo, tiene a lo largo y ancho del mundo por lo menos unas 900 bases en territorio extranjero, donde estos enclaves militares ocupan unas 300 mil hectáreas. Esta globalidad continuará en crisis porque las medidas planteadas para resolverla son las mismas que condujeron a esta hecatombe global. Son aquellas que se circunscriben bajo los dictámenes de los neoliberales y de su soberbia pretensión por acabar con la historia, con la lucha de clases y con las ideologías. Pero no pasan así las cosas; no es ésta la forma en que avanza la historia del hombre. Simplemente el neoliberalismo

nos hizo retroceder. Este es el mismo sistema económico que el de los años '30, al *liberalismo* me refiero, que hizo eclosión con Wall Street. La solución a la *gran depresión* aparece con John Maynard Keynes y su mal llamado *Estado de Bienestar* que de todas formas mejoró la vida de muchas personas al tratar de hacer hincapié en el bien común. Sin embargo, el capitalismo se lleva bastante mal con los intereses del trabajador; de hecho, las demandas de la patronal son contrarias a las urgencias del pueblo. En estas circunstancias eclosiona el *asistencialismo* porque todos los derechos sociales y económicos conquistados por esa época hicieron caer la *tasa media de la ganancia del capital* como lo dijera Marx. Ante esa situación se desregula, se flexibiliza y se abre la economía, etc. Es decir, volvimos atrás, a la década de los '30. Es como si finalmente se tratara de un *eterno retorno*. Pero, Nietzsche no tuvo razón, no la tenía, porque la historia no gira alrededor de un círculo burgués infinito. Marx sí tiene la razón porque el *eterno retorno*, este continuo volver a las formas de control de la clase capitalista dominante, se acaba cuando los trabajadores nos hacemos responsables de nuestros asuntos, del gobierno. De ahí que el padre del *socialismo científico* nos afirma que el proletariado toma la historia por asalto. También por eso nos dijo que la historia se repetía a lo menos dos veces, la primera vez como *tragedia* y la segunda como *farsa*. El neoliberalismo es una mezcla de ambas. Estamos frente a una crisis integral del capitalismo como modo de producción porque este dejó muy en claro que a estas alturas no puede satisfacer las necesidades ni urgencias de la mayoría; no lo hace porque es un sistema elitista que acaba no solo con las finanzas y con los bienes intangibles sino también con la misma dimensión productiva de la economía y así afecta el ámbito de *lo financiero*, de *lo alimentario*, de *lo energético* y hasta de *lo ambiental*. Además, es una crisis sistémica porque afecta al conjunto del *comercio global*. Es en este ámbito que el *socialismo* de Allende se muestra como alternativa de futuro. También es ahí (cuando entendemos al socialismo de esa forma, humanista desde todo punto de vista) que el *pensar* se nos muestra en su real dimensión, en su definición dialéctica en el sentido que nos habla del movimiento de las cosas, desde lo que *no son* hasta lo que *son* para así entender el modo en que las crónicas y los hechos que son parte del historia del hombre se desenvuelven como lucha de clases. La aparición de los elementos contradictorios que determinan la estructura de los *objetos*, también define la lógica del *pensar dialéctico*. El *objeto* de este *pensar dialéctico* no es la *objetividad abstracta* a la manera de los *idealistas*, tampoco es el conocimiento general ni menos los datos relacionados con la experiencia inmediata. La *razón dialéctica* deshace las abstracciones de la lógica formalista, de la filosofía trascendental y de su “verdad”, liberándonos de la “objetividad” engañosa que nos oculta la ideología dominante a través del *fetichismo de la mercancía* que no nos permite ver los factores que están detrás de la historia; eso es si se entiende el mundo como el universo humano en el que *lo establecido* es obra de la praxis del trabajador, por lo menos cuando actuamos como clase social. Esta práctica intelectual y material es la realidad de los datos de la experiencia que comprende la *lógica dialéctica*.

Por último, cuando el *contenido histórico* entra en el *concepto dialéctico* y determina metodológicamente su desarrollo y hasta sus funciones, el *pensar* y la *acción dialéctica* alcanzan la concreción que liga su estructura al saber y conocimiento de la realidad. Es en ese preciso momento que la *verdad lógica* se convierte en *verdad histórica*. La tensión entre la *esencia* y la *apariencia* ahora se entiende como obra del *sujeto histórico*: es decir, el hombre en su relación con la naturaleza con el objetivo expreso de plantear otra forma de sociedad, una convivencia colectiva acorde a los intereses, a las demandas y a las necesidades *material- ideales*. La *razón* de la *cultura popular* se vuelve y se convierte en *razón histórica* y así es muy peligrosa para la élite porque a partir de ahí vemos como el saber de los trabajadores, nuestra experiencia de vida, contradice el régimen establecido por los neoliberales.

Referencias bibliográficas:

Alfredo Armando Repetto Saieg: “Más allá de la crisis y la utopía neoliberal. - 1a ed. - Buenos Aires, Argentina: el autor, 2010.

V. I. Lenin: “Obras escogidas” Tomo I Edición: Progreso, Moscú, año 1961, digitalizado por Koba y distribuido a través de la página web: <http://bolchetvo.blogspot.com/>

Arregui Hernández, J.J: “La formación de la conciencia nacional” Editorial Plus Ultra, 3ª edición, Buenos Aires, Argentina, 1973.

Taborda, Saúl: “Reflexiones sobre el ideal político de América Latina”, 1ª edición, Bs. Aires, Argentina: Grupo Editor Universitario, 2007.

Paul W. Drake: “El movimiento obrero en Chile: de la Unidad Popular a la Concertación” Publicado en Revista de Ciencia Política, volumen XXIII, número 2 de la edición del febrero del 2003.

“El rol de la CUT en el Chile actual”. Publicado por el Comité de Defensa de los Derechos Humanos y Sindicales (CODEHS) y difundido a través de la página <http://www.rebellion.org/>

Herbert Marcuse: “El final de la utopía” Editorial Planeta-De Agostini S. A 1986. Impreso en España.

Herbert Marcuse: “Un ensayo sobre la liberación” Primera edición en español, junio de 1969 , Editorial Joaquín Mortiz, S. A.

Herbert Marcuse: “El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada”. Editorial Planeta Argentina, S. A. I. C. (1993), Buenos Aires, Argentina.

En diario “El Clarín de Chile” de la edición del 19/7/2010, 27/7/2010, 10/9/2010, 11/11/2010, 25/11/2010, 16/12/2010, 27/12/2010, 10/2/2014, 27/2/2014, 4/3/2014, 9/3/2014, 10/3/2014, 19/3/2014:

Felipe Portales: “La Concertación debe explicaciones (I, II, III, X, XVI, XVII, XVIII).

Ramón Valdés: “En la lucha por una concepción científica del mundo”

Lucio Cuenca Berger: “Leyendo el ambiente ¿hacia dónde apunta el gobierno de Bachelet?”

“El economista marxista José Valenzuela destapa el verdadero Chile que esconde el neoliberalismo” Entrevista a José Valenzuela.

“Lo que realmente está pasando en Venezuela”. Escrito por Campaña de solidaridad con Venezuela.

Alvaro Ramis: “El legado de Piñera”.

Luis Gumucio Rivas: “Des municipalización, un camino hacia el estado docente descentralizado”.

En Revista “Punto Final” de la edición del 10/1/2014, 7/3/2014:

Carla Amtmann Fecci: “¿Hacer cumplir qué?”.

Paul Wader: “Tsunami amenaza al nuevo gobierno”

En Revista “Miradas al Sur” de la edición del 19/9/2010, 24/7/2014, 17/10/2010 y del 2/3/2014:

Guido, Emilio: Julio Gambina: “Las corporaciones vienen por el Estado de Bienestar”

Anguita, Eduardo: “Juan Carlos Monedero: Europa perdió la memoria”.

Gutiérrez, Barba Francisco: “Una disputa de poder”

Giles, Jorge: “Aquel octubre sobre el riachuelo”

Galand, Pablo: “El reparto va tomando forma”

Jorge Giles “Cuando los patos disparan contra la escopeta”

Schoor, Martín: “Concentración y ganancias extraordinarias del poder económico”

Umberto Mazzei: “La técnica del golpe de Estado”.

En diario Tiempo Argentino de la edición del 22/7/2011, 23/7/2011:

González, Oscar: “Un balance sobre la disputa por la palabra”

Brienza, Hernán: “Hay que dar la batalla cultural para poner la política por encima del show”

Ricardo Foster: “Recuerdos, 11 años después”. En revista Veintitrés de la edición del 29/1/2014.

En Revista Veintitrés de la edición del 19/2/2014, 26/2/2014.

Ricardo Foster: “Economía, sentido común y disputa cultural”

Ricardo Foster: “La revolución como pasado”.

En ALAI, América Latina en Movimiento de la edición del 6/2/2014, 11/2/2014, 3/5/2014:

Esther Vivas: “¿Qué es la soberanía alimentaria?”

Adriano Muñoz: “Formación agroecológica para la soberanía alimentaria”

Waldo Lao, Ana Paola Gomes: “La soberanía alimentaria se construye desde abajo”.



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Creative Commons Corporation no es un despacho de abogados y no proporciona servicios jurídicos. La distribución de esta licencia no crea una relación abogado- cliente. Creative Commons proporciona esta información “Tal cual”. Creative Commons no ofrece garantías sobre la información suministrada, ni asume responsabilidad por los daños y perjuicios que resulten de su uso.

Licencia

La obra(tal como se define a continuación) según los términos de esta licencia pública de Creative Commons (“CCPL” o “Licencia”). La obra está protegida por derechos de autor y/u otras leyes aplicables. Cualquier uso de la obra diferente al autorizado bajo esta licencia o derecho de autor está prohibido.

Mediante el ejercicio de los derechos a la obra que aquí, usted acepta y acuerda estar obligado por los términos de esta licencia. En la medida en la presente licencia se puede considerarse un contrato, el licenciante le concede los derechos contenidos en consideración de su aceptación de los términos y condiciones.

1. Definiciones

- a) "**Adaptación**" significa una obra basada sobre la Obra o sobre la Obra y otras obras preexistentes, tales como una traducción, la adaptación, la obra derivada, el arreglo de la música o demás transformaciones de una obra literaria o artística, o fonograma o de rendimiento y incluye adaptaciones cinematográficas o cualquier otra forma en la cual la Obra puede ser reformulada, transformada, o adaptada incluyendo cualquier forma reconocible derivada del original, excepto que una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia. Para evitar dudas, cuando la Obra es una obra musical o fonograma, la sincronización de la Obra en una relación temporal con una

imagen en movimiento ("sincronización") será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia.

- b) "**Colección**" significa una colección de obras literarias o artísticas, tales como enciclopedias y antologías, o ejecuciones, fonogramas o emisiones, u otras obras o prestaciones distintas de las obras que figuran en la Sección 1 (g) siguiente, que por razones de la selección o disposición de las materias, constituyan creaciones de carácter intelectual, en los que se incluye la obra en su totalidad y forma inalterada, junto con una o más de otras contribuciones que constituyen obras, cada una separadas e independientes en sí mismas, que en conjunto se integran en un todo colectivo. Una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada (como se define más arriba) para los fines de esta Licencia.
- c) "**Distribuir**" significa poner a disposición del público, original y copias de la obra o adaptación, en su caso, mediante venta u otra transferencia de propiedad
- d) "**Elementos de la Licencia**" significa los siguientes atributos de alto nivel de licencia seleccionados por el Licenciante e indicados en el título de esta Licencia: Atribución, No Comercial, Compartir en igualdad.
- e) "**Licenciante**" significa el individuo, las personas, entidad o entidades que ofrecen (s) de la Obra bajo los términos de esta Licencia.
- f) "**Autor original**" significa, en el caso de una obra literaria o artística, el individuo, las personas, entidad o entidades que crearon la Obra o si ninguna persona o entidad puede ser identificado, el editor, y además (i) en el caso de una actuación de los actores, cantantes, músicos, bailarines y otras personas que representen un papel, canten, reciten, declamen, interpreten o ejecuten en cualquier forma obras literarias o artísticas o expresiones del folclore, (ii) en el caso de un fonograma, la productor es la persona física o jurídica que fija por primera vez los sonidos de una ejecución o de otros sonidos, y (iii) en el caso de las emisiones, la organización que transmite la emisión.
- g) "**Obra**" significa la obra literaria y / o artística ofrecida bajo los términos de esta licencia incluyendo, sin limitación, cualquier producción en el campo literario, científico y artístico, cualquiera que sea el modo o forma de expresión, incluido el

formato digital, como un libro , panfletos y otros escritos, el trabajo de una conferencia, discurso, sermón u otra de la misma naturaleza; una obra dramática o dramático-musicales; una obra coreográfica o de entretenimiento en pantomimas, una composición musical con o sin letra; una obra cinematográfica a la que se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la cinematografía; una obra de dibujo, pintura, arquitectura, escultura, grabado o litografía; una obra fotográfica a las cuales se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la fotografía; una obra de arte aplicado; una ilustración , mapa, plano, croquis o trabajo tridimensional relativa a la geografía, la topografía, la arquitectura o las ciencias; una actuación, una emisión, un fonograma, una recopilación de datos en la medida en que esté protegido por derecho de autor como un trabajo, o un trabajo realizado por una variedad o un artista de circo en la medida en que no se considera de otra manera una obra literaria o artística.

- h) "**Usted**" significa que es un individuo o entidad ejerciendo los derechos bajo esta Licencia quien previamente no ha violado los términos de esta Licencia con respecto a la Obra, o que ha recibido permiso expreso del Licenciante para ejercer derechos bajo esta Licencia pese a una violación anterior.
- i) "**Ejecutar públicamente**" significa hecer recitaciones públicas del Trabajo y de comunicar al público las recitaciones públicas, por cualquier medio o procedimiento, incluso por medios alámbricos o inalámbricos o al público espectáculos digitales; poner a disposición de las obras públicas, de tal manera que los miembros del público puedan acceder a estas obras desde el lugar y en el lugar que ellos elijan, para realizar la obra al público por cualquier medio o procedimiento y la comunicación al público de las actuaciones de la Obra, incluso pública digital rendimiento, para transmitir y retransmitir la obra por cualquier medio, incluso los signos, sonidos o imágenes.
- j) "**Reproducir**" significa hacer copias de la obra por cualquier medio, incluyendo, sin limitación, grabaciones sonoras o visuales y el derecho de fijación y reproducción de las fijaciones de la Obra, incluyendo el almacenamiento de una interpretación o ejecución protegida o de un fonograma en forma digital o cualquier otro medio electrónico.
2. **Feria de los Derechos de Negociación.** Nada en esta licencia tiene por objeto reducir, limitar o restringir los usos libres de

derechos de autor o los derechos derivados de las limitaciones o excepciones que se prevén en relación con la protección de derechos de autor bajo la ley de derechos de autor u otras leyes aplicables.

3. **Concesión de licencia.** Sujeto a los términos y condiciones de esta Licencia, el Licenciante otorga a Usted una licencia mundial, libre de regalías, no exclusiva, perpetua (por la duración de los derechos de autor) para ejercer estos derechos sobre la Obra como se establece a continuación:
 - a) Reproducir la Obra, incorporar la Obra a una o más colecciones, y para reproducir la Obra incorporada en las Colecciones;
 - b) para crear y reproducir adaptaciones a condición que cualquier adaptación, incluyendo cualquier traducción en cualquier medio, toma medidas razonables para etiquetar claramente, demarcar, o identificar de otra manera que los cambios se realizaron en la obra original. Por ejemplo, una traducción debe marcarse como "La obra original fue traducida del Inglés al Español", o una modificación podría indicar "La obra original ha sido modificado.";
 - c) para distribuir y ejecutar públicamente la obra, incluyendo las incorporadas en las colecciones y,
 - d) para distribuir y ejecutar públicamente Adaptaciones.

Los derechos mencionados anteriormente pueden ser ejercidos en todos los medios y formatos ahora conocidos o desarrollados en un futuro. Los derechos antes mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean técnicamente necesarias para ejercer los derechos en otros medios y formatos. Sujeto a la Sección 8 (f), todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, pero no limitado a los derechos descritos en la sección 4 (e).

4. Restricciones. La licencia otorgada en la anterior Sección 3 está expresamente sujeta a, y limitada por las siguientes restricciones:

- a) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la Obra sólo bajo los términos de esta Licencia. Usted debe incluir una copia de, o el identificador uniforme de recursos (URI) para esta Licencia con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la Obra que restrinja los términos de esta

licencia o la capacidad del destinatario de la Obra para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Usted no puede sublicenciar la Obra. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta Licencia ya la limitación de garantías con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la Obra que pueda restringir la capacidad de un destinatario de la Obra de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Esta Sección 4 (a) se aplica a la Obra cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la obra misma quede sujeta a los términos de esta Licencia. Si Usted crea una Colección, previo aviso de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, retirar de la Colección cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado. Si Usted crea una Obra Derivada, bajo requerimiento de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, quitar de la adaptación cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado.

- b)** Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la obra derivada solamente bajo: (i) los términos de esta Licencia, (ii) una versión posterior de esta Licencia con los Elementos de la Licencia que esta Licencia, (iii) una licencia de Creative Commons jurisdicción (ya sea este o una versión de la licencia posterior) que contiene los elementos de Licencia que esta Licencia (por ejemplo, de la Attribution-Noncommercial-Share Alike 3.0 EE.UU.) ("Licencia Aplicable"). Usted debe incluir una copia de, o la URI, por licencia pertinente con cada copia de cada adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la adaptación que restrinja los términos de la licencia pertinente o la capacidad del destinatario de la adaptación al ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a la Licencia Aplicable ya los descargos de responsabilidades con cada copia de la Obra tal como se incluye en la adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Adaptación, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la adaptación que restringen la capacidad de un destinatario de la adaptación de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia

Aplicable. Esta Sección 4 (b) se aplica a la adaptación cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la propia adaptación debe estar sujeta a los términos de la Licencia Aplicable.

- c) Usted no puede ejercer ninguno de los derechos otorgados a Usted en la Sección 3 precedente de modo que estén principalmente destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada. El intercambio de la Obra por otras obras con derechos de autor a través de la tecnología digital de intercambio de archivos o de lo contrario no serán considerados para ser destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada, siempre y cuando no haya pago de ninguna compensación monetaria en conexión con el intercambio de obras protegidas.

- d) Si usted distribuye o ejecuta públicamente la Obra o las adaptaciones o colecciones, para que, a menos que una solicitud ha sido hecha de conformidad con la Sección 4 (a), mantenga intactos todos los avisos de derechos de autor para la Obra y proporcionar, razonable para el medio o medios Usted esté utilizando: (i) el nombre del autor original (o seudónimo, si procede) si fue suministrado, y / o si el Autor Original y / o el Licenciante designa otra parte o partes (por ejemplo, un instituto patrocinador, entidad editora, una revista) para la atribución ("Partes del Reconocimiento") en la nota de derechos de autor del Licenciante, términos de servicios o por otros medios razonables, el nombre de dicha parte o partes, (ii) el título de la Obra si está provisto; (iii) en la medida en que sea posible, el URI, si los hubiere, que el Licenciante especifica para ser asociado con la Obra, salvo que tal URI no se refiera al aviso de derechos de autor o información de licencia de la obra, y (iv) de conformidad con la Sección 3 (b), en el caso de una obra derivada, un aviso que identifique el uso de la Obra en la adaptación (por ejemplo, "Traducción Francesa de la Obra del Autor Original," o "Guión basado en la Obra original del Autor Original"). El crédito requerido por esta Sección 4 (d) puede ser implementado de cualquier forma razonable, siempre que, sin embargo, que en el caso de una adaptación o colección, en como mínimo dicho crédito aparecerá, si un crédito para todos los autores que contribuyeron a la Adaptación o Colección aparece, entonces, como parte de estos créditos y de una manera por lo menos, tan destacada como los créditos de los demás autores contribuyentes. Para evitar dudas, Usted sólo podrá

utilizar el crédito requerido por esta Sección con el propósito de reconocimiento en la forma prevista anteriormente y, por ejercer sus derechos bajo esta Licencia, Usted no podrá implícita ni tácitamente aseverar ni dar a entender ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del autor original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento, según corresponda, de usted o de su uso de la obra, sin el permiso independiente, expreso, previo y por escrito de, al Autor Original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento.

- e) Para evitar dudas:
- i. **Irrenunciable Esquemas licencia obligatoria.** En las jurisdicciones en las que el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorio no podrá ser cancelado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos garantizados por esta Licencia;
 - ii. **Esquemas de licencia obligatoria renunciante.** En las jurisdicciones en las que puede ejercerse el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorias renunciado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia, si el ejercicio de tales derechos es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c), y por otra parte renuncia al derecho a cobrar regalías a través de cualquier esquema de licenciamiento obligatorio o legal y,
 - iii. **Planes voluntarios de la licencia.** El Licenciante se reserva el derecho a cobrar regalías, sea individualmente o, en el caso de que el Licenciante sea miembro de una sociedad de gestión colectiva que administre los regímenes voluntarios de concesión de licencias, a través de esa sociedad, de cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c).
- f) Salvo que se acuerde lo contrario por escrito por el Concedente o como puede ser de otra manera permitida por la ley aplicable, en caso de que se reproduzca, distribuya o ejecute públicamente la Obra, ya sea por sí mismo o como parte de las adaptaciones o colecciones, no debe distorsionar, mutilar,

modificar o tomar otra acción despectiva en relación con el trabajo que cause perjuicio al honor del autor original o reputación. Licenciante acuerda que en esas jurisdicciones (por ejemplo, Japón), en el que cualquier ejercicio del derecho concedido en la Sección 3 (b) de esta licencia (el derecho a hacer adaptaciones) se considerará como una deformación, mutilación, modificación o cualquier atentado contra el honor del autor original y la reputación, el Licenciante renuncia o afirmar que no, según el caso, esta Sección, en la máxima medida permitida por la legislación nacional aplicable, para que pueda ejercer razonablemente su derecho en virtud de la Sección 3 (b) de esta Licencia (derecho a hacer adaptaciones) pero por lo demás no.

5. Declaraciones, Garantías y Limitación de Responsabilidad.

A menos que se acuerde mutuamente por escrito entre las partes y en la medida máxima permitida por la ley aplicable, el Licenciante ofrece la obra tal cual y no hace ninguna presentación o garantía de ningún tipo respecto de la obra, ya sea expresa, implícita, legal o de otro tipo, incluyendo, sin limitación, las garantías de título, comercialización, aptitud para un propósito particular, no infracción, o la ausencia de latentes u otros defectos, exactitud, o la presencia de ausencia de errores, sean o no sean descubiertos. Algunas jurisdicciones no permiten la exclusión de garantías implícitas, por lo que esta exclusión no se aplique en su caso.

6. Limitación de Responsabilidad.

Excepto en la medida requerida por la ley aplicable en ningún caso el Licenciante será responsable ante usted por cualquier otra teoría legal por cualquier daño especial, incidental, consecuente, punitivo o ejemplar, proveniente de esta licencia o del uso de la obra, aún cuando el Licenciante haya sido advertido de la posibilidad de tales daños.

7. Terminación.

- a) Esta Licencia y los derechos aquí concedidos finalizarán automáticamente en caso que Usted viole los términos de esta Licencia. Las personas o entidades que hayan recibido adaptaciones o colecciones de usted bajo esta Licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que estos individuos o entidades sigan cumpliendo íntegramente las condiciones de estas licencias. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7, y 8 subsistirán a cualquier terminación de esta Licencia.

- b)** Sujeto a los términos y condiciones anteriores, la licencia otorgada aquí es perpetua (por la duración del derecho de autor aplicable a la Obra). No obstante lo anterior, el Licenciante se reserva el derecho de difundir la Obra bajo condiciones de licencia diferentes o de dejar de distribuir la Obra en cualquier momento, siempre que, sin embargo, que ninguna de tales elecciones sirva para retirar esta Licencia (o cualquier otra licencia que haya sido, o se requiere para ser concedida bajo los términos de esta Licencia), y esta licencia continuará en pleno vigor y efecto a menos que termine como se indicó anteriormente.

8. Misceláneo.

- a)** Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra o una Colección, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- b)** Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente una Obra Derivada, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra original en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- c)** Si alguna disposición de esta Licencia es inválida o no exigible bajo la ley aplicable, esto no afectará la validez o exigibilidad del resto de condiciones de esta Licencia y, sin acción adicional de las partes de este acuerdo, tal disposición será reformada en la lo estrictamente necesario para hacer tal disposición sea válida y exigible.
- d)** Ningún término o disposición de esta Licencia se estimará renunciada y ninguna violación consentida a menos que esa renuncia o consentimiento sea por escrito y firmado por las partes que serán afectadas por tal renuncia o consentimiento.
- e)** Esta Licencia constituye el acuerdo completo entre las partes con respecto a la Obra licenciada aquí. No hay entendimientos, acuerdos o representaciones con respecto a la Obra que no estén especificados aquí. El Licenciante no será obligado por ninguna disposición adicional que pueda aparecer en cualquier comunicación proveniente de Usted. Esta Licencia no puede ser modificada sin el mutuo acuerdo por escrito entre el Licenciante y Usted.

- f) Los derechos concedidos bajo, y hace referencia a la materia, en la presente Licencia se elaboraron utilizando la terminología de la Convención de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas (enmendado el 28 de septiembre de 1979), la Convención de Roma de 1961, el autor de la OMPI Tratado de 1996, la OMPI sobre Interpretación o Ejecución y Fonogramas de 1996 y la Convención Universal sobre Derecho (revisada el 24 de julio de 1971). Estos derechos y prestaciones en vigencia en la jurisdicción relevante en que los términos de licencia se trató de hacerse cumplir de acuerdo con las disposiciones correspondientes de la aplicación de las disposiciones de los tratados en el derecho nacional aplicable. Si el conjunto estándar de los derechos concedidos en virtud del derecho de autor aplicable incluye derechos adicionales no concedidos bajo esta Licencia, tales derechos adicionales se considerarán incluidos en la Licencia, esta licencia no se pretende restringir la licencia de ningún derecho bajo la ley aplicable.

Aviso Creative Commons

Creative Commons no es parte en esta Licencia y no ofrece ninguna garantía en relación con la Obra. Creative Commons no será responsable frente a Usted o cualquier parte en cualquier teoría legal de ningún daño, incluyendo, sin limitación, cualquier daño general, especial, incidental o consecuente, originado en conexión con esta licencia. No obstante lo anterior dos (2) oraciones anteriores, si Creative Commons se ha identificado expresamente como el Licenciante, tendrá todos los derechos y obligaciones del Licenciante.

Excepto con el propósito limitado de indicar al público que la Obra está licenciada bajo la CCPL Commons, Creative no se autoriza el uso de cualquiera de las partes de la marca registrada "Creative Commons" o cualquier otra marca o logotipo relacionado a Creative Commons, sin el consentimiento previo y por escrito de Creative Commons. Cualquier uso permitido se hará de conformidad con los vigentes en ese momento de Creative Commons directrices uso de la marca, según lo publicado en su sitio web o puesto a disposición a petición de vez en cuando. Para evitar cualquier duda, esta restricción de marca no forma parte de esta Licencia.

Creative Commons puede ser contactado en:
<http://creativecommons.org/>